HISTORIA DE EUROPA

EUROPA: JERARQUÍA Y REVUELTA 1320-1450

GEORGE HOLMES

Siglo XXI / Serie Historia de Europa / 1

George Holmes

Europa: jerarquía y revuelta

1320-1450

Traducción: Mercedes García-Arenal

Revisión: Jaime Roda

Pocos periodos condensan más cambios que el otoño de la Edad Media. Lo que eran certezas y convicciones en las postrimerías del siglo XIV apenas si eran reseñables como tales a mediados del XV. Tan es así que entre 1320 y 1450 no hubo institución –política o religiosa–, creencia o espacio social que no estuviera sujeto a transformaciones. Entre medias, Europa vivió un cisma en el seno del catolicismo y la irrupción de herejías de amplio arraigo social, una catástrofe demográfica en forma de Peste Negra, un sinfín de revueltas sociales, una guerra dinástica de cien años y la paulatina pero inexorable desaparición del último vestigio del mundo antiguo, el Imperio bizantino. Pero, de igual forma, en su declinar medieval Europa también prosperó, con sus ciudades dinámicas, con el florecimiento de las universidades como centros de formación y disputa intelectual, con la expansión de sus horizontes geográficos y con la aparición de un arte nuevo, con centros activos en Italia y los Países Bajos. En el horizonte, se asomaba el Renacimiento, anunciando un mundo diferente para un hombre nuevo.

En este magnífico ensayo, el profesor G. Holmes relata de un modo magistral en qué consistió el periodo que identificamos con la transición de la Edad Media a la Moderna. Cada cambio social, político y religioso provocó la interacción no solo de los poderes, sino también de diferentes comunidades y formas de vida y pensamiento divergentes generando una realidad porosa. Su narrativa política única nos muestra los movimientos sociales e ideológicos de la época y la influencia de estos en los siglos que siguieron.

George Holmes (Aberystwyth 1927- 2009), prestigioso historiador del Medievo y el Renacimiento cuyos estudios gozan de reconocimiento internacional, fue investigador del St. John's College de Cambridge, *Chichele Professor* y *Fellow* del All Souls College de Oxford. Sus principales obras son *The estates of the higher nobility in fourteenth-century England* (1957), *The later Middle Ages, 1272-1485* (1962), *The Florentine enlightenment 1400-1450* (1969), *Europe: hierarchy and revolt, 1320-1450* (1975), *The good parliament* (1975), *Dante*

(1980), *The Oxford illustrated history of medieval Europe* (1988), *The first age of the western city, 1300-1500* (1990), *The Oxford history of medieval Europe* (1992), *Renaissance* (1996), *The Oxford illustrated history of Italy* (1997). En castellano, además del presente título, puede leerse *Florencia, Roma y los orígenes del Renacimiento* (Akal, 1994).

Diseño de portada
RAG

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.
Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.
Título original
Europe: Hierarchy and revolt, 1320-1450
La edición en lengua española de esta obra ha sido autorizada por John Wiley & Sons Limited. La traducción es responsabilidad de Siglo XXI de España Editores, S. A.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.sigloxxieditores.com
ISBN: 978-84-323-1941-9

A mis hijos Susan, Catherine y Nicholas

AGRADECIMIENTOS

El autor y los editores agradecen el permiso concedido por los propietarios de los derechos de autor para la reproducción de los siguientes materiales:

Movimientos de precios y salarios 1351-1525, de W. Abel, *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur* (Verlag Paul Parey, Hamburgo y Berlín, 1966).

Población Rural de Pistoia, de D. Herlihy *Economic History Review* (Segunda Serie, XVIII, 1965).

Las mayores ciudades de la Europa medieval, de N. J. G. Pounds, *An Historical Geography of Europe* (Cambridge University Press, 1973).

Los editores piden disculpas por cualquier error u omisión que pueda haber en esta lista y agradecerían se les informara sobre cualquier corrección que debiera introducirse en la próxima edición o reimpresión del libro.

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene una panorámica de la historia europea comprendida aproximadamente entre los años 1320 y 1450. Comienza en el momento en que las instituciones «medievales» están en la cumbre de su desarrollo. En 1320 está próxima la cima de la expansión demográfica medieval. Uno de los más poderosos papas medievales, Juan XXII, regía la Iglesia europea desde Aviñón. Los ejércitos de caballeros nobles dominaban aún, si bien no de manera incontestada (los ciudadanos flamencos ganaron una famosa victoria contra uno de ellos en Courtrai, en 1302). Se estaban construyendo grandes catedrales, como la de Reims y la de Ely. Cuando el libro termina, en 1450, muchas formas de vida características de la Edad Media –el control papal de la Iglesia europea, el arte gótico, la guerra caballeresca, por ejemplo– están en decadencia. Movimientos que asociamos con el «Renacimiento» y la «Reforma», como la arquitectura neoclásica italiana, la aparición de la imprenta, los viajes de exploración en el Atlántico y la rebelión husita contra la Iglesia están en pleno auge. Trata este libro, de manera muy general, de la transición de la Europa «medieval» a la Europa «renacentista». Aunque, forzosamente, estas descripciones de periodos son muy impresionistas, transmiten con utilidad, siempre y cuando no se las tome muy literalmente, algo del carácter de una civilización.

Necesariamente la elección de temas a tratar, entre los incluidos en este periodo, tiene que ser limitada. El fin propuesto es considerar la historia de Europa desde dos ángulos principales. Primero, describir las líneas generales de la historia política, los principales acontecimientos en las relaciones entre las potencias políticas más relevantes. Esto no puede hacerse en una sola narración porque los reyes y príncipes de la Europa medieval no pertenecían a un único «concierto» diplomático como las potencias europeas de

1914. Hay que dividir el continente en diferentes áreas, cada una de las cuales, aunque se superponen y coinciden, tiene un alto grado de autonomía. La política de la península ibérica, por ejemplo, englobaba a un grupo de potencias diferente al de la política de la Europa noroccidental, aunque estaban conectadas; el rey de Francia estaba envuelto en ambas, mientras que el conde de Flandes no. El segundo fin principal será describir de manera muy amplia alguno de los cambios de la estructura social y de las ideas. Esto también es difícil de hacer a escala europea. Como es obvio, para que el tema resulte manejable lo sensato es concentrarse en las áreas en que se produjeron las manifestaciones de civilización mejor conocidas y más fascinantes, es decir, Italia y Europa noroccidental. Pero la parte más interesante de la historia europea no la constituyen los archivos políticos de sus diferentes Estados por separado o la condición social de cada sociedad, sino la interacción entre política, sociedad e ideas a través del continente. Quizá la mejor manera de introducir al lector en el periodo es explicar sucintamente, desde este punto de vista y en términos muy generales, cómo era la Europa del siglo XIV.

La cristiandad latina de principios del XIV ocupaba aproximadamente la extensión de la Europa actual, exceptuando los Balcanes. Constituía, sin lugar a dudas, una sola civilización. Un hombre culto podía viajar de Sicilia a Escocia hablando con sus iguales en latín, visitando casas de las mismas órdenes religiosas que aceptaban incontestablemente la autoridad del papa de Roma, hallando abogados que practicaban el mismo derecho eclesiástico y reconocían los mismos títulos concedidos por sus colegas en remotas universidades, con licencia del mismo papa. En muchos países se podían encontrar seglares que aplicaban el mismo derecho civil heredado del Imperio romano y nobles que habían sido educados en códigos similares de comportamiento militar y habían oído versiones locales de los romances caba-

llerescos franceses. Esta unidad reconocible no era el resultado de una unidad política: por el contrario, la Europa occidental estaba extraordinariamente dividida. Existía el título de emperador romano, pero el que lo ostentaba era generalmente un príncipe germano, cuyas pretensiones políticas resultaban de escaso interés para la mayoría de los europeos. Desde el primitivo Imperio de Carlomagno en el siglo IX, Europa había evitado la atrofia de un gobierno universal. La condición política normal de gran parte del continente era una fragmentación de la autoridad rayana en la anarquía. Su historia política es una madeja de conflictos irrelevantes, donde resulta difícil desenredar los acontecimientos más significativos, obligadamente simplificados en las páginas de este libro de una manera que incluso puede resultar engañosa. Lo que distinguía a la cristiandad latina era la uniformidad de su cultura, que dependía principalmente de la Iglesia. El reconocimiento general de la autoridad del papa era el factor más evidente de la unidad de «Europa». Había conducido a la difusión de tipos semejantes de organización de iglesias y monasterios, y no solo de edificios, sino también de maneras de pensar. La uniformidad de la cultura había sido también promovida por las energías expansionistas de nobles y caballeros del norte de Francia y de mercaderes de las ciudades italianas, que habían difundido sus costumbres por amplias zonas del mundo latino.

En 1300 la Europa occidental era ya, con mucho, probablemente la zona más rica del universo, si la riqueza se mide en relación a la densidad demográfica. La mayor parte de la riqueza se concentraba en una banda que atraviesa el continente desde el sudeste de Inglaterra al norte de Italia, incluyendo el norte de Francia, los Países Bajos y la Renania. En esta región la producción agrícola intensiva había dado lugar a una densa población, a grandes excedentes en la producción, a avanzadas industrias y ciudades. Como resultado

–y esta es una de las más importantes características de su civilización–, la sociedad europea estaba muy diversificada en cuanto a sus estructuras sociales y económicas. Entre las aisladas comunidades campesinas de los Alpes, los ricos y aristocráticos Estados de la isla de Francia y ciudades industriales como Arrás e Ypres, había grandes contrastes de estructura social en distancias espaciales muy pequeñas. En particular, la civilización urbana, con todo lo que implicaba de industria, comercio y gobierno popular, aunque distribuida de manera muy desigual, estaba muy difundida y altamente desarrollada.

La combinación de fragmentación política y diversidad social era crucial. Naturalmente, el aspecto dominante de los europeos era el marco de valores establecido por los nobles y los eclesiásticos propietarios de bienes raíces. A falta de términos mejores, podría describirse como «feudal» o «jerárquico». Pero cuando la autoridad política estaba tan fraccionada, a las comunidades de otros tipos les era posible asegurar su autonomía no solo política, sino también de sus ideas y modos de vida. Observaremos en este libro la interacción tanto entre las potencias políticas como entre las comunidades de diversas clases. La historia europea se hará cada vez más por la interacción entre modos de vida y pensamiento divergentes.

Al principio del siglo XIV la diversidad de Europa empezaba apenas a emerger. Las ciudades flamencas estaban afirmando su independencia respecto al rey de Francia. Había aparecido un pequeño núcleo de comunidades campesinas independientes, que acabaría por constituir la federación suiza. Los primeros sofisticados escritores del mundo urbano italiano estaban trabajando en Florencia y Padua. Estas manifestaciones eran aún de tipo experimental, pues el mundo europeo estaba dominado por el papa, el rey de Francia y otros monarcas; su vida intelectual, por la Univer-

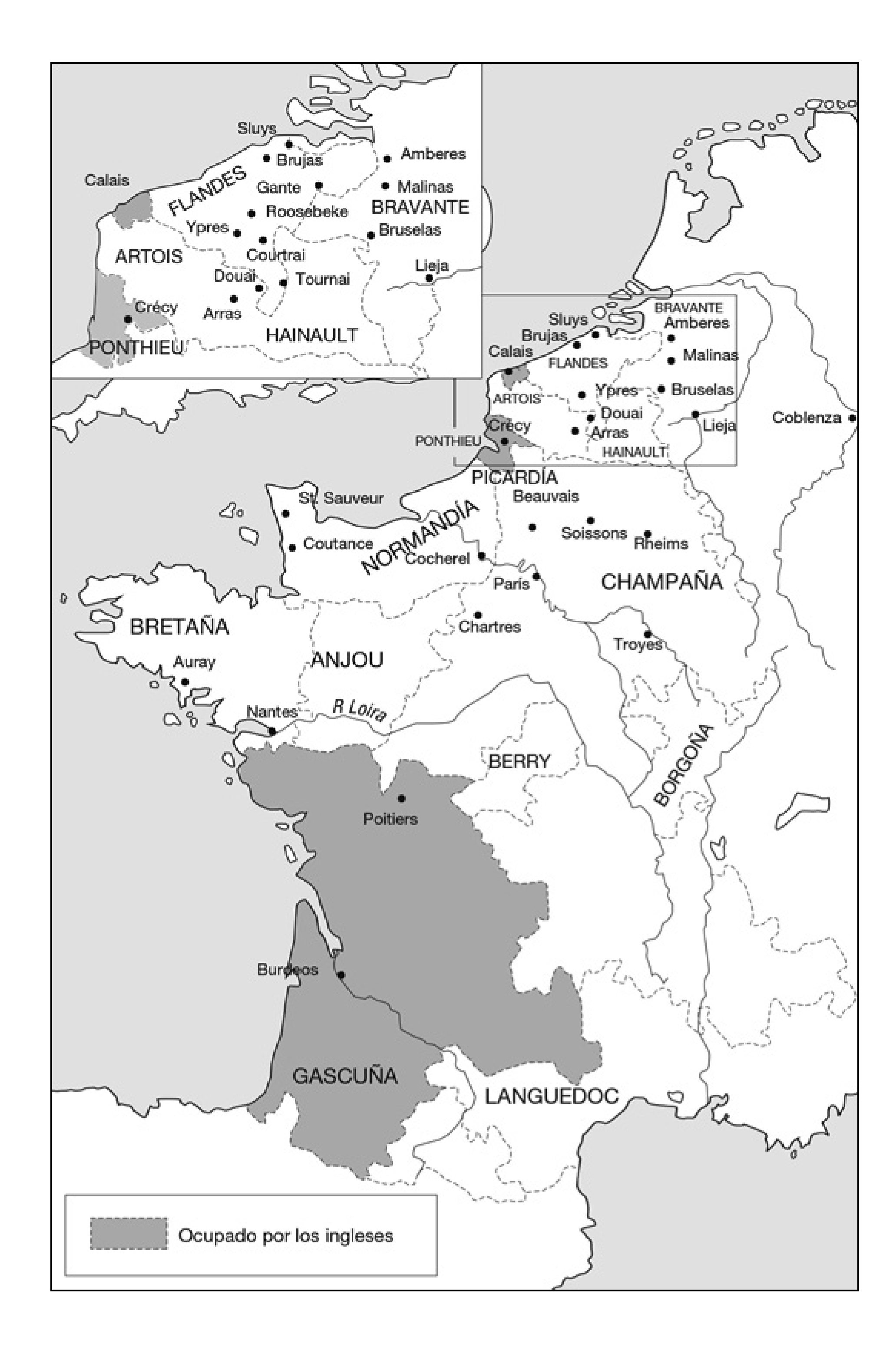
sidad de París; su arte, por el estilo de iglesia gótica, que se había difundido por Europa desde el norte de Francia. La historia social de los próximos cien años fomentaría –como resultó luego– una mayor diversificación de la sociedad al favorecer a las comunidades urbanas y campesinas a expensas de las clases señoriales. La fuerza de esta tendencia no podría haberse sospechado en 1320; estaba causada por decisivos factores económicos, entre los cuales debe sin duda contarse la peste negra, que asoló Europa en 1348-1349, y el descenso general de población, que redujo la riqueza y el poder de los señores territoriales. Los resultados de los cambios económicos se evidenciaron en la situación de Europa durante la primera mitad del siglo XV, cuando ciudadanos y campesinos hicieron valer sus derechos.

Fue durante este periodo –alrededor de 1410-1450– cuando en las ciudades italianas nació una ideología de gobierno republicano en los escritos de Leonardo Bruni y Leon Battista Alberti, cuando en las ciudades flamencas surgió el arte realista, que se asocia con Jan van Eyck y sus seguidores, cuando los husitas bohemios realizaron una reforma nacional, en el curso de la cual las comunidades milenarias de Tábor se convirtieron en una fuerza política, y cuando la ciudad de Venecia llegó a ser uno de los principales poderes europeos. En este tiempo las fuerzas centrífugas en la sociedad europea eran predominantes; amplias zonas de Europa parecían estarse saliendo del marco de la Iglesia y la monarquía que se había construido en la Edad Media. A veces el papado parecía estar al borde de una división irreparable entre papas rivales y bajo el ataque de las iglesias nacionales. Algunas monarquías aparecían permanentemente debilitadas.

Hacia mediados de siglo la situación cambió. Las condiciones de la monarquía comenzaron a mejorar. Príncipes poderosos, algunos de los cuales, como Luis XI de Francia,

Carlos el Temerario, Fernando e Isabel de España, restauraron el poderío de sus reinos, son figuras características de los años finales del siglo XV. Pero estos acontecimientos superan el ámbito de este libro, que tratará principalmente de la crisis del mundo medieval en el largo periodo de descenso demográfico y, paradójicamente, de efervescencia cultural, que se extiende desde 1340, aproximadamente, hasta mediados del siglo siguiente. Los movimientos de este periodo son interesantes en sí mismos, pero sus causas y su significación solo se entienden en un contexto europeo. Ni los humanistas ni las comunidades son comprensibles a menos que se consideren dentro del contexto de las instituciones e ideas contra las cuales se rebelaron. Surgieron cuando y donde lo hicieron por las presiones de modos de vida anteriores, y sus ideas fueron incorporadas al bagaje cultural europeo.

MAPAS


Sluys
Brujas
Amberes
Calais
Gante
Malinas
FLANDES
Roosebeke
BRAVANTE
Ypres
Bruselas
ARTOIS
Courtrai
Lieja
Douai
Tournai
Crécy
Arras
HAINAULT
PONTHIEU
BRAVANTE
Sluys
Amberes
Brujas
Calais
Malinas
FLANDES
ARTOIS
Ypres
Bruselas
Douai
Crécy
Arras
Lieja
Coblenza
PONTHIEU
HAINAULT
PICARDÍA
Beauvais
St. Sauveur
NORMANDÍA
Soissons
Rheims
Coutance
Cocherel
París
CHAMPAÑA
BRETAÑA
Chartres
Auray
ANJOU
Troyes
Nantes
R Loira
BERRY
BORGOÑA
Poitiers
Burdeos
GASCUÑA
LANGUEDOC
Ocupado por los ingleses

Francia después del tratado de Bretigny (1361).

Alemania en 1378.

Los reinos de la península ibérica en la Baja Edad Media.

Italia hacia 1340.

El Levante hacia 1360.

HOLANDA
ZELANDA
BRAVANTE
Amberes
Neuss
Brujas
Gante
Calais
Lieja
Colonia
FLANDES
Bruselas
Azincourt
Tournai
ARTOIS
Arras
PONTHIEU
HAINAULT
PICARDÍA
Tréveris
LUXEMBURGO
Harfleur
Ruan
Caen
París
Estrasburgo
Verneuil
CHAMPAÑA
Nancy
Monthéry
R. Rin
BRETAÑA
Montereau
Troyes
Orleans
FRANCO
Basilea
Dijon
Bourges
BORGOÑA
CONDADO
Nevers
Poitiers
DELFINADO
Burdeos
LANGUEDOC
NAVARRA
CASTILLA
ARAGÓN
Ocupado por Iglaterrra
Borgoña

Francia hacia 1430.

Italia en 1454.

CUADROS

PAPAS

Juan XXII (1316-1334)
Benedicto XII (1334-1342)
Clemente VI (1342-1352)
Inocencio VI (1352-1362)
Urbano V (1362-1370)
Gregorio XI (1370-1378)

Nicolás V (1328-1330)
(anti-Papa)

AVIÑÓN
Clemente VII (1378-1394)
Benedicto XIII (1394-1417)

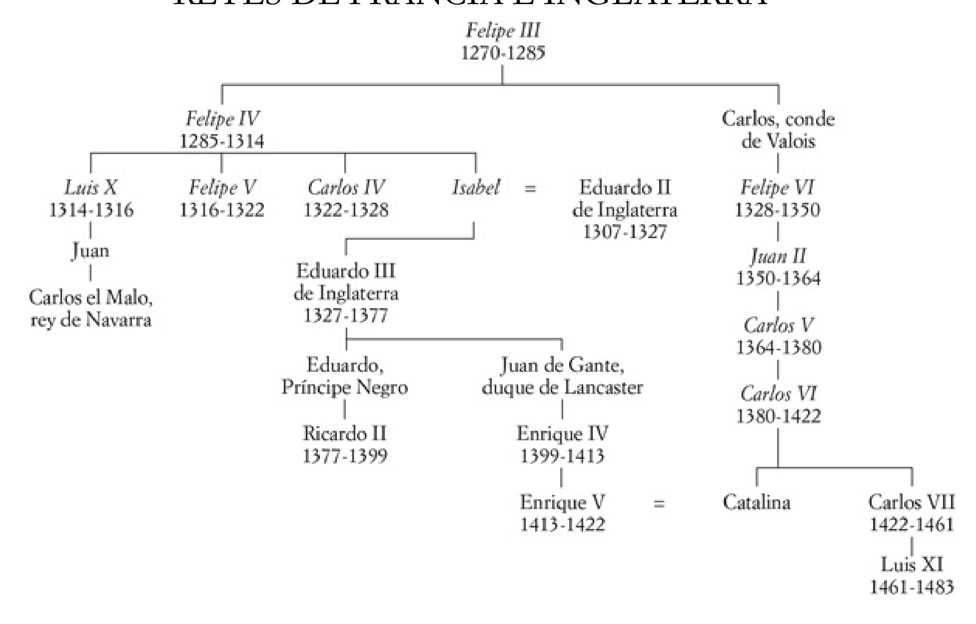
ROMA
Urbano VI (1378-1389)
Bonifacio IX (1389-1404)
Inocencio VII (1404-1406)
Gregorio XII (1406-1415)

PISA
Alejandro V (1409-1410)
Juan XXIII (1410-1415)

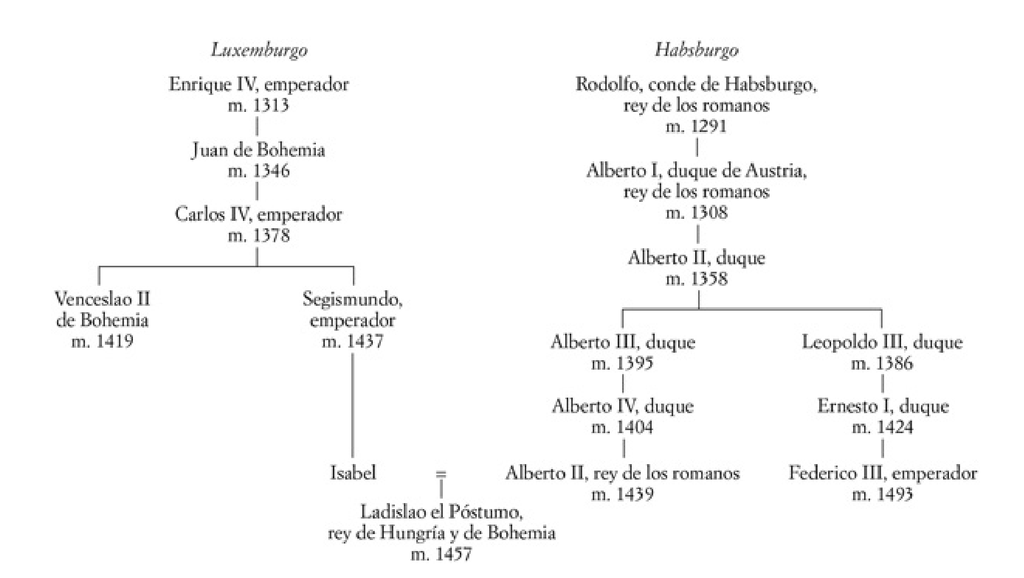
Martín V (1417-1431)
Eugenio IV (1431-1447)
Nicolás V (1447-1455)
Calixto III (1455-1458)
Pío II (1458-1464)

BASILEA
Félix V (1439-1449)

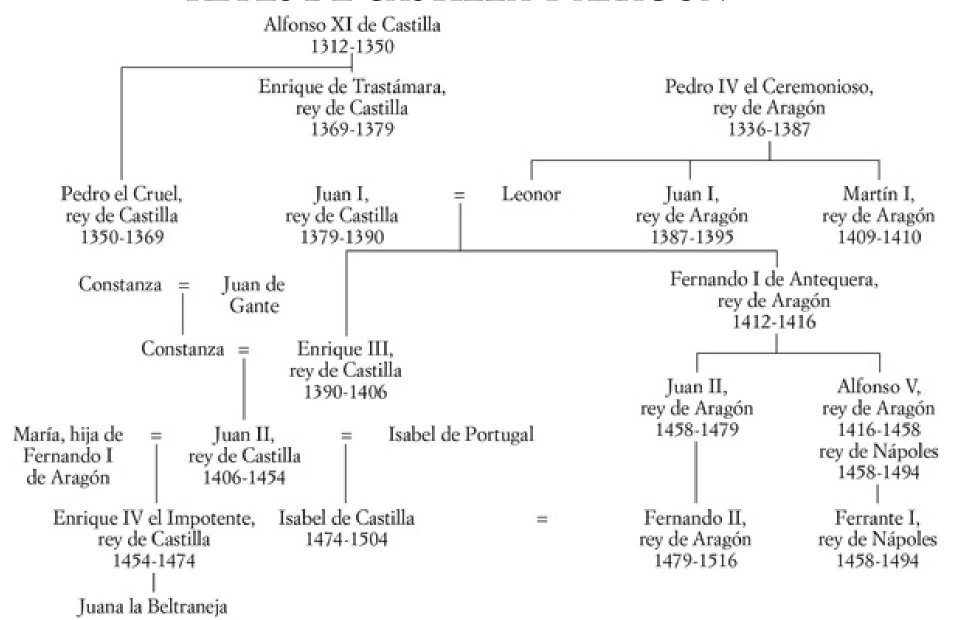
REYES DE FRANCIA E INGLATERRA



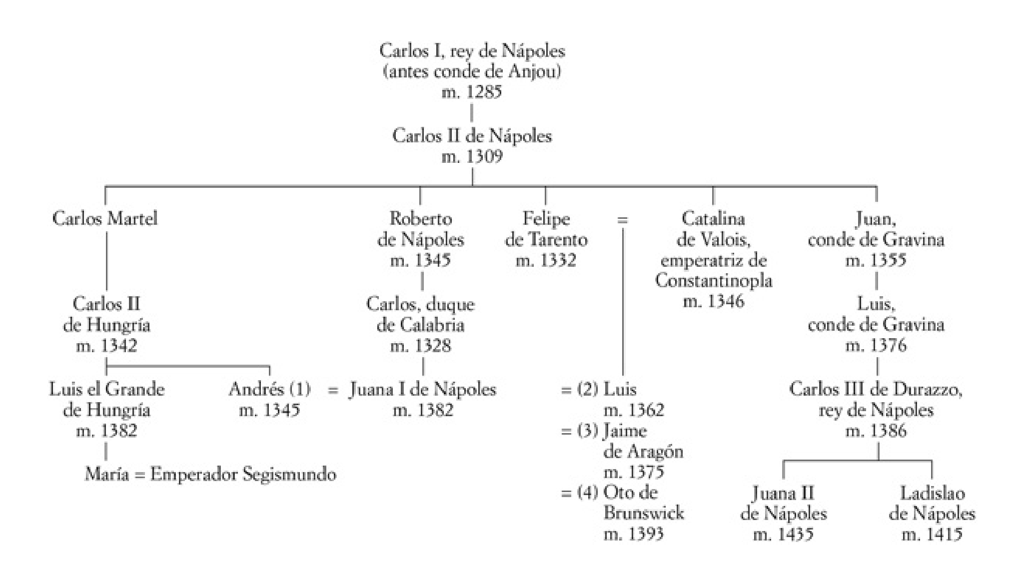
FAMILIAS DE LUXEMBURGO Y HABSBURGO



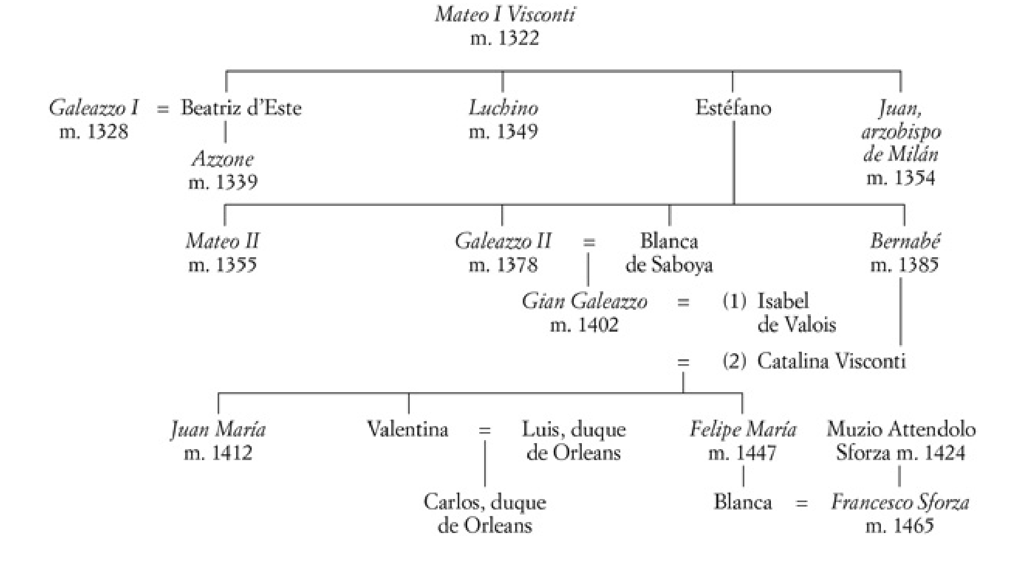
REYES DE CASTILLA Y ARAGÓN



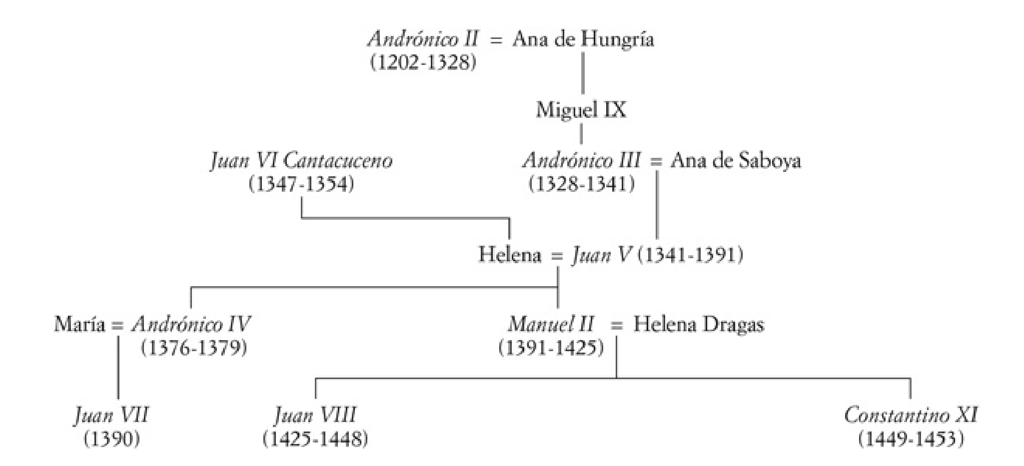
ANGEVINOS DE NÁPOLES Y DE HUNGRÍA



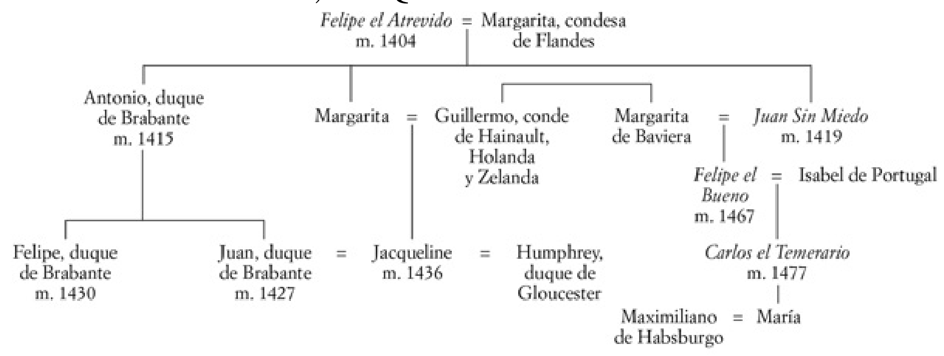
GOBERNADORES DE MILÁN



EMPERADORES BIZANTINOS



VALOIS, DUQUES DE BORGOÑA



I. LA POLÍTICA DE LA EUROPA OCCIDENTAL DURANTE EL SIGLO XIV

LOS PAÍSES BAJOS

En ningún lugar se manifiesta más claramente la fragmentación social y política de Europa que en los Países Bajos. La mayor parte de la Europa noroccidental era, por supuesto, predominantemente agrícola: un mundo de campos de labor y pastos, en el que la riqueza y el poder dependían de los productos de la tierra. Sin embargo, fue en el sur de los Países Bajos donde se dieron los primeros pasos hacia una civilización urbana e industrial. La primera revolución industrial de la historia europea tuvo lugar mucho antes del momento en que este libro empieza. A comienzos del siglo XIV el cinturón de tierra que corresponde a la parte occidental de la Bélgica moderna (Flandes y Brabante) y la esquina del noroeste de Francia (Artois) comprendía un número de ciudades cuyos habitantes vivían de una industria de la lana muy desarrollada. Brujas, Gante e Ypres, en Flandes, Bruselas y Malinas, en Brabante, Douai y Arrás, en Francia, eran algunas de las más importantes. Se calcula que había unos 4.000 tejedores, cuando menos, y sin contar otros gremios relacionados con la industria, en la ciudad de Gante hacia mediados del siglo XIV. La industria a esta escala había conducido a la existencia de importantes capitalistas. Un ejemplo famoso fue Jean Boine Broke, un pañero de Douai, en el sur de Flandes, que vivió a finales del siglo XIII. La documentación recoge que importaba lana, empleaba trabajadores para todas las etapas de la fabricación de paños, poseía una tintorería y vendía los productos acabados. Las ciudades fabricantes de paños, casi todas centros puramente industriales que no habían crecido como tantas ciudades europeas a la sombra de una sede episco-

pal, desarrollaron a gran escala la fisionomía de la ciudad moderna; la riqueza de los comerciantes contrastaba con la relativa pobreza de los numerosos artesanos y jornaleros, para los cuales la campana de la ciudad sonaba al comienzo y al fin de cada jornada. El gobernador de Artois dio permiso en 1355 para que fuera erigido un campanario en Aire-sur-la-Lys en estos términos, que reflejan a la vez la estratificación social y el desarrollo de un sentido del tiempo industrial: «Dado que dicha ciudad está gobernada por el arte de los paños y otras artes que requieren que muchos trabajadores vayan y vengan a trabajar durante el día a ciertas horas, y también que el alcalde y los magistrados y algunos de sus burgueses vayan y vengan al ayuntamiento para imponer justicia de acuerdo con la costumbre varios días por semana, es necesario tener campanas en el campanario que toquen las horas».

Los productos de la industria de las ciudades neerlandesas, en particular paños finos, se difundían por toda Europa. Su riqueza dependía de un comercio de exportación intensivo y también de la importación a gran escala de lana en bruto, principalmente de Inglaterra. A pesar de eso, y contra lo que se pudiera esperar, no dieron lugar a una clase nativa de mercaderes internacionales. En violento contraste con las comunidades comerciales de las ciudades italianas, la industria de los Países Bajos era comercialmente pasiva. Los paños eran llevados a los mercados más lejanos por extranjeros: italianos, franceses y hanseáticos alemanes. Los flamencos no desarrollaron las técnicas de administración y cambio internacionales en que tanto destacaron las ciudades italianas, y, por lo tanto, no causaron un impacto como el de los italianos en la totalidad de Europa. Brujas, que se convirtió en la principal ciudad comercial del norte de Europa porque combinaba una amplia industria de paños con el acceso a un puerto, era un centro comercial para mercaderes extranjeros más que para los autóctonos: la fa-

ma de los diques que mantienen el mar «entre Wissant y Brujas» había llegado a oídos de Dante en Florencia, proporcionándole un símil para uno de los círculos de su *Inferno* (XV, 4-6), sin duda porque los había escuchado describir a los mercaderes florentinos que habían estado allí. Sin embargo, en su propio territorio los flamencos crearon un comienzo de civilización industrial comparable por sus implicaciones sociales a la Italia del Renacimiento, aunque diferente en varios aspectos importantes.

El gobierno de estas ciudades estaba en manos de regidores *(échevins),* que se elegían entre los burgueses más ricos y que generalmente compartían sus poderes con un alguacil representante del conde o duque. A diferencia de las ciudades del norte de Italia, las ciudades flamencas no habían escapado del mundo señorial ni conseguido total independencia. El sur de los Países Bajos era un área de fragmentación política, de pequeños Estados comparables en tamaño a los de Alemania occidental, pero todavía Estados principescos y no ciudades-Estado: los condados de Flandes y Hainault, el ducado de Brabante y el obispado de Lieja, caso notable, como Colonia y Maguncia, en Alemania, de obispado convertido en principado y no únicamente en un distrito eclesiástico. Flandes estaba dentro de la órbita feudal y, hasta cierto punto, política del rey de Francia, de quien el conde era vasallo, y los otros Estados teóricamente dentro de la del rey de Alemania, menos efectiva. Como los otros príncipes de Europa durante el siglo XIII, los de los Países Bajos habían consolidado su jurisdicción sobre la nobleza y las ciudades de su territorio: tenían tribunales, impuestos, administradores. Pero el tamaño y la riqueza desproporcionados de las ciudades de esta región significaban que la política de cada Estado, Flandes en particular, se caracterizaba por una difícil tensión entre autoridad principesca e independencia urbana.

Como en otras partes de la Europa occidental, el siglo XIV fue un periodo crucial para el desarrollo de las instituciones parlamentarias. Con esto queremos decir sistemas de limitación y consulta impuestos a un príncipe no solo por los grandes señores feudales, como en la sociedad de la alta Edad Media, sino por sectores de la población más amplios, como los caballeros de los condados y los burgueses del Parlamento inglés. El poder de estos parlamentos derivaba principalmente de la necesidad de impuestos de los príncipes, para cuya recaudación necesitaban el consentimiento de representantes elegidos por los contribuyentes, pero se extendía a otros aspectos de la vida política.

Uno de los más famosos documentos producidos por estas instituciones, una especie de Carta Magna de la edad parlamentaria posfeudal, fue la *Joyeuse Entrée* (Alegre Entrada) de Brabante. Este documento le fue impuesto a Juana de Brabante, heredera del ducado, cuando se casó con un príncipe extranjero, Venceslao de Luxemburgo, en 1356. Es muy representativo de la preocupación de las clases políticamente importantes de Brabante por mantener la integridad de sus libertades en las peligrosas circunstancias del acceso al trono de un príncipe extranjero. En este documento se estipulaba que el ducado no podría ser dividido, que solo ciudadanos de Brabante podrían ser nombrados para puestos en el gobierno y que el príncipe no podría emprender una guerra o acuñar moneda sin el consentimiento de «la tierra en común», por lo cual se designaba en la práctica a los prelados, la nobleza y las ciudades; los «tres estados», que vendría a decirse en el siglo XV. La *Joyeuse Entrée* fue una expresión característica de la conciencia política de un Estado con una identidad tradicional, el «nacionalismo» político del siglo XIV. La situación de Brabante era bastante típica del noroeste de Europa. En Flandes el equilibrio de clases más ordinario se veía alterado por la preponderancia de las tres grandes ciudades de Brujas,

Gante e Ypres, que, como las *Drie Steden* (Tres Ciudades), o los «Tres Miembros de Flandes», se convirtieron en el esencial contrapeso y rival del poder del conde.

En las ciudades flamencas se daban, a gran escala y en una forma muy desarrollada, fenómenos que se podían encontrar a una escala más reducida en otras ciudades medievales: en primer lugar, el conflicto social en el interior de la sociedad urbana entre los patricios, poseedores de la propiedad, y los trabajadores, empleados y artesanos, y en segundo lugar, el conflicto entre la ciudad y el príncipe. En otras regiones estos conflictos eran pequeños, locales o intermitentes. En Flandes, las ciudades eran tan grandes y sobre ellas recaía tal proporción del peso de la estructura del condado, que dominaban la vida política del Estado. Más aún, Flandes y su industria estaban situados de manera tan estratégica que sus conflictos sociales y urbanos repercutían en la política general de la Europa noroccidental. En realidad, eran ciudades demasiado grandes para el país señorial que las contenía. De 1280 a 1302 hubo una serie de conflictos causados en parte por las divisiones sociales existentes en el interior de las ciudades y en parte por la ambición del rey de Francia de establecer su soberanía feudal de manera más efectiva sobre su débil vecino, el conde de Flandes. Las clases bajas de las ciudades permanecieron leales al conde; los patricios, los *Leliaerts,* como vino a llamárselos por su devoción a la *fleur de lys,* apelaron en su ayuda al rey Felipe IV de Francia (1285-1314), esperando sin duda conseguir, dentro de una estructura monárquica más amplia, mayor independencia republicana para sus ciudades. Este periodo terminó en 1302 con la sorprendente derrota del ejército francés a manos de los trabajadores textiles de Brujas, Gante e Ypres en la batalla de Courtrai. Esta batalla tuvo el efecto de reforzar el poder condal frente al rey de Francia y preservar la independencia de Flandes. Por lo tanto, a principios del siglo XIV Flandes era un país en el que una so-

ciedad industrial y urbana, con estructuras sociales y políticas apropiadas, estaba adquiriendo predominio.

La política interna del Flandes del siglo XIV afectó en momentos críticos, como en los acontecimientos que condujeron a la batalla de Courtrai, a la política general de la Europa occidental y será mencionada como parte de la historia de esta, momento oportuno para hacer notar su significación en la estructura interna del condado. La revuelta general de Flandes en 1322-1328 (véase *infra*) llevó a la deposición temporal del conde Luis de Nevers y al establecimiento efectivo del control del condado por Brujas, Gante e Ypres. Los levantamientos fueron provocados por la acción del conde de conceder derechos judiciales sobre la zona del río Zwin a un pariente suyo. El Zwin era la salida crucial de Brujas hacia el mar y una amenaza de tal calibre resultaba intolerable. Los intereses económicos generales de las grandes ciudades estimulaban en realidad su ambición por extender su autoridad al campo que las rodeaba tanto para asegurar las vías de comunicación como para controlar la competencia de las industrias de paños de las zonas campesinas y pequeñas ciudades que amenazaba a los productores de las ciudades grandes. En los años comprendidos entre 1322 y 1328, en que no hubo un poder condal efectivo, algunas ciudades, especialmente Gante, consolidaron esta autoridad. Aunque los franceses restauraron al conde en 1328, Flandes estaba girando hacia una situación que dividía al condado entre sus tres ciudades principales. El mismo proceso se desarrolló aún más entre los años 1338 y 1347, cuando la intervención inglesa al comienzo de la Guerra de los Cien Años volvió a debilitar la autoridad del conde (véase *infra*). El régimen que estableció el tejedor Jacques van Artevelde en Gante en enero de 1338 llevó una vez más al dominio del condado por las tres ciudades. Estas se dividieron entre ellas el territorio del condado en julio de

1343 y, durante varios años, Flandes fue, de hecho, un Estado gobernado por ciudades republicanas.

Resulta tentador especular acerca de cuán diferente podría haber sido la historia de Europa si este precursor remoto del republicanismo moderno hubiera sobrevivido. No sobrevivió porque la tradición de poder condal –que pasó después de la muerte de Luis de Nevers a un conde mucho más capaz, Luis de Male (1346-1384)– y la influencia de la Corona francesa eran demasiado fuertes. Pero también las condiciones que lo habían causado variaron con el tiempo por cambios más profundos que tuvieron lugar en Flandes. Durante la segunda mitad del siglo la posición política de las oligarquías urbanas mermó por la decadencia de la industria de paños, de modo que la política flamenca se vio más influida por las rivalidades entre las ciudades competidoras y entre los intereses dentro de la industria en decadencia, como, por ejemplo, entre tejedores y bataneros. Jacques van Artevelde, de Gante, el más famoso exponente de las libertades urbanas, era un patricio de pies a cabeza, pero su posición se vio debilitada y, por último, eclipsada, por el conflicto entre los grupos económicos de las ciudades. En general, el siglo XIV fue un periodo de democratización de las constituciones ciudadanas, en las que las clases patricias perdieron poder. Externamente, también la industria urbana de paños perdió su estatuto exclusivo. Otras muchas industrias de paños en otras partes de Europa, como Inglaterra y el Languedoc, florecieron y le quitaron mercado. Las ciudades textiles de Flandes constituyen el primer ejemplo en la Europa moderna de las dificultades de un área industrial que envejece perdiendo el fácil predominio basado en la explotación de un único producto de éxito arrollador y que tiene que pasar por la agonía de la decadencia y la diversificación. A finales del siglo XIV la industria de paños de lana estaba en decadencia, sobre todo en Ypres. El proceso por el cual Arrás, por ejemplo, se hizo famosa por sus

tapices más que por sus paños fue, a largo plazo, el único camino que tuvieron las otras ciudades del mismo territorio para preservar su prosperidad. El poder de los capitanes de la industria se debilitó también, pues en los Países Bajos cada vez se fueron produciendo más paños en las zonas rurales que en las ciudades. Estas tendencias serán relacionadas más tarde con la historia económica general de Europa (véase *infra*). Es suficiente que aquí digamos que en los últimos años del siglo, y especialmente después de la última gran revuelta de las ciudades contra el conde en 1379-1382 (véase *infra*), la riqueza y el poder estuvieron repartidos de manera más equilibrada entre el campo y la ciudad. Pero, aunque se hizo cada vez más difícil imaginar que Flandes pudiera ser regido por las ciudades, los Países Bajos, en general, durante el periodo borgoñón y después, continuaron siendo una zona en la que la sociedad urbana era excepcionalmente importante.

EL REINO DE FRANCIA

En contraste con los Países Bajos, Francia era el ejemplo más sobresaliente de un gran reino centralizado. Hablando en términos generales, la monarquía francesa fue, durante la Baja Edad Media, la más rica y poderosa institución europea. Esta afirmación debe ser matizada, puesto que hubo periodos muy largos, sobre todo alrededor de 1350 y 1420, en que la división política y la invasión inglesa hicieron impotente a la monarquía. Tales periodos de decadencia y confusión política eran inevitables en un país gobernado por un sistema monárquico presidiendo una alta nobleza, enormemente poderosa aún. Los accidentes de nacimiento podían deparar reyes eficaces o ineficaces y duques cooperantes o rebeldes. Mucho dependía de ellos. Pero el papel de la fortuna política no debe desviar demasiado nuestra atención de la estructura subyacente que proporcionó tan inmensa riqueza y poder a los reyes franceses. Aparte de los

periodos mencionados, los territorios de los reyes franceses en el Languedoil (la Francia al norte del Loira, de Normandía a Champaña) y en el Languedoc (la Francia entre Gascuña y el Ródano) contenían zonas rurales más ricas y productivas que las de ningún otro príncipe de Europa y eran, por lo tanto, los más poderosos.

Al sur de los Países Bajos la soberanía feudal del rey de Francia se aceptaba casi en todas partes al oeste del Mosa y del Ródano, además del Delfinado y la Provenza, al este. Pero era una soberanía que variaba grandemente en efectividad de una parte a otra del país. Bretaña era, a efectos prácticos, un ducado independiente, como Flandes era un condado independiente, y continuó siéndolo a lo largo de este periodo. Sus gobernantes reconocían el señorío supremo del rey de Francia, pero regían sus Estados contando muy poco con él. Gascuña, controlada por el rey de Inglaterra, estaba en posición muy similar. Aparte de estas dos regiones, en la mayor parte de Francia había un dominio real, pero la uniformidad del control del rey quedaba rota por grandes sectores en manos de feudatarios. Las zonas bajo el control de estos variaban de vez en cuando, como resultado de las concesiones de tierras y privilegios hechas por los reyes y de la extinción de familias nobles que devolvían al rey sus territorios, pero eran siempre muy considerables. Incluían, por ejemplo, el ducado de Borgoña y el de Borbón, en la Francia oriental, y los dominios de los condes de Armañac y Foix, en el sudoeste. Los reyes tenían la costumbre de conceder grandes feudos a sus hijos, que a veces establecían familias que los heredaban durante generaciones. A mediados del siglo XIV, Juan II creó grandes patrimonios para sus hijos, los duques de Berry y Anjou, que duraron largo tiempo. Los grandes feudatarios franceses poseían importantes extensiones territoriales con poderes mucho más sustanciosos que sus equivalentes en Inglaterra, que casi siempre tenían sus dispersos Estados claramente

subordinados a la poderosa administración real. Sus poderes para recaudar impuestos y administrar justicia les daban una autoridad casi real. Además, los dominios reales habían sido construidos durante los siglos XII y XIII poco a poco, por absorción, de modo que provincias tales como el Languedoc o Normandía tenían un fuerte sentido de su propia identidad, aparte de su lealtad al rey de París. Por lo tanto, Francia debe imaginarse como un país con una complicada geografía política y no como una única e indiferenciada unidad.

El poder práctico del rey sobre el país dependía de dos cosas: su autoridad judicial, administrada en sus tribunales, y su poder para recaudar impuestos con que pagar su Corte y su ejército. La cima del poder judicial era el *parlement* de París, tribunal central que tenía facultad para atender las apelaciones de las provincias y tratar los casos relacionados con el rey. El dominio real estaba dividido en distritos gobernados por *baillis* (bailíos) o *sénéchaux* (mayordomos) que eran los representantes locales del rey, responsables de sus tierras y de la justicia local. Formaban una administración semiprofesional, a menudo con cierta formación legal, y daban a los reyes un poder administrativo real en zonas muy remotas del país.

Aparte del producto de la justicia y de las rentas que recaudaba en su dominio y que constituían su antiguo ingreso «ordinario», el rey había ido exigiendo diversas clases de impuestos «extraordinarios», por medio de los cuales podía recortar la riqueza de sus súbditos más prósperos. El rey tenía derecho a llamar a sus vasallos para prestar servicio militar e hizo uso de ese derecho con frecuencia hasta principios del siglo XV, pero, como todos los otros príncipes europeos, era incapaz de hacer la guerra sin gastar grandes sumas de dinero en soldadas, fin principal de sus peticiones de dinero. Los reyes del siglo XIV cobraban tres clases

principales de impuestos: los impuestos directos, recaudados por casas o fuegos *(fouages),* el impuesto sobre la sal *(gabelle)* y los impuestos indirectos sobre las transacciones comerciales *(aides).* También había periodos en que las nuevas acuñaciones producían sumas considerables, que equivalían a un impuesto comercial. La cumbre de la administración financiera real la constituía la *Chambre des Compres* (Cámara de Cuentas) de París, pero abundaban, además, las instituciones y funcionarios que trataban diversos aspectos de las finanzas: el *Trésor* (Tesoro), para los ingresos ordinarios del dominio real, la *Cour des Aides,* los *Généraux des Finances* y los *Élus* locales (hombres elegidos), que colectaban y distribuían los impuestos periódicos.

Entre las constantes de gobierno durante la primera mitad del siglo XIV en Francia y en otras partes de Europa destacaban las situaciones militares críticas, que impulsaban periódicamente a realizar esfuerzos extraordinarios para conseguir hombres y dinero mediante la obligación general de prestar servicio militar *(arrière-ban),* conmutado por diversas formas de impuestos, requerimientos a la nobleza, tasas directas e indirectas, para pagar cuerpos mercenarios. Gran parte de esta movilización incluía negociaciones con las comunidades. Estas complejas maniobras producían ejércitos –enormes para aquellos tiempos–, probablemente los mayores ejércitos que se habían visto en la Europa medieval. En el momento álgido de la movilización, durante el verano de 1340, justo antes de que el tratado de Esplechin pusiera fin al primer periodo de la Guerra de los Cien Años, se estima (no sobre las bases de la fantasía de los cronistas, sino sobre cuentas dignas de crédito, elaboradas por los funcionarios reales) que Felipe VI tenía alrededor de 19.000 hombres en el Languedoc, de los cuales más de 5.000 eran de caballería; y 25.000, la mayor parte caballeros, en la frontera con Flandes, donde se luchaba principalmente contra los ingleses: 44.000 hombres en total.

En comparación con Inglaterra y algunos de los otros reinos de Europa más unificados, el desarrollo de las asambleas parlamentarias en Francia era extraordinariamente desordenado. Para recaudar impuestos el rey tenía que consultar inevitablemente con la nobleza, la clase media rural, el clero y las ciudades. La mezcla de centralismo y desunión, característica de la estructura política de Francia, hacía que fuera difícil discernir si era preferible negociar separadamente con los contribuyentes de acuerdo con su clase y región o reunirlos en una asamblea única como el Parlamento inglés. Un documento redactado en 1339, cuando Felipe VI tuvo que defender su reino de la invasión de Eduardo III, dice: «… el rey puede obtener dinero… pidiéndoselo a su pueblo alto, medio y bajo, y si tiene una buena razón para hacerlo, lo cual les será explicado. Y el modo de pedírselo es este: el rey deberá convocarlos ante él en París cierto día, como se ha hecho antes. Y, si él no aprueba este procedimiento, deberá hablar primero con los de la ciudad de París, y del *Vicomté* de París, y los de los *bailliages* de Senlis, de Vermandois y de Amiens…», y así continúa citando la totalidad del dominio real. Durante la primera parte del siglo XIV se pueden encontrar todo tipo de asambleas generales y locales. El intento de traer representantes del lejano sur a París se abandonó a mediados de siglo y, cuando eran convocados, los Estados generales se reunían separadamente para el Languedoil y el Languedoc. En otras zonas, las asambleas parlamentarias locales expresaban un fuerte sentimiento de separatismo provincial, como, por ejemplo, los Estados de Artois y Normandía, que se reunieron con frecuencia a finales del siglo XIV. Durante la primera parte de la Guerra de los Cien Años, en el reinado de Felipe VI, que no era una persona con mucha autoridad, pareció crecer el control de los estados locales (como los de Vermandois y Normandía) sobre los impuestos y la capacidad de los Estados Generales para criticar al rey. Fe-

lipe fue severamente criticado por los estados del Languedoil y del Languedoc en 1346 y 1347, por la ineficacia de su gobierno. La fragmentación geográfica de la vida política supone el que no se encuentre en la Francia del siglo XIV el diálogo continuo, aunque intermitente, entre el rey y el Parlamento nacional que tuvo lugar en Inglaterra en aquel tiempo. Sin embargo, hubo periodos, en particular los tiempos críticos después de Poitiers y al final del reinado de Carlos V, en que el descontento político general tenía por centro las reuniones de los estados del Languedoil. Durante el periodo de desastre militar y de guerra civil, entre 1346 y 1358, hubo una marcada tendencia a que la política francesa se centrara en las bastantes frecuentes reuniones de los estados del Languedoil, y pareció que estaba emergiendo una estructura política más «parlamentaria».

Sin embargo, después de este periodo, se invirtieron las tendencias. Tras los desastres políticos y económicos de los reinados de Felipe VI y Juan II vino un gran rey, Carlos V (1364-1380), que no solo reconquistó la mayor parte del territorio francés que había sido perdido, sino que fortaleció la posición constitucional de la monarquía. La dependencia de las actitudes críticas en las asambleas generales cedió el paso a un control central más fuerte por parte de la monarquía. Hasta este periodo, los impuestos se habían recaudado siempre después de obtener algún tipo de consentimiento y sobre las bases de necesidad militar. Por el contrario, Carlos V recaudó los principales impuestos, directos (las *tailles,* que reemplazaron a los *fouages*) e indirectos *(aides),* sin el consentimiento de la mayor parte de su reino, y fue capaz de mantener un ejército permanente de 6.000 hombres, que se incrementaba en tiempos de crisis, logro muy notable desde el punto de vista medieval.

Este Estado francés fue una creación del siglo XIII, una combinación, hasta cierto punto paradójica, de fuerza y de-

bilidad. Hubo, para aquellos tiempos, una burocracia altamente centralizada, responsable ante París, pero también una continuidad de las antiguas unidades políticas que contenía; una inmensa riqueza en potencia, pero un inseguro sistema capaz de movilizarla para uso del rey. Los reyes del siglo XIV mantuvieron a la monarquía intacta a través de los diversos reveses políticos y genealógicos y, a la muerte de Carlos V, en 1380, era probablemente más poderosa de lo que lo había sido nunca.

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS. LA PRIMERA FASE, HASTA 1385

La mayoría de los vecinos del rey de Francia eran gobernantes menores, del tipo del conde de Flandes. Tenía un solo rival importante, el rey de Inglaterra, que era capaz de reunir hombres y dinero a una escala comparable a la suya. Inglaterra era un reino centralizado con un sistema de impuestos muy eficaz. Aunque no era un país tan rico como Francia, podía reunir ejércitos capaces de enfrentarse a los suyos. Su nobleza guerrera prefería en general mirar hacia el este, hacia los ricos pastos de Francia, que hacia Escocia o Irlanda, que ofrecían oportunidades mucho menos atractivas para la guerra. Los reyes y los nobles ingleses tenían una buena base para operar en Francia, puesto que el rey era también duque de Gascuña. La rivalidad entre los reyes de Inglaterra y Francia era la dominante de la política de la Europa noroccidental. En el periodo comprendido entre 1337 y 1453 hubo un cierto número de guerras entre los reyes de Inglaterra y Francia que se recuerdan normalmente como una serie única de conflictos: la Guerra de los Cien Años. Hubo elementos de continuidad en los fines de la guerra que, hasta cierto punto, justifican esta descripción, pero hubo también grandes diferencias entre los diversos estallidos de la guerra. Durante algo más de un siglo, la Francia occidental fue el teatro de guerras intermitentes en-

tre los ejércitos invasores ingleses y los defensores franceses. Esta es una de las características políticas más destacadas de la Baja Edad Media.

El más poderoso de los reyes medievales de Francia, Felipe IV el Hermoso, cuyo gobierno autoritario y su ambicioso ejercicio del poder se asemejaban apropiadamente a los de su contemporáneo el rey Eduardo I de Inglaterra, murió en 1314. Tras su muerte, la dinastía de los Capetos, que había gobernado desde París en una sucesión masculina ininterrumpida desde el siglo X, quedó sin heredero. A Felipe IV le sucedieron por turno sus tres hijos, Luis X (1314-1316), Felipe V (1316-1322) y Carlos IV (1322-1328), todos los cuales vivieron poco y no dejaron hijos. Les sucedió un primo, Felipe VI (1328-1350), que introdujo la dinastía de los Valois, que había de extenderse hasta el final del siglo XVI. Su candidatura no fue enteramente indiscutida, puesto que había otra posible candidata, Juana, hija de Luis X. Su pretensión al trono no fue considerada y se convirtió por matrimonio en reina de Navarra, pero su hijo la reclamaría para sí muchos años más tarde. Más importante fue la hija de Felipe IV, Isabel, que había contraído un matrimonio desgraciado con Eduardo II de Inglaterra. Su hijo Eduardo III, sucesor al trono inglés tras una rebelión maquinada en parte por la misma Isabel en 1327, que condujo al asesinato de Eduardo II, era un posible candidato al trono de Francia si se admitía la sucesión por línea femenina. Su candidatura fue presentada solo a modo de prueba en 1328, porque el gobierno inglés se tambaleaba a consecuencia de una rebelión particularmente dura, y Eduardo III reconoció efectivamente a Felipe VI en un viaje a Amiens en 1329, prestándole homenaje por sus posesiones en Francia. En 1331, cuando el gobierno inglés atravesó otro mal momento tras el golpe de Estado con que acabó la minoría de edad de Eduardo III, este admitió incluso que su homenaje era «ligio», lo que implicaba el deber de prestar ayuda militar al

rey de Francia. Pero la duda acerca de la legitimidad del gobierno de los reyes franceses, creada por esta sucesión incierta, era una cuestión legal del tipo que los políticos medievales podían fácilmente recurrir y utilizar como *casus belli* o para fines propagandísticos. Este iba a ser un factor de primera importancia en la diplomacia de la Europa noroccidental durante más de cien años, y el tema principal a lo largo de la llamada Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra.

Otro tema básico para políticas futuras, pero que aparece más claramente en este periodo (aunque en realidad era ya muy viejo), fue la posesión de Gascuña por parte del rey inglés. Los reyes ingleses habían poseído tierras en la Francia sudoccidental desde el siglo XII. Había habido disputas constantes, en primer lugar, acerca de la extensión geográfica del territorio inglés y, en segundo lugar, acerca de la naturaleza de la relación del rey inglés, como duque de Gascuña, con el rey de Francia, que pretendía soberanía sobre esa zona.

El acuerdo legal, tal como existía a principios del siglo XIV, databa del tratado de París, concluido en 1259, que establecía el derecho del rey de Inglaterra a ciertos territorios en el sudoeste de Francia con tal de que prestase homenaje ligio al rey de Francia. Este acuerdo llevaba consigo los problemas característicos de la transición de jurisdicciones feudales, superpuestas a Estados unificados con una soberanía más sencilla sobre los territorios, que estaba teniendo lugar en Francia desde el siglo XIII; transición extraordinariamente lenta, desordenada e incompleta que fue, sin embargo, rasgo general e inconfundible de la Europa de este periodo. Al rey de Inglaterra le resultaba duro aceptar la posición de vasallo de un rey rival para mantener cierta parte de su territorio, cuando requería en teoría prestar homenaje en persona y ayuda militar a su señor. También le re-

sultaba duro al rey de Francia aceptar la exclusión de su jurisdicción de una parte de su reino. A medida que el siglo XIV avanzaba, la aceptación de la idea de soberanía derivada del Derecho romano, muy difícilmente conciliable con las ideas feudales, se hizo más general. Los reyes franceses querían, naturalmente, controlar Gascuña y las disputas legales proporcionaban no pocas oportunidades de asegurar sus pretensiones. En el territorio interior, desde Burdeos, existía una tierra de nadie entre las jurisdicciones francesa e inglesa donde las administraciones rivales construían *bastides* opuestas y la nobleza podía cambiar sus alianzas según le conviniera de acuerdo con el clima político. La administración de París trataba constantemente de estimular las apelaciones judiciales de Gascuña al *parlement* de París, apelaciones que implicaban un reconocimiento de la soberanía francesa y que los ingleses trataban igualmente de impedir. Esta relación tensa estalló en una guerra menor entre Carlos IV de Francia y Eduardo II de Inglaterra en 1323, a causa de una disputa fronteriza en el Agenais. Eduardo II no había prestado aún homenaje al nuevo rey, que sin duda estaba resentido por ello. Ninguna de las dos partes puso mucho encarnizamiento en el asunto; Eduardo, porque se encontraba en una posición muy insegura en su propio país, y Carlos, sin duda, y aunque en menor grado, por la misma razón. Carlos, sin embargo, llegó a invadir y declarar el ducado de Gascuña unido a la Corona francesa. La guerra de Saint-Sardos indujo a Eduardo II a enviar a su reina, Isabel, con su hijo a Francia, a actuar de mediadora. Esto resultó ser un paso importante en la rebelión contra Eduardo II, pues Isabel regresó del país de su hermano para derrocar a su marido. También firmó un tratado de paz con Carlos en 1327, en el que aceptaba una Gascuña reducida, sin el Agenais, consistente ahora en Burdeos y una faja costera únicamente. Sin embargo, Gascuña continuaba siendo una peligrosa fuente de conflictos. Era de importancia para

los reyes ingleses, puesto que les daba prestigio y oportunidades para expediciones de saqueo en Francia. Los lazos comerciales entre Inglaterra y Burdeos, que proporcionaba la mayoría de la importación de vinos inglesa, eran poderosos. La incertidumbre de la jurisdicción y los tenues lazos tanto con Westminster como con París, hacían de esta zona un campo maravilloso de operaciones para la nobleza local.

Una tercera fuente de conflictos en el teatro de la Europa noroccidental era la relación entre Francia y Flandes. Sobre el conde de Flandes, como sobre el duque de Gascuña, el rey francés reclamaba una soberanía que era generalmente reconocida; pero en este caso se encontraba ante un Estado inmensamente rico, que tenía una vida autónoma política y económica. El bocado era demasiado grande para que Francia se lo tragara. El mismo Felipe IV había sufrido su más humillante derrota ante los flamencos en Courtrai en 1302. En un acuerdo con el conde Roberto de Béthune, en 1320, Felipe V admitió que no podía absorber la mayor parte de Flandes en el dominio real. El conde Luis de Nevers (1322-1346) mantuvo lazos más estrechos con la corte francesa. Su acceso al trono abrió un periodo en que el conde gobernante no simpatizaría con las actitudes políticas de algunas de sus ciudades más importantes, que eran los suficientemente poderosas como para mantener un línea independiente. Luis contaba con el apoyo de la mayoría de la nobleza y de Gante, mientras que Brujas e Ypres le eran hostiles. Fue capturado por el pueblo de Brujas y forzado a abdicar del condado en favor de su candidato, un pariente y rival llamado Roberto de Cassel. Cuando consiguió escapar, se volvió naturalmente hacia Francia en busca de ayuda. Su derrocamiento político coincidió con una revolución social en el campo, en el oeste de Flandes: una de las revoluciones sociales más importantes de la Europa del siglo XIV. Parece haber sido un movimiento de los campesinos ricos en contra de la nobleza local, encabezado por un cam-

pesino llamado Nicolás Zannekin y favorecido por las ciudades de Brujas e Ypres. Los trastornos sociales resultaron estar hondamente enraizados y tener larga vida. Terminaron únicamente cuando Felipe VI de Francia condujo un ejército contra los insurgentes, en 1328. El ejército francés se enfrentó a las fuerzas populares flamencas en la batalla de Cassel y las derrotó definitivamente. El burgomaestre de Brujas fue ahorcado en París. Luis de Nevers fue, pues, repuesto en el gobierno de Flandes por la ayuda francesa. Sin embargo, por razones propias de inestabilidad política, basada en divisiones internas políticas y económicas, Flandes continuó siendo una mezcla volátil.

Las fronteras entre el territorio inglés y el francés en Gascuña nunca se establecieron de manera precisa en las detalladas negociaciones jurídicas que continuaron a través de la década de 1330, hasta que Gascuña proporcionó la ocasión inmediata para el estallido de los conflictos de la Guerra de los Cien Años en 1337. El desarrollo de la hostilidad anglofrancesa fue estimulado principalmente por otras razones: por la ayuda francesa a la Escocia independiente, que Eduardo III estaba tratando de subyugar, y por Roberto de Artois. Roberto era un cuñado de Felipe VI que se había peleado con él y refugiado en la corte de Eduardo III, y se pensaba que estaba persuadiendo a este a que reclamara el trono de Felipe. Estas causas de enemistad produjeron un deterioro de las relaciones anglofrancesas, a diferencia de las actitudes bastante amistosas que existían al comienzo de los dos reinados. De 1331 a 1336 la posibilidad de una cruzada patrocinada por el papa fue una distracción de este conflicto, pero tanto Felipe VI, que utilizó el dinero de la cruzada para prepararse ante una posible guerra contra Inglaterra, como el papa Benedicto XII, que no quería una cruzada a menos que los reyes occidentales se unieran tras ella, solo creían a medias en el proyecto que fue abandona-

do a partir de 1336. En 1337, Felipe ordenó que se tomara Gascuña y Eduardo reclamó la Corona francesa.

La enemistad intermitente de Inglaterra hacia Francia había de ser un factor mucho más dominante en la política europea del siglo siguiente de lo que había sido antes. Parece difícil evitar la conclusión de que la razón principal de esto fue la nueva pretensión de Inglaterra al trono de Francia, que vino a convertirse en una obsesión política semejante a la tradicional pretensión germánica a Italia como parte de un quimérico Sacro Imperio Romano. De manera paralela, los exuberantes pastos de Francia se convirtieron en coto de caza para la predadora nobleza inglesa procedente de un país más austero y norteño que los encontraba gratificantes y, por tanto, irresistibles.

Sin embargo, esto no tuvo lugar hasta después de que Eduardo III les hubiera mostrado los atractivos de Francia. Ambos países no estaban igualados: Francia era mayor y más rica y los recursos de sus reyes eran siempre potencialmente superiores. Excepto en Gascuña o en la reconquista de otros territorios, los reyes de Francia eran en general defensores que movilizaban un inerte sistema militar. El triunfo inglés dependía de la debilidad francesa. Una Francia unida tenía poco que temer, pero la tendencia de Francia en los siglos XIV y XV a desmoronarse políticamente ofrecía espléndidas oportunidades de invasión, y hubo algunos periodos de tremendo desorden.

Antes de sumergirnos en los acontecimientos de la Guerra de los Cien Años, valdría la pena detenerse un momento a examinar la naturaleza de la guerra en el siglo XIV y su lugar en la vida. Los reyes franceses de este periodo eran capaces de movilizar ejércitos muy numerosos. Esto no debe conducirnos a imaginar el ejército bajomedieval como una organización subordinada a los fines de un Estado, al igual que un ejército moderno. Para gran parte de la noble-

za francesa, como para la de todos los países europeos, la práctica de la guerra no era únicamente una profesión o un arte, sino un modo de vida y el principal medio de conseguir respeto y gloria. Para comprender la sociedad medieval es importante hacerse cargo de que la guerra era una actividad más normal y más individualista que en los Estados modernos, una actividad en la cual el guerrero luchaba por su propia promoción y realización personal tanto como por la causa de su príncipe o comandante. Un caballero borgoñón (muerto en la batalla de Poitiers), que escribió un tratado sobre el tema a mediados del siglo XIV, dividía los «hechos de armas» en cierto número de tipos agrupados en diversas clases de lucha: justas entre individuos, torneos entre grupos de hombres, guerra local en defensa de la propiedad de un hombre o de la de su señor, aventuras en las cruzadas, servicio en las compañías mercenarias de Italia. Esta clasificación choca con las novelas de caballerías, pero no era en absoluto anacrónica en el siglo XIV; numerosos señores franceses habían participado en todos estos tipos de lucha. Luchar por el rey no era sino uno de los diversos tipos de guerra. Las presunciones individuales se ejemplifican en las costumbres relativas al rescate: los soldados que capturaban caballeros del otro bando negociaban con ellos los rescates; el comandante tomaba un porcentaje del rescate, pero esencialmente era un asunto personal entre el prisionero y el que lo había capturado. La política y la guerra de los «Estados» estaban, por lo tanto, entremezcladas con las carreras personales de los soldados como individuos. En 1351 las fechorías inglesas en Bretaña llevaron a un caballero francés a desafiar a uno de los jefes ingleses a una lucha en la que cada uno de ellos había de ser acompañado únicamente por treinta de sus compañeros. La «batalla de los treinta ingleses y los treinta bretones» se llevó a cabo con grandes bajas, incluyendo siete muertos en el lado inglés. Cuando el conde de Pembroke fue capturado por los caste-

llanos en la batalla naval de La Rochela, en 1372, fue encarcelado en Castilla. Algún tiempo después, el gran comandante francés Bertrand du Guesclin se lo compró al rey de Castilla y quedó en liberarlo a cambio de una considerable suma de dinero que había de ser pagada por sus parientes y amigos de Inglaterra. El conde era por estas fechas un hombre muy enfermo y el trato era que Du Guesclin conseguiría su rescate si entregaba al prisionero a los ingleses en Calais, vivo, en una cierta fecha. Du Guesclin pretendió más tarde que los ingleses habían enviado tropas desde Calais que entorpecieron deliberadamente las últimas etapas del camino. En cualquier caso, el conde murió a pocos kilómetros. Es difícil saber si Du Guesclin se encargó del rescate del conde como negocio financiero o por simpatía hacia un noble enfermo, pero, en cualquier caso, consideraciones de este tipo desempeñaron un papel tan importante en la guerra como la más abstracta política de los reyes. Desde el punto de vista de los soldados, la función principal de la monarquía era proporcionar un punto de reunión y, mediante su poder de recaudar impuestos, las bases económicas del ejército. Es difícil a menudo discernir qué guerra llevaba a cabo un señor, si la del rey o la suya propia.

Cualesquiera que fueran las justificaciones formales de la guerra entre los reyes de Inglaterra y Francia, hubo un importante elemento de saqueo en la mayor parte de las fases de la Guerra de los Cien Años, que era, por un lado, resultado de la dificultad de mantener un ejército aprovisionado de alimentos y salarios y, por otro, resultado de la rapacidad individual de los soldados, que esperaban hacer fortuna en la guerra. Jean Froissart, el famoso cronista de Hainault, describiendo los conflictos anglofranceses del siglo XIV con un interés romántico centrado principalmente en los hechos de armas, recoge esta realista descripción del ejército inglés marchando a través de Normandía en 1346, durante la campaña que culminó en la batalla de Crécy:

Ya habéis oído hablar antes del orden de marcha de los ingleses, de cómo cabalgaron en tres batallas, los mariscales a la derecha y a la izquierda, y el rey y el príncipe de Gales, su hijo, en el medio. Os dije que el rey cabalgaba en etapas cortas. Cada día fijaban el campamento entre mediodía y la hora tercia. Encontraron el campo tan fructífero y bien provisto de alimentos de todas clases que no necesitaron proveerse sino de vino e incluso de esto encontraron una razonable cantidad. No es de extrañar que las gentes del campo estuvieran asustadas, pues nunca habían visto antes nada de la guerra o la batalla. Por ello huían ante los ingleses apenas les oían, dejando llenas sus casas y graneros, pues no tenían medios de salvarse o protegerse. El rey y el príncipe conducían a alrededor de 3.000 hombres en armas, 6.000 arqueros y 10.000 soldados de infantería, sin contar los que tenían los mariscales.

Así el rey continuó cabalgando como he descrito, quemando y devastando el campo sin romper su orden de marcha. No se desvió hacia la ciudad de Coutances, sino que se dirigió hacia la gran ciudad de Saint-Lo en Cotentin, que en aquel tiempo era muy rica y estaba dedicada al comercio y valía tres veces más que Coutances. Esta ciudad de Saint-Lo tenía una gran industria de paños y una profusión de ricos burgueses. Había ocho o nueve mil hombres en la ciudad, burgueses y artesanos. Cuando el rey de Inglaterra se acercó suficientemente acampó en su exterior, no deseando alojarse en la ciudad por miedo al fuego. Así, envió a sus hombres por delante y la ciudad fue inmediatamente tomada con poco esfuerzo, saqueada y devastada de un extremo al otro. Nadie podía creer la gran riqueza que fue tomada allí y la cantidad de buenos paños que se encontraron. Se habrían vendido baratos si hubiera habido alguien a quien vendérselos.

La mayor parte de la lucha consistía en campañas como la descrita en este pasaje, en las cuales los invasores ingleses, como los vikingos del siglo IX, pillaban un país más rico. En otros momentos y en otras zonas la guerra se convirtió en una lucha más localizada e intermitente.

El carácter de la guerra anglofrancesa en esta primera fase, en los años 1337-1340, estaba dictado por la estrategia de Eduardo III, que consistía en establecer una alianza con los Países Bajos y Alemania occidental para atacar a Francia. Los aliados de Eduardo incluían a su suegro, el conde de Hainault, Holanda y Zelanda, y otros gobernantes de los Países Bajos. También se ganó al duque de Brabante, de modo que, con la excepción de Flandes, su apoyo en los Países Bajos era muy completo. Incluso consiguió el favor de Luis de Baviera, el emperador germánico, con quien selló una impresionante alianza en un encuentro personal en Coblenza, en 1338. El conde de Flandes, Luis de Nevers, estaba demasiado vinculado a Francia, pero, en este caso, Eduardo emprendió una adecuada política encaminada a separar al conde de sus súbditos. En 1336 se declaró un embargo de la exportación inglesa de lana a Flandes, en parte causado por la esperanza de alejar a los flamencos de

Francia mediante presiones económicas. En combinación con el resentimiento ampliamente difundido en contra del control francés de las ciudades flamencas y la intervención inglesa, esta medida acabó por causar un considerable efecto. Del movimiento de las ciudades surgió uno de los más famosos caudillos populares flamencos de la Edad Media, Jacques van Artevelde, que llegó a ser capitán de Gante a principios de 1338 y jefe de las otras ciudades productoras de paño. Luis de Nevers no consiguió suprimir dentro de su propio país este otro gobierno, que quedó en el mando cuando él huyó a Francia en febrero de 1339.

La respuesta francesa a estas maniobras fue muy activa en el mar, con expediciones de saqueo a las costas inglesas, pero lenta en tierra. Felipe tuvo que seguir el complicado procedimiento para exprimir dinero y servicio militar de las distintas provincias. Los estados de Normandía, por ejemplo, se resistieron a pagar ningún subsidio. Al final, el triunfo financiero de Felipe fue impresionante. En 1340-1342 tomó la iniciativa de ordenar que se recaudara un impuesto sobre las transacciones comerciales, una *taille* y una *gabelle.* En realidad, todo lo que se requería para contrarrestar los logros brillantes, pero insustanciales, de Eduardo era construir murallas. Eduardo cruzó el canal de la Mancha en 1338 y estableció sus cuarteles en Brabante para invadir Francia. Firmó una estrecha alianza con Artevelde y, en febrero de 1340, pudo asumir el título de rey de Francia en una asamblea celebrada en Gante con amplio apoyo flamenco. El fantasma de una unión de Inglaterra con los Países Bajos, basada en sus economías complementarias y en su hostilidad natural hacia la Corona francesa, se alzó con más fuerza que en ningún otro momento de la Edad Media. Ese mismo año la armada francesa, incluyendo barcos de Castilla y Génova, que estaba reunida frente a la costa flamenca de Sluys, fue gravemente derrotada por los ingleses –la peor pérdida francesa en esta fase de la guerra–, y

Eduardo avanzó por tierra para intentar sitiar Tournai. Para entonces se había quedado sin energías. Sus aliados no le ayudaban con tropas y su dinero estaba exhausto. Francia era un país demasiado grande para tomarse de esta manera. Los dos reyes firmaron, pues, la tregua de Esplechin, que puso fin a la primera fase de la guerra y que también acabó con la estrategia impracticable de una coalición de Inglaterra, los Países Bajos y Renania contra Francia.

La alianza angloflamenca no volvió a revivir con tan estrechos lazos después de 1340, si bien no dejó de tener importancia en ocasiones más adelante. Para esto había dos razones. En primer lugar, Eduardo no tenía recursos para recrear su política de alianza con los Países Bajos y, en segundo lugar, Artevelde no consiguió a la larga mantener su supremacía en Gante y Flandes por las rivalidades de los diversos sectores de la industria de paños. Fue acosado por amenazas de todos los bandos: del conde, de los enemigos de la supremacía de Gante en Flandes y de los enemigos de los tejedores en el interior de Flandes. Tuvo que depender cada vez más de la alianza con Inglaterra, sin el apoyo necesario de sus compatriotas. Murió en 1345 en una revuelta de los trabajadores del paño en Gante. Al año siguiente, Luis de Nevers pereció en una batalla contra los ingleses en Crécy y fue sucedido por el conde Luis de Male, más independiente en su política. Los grandes días del republicanismo flamenco como factor de la política internacional habían terminado.

A partir de 1340, durante más de veinte años, la guerra anglofrancesa dependió no tanto de las alianzas internacionales como de las divisiones de distinto tipo en el interior de la propia Francia. El siguiente episodio fue provocado por una disputa acerca de la sucesión del ducado de Bretaña. El rey Felipe de Francia favorecía la candidatura de su sobrino Carlos de Blois, pero también aspiraba al ducado

su primo Juan de Montfort, quien, habiéndose apoderado de él, marchó a Inglaterra en 1341 y ofreció a Eduardo III el reconocimiento como rey de Francia a cambio de que lo apoyase en Bretaña. Eduardo III acogió de buen grado la oportunidad de una intervención directa en Francia y aceptó con presteza ayudar a Juan. Felipe tomó posesión de Bretaña en nombre de Carlos de Blois y Eduardo III invadió Bretaña en 1342. El conflicto permaneció indeciso y terminó con la tregua de Malestroit en 1343, que dejó Bretaña dividida entre ambos partidos. Eduardo III continuó apoyando la causa de Montfort durante el resto de su vida. Juan de Montfort murió en 1345 y fue sucedido por un joven hijo suyo, educado en la corte inglesa, y que mantuvo su reclamación durante más de medio siglo, ayudado intermitentemente por los ingleses. Durante toda una generación Bretaña permaneció dividida y fue presa de las tropas inglesas. Aunque era una parte de Francia pobre y remota y no estaba estrechamente unida a la Corona, adquirió importancia estratégica y fue, sin duda, una de las regiones que más sufrió los desórdenes de mediados de siglo.

Otra invasión inglesa fue provocada en 1345 por otro hombre enemistado con el rey francés, Godofredo de Harcourt, pretendiente al gran castillo normando de St. Sauveur-le-Vicomte, cerca de Cherburgo. Se dio por supuesto que Harcourt había persuadido a Eduardo de que introdujera un ejército en Normandía. Esta invasión se convirtió en la campaña de Crécy. La intención original pudo haber sido la de ponerse en contacto con otro ejército inglés que estaba operando en Gascuña en 1345-1346 y se había adentrado en dirección al norte, hacia Poitou. En realidad, Eduardo, después de desembarcar en la península de Cherburgo, avanzó en dirección al este hasta Caen, que saqueó, y luego hasta el Sena, amenazando Ruán, capital de Normandía, y probablemente el propio París. Felipe VI actuó de una manera más bien indecisa, permitiendo que Eduardo le enga-

ñara y cruzara el Sena. Un ejército francés considerable empujó a los ingleses hacia el norte y se enfrentó a ellos en Crécy. En contra de toda previsión, el ejército francés sufrió una grave derrota. Eduardo entonces continuó su marcha hacia Calais, que tomó después de un largo sitio sin que el rey de Francia le estorbara. Calais, como puerto en la frontera con Flandes, constituía una base ideal para las exportaciones de lana inglesa y había de continuar en posesión inglesa durante dos siglos.

En 1348 la peste negra barrió Francia. En 1350 murió Felipe VI. Su sucesor, Juan II (1350-1364), un inmoderado e impetuoso devoto de la vida caballeresca, que dejó el gobierno en manos de favoritos de baja extracción mientras él se ocupaba de las fiestas de la Orden de la Estrella que él mismo había fundado, no era competente para gobernar un gran reino. La combinación de desgracias políticas y sociales producida por estos dos acontecimientos, frente a un creciente poder militar inglés, produjo una década de extraordinaria confusión política en la mayor parte de la Francia del norte y del oeste.

Desde un punto de vista político, quizá el elemento más serio en esta situación fue una escisión en el seno de la nobleza francesa que condujo a la guerra civil y, por lo tanto, convirtió a la monarquía francesa en una presa fácil de cobrar. El que se oponía al rey era Carlos el Malo, rey de Navarra, nieto del hijo mayor de Felipe IV, Luis X, por línea femenina y, por lo tanto, como Eduardo III, un posible pretendiente al trono francés. Además de su reino en los Pirineos tenía tierras en Normandía, pero mantenía que los Valois le habían desposeído de otras tierras que le pertenecían por herencia. En 1354 asesinó a un favorito del rey Juan con el pretexto de que la víctima había recibido el ducado de Angulema, que en realidad pertenecía a su madre. Juan temía una alianza de Carlos el Malo con los ingleses, y por

ello reaccionó débilmente y le concedió el Cotentin. Carlos el Malo continuó intrigando con los ingleses, prometiendo reconocer la candidatura de Eduardo III al trono. Juan se doblegó otra vez, pero las relaciones entre ambos reyes continuaron siendo extremadamente hostiles y la nobleza francesa había dividido sus simpatías. Juan dio el paso decisivo al capturar y encarcelar a Carlos el Malo durante un banquete en Ruán en abril de 1356, solo cinco meses antes de la crisis de la batalla de Poitiers. De resultas, el importante ducado de Normandía se alzó contra el rey en un momento en que amenazaba un grave peligro por parte de los ingleses.

La decisiva batalla de Poitiers siguió a algunos años de floja actividad militar. Fue parte de una campaña conducida por el Príncipe Negro, hijo de Eduardo III, desde su base en Burdeos en 1356. Volvía de una marcha bastante afortunada por el interior del valle del Loira, cuando fue sorprendido por el ejército del rey Juan y, de manera probablemente involuntaria, se vio obligado a presentar batalla cerca de Poitiers. El rey Juan fue capturado y conducido a Londres. El reino francés afrontaba un colapso político sin precedentes, postrado ante las armas inglesas y sin caudillo, a la vez. El rey Juan dejó como delegado a su hijo, el inexperto y, al principio, no muy eficaz delfín Carlos, más tarde el rey Carlos V. Carlos el Malo era apoyado por un cierto número de nobles. En estas circunstancias, cada desastre era seguido por otro desastre. Un acontecimiento común dentro de la estructura política de la Baja Edad Media era que en tiempos de poder real inefectivo las divisiones de la nobleza alimentaban una actitud agresiva por parte de las clases medias entre las que se recaudaban los impuestos. En Francia se dio ahora un caso extremo de este esquema. En las circunstancias de falta de mano de obra, como consecuencia de la peste negra, y de descontento por la ineficacia del gobierno de Juan II, los estados del Languedoil habían

resultado ya difíciles de controlar. En su asamblea en 1355 habían insistido en que el dinero de los impuestos que ellos pagaban debería ser recaudado y distribuido a las tropas por sus oficiales, no por los del rey. La asamblea de los estados que siguió a Poitiers explotó la situación del rey. Las críticas parlamentarias a la Corona fueron encabezadas por un mercader parisino llamado Étienne Marcel y por Robert le Coq, obispo de Laon y partidario de Carlos el Malo. Exigieron una drástica reducción de los impuestos, una depuración de la administración supuestamente derrochadora y un consejo parlamentario continuo que cuidara de que las reformas se llevaran a cabo. Los reformadores simpatizaban con Carlos el Malo y hubo una alianza natural entre ellos y el partido del rey de Navarra. Los mercaderes parisinos estaban tras los reformadores. La reunión siguiente de los Estados Generales en 1357 dio lugar a una *Grande Ordonnance* reformadora que otra vez habría de introducir el gobierno por medio de un consejo y fijar reuniones regulares de los estados y el control por ellos de la guerra, la paz y la acuñación de moneda. El gobierno del delfín se vio paralizado por esta oposición combinada de nobleza pronavarra, Estados Generales y burguesía parisina insurgente. A finales de 1357 Carlos el Malo fue puesto en libertad. Él y sus partidarios controlaban Normandía y amenazaban con controlar París. El delfín se vio obligado a comienzos de 1358 a abandonar París e intentar reunir una asamblea de los estados que le fuera más propicia lejos de la capital, en Compiègne. El desastre final fue la revuelta de los campesinos al norte de París, en la región de Beauvais y Soissons, que estalló ese mismo año, la *jacquerie.* Esto acabó por dividir la oposición a la Corona. Marcel y sus parisinos trataron de aliarse con los campesinos rebeldes, cosa que no hizo Carlos el Malo. La revuelta fracasó, Marcel fue asesinado en París y la pesadilla de la monarquía, o al menos la peor parte de ella, terminó. Después de esto la administración real

procedió a negociar seriamente la paz con los ingleses y también a intentar, al fin con éxito, vencer la amenaza interna navarra. El orden político se encontraba muy deteriorado, con bandas de *routiers* salteando los caminos en varias partes de Francia.

El desmoronamiento de la autoridad real en la Francia occidental en las décadas de 1350 y 1360 produjo un periodo de desorden e inseguridad notables, durante el cual los ciudadanos y los campesinos sufrieron graves daños como consecuencia de las depredaciones de bandas de soldados incontroladas. Froissart describe así la situación posterior a 1360:

> Había muchos hombres de otras naciones que eran grandes capitanes y grandes salteadores y que no tenían el menor deseo de irse; alemanes, brabanzones, flamencos, naturales del Hainault, bretones, gascones y malos franceses a quienes la guerra había empobrecido y que querían compensar sus pérdidas a expensas del reino de Francia. Tales hombres perseveraron en su maldad y perjudicaron grandemente al reino. Aquellos que habían aprendido a pillar y que sabían que no les sería provechoso volver a sus propios países, o que temían volver a causa de los crímenes de que serían acusados, se reunían y escogían nuevos capitanes, eligiendo al peor hombre para el mando, y se echaban a los caminos. Se agruparon así primero en Champaña y Borgoña y reunieron grandes tropas y grandes compañías llamándose a sí mismos los «recién llegados» a causa de que todavía no habían saqueado mucho en el reino de Francia. Así tomaron por sorpresa el castillo de Joinville en Champaña y la gran riqueza que había en su interior, producto de todo lo que se había recogido de los campos circundantes. Se mantuvieron en el castillo por algún tiempo y devastaron toda la tierra de Champaña y los obispados de Verdún, Toul y Langres. Cuando ya habían pillado lo suficiente se marcharon, pero vendieron el castillo de Joinville a la gente de la tierra en 20.000 francos. Luego entraron en Borgoña y allí estuvieron divirtiéndose, descansando y refrescándose, en espera unos de otros; allí cometieron muchas maldades y fechorías porque habían llegado a un acuerdo con ciertos caballeros y señores del campo que les conducían y guiaban. Así se mantuvieron largo tiempo entre Besançon, Dijon y Beaune y saquearon todo aquel país.

Incluso a los señores poderosos les resultaba difícil protegerse. En 1364, por ejemplo, el castillo ducal de Argilly, cerca de Beaune, en Borgoña, fue ocupado por una banda de *routiers.*

En este punto el delfín Carlos se convirtió en la cabeza real del país. En 1359 él y los Estados Generales reunidos en París rechazaron un humillante tratado con Inglaterra que el cautivo rey Juan aparentemente estaba dispuesto a aceptar. Eduardo III respondió con otra invasión en el otoño de 1359. Su recorrido desde el norte de París al interior

de Borgoña y luego por el sur de París hasta Normandía fue impresionante, pero como el ejército francés no ofreció resistencia y se mantuvo apartado de su camino, el ejército inglés no logró ninguna victoria. Las negociaciones en Brétigny, cerca de Chartres, en la primavera de 1360, establecieron las líneas generales de un tratado y, luego, ese mismo año, el rey Juan fue puesto en libertad en Calais. Eduardo III se quedaba con una Gascuña enormemente ampliada, que se extendía desde los Pirineos hasta casi el Loira. El rey Juan tuvo que pagar un enorme rescate. Estas cláusulas del tratado se cumplieron y, a pesar de la fuerte resistencia de la población, los ingleses se apoderaron de sustanciales zonas de Francia. Los acuerdos complementarios del tratado, por los cuales Eduardo III había de renunciar a su pretensión al trono de Francia y el rey Juan a su soberanía sobre Gascuña, que lógicamente habrían tenido el efecto de establecer permanentemente la división de Francia, no fueron mantenidos por ninguna de las dos partes, con lo cual persistieron las bases legales para el conflicto.

El rey Juan murió en 1364 en Inglaterra, a donde había vuelto cautivo, por no poder pagar el rescate. El delfín Carlos, que ahora se convirtió en el rey Carlos V (1364-1380), enigmática mezcla de debilidad física y fuerza política (no era soldado, y los honores militares de su reinado fueron para su famoso condestable Bertrand Du Guesclin), ha sido generalmente considerado uno de los grandes reyes de Francia. Hizo hincapié en el máximo respeto hacia la majestad real dando gran notoriedad, por ejemplo, al poder de curar la escrófula que le había sido conferido desde su coronación, y quizá hizo más que ningún otro rey francés de este periodo por la elevación ideológica de la monarquía. En la práctica, consiguió elevar a la monarquía de la decadencia en que se encontraba a una posición de poder nacional e internacional. La fase siguiente del conflicto duró desde la grave reanudación de la guerra en 1369 hasta 1385,

después de la muerte de Carlos V. Los logros de la monarquía durante aquel periodo fueron muy considerables. No solo se reconquistaron las zonas de Francia que se habían perdido, sino que la larga lucha por Flandes se ganó y este quedó definitivamente absorbido dentro de la órbita de los Valois. Este segundo éxito venía preparándose desde antes de 1369. El último de los condes independientes de Flandes, Luis de Male, no tuvo hijos. Su hija única y heredera, Margarita, era, en 1361, una joven viuda. Reunía en su persona la herencia del condado de Flandes por su padre y la del ducado de Borgoña por su marido. El triunfante Eduardo III quería su mano para uno de sus hijos. Este plan, que habría tenido el efecto de crear un Estado inglés en los Países Bajos, fue evitado por el rey de Francia en connivencia con el papa, quizá el servicio más claro que el papado de Aviñón realizó en favor de la Corona francesa. Urbano V declaró que el matrimonio estaba dentro de los grados de parentesco prohibidos y que, por lo tanto, era ilegal. Esta declaración dejó el campo libre a la diplomacia francesa para persuadir a Luis de Male de que accediera a un matrimonio francés y, en 1369, se acordó el matrimonio de Margarita con el hermano de Carlos V, Felipe el Atrevido. A Luis le quedaban aún algunos años de vida y Flandes tuvo que ser en realidad tomado. La victoria diplomática consistió, sin embargo, en llegar a la creación de una Borgoña de los Valois, una herencia de los Países Bajos gobernada por un príncipe francés durante la mayor parte del siglo, importante alteración en la estructura política de la Europa noroccidental.

Después de la muerte de Juan II en 1364, Carlos había emprendido la ofensiva contra las bases navarras que quedaban con la ayuda de Du Guesclin, que a resultas de esta campaña quedó consagrado como un importante dirigente. Los navarros fueron derrotados en la batalla de Cocherel y sistemáticamente eliminados. Carlos el Malo aceptó un

acuerdo y desde entonces no volvió a desempeñar un papel importante en la política francesa. Por otra parte, en Bretaña, Du Guesclin sufrió un revés en la batalla de Auray en 1364, cuando Juan de Montfort y los ingleses le derrotaron. En el tratado de Guérande, de 1365, Carlos V aceptó como duque a Juan de Montfort.

A finales de la década de 1360, Carlos V había hecho progresos considerables en el fortalecimiento de su posición interna y la consecución de una base financiera para sus ejércitos. Había establecido sobre las provincias del Languedoil un poder suficientemente fuerte como para cobrar los principales impuestos, las *aides,* la *gabelle* y la *taille,* de manera bastante regular y sin tener que recurrir al frustrante procedimiento de los estados. La crisis constitucional de los años 1350 había quedado atrás y Francia tenía ahora una monarquía efectiva; esta era la condición previa esencial para el esfuerzo de revocar el tratado de Brétigny. La oportunidad para emprender la acción fue proporcionada, como había sucedido a menudo en el pasado, por una disputa sobre la soberanía de Gascuña. Eduardo III había establecido a su hijo mayor, el Príncipe Negro, como duque de Aquitania en Burdeos al frente de un subestado, lo cual confería a este un estatuto que le incluía entre el círculo de príncipes europeos. Surgió una disputa entre el Príncipe Negro y dos grandes magnates gascones, los señores de Armañac y Albret, acerca del pago de un impuesto: estos apelaron a Carlos como soberano para solventar la disputa. Este caso resucitó la cuestión del estatuto de Gascuña, que había quedado indefinido en 1361. Carlos decidió en 1368 permitir la apelación al *parlement* de París, estimuló otra serie de pleitos de la misma zona y anunció públicamente que los aceptaba. Convocó al Príncipe Negro a París y, como no se presentó, declaró el ducado confiscado.

Entre 1369 y 1374 fue reconquistada la mayor parte de la Gascuña ampliada de Brétigny. Esto se consiguió no merced a unos cuantos golpes espectaculares, sino gracias al esfuerzo laborioso y sistemático, ganando sucesivamente ciudades y castillos mediante la diplomacia o por la fuerza; fue un esfuerzo muy decisivo. Puesto que Carlos V no se aventuraba en persona en el campo de batalla, la jefatura de las fuerzas francesas estuvo principalmente en manos de su hermano Luis, duque de Anjou, y de Du Guesclin, que había sido nombrado condestable en 1370. De 1369 a 1373, el Poitou fue recobrado por la presión de Du Guesclin y Anjou. Durante esta fase de la guerra, a Francia le había beneficiado considerablemente la alianza con Enrique de Trastámara, rey de Castilla, que aportó una armada considerable, en ocasiones muy efectiva en el golfo de Vizcaya y en el canal de la Mancha. Una de sus mejores hazañas fue la victoria naval de La Rochela en 1372, en la cual fuerzas inglesas enviadas a reforzar la defensa del Poitou fueron destruidas antes de que pudieran llegar a tierra. Aparte de la defensa en Gascuña, los ingleses respondieron con algunas expediciones ambiciosas en el norte de Francia del tipo móvil y destructor que Eduardo III había emprendido en 1359. La más notable de ellas fue la expedición de Juan de Gante en 1373. Tras desembarcar en Calais, marchó dando un rodeo al este de París por Reims y Troyes y la Auvernia hasta Burdeos. Una empresa como esta –destructiva, de la cual no resultaba ninguna conquista territorial, apenas tomando contacto con fuerzas francesas– demostraba las limitaciones del poder real, incluso bajo Carlos V. También ilustra el aspecto primitivo de la guerra, la indulgencia hacia el saqueo por el saqueo a gran escala que configura una parte considerable de las guerras en la Baja Edad Media. En 1373, sin embargo, los franceses consiguieron su propósito de impedir que Juan de Gante se uniera a las fuerzas inglesas que todavía había en Bretaña y Normandía, obstaculizando así la apa-

rentemente inexorable reconquista de Francia que la pondría, al fin, a salvo de tales empresas. Hacia 1375 la presión francesa hacía difícil a los ingleses mantener unos cuantos puntos en Gascuña y sostener al tiempo a Juan de Montfort en las zonas de Bretaña que quedaban bajo su control.

Mientras tanto, bajo los auspicios de un papa seriamente intencionado, Gregorio XI, que esperaba unir a la Europa occidental en una cruzada, se estaban llevando a cabo negociaciones de paz entre ambos bandos en territorio neutral, en Brujas; negociaciones que prosiguieron en 1375-1377, cuando Brujas albergaba a veces una conferencia de paz a gran escala, a la que asistían el duque de Lancaster y el duque de Borgoña y en la que actuaban cardenales como mediadores. Estas conversaciones se rompían continuamente por las dos cuestiones inabordables: la pretensión al trono de Francia y, aún peor, el estatuto de Gascuña. Los negociadores podían llegar a la tregua, pero no a la paz. Las armas francesas eran ahora definitivamente superiores. A Inglaterra no le quedaba sino Calais y una Gascuña limitada a las proporciones que tenía medio siglo atrás, antes de las conquistas inglesas. Una nueva armada francesa inspirada en la castellana dominaba el canal de la Mancha y saqueaba la costa inglesa en 1377. Pero la monarquía tenía todavía problemas considerables que alteraban esta línea ascendente. La cuestión de Bretaña aún no había quedado resuelta. Bretaña había sido reconquistada, pero Carlos V reconocía al duque de Montfort, que durante la mayor parte de su vida había sido un aliado y protegido de los ingleses. En 1378 Carlos decidió confiscar el ducado sobre la base de un delito de lesa majestad por parte de Montfort. Pero los bretones resultaron tener la misma falta de entusiasmo que los flamencos o los gascones por incorporarse al dominio real; Juan de Montfort restableció su control sobre gran parte de Bretaña. En 1380 otra osada expedición inglesa fue enviada a Picardía y el valle del Loira para ayudarlo y la Corona

francesa tuvo que aceptarlo en 1381; Bretaña quedó como un ducado casi independiente unido por débiles lazos al rey. Carlos el Malo de Navarra, cuya hostilidad a los Valois se había difuminado durante estos años, volvió a convertirse en una amenaza en 1378.

Al final de la vida de Carlos V resurgió la oposición a la presión fiscal del rey. Hubo rebeliones menores en 1379 que persuadieron a Carlos a abolir la *taille.* El reinado del rey Carlos VI, que era un muchacho cuando ascendió al trono en 1380, comenzó, por lo tanto, en una atmósfera de desasosiego popular. Hubo estallidos de violencia en París y en otras partes del norte que condujeron a la supresión de los impuestos más o menos regulares de Carlos V y, en 1382, a la rebelión de los *«maillotins»* contra las cargas fiscales (véase *infra*). La nueva debilidad del centro político de Francia se produjo en un momento desafortunado, porque los asuntos de Flandes estaban desembocando en una crisis. En 1380 estalló una nueva rebelión en Gante, el último movimiento de independencia comunal antes de que el condado fuera absorbido por Borgoña. Sus lazos con movimientos más antiguos se vieron simbolizados por la elección de Philippe van Artevelde, hijo de Jacques, como dirigente. Luis de Male perdió el control del condado. Se volvió en busca de ayuda hacia su yerno, Felipe el Atrevido, que estaba deseoso de intervenir, a fin de asegurarse la sucesión a su futura propiedad y de recurrir con este fin al poder militar de la Corona francesa. En 1382 invadió Flandes y derrotó al ejército de Artevelde en Roosebeke. Artevelde y sus aliados naturales, los mercaderes de Londres, intentaron resucitar el antiguo eje angloflamenco con cierto éxito. Una expedición inglesa fue enviada a Flandes en 1383 a guisa de «cruzada», encabezada por el obispo de Norwich: Flandes, como Inglaterra, apoyaba la causa del papa de Roma contra Aviñón en el Gran Cisma recientemente iniciado. Fue un fracaso. Cuando Luis de Male murió, en 1384, Felipe el

Atrevido pudo hacerse con el mando del condado fácilmente y firmar con él la paz en Tournai en 1385.

En el momento de la muerte de Carlos V en 1380, la primera y larga fase de la Guerra de los Cien Años estaba llegando a su fin. Después del fracaso de la cruzada del obispo de Norwich, la lucha se estancó. Carlos V había conseguido invertir las catástrofes de los dos reinos anteriores y devolver a la monarquía francesa la posición que había tenido antes, además de incorporar Flandes de manera más firme a la esfera de influencia francesa. Los ingleses no aceptaron esta situación. Su rey mantuvo su pretensión al trono de Francia y la posición de Gascuña, como la de Calais y Bretaña, continuó siendo anómala. Pero durante el siguiente cuarto de siglo hubo pocas luchas a gran escala.

ALEMANIA Y EL IMPERIO HASTA 1378

Desde el valle del Rin hacia el este, a través de las montañas de la Europa central y hasta el interior de las grandes llanuras orientales, se extendía otra región europea con una compleja vida política propia. Esta parte de Europa estaba en gran medida dominada por pueblos de habla germana. No solo habitaban la parte de Europa que hoy llamamos Alemania; durante el gran periodo de expansión demográfica y colonización, desde el siglo XI al XIV, habían penetrado en gran número en las áreas de Europa oriental habitadas principalmente por pueblos eslavos, ejerciendo una influencia profunda a todos los niveles sobre los asentamientos agrícolas, el comercio, las ciudades y las instituciones políticas. Los campesinos alemanes que se establecieron en las zonas eslavas introdujeron un sistema de derecho de arrendamiento más libre, que vino a ser conocido con el nombre de «derecho alemán». Las ciudades de la Europa oriental tenían constituciones inspiradas en las de las ciudades alemanas. Bohemia y Polonia fueron colonizadas por casas de monjes cistercienses que procedían de los monas-

terios alemanes. Zonas tales como Brandemburgo y Austria habían sido ya totalmente germanizadas. En Bohemia y Moravia la influencia de los alemanes y del modo de vida alemán fue la levadura introducida en una población todavía predominantemente eslava.

La zona de supremacía o influencia germana puede dividirse convenientemente en dos regiones en las cuales predominaban diferentes formas de organización política que, en parte, reflejaban bases sociales muy diferentes. Lo que ahora llamaríamos Alemania occidental –Renania, Suabia, Franconia, Hesse– era una región con una agricultura muy desarrollada y con muchas ciudades, una de las zonas más ricas de Europa. También era una región de extrema fragmentación política. Por todo esto se parecía a los Países Bajos de habla francesa y flamenca con los que limitaba. La unidad política típica de esta zona era el Estado muy pequeño, como el condado de Nassau, por ejemplo, o el «condado Palatino», que se extendía sobre el medio Rin entre Espira y Maguncia, o Colonia, que era un pequeño Estado territorial gobernado por el arzobispo y que incluía una ciudad independiente. El hecho de que ningún poder político importante lograra implantar una autoridad central en Alemania occidental durante la Edad Media había provocado el desarrollo de una complejidad desconcertante de pequeños Estados independientes y de jurisdicciones superpuestas. La situación fue resumida en un comentario de un profesor de Heidelberg en 1408: «Cada noble, por modesta que sea su posición, es rey de su propio territorio; cada ciudad ejerce poderes reales en el interior de su muralla». Este comentario era cierto, aplicado a la misma zona, y un siglo antes.

Hacia el este la geografía política era muy diferente, pues allí había grandes Estados gobernados por príncipes, cuyo carácter constitucional era en muchos aspectos más similar

al de Inglaterra, Francia o la península ibérica. Esta era un área en la que el mundo germano se fundía con el eslavo. Totalmente germanos eran los ducados de Baviera, Austria y la «Marca» de Brandemburgo. Bohemia era un reino en gran medida eslavo, con una nobleza eslava, gobernado hasta 1305 por una monarquía eslava y, a partir de esta fecha y durante la mayor parte del siglo XIV, por príncipes germanos, y muy influido por Alemania y la política alemana. Prusia tenía una de las estructuras políticas más extrañas de la Europa medieval. Durante el siglo XIII había sido conquistada por los caballeros de la Orden Teutónica, que habían sometido a los habitantes eslavos hasta entonces paganos y se habían constituido en oligarquía presidida por el Gran Maestre y apoyada por campesinos inmigrantes y nobles germanos. La mayoría del resto de la Europa central y oriental estaba ocupada por los enormes y vagamente centralizados reinos de Polonia y Hungría.

Desde el siglo XIII en adelante, debe considerarse a Alemania dividida en un cierto número de unidades políticas –excepto en algunas partes de Suabia y Franconia, donde el particularismo había ido tan lejos que es incluso difícil distinguir entre unidades políticas y señoríos–, cada una de las cuales era en la práctica independiente de todo poder exterior a ellas. En Alemania el nombre habitual para tal unidad era *Land.* Consideradas como estructuras políticas, el paralelo más cercano a Inglaterra no es Alemania, sino Baviera o Austria, o el pequeño Estado renano de Jülich-Berg, pues tenían el mismo tipo de independencia jurisdiccional. Como en Inglaterra, la base de la autoridad del rey era su jurisdicción, su control de los organismos más altos de justicia; del mismo modo, en el Imperio, el hombre que tenía el derecho de dictaminar los casos legales en su instancia superior era generalmente el príncipe. Pero el *Land* también implicaba un sentido de comunidad política en su población. La mayor parte de la nobleza de este lado de Europa

era consciente de pertenecer a una tierra u otra, una zona en la que se aceptaba un determinado conjunto de leyes y usos, a pesar de que las áreas geográficas de la jurisdicción total ejercida por un príncipe no serían fáciles de definir con límites netos, a la manera de un mapa político moderno. El teórico político alemán J. Altusio dio una definición de *Land* hacia 1600 que se ciñe perfectamente a la situación del siglo XIV: «Una provincia es lo que contiene muchos distritos rurales, ciudades, castillos y pueblos asociados y unidos bajo la comunión y jurisdicción de una sola ley». En el siglo XIV, en el interior de cada *Land* alemán, había tenido lugar un desarrollo constitucional que era en esencia similar a la evolución de los grandes Estados occidentales como Francia e Inglaterra. Esto quiere decir que en la mayoría de ellos los príncipes habían desarrollado sistemas de impuestos y las asambleas de los «estados» –alta y baja nobleza y ciudades– habían adquirido poderes derivados de la práctica de conceder impuestos. Esto sucedía no solo en grandes Estados como Austria, sino en otros pequeños como Jülich-Berg.

Alemania también contenía una serie de ciudades semiindependientes que, a diferencia de los municipios de Francia e Inglaterra, no habían sido incorporadas a las áreas más extensas de jurisdicción del príncipe. Su tamaño oscilaba desde lugares muy pequeños a grandes ciudades de importancia comercial internacional, tales como Colonia y Estrasburgo, que eran ambas independientes de los Estados controlados por sus arzobispos. Las más independientes de estas ciudades eran denominadas «ciudades imperiales», porque no reconocían ninguna jurisdicción superior entre ellas y el emperador. Fueron un importante factor en la vida política y su importancia creció a lo largo de este periodo.

Alemania incluía las zonas de mayor fragmentación política de Europa. Paradójicamente, los alemanes reconocían,

en cierto sentido, como su soberano a un gobernante cuyo poder era en teoría mayor que el de cualquier otro laico: el sacro emperador romano. No hay cargo en que la distancia entre teoría y realidad haya sido mayor, pero había diferentes niveles de teoría y realidad que deben distinguirse. En el nivel más abstracto, el sacro emperador romano pretendía ser considerado un gobernante universal, el equivalente temporal del papa como cabeza política de toda la cristiandad. Esta concepción no había caducado en absoluto; a Dante le fue posible hacer uso de ella. A un nivel inferior, había una amplia porción de Europa en la cual la soberanía del sacro emperador romano se reconocía de una manera más o menos vaga, en la medida en que podía ser prudente para un gobernante tener un título confirmado por él. Esta zona incluía a Italia, con su límite meridional en Roma, el total de la moderna Alemania y Suiza, la mayor parte de los Países Bajos (sin Flandes), Prusia, Silesia, Bohemia y Austria. Descendiendo todavía más hacia las realidades cotidianas del poder, se pueden discernir algunos derechos específicos y generalmente aceptados que el emperador tenía en Alemania, pero no en Italia. Existían algunos deberes financieros hacia él, en particular por parte de las «ciudades imperiales». Había unos cuantos tribunales y jurisdicciones, sobre todo en la Alemania del sudoeste. Existía el poder de convocar el *Reichstag,* asamblea de los príncipes y ciudades del Imperio, en la cual se podían resolver disputas y quizá recoger fondos para mantener un ejército. También funcionaba el derecho general del señorío feudal, que daba al emperador alguna influencia –que podía ser útil políticamente– sobre la disposición de Estados y propiedades territoriales, especialmente en caso de que no hubiera descendencia masculina. No eran estos derechos insignificantes; podían ser importantes adiciones al poder que le procuraba al ocupante del trono imperial la posesión de sus propios territorios.

El título de sacro emperador romano solo se podía obtener yendo a Roma y recibiendo allí la corona de manos del papa. Esta costumbre, generalmente aceptada, ayudaba a perpetuar todavía en el siglo XIV aquella concepción de una división del mundo entre dos potentes poderes, espiritual y temporal, que venía de los días de Constantino y Carlomagno. Y, todavía en el siglo XIV, tal concepción ejercía su influencia como incentivo y justificación de la intervención de los príncipes alemanes en Italia. Hasta que había hecho su viaje a Roma, el emperador en potencia era únicamente «rey de los romanos», lo cual significaba, en realidad, rey de Alemania. Como cargo político, la monarquía alemana suponía poco más que la presidencia de una vaga confederación de Estados, en su mayor parte independientes. También tenía la desventaja de que era una monarquía electiva. Los electores eran cuatro potencias renanas (los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris y el conde palatino) y tres gobernantes orientales (el elector de Sajonia, el margrave de Brandemburgo y el rey de Bohemia). Evidentemente, el principio electoral hacía muy insegura la posición del rey o del emperador, pues a este no le era fácil conseguir la sucesión dentro de su propia familia. Se podía dar el caso de que estuviera en desacuerdo con los electores hasta el punto de verse amenazado con la deposición y un rey rival, o de que las divisiones entre los electores dieran lugar a dos candidatos. Más tarde, en el siglo XV, la Corona imperial llegó a convertirse prácticamente en la propiedad de dos casas, primero la de Luxemburgo y, tras su extinción, la de Habsburgo. Sin embargo, en el siglo XIV la descendencia estaba siempre en duda; la capacidad de decisión de los electores era real y tendían a temer a los reyes demasiado poderosos, con lo cual operaba un sistema de equilibrio de poder en las elecciones imperiales.

En el otro extremo de la grandeza imperial de la monarquía alemana, el Imperio contenía también una pequeña

unidad política que puede describirse, sin excesiva distorsión, como un Estado campesino. Era este la confederación de los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden, el núcleo de la Suiza moderna. La confederación suiza databa del siglo XIII. Se trataba de una región en la que la autoridad política era generalmente débil. Los propios cantones constituían un área de agricultura dispersa donde la autoridad señorial era también débil, de modo que había un gran número de campesinos sustancialmente independientes. La familia de los Habsburgo constituía la nobleza más importante de la región a finales del siglo XIII y, a medida que su poder fue creciendo, la confederación pasó a ser una liga para defenderse de ellos. En 1315 Leopoldo de Habsburgo atacó a la confederación con un ejército feudal. Fue derrotado por el ejército campesino en Morgarten, acontecimiento de importancia simbólica en la historia social de Europa comparable a la derrota de Felipe IV frente a los ciudadanos flamencos en Courtrai. En 1332 se unió a la confederación la primera ciudad, Lucerna, una ciudad de los Habsburgo que buscaba un refugio frente a su señor. La siguiente ciudad en adherirse en 1351 era más notable: Zúrich, una ciudad imperial y el mayor centro industrial de la región, llevada a la confederación por una facción interna opuesta a otra facción que estaba apoyada por los Habsburgo. En 1353 Berna, también ciudad imperial, encontró conveniente establecer una alianza, menos estrecha, con los cantones. Por lo tanto, a partir de mediados del siglo XIV la confederación suiza abarcaba una región considerable, organizada de acuerdo con los intereses de los campesinos y ciudadanos, no de los señores, y enfrentada a las potencias en crecimiento que controlaban las tierras a su alrededor: los Habsburgo, Borgoña, Saboya y Milán.

Otra confederación que se desarrolló durante el siglo XIV fue la Hansa. La Hansa fue primeramente una organización de las ciudades costeras del norte de Alemania: Bre-

men, Lübeck, Wismar, Danzig y otras. Estas ciudades no solo estaban interesadas en el comercio alemán propiamente dicho, sino también en el comercio a larga distancia entre Europa occidental y el Báltico: el movimiento de paños, sal y vino del oeste, grano y productos de los bosques del este, pescado del mar del Norte y de Escandinavia. Sus actividades se extendían desde Novgorod, en el este, y Bergen, en el norte, hasta Brujas, donde mantenían una importante y privilegiada comunidad de «mercaderes del Imperio romano de Alemania». Su tendencia a actuar en común se vio fortalecida por su conflicto con los reyes de Dinamarca en la segunda mitad del siglo XIV a causa de los privilegios comerciales. Bajo el acicate de este peligro –Dinamarca controlaba el tráfico que entraba y salía del Báltico, además de importantes pesquerías de arenques–, las ciudades de la Hansa establecieron una confederación con fines bélicos en una reunión que celebraron en Colonia en 1367. Derrotaron al rey de Dinamarca y, en 1369, le impusieron el tratado de Stralsund, por el cual adquirieron amplia libertad e incluso el control de castillos en su país.

Sin embargo, la estructura política del Imperio en general era un marco dentro del cual, como en el resto de Europa, familias nobles y reales solventaban sus luchas por el poder. La enmarañada historia de la política alemana del siglo XIV se hace hasta cierto punto más fácil de seguir si se considera centrada básicamente alrededor de las ambiciones conflictivas de tres familias principales: las casas de Luxemburgo (originarios gobernantes del ducado de Luxemburgo y, además, reyes de Bohemia durante la mayor parte del siglo XIV), Habsburgo (en origen condes de Habsburgo, en Suiza, y ahora duques de Austria y gobernantes de otras tierras sudorientales) y Wittelsbach, familia entre cuyos miembros se incluían los duques de Baviera y los condes palatinos del Rin, pero que fue crónicamente débil en el poder porque el patrimonio total nunca llegó a unirse en

manos de una única persona. Los reyes de las casas de Luxemburgo y Habsburgo habían hecho uso de la autoridad real después de su elección para añadir grandes territorios orientales a sus Estados occidentales, más pequeños. La interacción entre las ambiciones territoriales familiares y el poder real –la utilización de la autoridad imperial para engrandecer el territorio de la familia– es una característica continua y peculiar de la historia alemana, resultante de la monarquía electiva. Durante el periodo de 1320 a 1378, que es el objeto de este capítulo, la historia política de Alemania estuvo dominada por dos reyes muy diferentes, hábiles y, dentro de los límites de la estructura política, victoriosos: Luis el Bávaro (1314-1347) y Carlos IV (1347-1378).

En 1314 dos candidatos rivales fueron elegidos por dos grupos de electores, Luis el Bávaro (duque de la Alta Baviera, de la familia Wittelsbach) y Federico de Habsburgo. Después de varios años de incertidumbre, Luis quedó decisivamente triunfante en 1322 tras derrotar a Federico, con una gran matanza de caballeros austriacos, en la batalla de Mühldorf, en Baviera, una de las principales batallas de la historia medieval alemana y la última de tal escala emprendida antes de la época de las armas de fuego. Mühldorf garantizó a Luis una posición segura en Alemania y le permitió un periodo de intervención en Italia (1327-1330) que avivó su violento y largo conflicto con el papado y con sus intereses opuestos en Italia. El papa Juan XXII, que había favorecido la candidatura de Federico de Habsburgo, depuso y excomulgó a Luis en 1324; el nombre de Luis el Bávaro, con el que es generalmente conocido, tiene su origen en las referencias papales que siempre le nombraban sin título. Así comenzó una serie de procesos políticos y de conflictos doctrinales no solo con Juan XXII, sino también con sus sucesores, Benedicto XII y Clemente VI, que cesaron únicamente con la muerte de Luis. Este dio asilo en su corte a importantes oponentes ideológicos del papado, como

Marsilio de Padua, Guillermo de Occam y Miguel de Cesena, general de la orden franciscana. El papa le condenó como hereje en 1327. La base principal para estos conflictos no era ni la cuestión ideológica ni la posición de Luis como rey de Alemania; era el conflicto entre las pretensiones papales e imperiales en Italia (véase *infra*), donde Luis pasó tres años, de 1327 a 1330; pero tuvieron también importantes implicaciones para la historia de Alemania. Después de Mühldorf los principales oponentes de Luis en Alemania no fueron los Habsburgo, que se reconciliaron con él y desempeñaron un papel relativamente pequeño en la política imperial durante la siguiente generación, sino los Luxemburgo, quienes, sintiendo amenazada su posición en Alemania oriental, tendían a buscar apoyo en el rey de Francia y en el papa. Una alianza del papa con Francia y con la familia de los Luxemburgo se fue desarrollando hasta alcanzar su cima en el periodo de 1337-1341, los primeros años de la Guerra de los Cien Años. Luis se alió con Inglaterra e invistió a Eduardo III con los poderes de vicario imperial, mientras el papa Benedicto XII y el rey Juan de Bohemia, de la familia Luxemburgo, apoyaban a Felipe VI. Juan de Bohemia era el famoso rey ciego que cayó en Crécy, en 1346, combatiendo en el ejército francés. El apoyo papal en su favor se manifestó de manera ejemplar en 1344, cuando Praga fue convertida en arzobispado con una provincia independiente de la gran iglesia alemana de Maguncia, a la cual había estado subordinada con anterioridad.

Durante este periodo Luis consiguió, con éxito notable, mantener su posición en Alemania frente a las complejas filas de sus oponentes internos y externos. Los intentos de Benedicto XII para inducir a los electores alemanes a escoger un antirrey llevaron a estos a hacer una declaración en Rense en 1338 que rechazaba todos los derechos papales a intervenir en la elección de un rey alemán y que permitió que Luis, en un *Reichstag* celebrado en Fráncfort poco des-

pués, dictaminara la total dependencia del Imperio de sus electores alemanes. Además de la cuestión imperial, Luis estaba igualmente interesado en aumentar las posesiones territoriales de su propia familia en Alemania. Un golpe de suerte vino a poner en sus manos la marca de Brandemburgo: la familia que gobernaba allí se extinguió en 1320 y, reclamando que como feudo del Imperio la posesión revertía en él, consiguió concedérselo a su hijo. Pero, además del conflicto imperial con el papado, la política alemana durante la siguiente generación se vio parcialmente dominada por una disputa interminable acerca de la sucesión a los territorios de Tirol y Carintia, cuya familia reinante quedó sin descendencia masculina en 1335. Tras varias vicisitudes, Luis consiguió la mano de la heredera para su hijo en 1342. Por lo tanto, hacia 1340 Luis el Bávaro parecía haber incrementado el poder familiar de los Wittelsbach de manera muy sustancial al añadir Brandemburgo y Tirol a Baviera, convirtiéndolos de esta manera en la familia más poderosa de la Europa central.

Sin embargo, estos éxitos habían puesto ya en movimiento el principio de equilibrio de poder y los electores renanos empezaron a simpatizar con los enemigos de Luis, el papa de Aviñón y la familia de los Luxemburgo. Luis había suscitado opiniones hostiles, en particular por su actuación en otra cuestión sucesoria. El conde Guillermo de Hainault y Holanda murió en 1345 sin dejar heredero; quedaban tres hermanas. Una de ellas estaba casada con Luis (otra era Felipa de Hainault, casada con Eduardo III de Inglaterra), y este utilizó sus poderes imperiales para apoderarse de ambos condados en nombre de su esposa, sin tener en cuenta los derechos de las otras dos coherederas. En la atmósfera de resentimiento que produjo el éxito de Luis, el cultivo por parte de los franceses y del papa de la familia Luxemburgo al fin dio frutos: los electores escogieron a Carlos de Bohemia como antirrey en 1346, el mismo año en que Juan,

su padre, moría luchando en Crécy al lado de los franceses. En 1347 Luis fue muerto en una cacería de osos y Carlos quedó como rey reconocido de Bohemia y Alemania.

Retrospectivamente, Carlos IV parece haber sido un gobernante con un sentido mucho más claro de las posibilidades políticas que Luis el Bávaro y su reinado (1347-1378) trajo consigo algunos cambios de dirección importantes en la política de Europa central, como resultado de sus iniciativas. En primer lugar, Carlos abandonó Italia como esfera de ambición política para los gobernantes germánicos, que había representado una parte tan considerable de la vida de Luis. Carlos hizo dos visitas a Italia, pero ambas fueron cortas y de objetivos muy limitados. La primera de estas visitas, en 1354-1355, duró menos de un año y fue poco más que un viaje para las ceremonias de la coronación como rey de Italia en Milán y como emperador en Roma, lo cual fue posible gracias a un momento afortunado de entendimiento diplomático con el papa Inocencio VI. Durante un segundo viaje, de duración aproximadamente igual, en 1368-1369, durante el cual se reunió con Urbano V en Roma, vendió los derechos imperiales en Toscana a Florencia y a Siena y estableció muy claramente la incapacidad de los gobernantes germánicos de actuar en Italia como algo más que mercenarios grandiosos.

En Europa central, sin embargo, Carlos estableció una nueva estructura de poder que había de ser influyente en el futuro. Su más famoso acto fue promulgar la Bula de Oro en 1356. Este famoso y sobrestimado documento hizo poco más que congelar la práctica de las elecciones imperiales en la forma que ya habían adquirido. Prescribía el nombramiento de siete electores y excluía al papado de cualquier derecho a influir en las elecciones imperiales. Los territorios a los que estaban adscritas las funciones electorales (Bohemia, Brandemburgo, el Palatinado, Sajonia, Colonia,

Maguncia y Tréveris) fueron declarados indivisibles y sus gobernantes poseedores de todos los derechos reales de justicia e impuestos. El último punto era un reconocimiento de la completa independencia de los príncipes, lo cual era un hecho consumado no solo en los Estados electorales, sino en los otros también. En la práctica, la clara definición del proceso electoral había de facilitar la transmisión hereditaria de la Corona por medio de las familias de los Luxemburgo y luego de los Habsburgo. El mismo Carlos consiguió algo que sus predecesores durante algo más de un siglo habían intentado sin éxito: persuadió a los electores de que escogieran a su hijo como rey en 1376, dos años antes de morir. El rey Venceslao, por lo tanto, había sido ya coronado en el lugar tradicional, Aquisgrán, antes de acceder al trono en 1378.

A largo plazo, la gran importancia de Carlos IV fue el resultado de su política de fortalecer la posición territorial de su propia casa –su *Hausmachpolitik,* «política de poder dinástico», para usar el término de los historiadores alemanes– más que su política imperial. Los principales territorios de la casa de los Luxemburgo eran Luxemburgo, en el oeste, y Bohemia, en el este. Carlos fracasó en su intento de incrementar sus territorios occidentales: estableció temporalmente un gran bloque en los Países Bajos consistente en Luxemburgo y Brabante, pero estas tierras se perdieron en el siglo XV. Sin embargo, consiguió construir un gran bloque oriental alrededor de Bohemia por adición de Niederlausitz y Brandemburgo, adquirido de la decadente familia Wittelsbach, y otros varios territorios. Permitió que el Tirol pasara a los Habsburgo en 1364, pero concertó un tratado de herencia según el cual, en caso de que faltaran herederos en la familia Luxemburgo o en la Habsburgo, todos los territorios de ambas familias habían de pasar a manos de la familia que sobreviviera. Carlos hizo esto, naturalmente, con la esperanza de que se beneficiaran sus descendientes,

pero fueron los Habsburgo los que recogieron los frutos de la extinción de la familia Luxemburgo. Esto es menos importante que el hecho de que Carlos, por su política, aseguró que la política imperial del siglo siguiente estuviera dominada por gobernantes cuyo poder dependía de territorios familiares concentrados en el este: los Luxemburgo hasta 1437 y, a partir de entonces, los Habsburgo.

Las ambiciones de Carlos se extendieron también más hacia el interior de la Europa oriental. Los reinos de Polonia y Hungría estaban gobernados a mediados del siglo XIV por dos reyes importantes, Casimiro el Grande, último representante de la dinastía nativa de los Piast en Polonia (1330-1370), y Luis el Grande (1342-1382), último de los reyes angevinos de Hungría. Tanto Casimiro como Luis, que era sobrino suyo y le sucedió, murieron sin descendencia masculina. En espera de la muerte de ambos reyes, Carlos IV se esforzó infatigablemente en asegurar la sucesión de sus reinos en favor de su propia familia. La sucesión, en realidad, recayó en ambos casos en las hijas de Luis de Hungría. En Polonia, una de las herederas se casó con un Jagellón, estableciendo así una nueva dinastía polaca. En Hungría, sin embargo, la otra heredera se casó con el segundo hijo de Carlos, Segismundo, de manera que cuatro años después de la muerte de Carlos, y como resultado de su diplomacia, el reino de Hungría quedó también absorbido en los territorios de la familia Luxemburgo.

LA PENÍNSULA IBÉRICA

En el siglo XIV la mayor parte de la península ibérica había sido reconquistada ya al Islam. Del Imperio musulmán, que tiempo atrás había cubierto toda la península, no quedaba sino el pequeño Estado del rey de Granada, feudatario y tributario del rey de Castilla. Este Estado, sin embargo, sobrevivió hasta finales del siglo XV, manteniendo vivo el espíritu de cruzada de la nobleza castellana. El reino de

Portugal, una de las facciones más duraderas del mapa político de Europa, tenía aproximadamente sus fronteras actuales. En los Pirineos occidentales se encontraba el pequeño reino de Navarra. El resto de la península estaba dividida entre dos reyes, dos de las principales potencias europeas: el rey de Castilla y el de Aragón. En el siglo XIV no hubo ningún intento de unión entre ambos, unión que solo tendría lugar tras 1469. Eran absolutamente independientes, tenían intereses políticos separados y en muchos aspectos eran reinos muy diferentes. Deben ser descritos por separado.

Castilla era uno de los reinos más grandes de la Europa del siglo XIV y uno de los más retrasados, si tomamos la vida urbana e industrial de Italia y los Países Bajos como exponente del futuro. Los siglos de reconquista precedentes habían estimulado el desarrollo de una alta nobleza con extensas propiedades territoriales, a menudo adquiridas por concesiones del territorio moro en el curso del movimiento cristiano, de norte a sur. Como otras noblezas europeas, esta quería preservar las propiedades familiares y evitar ser sometida a una monarquía demasiado poderosa y, durante este periodo, no se hizo mucho por impedirle realizar sus deseos. La reconquista-cruzada había llevado también al establecimiento de órdenes militares peculiarmente españolas, Calatrava, Santiago y Alcántara: soldados con una misión cristiana. Las órdenes españolas, a diferencia de los caballeros teutónicos de Prusia, nunca fueron gobernantes, pero adquirieron poderes políticos y económicos muy grandes que, en aquel tiempo, no tenían paralelo en Europa.

La característica más notable de la economía castellana era el enorme desarrollo de la ganadería ovina, que suministraba lana a las industrias textiles de Flandes e Italia. Las condiciones climáticas del país favorecían la transhumancia a gran escala, el movimiento de rebaños de norte a sur se-

gún las estaciones. Este tráfico de rebaños estaba ya organizado a escala nacional, bajo protección real, por la Mesta. En cuanto a la preeminencia de esta producción de materias primas en su economía, Castilla se parecía a la Inglaterra medieval, que era también una zona relativamente atrasada, pero, mientras que durante el siglo XIV la producción de lana inglesa se estaba reduciendo en favor de una agricultura y una industria más productivas, en Castilla, por el contrario, se hizo en este siglo aún más importante.

Otro punto de semejanza entre la Inglaterra medieval y Castilla es el desarrollo de un sistema parlamentario unificado. Las Cortes castellanas incluían a los tres estados de la nobleza, el clero y las ciudades. La decisiva distinción inglesa entre pares y caballeros no tenía equivalente, pero las ciudades castellanas contaban a menudo con una pequeña nobleza entre sus habitantes. En Castilla, la carga de los impuestos recaía únicamente sobre las ciudades, como en Inglaterra sobre los comunes, en forma de montazgo (impuesto sobre los municipios) y alcabala (tasa sobre las ventas). Las ciudades enviaban procuradores a las Cortes que, como los miembros de los Comunes ingleses, votaban los impuestos y presentaban sus quejas. Las ciudades constituían un factor importante de la escena política castellana y a menudo incrementaban su influencia uniéndose en hermandades que, hasta cierto punto, contrarrestaban el poder de los nobles. Estas ciudades eran menos notables, consideradas como centros de crecimiento industrial o mercantil. De hecho, otra manifestación del retraso económico que se manifestaba en Castilla era la importancia de judíos o conversos como prestamistas, agentes financieros de las órdenes militares y recaudadores de impuestos de la Corona. La importancia continua de los judíos en la vida financiera castellana es uno de los motivos de que las atrocidades antijudías, en especial el gran pogromo de 1391 que comenzó en Sevilla,

fueran mucho más importantes aquí que en el resto de Europa durante la Baja Edad Media.

Otro aspecto de la vida castellana, sin embargo, anunciaba su futuro marítimo, y este era la importancia de la navegación castellana. Castilla limitaba con el mar en tres puntos: las costas del golfo de Vizcaya, Sevilla y Cartagena. Los marineros castellanos estaban, por lo tanto, en contacto con los métodos de construcción naval que se usaban tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico. Este es un importante factor para el descubrimiento del Nuevo Mundo. También es importante para la política del siglo XIV, porque Castilla introdujo las galeras, construidas según el modelo italiano y en un principio bajo supervisión de expertos genoveses, en la guerra naval de la Europa del noroeste, donde se convirtieron en un factor nuevo y decisivo a finales del siglo XIV. Los puertos de la costa norte estaban muy desarrollados y participaban en el comercio con Flandes de lana, hierro y vino. Los puertos del sur tenían lazos con el norte de África y Sevilla era un centro importante para los comerciantes genoveses.

El reinado de Alfonso XI, que subió al trono siendo un niño, en 1312, y vivió hasta 1349, coincidió con el último esfuerzo musulmán, en forma de una alianza del rey de Granada con el emir de Marruecos, por recobrar su antigua posición en España. En 1333 tomaron Gibraltar, pero el esfuerzo principal no se realizó hasta algunos años después, y terminó con la derrota decisiva infligida por los castellanos a los musulmanes en la batalla del Salado, en 1340. Algeciras fue tomada, con ayuda de cruzados procedentes de otras partes de Europa, en 1344. Aunque Alfonso XI murió en 1349 en el sitio de Gibraltar, que no había de recobrarse hasta el siglo siguiente, este fue el fin virtual de las agresiones musulmanas a Castilla.

Durante los cuarenta años siguientes la política de Castilla estuvo dominada por una disputa sucesoria de la cual Alfonso XI fue en parte responsable. Este rey había estado casado con una princesa portuguesa y había tenido con ella un heredero legítimo, Pedro el Cruel, que le sucedió en 1349. También tenía un hijo con una amante famosa y poderosa, Leonor de Guzmán, llamado Enrique de Trastámara. Alfonso había sido un rey triunfador, con un alto concepto del oficio real, un eficiente controlador del poder de la nobleza y un defensor del derecho romano para fortalecer la posición jurídica de la Corona. En 1348 había proclamado que *Las Siete Partidas,* el tratado jurídico compilado por Alfonso el Sabio un siglo antes, debía tener fuerza de ley. *Las Siete Partidas* eran en gran parte un intento de establecer el papel del rey de Castilla como gobernante paternalista con poderes basados en el Derecho romano y en el canónico. Habían de tener un gran futuro en el desarrollo de la teoría española de la monarquía. Eran contrarias a una clase de nobles independientes, y algunos de ellos vieron su oportunidad al comenzar el reino siguiente.

Pedro el Cruel, como su padre, descuidó a su mujer (una princesa francesa llamada Blanca de Borbón), en favor de una amante, María de Padilla. Su comportamiento insultante, que culminó con la muerte de Blanca en 1361, posiblemente envenenada por el rey, llevó a la corte francesa a apoyar a sus oponentes. Enrique de Trastámara, hombre excepcionalmente ambicioso y despiadado, se apresuró a aceptar cualquier ayuda que le permitiese suplantar a su hermanastro, ayuda que encontró tanto entre la nobleza castellana como en el extranjero. Encabezó una rebelión de nobles contra Pedro, en 1354, que fracasó, y huyó a Francia. Desde entonces se vio apoyado por Aragón y por Francia. El enfrentamiento de la Guerra de los Cien Años hizo que Inglaterra tomara el lado opuesto y apoyara a Pedro el Cruel. Durante algún tiempo las divisiones políticas internas de

Castilla se convirtieron en un importante aspecto lateral de la Guerra de los Cien Años. Pedro fue destronado en 1366 por una invasión procedente de Aragón en la cual, a pesar de la alianza, mercenarios ingleses (desempleados por un intervalo de la lucha en Francia) desempeñaron un papel importante. Pedro huyó a Gascuña, donde el Príncipe Negro le ofreció refugio, y desde allí volvió a Castilla con un ejército inglés que derrotó a Enrique de Trastámara en Nájera en 1367. Dos años más tarde, Enrique de Trastámara recuperó el control con la ayuda del comandante francés Du Guesclin y Pedro el Cruel fue asesinado.

Como resultado de esta larga guerra civil la casa de Trastámara gobernó en Castilla hasta la unificación de los reinos por Fernando e Isabel, un siglo más tarde. Pero la cuestión dinástica continuó durante algún tiempo teniendo importancia europea, por su conexión con la guerra anglofrancesa. No solo el Príncipe Negro y su hermano, Juan de Gante, prosiguieron con la esperanza de que podrían repetir la gloriosa invasión de 1367, sino que Juan de Gante se casó con una de las hijas y heredera de Pedro el Cruel, con lo cual se convirtió en un pretendiente antitrastámara al trono de Castilla. Por lo tanto, la división interna de Castilla se identificó aún más estrechamente con la Guerra de los Cien Años, entre Inglaterra y Francia; de ahí la gran actividad que la flota española desarrolló en el canal de la Mancha y en las costas inglesas alrededor de 1380, vago presagio de la Armada Invencible. Cuando el conflicto anglofrancés en Francia se agotó, las energías inglesas encontraron por algún tiempo su válvula de escape en la península ibérica. Después de la muerte de Enrique de Trastámara en 1379, su hijo, Juan I (1379-1390), se casó con la heredera del trono de Portugal con la esperanza de unir ambos reinos. Pero cuando la unión parecía inminente a causa de la muerte del rey portugués en 1383, la nobleza portuguesa se negó a aceptar la idea y colocó en el trono a un bastardo de la fa-

milia real, Juan de Aviz. Así Portugal se convirtió en la base de una nueva intervención de los ingleses en la península que llevó a la derrota del ejército castellano en Aljubarrota en 1385. Esta victoria envalentonó a Juan de Gante, que trasladó su ejército a Galicia; pero no había una intención real de derrocar la dinastía Trastámara. En 1387 fue comprado con una gran suma de dinero y el matrimonio de su hija con el hijo de Juan l. El conflicto dinástico había terminado.

En la parte oriental de la península los reyes de Aragón gobernaban, en realidad, sobre tres reinos unidos únicamente por la Corona: Cataluña, Aragón y Valencia. Cataluña, de donde procedía originariamente la familia reinante, estaba unida por similitudes de lengua y sociedad (los reyes del siglo XIV hablaban catalán) con el sur de Francia más que con el resto de la península, pero su característica más peculiar y, en algún modo, el rasgo más notable de todo el reino de Aragón era la ciudad de Barcelona. Barcelona había de decaer dramáticamente en el siglo XV, por lo cual se olvida a menudo su grandeza medieval. En el siglo XIV era una metrópoli comercial que compartía las características y dimensiones de las grandes ciudades italianas. Su importancia comercial estaba respaldada por una gran industria textil; era, además, un centro bancario. Las ramificaciones de su comercio se extendían por el Mediterráneo hasta Egipto y Bizancio. En los puertos islámicos había colonias de mercaderes catalanes que gozaban de jurisdicción local, presididas por cónsules enviados desde su tierra, y el código de derecho marítimo y mercantil redactado para ellos, el *Llibre del Consolat de Mar,* era generalmente observado por los mercaderes de otras nacionalidades a modo de norma internacional. De acuerdo con su gran importancia económica, la ciudad había desarrollado una constitución única. Estaba, en efecto, gobernada por un pequeño consejo de magistrados que tenían poderes excepcionalmente independien-

tes, incluyendo el derecho a negociar con otros Estados. Cataluña era, por lo tanto, un reino dominado por una gran ciudad cuyas características la colocaban en la misma categoría, tanto económica como políticamente, de las ciudades de Italia o Flandes, más que en la del pobre mundo señorial del resto de la península. También a causa en parte de los lazos exteriores de Barcelona, la visión política de los reyes aragoneses estaba dirigida hacia el Mediterráneo, e incluso hacia el más lejano Levante, tanto como hacia el resto de la península. Barcelona era el centro de un imperio político, además de comercial, en el Mediterráneo.

En contraste con Cataluña, Aragón era un reino territorialmente cerrado, dominado por una nobleza excepcionalmente poderosa e independiente. La supuesta fórmula que los nobles de Aragón utilizaban para reconocer al nuevo rey («Nosotros que somos tan buenos como vos, juramos ante vos, que no sois mejor que nosotros, aceptaros como nuestro rey con tal de que observéis todas nuestras libertades y fueros, y si no, no») ha sido demostrado que se trata de una invención posterior de teóricos constitucionales; sin embargo, revela algo del tono que a principios del siglo XIV tenía la relación entre los reyes y la nobleza. En 1283 los nobles se habían coaligado, en una unión para defender sus privilegios, contra el rey y le habían obligado a conceder un *Privilegio General* que, además de confirmar los derechos existentes, les permitía servir a cualquier otro señor, pero prohibía al rey incluir extranjeros en el consejo real. Aragón tenía unas Cortes, como las tenían por separado Valencia y Cataluña. Estas, a principios del siglo XIV, se reunían los años alternos y constaban de la nobleza (dividida en alta y baja), los burgueses y el clero. En los intervalos entre las sesiones se reunía un pequeño comité, la Diputación del Reino, para asegurar que se observaban las decisiones tomadas en las Cortes. Aragón tenía además un órgano de justicia único, el Justicia, juez independiente que actuaba a

modo de tribunal supremo. En conjunto, el desarrollo de las instituciones del siglo XIII había lastrado al rey con un legado de obligaciones y limitaciones casi paralizante.

Mientras estas trabas constitucionales eran impuestas en el propio Aragón, los reyes aragoneses adquirían derechos de gobierno en varias partes distantes del Mediterráneo, todas las cuales fueron importantes en un momento u otro durante el siglo XIV: Sicilia, Córcega y Cerdeña, Mallorca y Grecia. Desde 1302 Sicilia había estado en manos de una rama de la casa real aragonesa, pero había de volver al tronco central en el siglo XV. En compensación, el papado había garantizado al rey de Aragón derechos sobre Cerdeña, que fue conquistada en 1324, aunque reclamada por Génova. El deseo de reforzar sus derechos llevó a Pedro IV de Aragón (1336-1387) a tomar parte en una guerra naval entre Venecia y Génova en los años 1351-1355. Los barcos catalanes lucharon con los venecianos en contra de Génova en el Bósforo. Pero hasta comienzos del siglo XV Aragón no pudo someter a la indómita isla. Todavía más remoto, y de hecho más bien marginal, era el interés de Aragón en Grecia. Este procedía de las actividades de la «compañía catalana», un grupo aventurero de soldados de fortuna que operaban en el Levante en los primeros años del siglo. Fundaron un ducado de Atenas que sus descendientes pusieron bajo la protección de Pedro IV en 1380 y que sobrevivió hasta casi el final del siglo.

Mucho más serio, sin embargo, era el interés de Aragón por el reino de Mallorca, que incluía no solo las islas Baleares y algunos territorios en los Pirineos (en manos del rey de Aragón), sino también Montpellier (en manos del rey de Francia). Pedro III ambicionaba tales territorios. El último de los reyes independientes de Mallorca, Jaime II, cometió la torpeza de aislarse, al enfrentarse con su otro soberano, el rey de Francia. En 1343-1344 todos sus territorios en las

islas y en los Pirineos fueron tomados por Pedro, que desde entonces los gobernó a pesar de los esfuerzos del rey de Mallorca y de su hijo por interesar a otros poderes europeos en su recuperación. A finales del siglo XIV, por lo tanto, el rey de Aragón gobernaba sobre un imperio que ha sido descrito con cierta propiedad como una talasocracia medieval, consistente en sus tres reinos en la península ibérica, las Baleares, Cerdeña e intereses en Sicilia y Grecia, sin contar con las amplias actividades comerciales de sus súbditos catalanes.

La conquista de Mallorca fue seguida de cerca por una notable crisis política interna. En 1346 Pedro IV, que no tenía hijos, decidió que no podía tolerar que su reino fuera a parar a manos de su hermano Jaime, conde de Urgel, y nombró heredera a su hija Constanza. Este acto inspiró una furiosa resistencia por parte del conde de Urgel y de la nobleza más independiente de Aragón que, bajo la dirección del conde, revivió en su forma más extrema la política de la Unión. Valencia imitó esta reacción y la nobleza local creó una Unión a imitación de la aragonesa. En medio de la crisis la reina murió al dar a luz a un hijo que también murió. Esto intensificó los rencores personales. En 1347 el rey se vio forzado a reunir las Cortes de Aragón en Zaragoza, la capital del reino, en una ceremonia que es una de las expresiones clásicas del poder político de los nobles en la Baja Edad Media. El rey fue obligado a ratificar los poderes de las Cortes, incluyendo su derecho a nombrar sucesor si él no tenía hijos. Pedro IV asintió y se retiró a Cataluña, donde tenía más partidarios. Poco después de esto el conde de Urgel murió (se sospechó que había sido envenenado) y la Unión de Valencia inició una rebelión abierta. Pedro marchó a Valencia y se vio otra vez obligado a hacer concesiones a la nobleza a principios de 1348. En este momento, en que el rey estaba prisionero en su palacio de Valencia, su futuro parecía absolutamente negro, pero fue salvado por

un cambio de facciones característico de la política de la nobleza en Aragón como en cualquier otra parte. Los dirigentes más extremistas de la rebelión aragonesa sitiaron una guarnición real en Epila, cerca de Zaragoza. Fueron derrotados con grandes pérdidas en julio de 1348 y la fuerza de la rebelión quedó rota. Pedro volvió a Zaragoza a revocar sus concesiones y, después, pudo acabar con la rebelión valenciana, ejecutando a sus cabecillas.

Mientras las facciones rivales luchaban por sus divisiones efímeras, una tormenta mucho más importante estalló sobre ellos. La peste negra entró en Cataluña a principios de 1348, llevando consigo una mortandad sin precedentes que tendría repercusiones mucho más importantes que la guerra civil. Las implicaciones políticas a largo plazo de los cambios sociales relacionados con la epidemia son materia para un capítulo aparte. La crisis aragonesa de 1346-1348 proporciona un buen fin para una revisión de la política de los reinos europeos en el siglo XIV. Las maneras políticas españolas eran, quizá, más violentas que las de otras partes de Europa, pero la crisis de 1346-1348 pone muy claramente de manifiesto los elementos comunes de la escena política en las monarquías feudales de Europa: la constante sucesión de ambiciones dinásticas, los conflictos entre los reyes y grupos de nobles envidiosos, incesantemente variables, luchando por el poder y por la riqueza por encima de las cabezas de las indiferentes masas de la población.

II. ITALIA, EL PAPADO Y EUROPA

EL COMERCIO ITALIANO

En la Europa occidental y septentrional, aunque existían grandes ciudades como Barcelona, Brujas y Colonia, la vida urbana durante la Edad Media era, en general, un fenómeno secundario y las ciudades estaban sometidas a un rey. Únicamente en la Italia del norte se puede decir que la civilización urbana escapó del dominio político de los reyes y alcanzó tal nivel de refinamiento e independencia que produjo modos de vida y valores sustancialmente diferentes a aquellos aceptados en el resto de Europa. A comienzos del siglo XIV, por primera vez desde que Grecia fue absorbida por el Imperio de Alejandro, había surgido una galaxia de ciudades-Estado con sus propios problemas peculiares y sus propias tendencias intelectuales y estéticas. Las ciudades italianas y la vida política de la península a la cual pertenecían forman parte del tema de este capítulo. El resto concierne a los papas como cabezas de la Iglesia occidental. Puede parecer extraño ver el nombre de Italia unido en el título al papado que, durante la mayor parte del siglo XIV, había tenido su sede en Aviñón, en Francia. Pero hay dos razones para tratarlos conjuntamente. En primer lugar, incluso cuando estaba en Aviñón y su personal era francés en su mayoría, la corte papal permaneció inseparablemente ligada a Roma y sus preocupaciones temporales a la política de los Estados Pontificios. En segundo lugar, las actividades paneuropeas de los papas estaban inextricablemente entremezcladas con la expansión comercial italiana: se habían desarrollado conjuntamente y es más fácil comprenderlas en conjunto que separadamente. Empezaremos con las bases económicas de la vida urbana italiana.

En el siglo XIV los mercaderes de las ciudades italianas habían establecido relaciones con otras partes de Europa,

que eran en algunos aspectos similares a la relación de imperialismo comercial que ha existido entre los países económicamente avanzados de Europa y las sociedades primitivas de otros continentes en épocas más modernas. Se puede incluso decir que estas relaciones económicas del mundo moderno existían en embrión en la Europa de la Baja Edad Media. Esta, por ejemplo, es la descripción de una situación comercial a principios del siglo XIV vista por el cronista florentino Giovanni Villani. Trata de las actividades de los mercaderes florentinos en Inglaterra durante la guerra de Eduardo III con Francia en 1338 y después:

> Durante esta guerra de los reyes de Francia e Inglaterra, los mercaderes del rey de Inglaterra fueron los de las compañías Bardi y Peruzzi de Florencia. Por sus manos pasaban todos los ingresos y lanas y otras cosas y de ellos suministraban todos sus gastos, salarios y otras necesidades. Los gastos y otras necesidades del rey superaban hasta tal punto las rentas e ingresos que cuando volvió de sus campañas, contando los préstamos, abastecimientos y pagos que ellos le habían hecho al rey, los Bardi encontraron que este les debía más de 180.000 marcos esterlinos y a los Peruzzi más de 135.000 marcos esterlinos, lo que, puesto que un marco valía más de 4,5 florines, hace un total de 1.365.000 florines de oro, tanto como vale el reino. Esta suma incluía muchos abastecimientos hechos para ellos por el rey en el pasado pero, aunque esto sea así, su gran locura fue que, llevados por su codicia, o por el ansia que de manera tan insensata habían prestado, pusieron toda su riqueza y la de otros en las manos de un solo señor. Y es de notar que la mayor parte de este dinero procedía de inversiones o depósitos de muchos ciudadanos y extranjeros. De modo que, como se puede ver, ellos y nuestra ciudad corrían gran peligro. Siendo incapaces de pagar a sus acreedores en Inglaterra, en Florencia y en otras partes, perdieron su crédito y no pudieron pagar, sobre todo los Peruzzi, aunque no se arruinaron del todo a causa de su gran poder y de sus posesiones en Florencia y en el *contado* y su influencia en el municipio. Pero, a causa del desfalco y de los gastos del municipio en Lombardía, el poder y el estado de los mercaderes de Florencia se vio reducido, así como el de todo el municipio y la comunidad mercantil. Todo el comercio sufrió las consecuencias porque con el hundimiento de aquellos dos pilares que, por su antiguo poder habían dividido con sus grandes empresas una gran parte del comercio de todos los cristianos y casi alimentaban al mundo entero, todos los mercaderes resultaban sospechosos y perdieron su crédito… y para empeorar el mal estado de estas compañías, el rey de Francia se apoderó de sus asociados y de sus bienes en París y en todas las partes de su reino, y de los de otros florentinos; y a causa de la gran suma de dinero que el municipio había tomado en forma de préstamos obligatorios de los ciudadanos y gastado en las campañas de Lombardía y Luca, y a causa de las repercusiones de la pérdida de crédito, otras compañías menores de Florencia hicieron bancarrota poco después.

Los Bardi y los Peruzzi mencionados por Villani se contaban, como él dice, entre las mayores compañías comerciales del periodo. Importaban lana de Inglaterra a Florencia, recogían el producto de las aduanas inglesas y manejaban las transferencias de la corte papal. Estaban también involucrados en préstamos al rey Roberto de Nápoles, quien, como Eduardo III, era un gobernante ambicioso y derro-

chador, cuyo reino tenía unas instituciones comerciales muy limitadas. Sus operaciones, demasiado extensas, eran vulnerables a los cambios de fortuna de las potencias europeas. En un extremo de la cadena se habían involucrado tan profundamente en préstamos al rey de Inglaterra que, al no ser este capaz de pagarles, se vieron en la ruina; en el otro extremo habían tomado prestado en Florencia tanto dinero para financiar sus operaciones que este fracaso hizo que la ciudad se tambaleara y al municipio le fue difícil mantener sus gastos militares. La bancarrota de los Bardi y los Peruzzi produjo una crisis de dimensiones muy excepcionales, pero es ilustrativa de la red comercial normal que, centrada en las ciudades del norte de Italia, abarcaba toda Europa y el Mediterráneo. ¿Cuáles eran la naturaleza y las bases de la supremacía económica de estas ciudades?

En primer lugar, las ciudades italianas eran importantes centros de manufactura, lo que les proporcionaba productos superiores o más baratos que los del resto de Europa. La mejor conocida de estas industrias, que puede servir como ejemplo, es la industria de paños de Florencia. Florencia tenía siete gremios principales, en los cuales estaban organizados los empresarios de los comercios principales de la ciudad. Dos de estos se ocupaban de los paños: el gremio de la *Calimala,* cuyos miembros importaban paños sin terminar de otras partes y los vendían, a veces acabándolos en sus propios talleres, y el gremio de la *Lana,* cuyos miembros importaban lana bruta y la convertían en paño. En el siglo XIV estas industrias estaban ya muy organizadas y producían a gran escala. Según Villani, el cronista citado antes, los miembros del gremio de la *Lana* en los años 1330 tenían más de 200 talleres en los que trabajaban más de 30.000 personas. Estas cifras pueden ser exageradas, pero es seguro que Florencia en este periodo era una ciudad industrial considerable, con algunas de las características que se asocian con la industria moderna. Había un extenso proletaria-

do que vivía de jornales y que había de desempeñar un papel de primera importancia en la revolución social de 1378, llamada rebelión de los *ciompi* –cardadores de lana– por un amplio sector inferior de la mano de obra textil (véase *infra*). La característica devoción industrial a la puntualidad se muestra en el hecho de que el gremio proporcionara una campana para llamar a los empleados al trabajo. La industria estaba muy especializada y diferentes barrios de la ciudad se dedicaban a tejer la lana procedente de distintas partes de Europa. La concentrada población industrial dependía totalmente de las importaciones de trigo y era vulnerable a la escasez y el hambre que periódicamente afectaban a una sociedad que contaba solo con una agricultura muy primitiva, especialmente una gran ciudad como Florencia, situada en una zona que no era apropiada para el cultivo del cereal; por lo tanto, el abastecimiento de alimentos constituía la principal preocupación del gobierno. Durante el hambre de 1328-1329, el municipio organizó la importación de grano desde Sicilia y acabó controlando la industria panadera para asegurar a la ciudad pan barato. Los productos de la industria manufacturera se exportaban en su mayoría, puesto que la importación de materias primas, tales como la lana inglesa, creaba lazos comerciales con puntos muy distantes. Otras ciudades italianas intercambiaban también productos característicos. Luca, que tenía una gran industria sedera, importaba grandes cantidades de seda en bruto de Asia y exportaba parte de sus productos terminados a Occidente. Milán era famosa por su industria de armas.

El aspecto más notable de la expansión económica italiana, sin embargo, no era la industria –al menos otra zona europea, Flandes, podía exhibir una industria textil altamente capitalizada–, sino el comercio. Los italianos comerciaban con los productos de otros pueblos tanto como con los suyos. Lo que era realmente notable y único era la extensión y

la proliferación de sus actividades mercantiles, más que el desarrollo de una industria nativa.

En primer lugar está la extensión geográfica: había comunidades de mercaderes italianos en todas las ciudades entre Londres y Alejandría. Marco Polo, que describió China a los occidentales al final del siglo XIII, pertenecía a una familia de mercaderes venecianos. Durante el periodo que estamos describiendo, la primera mitad del siglo XIV, los viajes de mercaderes italianos atravesando Asia desde el mar Negro hasta China eran un acontecimiento corriente. El Oriente era mucho menos misterioso de lo que luego llegó a ser cuando el surgimiento del Imperio otomano elevó una barrera al este del Mediterráneo. El norte del África musulmana estaba igualmente dentro de la esfera del comercio italiano y era importante como suministrador de oro. Los extremos de las actividades comerciales italianas estaban en parte unidos por las rutas comerciales regulares que habían establecido. En 1277 los mercaderes de Génova –la más emprendedora de las ciudades italianas en Occidente y también responsable de un intento abortado de alcanzar Asia rodeando África casi dos siglos antes de que los portugueses lo consiguieran (véase *infra*)– establecieron lazos comerciales regulares por mar con la Europa del noroeste, atravesando el estrecho de Gibraltar y el golfo de Vizcaya. El transporte por mar era más barato que el uso ineficaz de carros y animales de carga por malas carreteras, por lo que las rutas marítimas dieron ventaja a los genoveses. Venecia siguió el ejemplo. A principios del siglo XIV ambas ciudades tenían redes de rutas regulares que se extendían desde el mar Negro a Brujas, el centro comercial del noroeste. La marina mercante de Génova era más individualista. Venecia proporcionaba a su nobleza comerciante un servicio naval controlado por el Estado de galeras construidas en el Arsenal –la industria naviera mayor del mundo–, que viajaban en convoyes cuidadosamente organizados

y se alquilaban a los mercaderes que deseaban transportar sus mercancías.

Una de las características esenciales que distinguían a los mercaderes italianos de los otros era el desarrollo de grandes compañías con representantes que podían mantener contactos desde buen número de centros diferentes. Las compañías florentinas eran, en general, sociedades conocidas por el nombre del socio más importante, por ejemplo, «la compañía de Dardano degli Acciaiuoli y compañeros». Una rama en otra ciudad podía estar dirigida por un socio o por un «agente», que no tenía intereses en el negocio. Un mercader rico podía participar en varias sociedades y tener varios agentes en diversas ciudades. Los Bardi, por ejemplo, tenían más de 100 empleados a este nivel; su ámbito geográfico debió de ser considerable. En los años 1360 la compañía Alberti tenía ramas en Londres, Brujas, París, Aviñón, Barcelona, Venecia, Génova, Bolonia, Perusa, Roma, Nápoles y Barletta.

Las instituciones comerciales que se desarrollaron en las tres principales ciudades mercantiles, Florencia, Venecia y Génova, eran diferentes de una ciudad a otra. Florencia no tenía puerto ni, por consiguiente, flota de galeras, pero las compañías a escala mundial, como las de los Bardi o los Alberti, eran una especialidad florentina. El veneciano típico, instalado en Venecia o en Constantinopla o en Brujas, hacía su dinero importando y exportando grandes cantidades de mercancías variadas. El mercader veneciano es el que corresponde más de cerca a la idea que comúnmente se tiene del comercio italiano, llevando paños, estaño y hierro de Europa occidental al Mediterráneo oriental, y trayendo azúcar, pimienta y seda a Europa desde Levante y Oriente. Los intereses venecianos estuvieron siempre centrados donde habían comenzado: en el Mediterráneo oriental. El comercio con la Europa noroccidental tuvo un desarrollo tardío y

subsidiario. En el siglo XIV sus intereses en el Mediterráneo oriental habían llevado a los venecianos a adquirir un importante imperio territorial, que incluía las islas de Negroponte y Creta y muchos lugares de menor importancia situados en la ruta entre Venecia y el mar Negro. La familia de los Comer, la más rica de Venecia a finales del siglo XIV, poseía plantaciones de azúcar en Chipre y tuvo un papel importante en la política del Levante. Pedro de Lusiñán, rey de Chipre, se albergó en la casa de Federico Corner cuando vino a Europa en busca de aliados contra los turcos en 1361 y tomó dinero en préstamo de él. En términos materiales, Venecia fue el mayor éxito comercial de la Edad Media, una ciudad con poca industria que llegó a dominar el mundo mediterráneo y controlar un imperio por medio de empresas meramente comerciales. En el siglo XIV se encontraba en pleno auge, pero sus mayores periodos de éxito y de poder habían de llegar más tarde. Génova era una potencia rival comparable a Venecia en muchos aspectos; como esta, había construido un imperio comercial en el Mediterráneo oriental. Si Venecia tenía plantaciones de azúcar en Chipre, Génova controlaba las minas de alumbre de Focea, y el alumbre era una materia prima vital para las industrias textiles europeas. Génova tuvo un papel más importante en el comercio de las costas mediterráneas. La rivalidad de ambas ciudades en el Mediterráneo oriental, compitiendo por los favores de los emperadores bizantinos y luchando por establecerse en las islas del Egeo de una manera que recuerda extrañamente las rivalidades de las grandes potencias imperialistas a principios del siglo XX, condujo a duras guerras a finales del siglo XIV.

Aparte del comercio de mercancías reales, los mercaderes italianos habían creado diversos mecanismos financieros para facilitar el comercio: seguros marítimos (que aparecen con toda claridad en Génova en el siglo XIV), acuerdos para el reparto de los beneficios con los socios o agentes, sis-

temas de contabilidad (los libros de contabilidad por partida doble aparecen también en Génova a principios del siglo XIV), letras de cambio pagaderas en ciudades distantes y en monedas extranjeras, préstamos. A causa de la extensión de sus intereses y la elevada complejidad de sus métodos, las comunidades de mercaderes italianos diseminadas por Europa y el Mediterráneo constituían una red comercial que en gran medida dominaba el comercio europeo. Los papas y los mercaderes de París y Brujas tenían que recurrir a los servicios comerciales y financieros de los italianos, incluso fuera de Italia; por ejemplo, para enviar dinero de Brujas a Venecia. Las comunidades de italianos-florentinos, luqueses, genoveses, etc., que se podían encontrar en los principales centros de las finanzas europeas fuera de Italia (en Aviñón, Barcelona, Brujas) estaban a la cabeza del comercio en el continente.

La supremacía general de los italianos en el comercio europeo alcanzó su cima a comienzos del siglo XIV. En aquel tiempo era uno de los factores más destacados que contribuían a la unidad de la cristiandad latina. Como es evidente, para la propia Italia el resultado más obvio fue el desarrollo de sus ciudades en centros con una población excepcionalmente rica y avanzada, incluyendo mercaderes que tenían a su disposición enormes sumas de dinero. Esto se aplica no solo a las «cuatro grandes», que, cada vez más, tendieron a dominar Italia al norte de Roma (Milán, Venecia, Génova y Florencia), sino también a un cierto número de municipios mucho más pequeños. Asti, Plasencia, Bolonia, Luca, Pistoia, Siena eran también ciudades cuyos mercaderes se encontraban ampliamente repartidos por el mundo europeo. En Italia constituían una burguesía que vivía en municipios independientes.

LA CIUDAD-ESTADO

Una descripción contemporánea de una crisis en la ciudad de Siena en 1317 nos proporciona una buena introducción al carácter político del municipio italiano:

> En los tiempos del *podestà* llamado messer Monte de' Subi da Fermo y de los nueve *signori,* se descubrió una conspiración en la que estaban implicados los carniceros y los notarios y los Forteguerra y los Tolomei y sus seguidores; sus jefes eran ser Pino d'Asciano y ser Antonio d'Asciano y otros notarios… Cione di Vitaluccio, un carnicero… Entre los caballeros, Gabrielo di Speranza de' Forteguerra, y los cabecillas de la familia Tolomei eran messer Deio de Tolomei, y también messer gozo d'Tolomei [estaba implicado]. La conspiración fue revelada el 26 de octubre. Preparados los hombres de armas y los caballeros y los infantes, llegaron a las puertas de las casas de las familias y comenzaron a gritar «muerte a los nueve *signori*». Empezaron a aglomerarse en la plaza mayor y al pie del palacio a cuya puerta querían prender fuego. En el palacio, los nueve *signori* habían reunido muchos hombres preparados con catapultas y otras armas y salieron con escudos y los rechazaron hasta las puertas de las casas y muchos de ellos fueron muertos por los proyectiles de las grandes catapultas del municipio. Inmediatamente sonó la campana llamando a las armas y mucha gente acudió a la plaza, de modo que hubo muertes en ambos bandos; los carniceros y los notarios y los Forteguerra y los Tolomei y sus seguidores fueron puestos en fuga y entre otros fueron capturados y entregados al *podestà* cuatro carniceros y muchos otros huyeron y fueron proclamados rebeldes. Algunos de ellos, viendo que la conspiración había sido descubierta, no acudieron a la plaza mayor como habían prometido y, por consejo de messer Deio de' Tolomei, se quedaron en la piazza Santo Cristoforo. A pesar de ello, cuando se hubo restablecido la paz, los nueve *signori* pusieron por escrito los nombres de todos los que habían dirigido la rebelión y sus seguidores y dijeron al *podestà* que todos los que habían sido capturados habían de ser decapitados y los que no, declarados rebeldes. Un amigo de la familia Tolomei que se enteró de la decisión tomada informó inmediatamente a messer Sozo y a messer Deio. Enterado del estado de las cosas, messer Deio decidió escapar y se lo dijo a sus amigos y seguidores y juntamente con messer Sozo marchó y ya no tuvo más que ver con el asunto. Al domingo siguiente el *podestà* proclamó un bando y leyó la condena y ejecutó a los cuatro carniceros y proclamó rebeldes a aquellos que habían sido la causa de la rebelión y a sus seguidores. Pero si los conspiradores hubieran estado de acuerdo y hubieran acudido a la plaza todos a la vez, los nueve *signori* habrían estado en peligro de perder su poder.

Este episodio breve y poco importante contiene en esencia mucho del carácter de la política ciudadana de la Italia del siglo XIV. La norma en la política italiana era la inestabilidad y las disensiones no controladas por unas autoridades firmemente establecidas. Durante los siglos XII y XIII gran parte de la Italia al norte de Roma había llegado a estar dominada por municipios, es decir, ciudades independientes, grandes o pequeñas, libres de la autoridad real o noble, que regían sus propios asuntos. El elemento señorial no había desaparecido; había muchos grandes señores que controlaban posesiones rurales y a veces ciudades. Quedaban, por ejemplo, muchas familias nobles en los Apeninos, a menudo vecinos incómodos en estrecha proximidad de una ciudad. Esto producía disensiones continuas entre un

municipio y otro o entre los municipios y el campo circundante. En el interior de los municipios la inestabilidad era también notable. En mayor grado que en el norte de Europa, la vida urbana italiana estaba dominada por poderosos clanes familiares y por constantes luchas entre ellos, producidas por la ambición. La imagen de los Montesco y los Capuleto no representa un mito romántico, sino la dura y omnipresente realidad de la vida italiana. Familias importantes, con una continuidad de intereses que se prolongaba durante generaciones (como los Médicis de Florencia, los Fieschi y Adorno de Génova, los Corner, Barbaro y Contarini de Venecia) eran una característica dominante de la vida ciudadana en Italia que no tiene paralelo en las ciudades septentrionales. Los Forteguerra y los Tolomei en Siena eran ejemplos de este tipo de familias. Evidentemente había también conflictos de intereses entre las clases y entre los grupos profesionales organizados en gremios. La fuerza de los intereses familiares, en particular, hacía extremadamente difícil crear un sistema de gobierno republicano que pudiera mantener la paz en el interior del municipio.

La crisis sienesa muestra algunos de los elementos de esta situación. Los Forteguerra y los Tolomei eran familias poderosas, difíciles de reducir a la obediencia de la voluntad general del pueblo de Siena. Su riqueza y también el control que ejercían sobre sus servidores y la gente que dependía de ellos les permitía alterar con facilidad la paz de la ciudad. Los nueve *signori* constituían un gobierno de magistrados establecido por la extensa clase dirigente de familias de mercaderes de la ciudad. Esta constitución duró de 1287 a 1355, y, por lo tanto, puede considerarse que tuvo un éxito extraordinario en relación al resto de los gobiernos municipales de la Italia medieval. Durante este periodo fue capaz de contener levantamientos internos y prevenir desastres externos; pero, como el texto aducido demuestra, su situación era precaria. Como muchas otras ciudades italianas,

Siena había intentado, en una primera fase, paliar los conflictos internos de la ciudad concediendo cargos oficiales poderosos, pero temporales, a extranjeros y, por lo tanto, independientes de las disputas locales. El *podestà* que aparece en esta historia sienesa era una especie de ministro de justicia, ciudadano que no pertenecía a la ciudad. Siena tenía además, un *capitano,* extranjero que dirigía sus fuerzas armadas. Gracias a recursos de este tipo se mantenía una tranquilidad incierta, a menudo durante largos periodos.

La importancia de las familias y de sus feudos puede considerarse una característica universal de los municipios. Por esta razón, en parte, el exilio de los enemigos políticos, fenómeno poco habitual en la Europa septentrional, era corriente en Italia; era a menudo el mejor medio de restablecer la paz en una ciudad. *La Divina Comedia* fue escrita por un exiliado político, sobre el cual pesaba una sentencia de muerte en caso de que fuera capturado. Conflictos de clase abiertos eran también una característica común de la vida ciudadana. Los cronistas contemporáneos del norte de Europa no consideraban generalmente la política como un conflicto entre grupos unidos por intereses de clase; los cronistas de las ciudades italianas lo vieron así a menudo. No solo existían allí intereses corporativos de diferentes grupos profesionales y mercantiles, como los carniceros y los notarios en Siena en 1317; había también conflictos entre los ricos y los menos ricos. La distinción entre *magnati* y *popolo* es un lugar común en la literatura urbana. Esta distinción no corresponde a la moderna entre patronos y proletariado porque nadie pensaba entonces que los sirvientes y empleados tuvieran ningún derecho político; pero era una distinción social. Los conflictos sociales de este tipo fueron mucho más evidentes a principios del siglo XIV, cuando la expansión económica, la presión demográfica y la inmigración desde el campo eran fenómenos habituales, que en el siglo XV, cuando las presiones sociales y demográficas se

distendieron y a las oligarquías ciudadanas les fue más fácil mantener su superioridad. Por lo tanto, la primera parte del siglo XIV fue un periodo de turbulencia política y de experimentación constitucional.

Las ciudades tenían sus puntos fuertes lo mismo que sus debilidades. Muchas de ellas, en particular las mayores, controlaban importantes zonas campesinas fuera de sus murallas. No hacían extensivos a estas zonas sometidas los beneficios de la ciudadanía política; el republicanismo de la ciudad-Estado existía únicamente en el interior de la ciudad. La población del *contado,* es decir, del campo circundante y sometido a la ciudad, tenía que obedecer y pagar los impuestos que se le exigían y que a menudo constituían una importante fuente de fuerza material para la ciudad dominante. Al lado de la forma republicana de gobierno, que a menudo permitía que este se llevara a cabo mediante una asamblea y un amplio consenso de la población, la característica más notable de los municipios italianos para el observador moderno era la complejidad de sus finanzas. El hecho de que durante el siglo XIV hubiera que depender de mercenarios alquilados para la guerra significaba que los municipios tenían que reunir grandes sumas de dinero o perecer. Como en las ciudades había comunidades de comerciantes relativamente amplias, capaces de manejar grandes sumas de dinero, su gobierno pudo avanzar más allá de los límites de las primitivas finanzas de los reyes del Norte. Algunos de estos gobiernos dependían en parte de préstamos voluntarios o forzados, sobre los cuales se pagaba un interés regular. En los dos mayores municipios republicanos, Venecia y Florencia, las finanzas públicas estuvieron cada vez más dominadas por una deuda estatal constituida por el procedimiento de los préstamos forzados, con créditos que implicaban un interés que podía ser comprado y vendido. Las deudas del gobierno florentino se consolidaron en 1345 en un *Monte,* único, y la riqueza de los ciuda-

danos individuales de allí en adelante consistió, en parte, en acciones de esta deuda estatal. De este modo los propietarios del municipio se convirtieron en cierta manera en una corporación financiera, además de política.

Entre 1337 y 1340, Ambrogio Lorenzetti pintó un fresco famoso representando una alegoría del buen y el mal gobierno, en la sala del consejo del palacio de Siena; la defensa en imágenes por un régimen republicano de sus propias virtudes y preceptos. La figura central probablemente intentaba representar al «Bien Común», exhortación dirigida a los ciudadanos a dejar de lado sus ambiciones privadas y sus feudos en bien de la ciudad. Esta era la esperanza de todos los gobiernos municipales, pero muy a menudo la inestabilidad inherente de la sociedad de la ciudad les desbordaba. La imagen pictórica que la magistratura de los nueve utilizó para representar al bien común se asemeja notablemente a un rey en su trono. Siena, en realidad, consiguió mantener una constitución republicana, pero en la mayor parte de las ciudades de Italia la solución para las disensiones internas, de manera voluntaria o involuntaria, resultó ser un señor de algún tipo. Hacia 1320 el interludio relativamente breve de gobierno municipal estaba llegando a su fin en la mayor parte de Italia.

La decadencia del republicanismo municipal tuvo lugar de diversas maneras. Una de sus causas fue la marcada tendencia de las principales potencias a consolidar un territorio en torno suyo, de manera que el número de unidades políticas se vio reducido. De este modo, durante el siglo XIV Florencia absorbió Prato, Volterra y Arezzo, que habían sido antes municipios independientes. Por otra parte, el establecimiento de un despotismo en una ciudad podía resultar de que un señor local asumiera el poder o de que se elevara a este a un ciudadano excepcionalmente rico y poderoso. A principios del siglo XIV ya había importantes di-

nastías, como los Visconti en Milán, los Della Scala en Verona, los Este en Ferrara, algunas de las cuales habrían de sobrevivir durante largo tiempo, y muchos tiranos locales en las ciudades más pequeñas.

Sin embargo, en algunos lugares prevalecieron las constituciones republicanas. Siena fue obstinadamente republicana a través de todo el Renacimiento y Bolonia lo fue intermitentemente. Hubo sobre todo tres grandes ciudades, Venecia, Florencia y, ocasionalmente, Génova, que conservaron hábitos republicanos en la vida política. El tamaño y la riqueza fueron indudablemente factores importantes para la supervivencia del republicanismo; era mucho más difícil que un hombre o una familia se pusiera por encima de las otras en una ciudad grande que en una pequeña. Igualmente, era mucho más difícil que una ciudad grande fuera conquistada por un señor vecino; así, Lodi, Como y Bérgamo, por ejemplo, fueron absorbidas en el Estado milanés de los Visconti. Pero no hay que exagerar la distinción entre municipios y despotismos: ningún déspota podía prescindir totalmente del elemento municipal en su Estado, y el establecimiento de un despotismo, por supuesto, no alteraba el hecho básico de que lo hacía sobre una comunidad urbana. Sin embargo, a causa de su tamaño y de su supremacía económica y cultural, el hecho de que tres grandes ciudades se mantuvieran republicanas es de gran importancia para la historia de las instituciones y, quizá, incluso, de las ideas de la Italia renacentista.

En siglos posteriores Venecia había de hacerse famosa en Italia y en Europa como un Estado con una constitución que misteriosamente garantizaba la estabilidad y la ausencia de revolución. La leyenda de la inmutable eficacia de la constitución veneciana todavía no había surgido, pero los elementos del sistema que habían de persistir a lo largo del periodo renacentista existían ya. El poder político en Vene-

cia estaba limitado a ciertas familias, cuyos herederos legítimos eran los únicos miembros del Gran Consejo. Las familias habían sido designadas por el llamado «cierre» del Consejo en 1297. Otros ciudadanos podían ocupar puestos administrativos, pero estaban excluidos de la jerarquía política. El Gran Consejo elegía un Senado de 300 miembros, que era el que realmente gobernaba. En 1310, uno de los pocos trastornos internos de la historia de Venecia, una conspiración integrada por tres nobles de las familias dirigentes, Tiepolo, Querini y Badoer, llevó a inventar otro organismo, que había de ser importante. Este fue el Consejo de los Diez, fundado como comité de emergencia y perpetuado después en forma de pequeño gabinete ejecutivo, que, juntamente con otros comités pequeños y ministerios, llevaba a cabo el trabajo real del gobierno. En la cima de esta constitución estaba el dux, patricio elegido vitaliciamente para cumplir el papel de monarca constitucional. Esta era la constitución que presidió el extraordinario crecimiento de Venecia a lo largo de los siglos XIV y XV, hasta convertirla en el caso único de una ciudad republicana, que era, además, una de las principales potencias europeas. En este aspecto la historia de Venecia contrasta notablemente con la de su gran gemela comercial y rival, Génova. La fuerza comercial de Génova, no menos brillante y quizá más espectacular a principios del siglo XIV, iba acompañada de una inestabilidad política extrema. La política genovesa estuvo tradicionalmente dominada por varias grandes familias de mercaderes patricios –Doria, Fieschi, Grimaldi, etc.–, cuyas disputas llenaban su historia política como las de nobles en un reino sin cabeza. Génova nunca alcanzó la paz política durante un periodo de tiempo prolongado. En el siglo XIV sufrió la tiranía popular de Simón Boccanegra, que fue elevado a la categoría de dux siguiendo el modelo de Venecia (1339-1344). La institución del dux sobrevivió, pero después de Boccanegra se convirtió en la presa de las viejas fa-

milias de *nobili.* Desde mediados del siglo XIV también Génova, aunque sin perder nunca su constitución republicana, cayó intermitentemente bajo el control de Milán y en ocasiones aceptó a los Visconti como *signori* externos.

Florencia, la ciudad que en último término iba a producir las más notables expresiones literarias de ideología republicana, se ha de colocar, en cuanto a realidad política, en un punto intermedio entre Génova y Venecia. En 1320 tenía ya una larga experiencia republicana con muchos altibajos. Dante, no mucho antes de esto, contrastaba las que él imaginaba fijas constituciones de las antiguas Atenas y Esparta, con las constantes alteraciones del cuerpo político florentino, que, decía él, cambiaba constantemente de postura como un inválido enfebrecido: «Lo que ponéis en marcha en octubre no dura hasta mediados de noviembre. Cuán frecuentemente en el tiempo que recordáis habéis cambiado las leyes, las monedas, los puestos y las costumbres» (*Purgatorio,* VI, 143-148). En realidad, las líneas generales de la política florentina fueron bastante constantes. A la cabeza del Estado había un grupo de siete hombres: seis *priori,* escogidos entre los miembros de los gremios para representar la guardia de la ciudad, y un «portaestandarte de la justicia». Estos puestos se ocupaban durante dos meses únicamente. En este tiempo vivían en el palacio y actuaban como jefes del Estado, promoviendo leyes y llevando a cabo negociaciones diplomáticas. Después de estos dos meses no podían volver a ser elegidos durante algún tiempo, con lo cual la renovación del personal era constante. Los *priori* no podían legislar; las leyes tenían que ser sometidas a varios consejos, que incluían en total varios cientos de ciudadanos. Tenían funcionarios jurídicos y ejecutivos –un *podestà* y un *capitana,* como en Siena–, que eran siempre extranjeros. La constitución, aunque se había formado de manera poco sistemática, tenía el claro designio de evitar, en la medida de lo posible y por medio de frecuentes

cambios en los puestos de gobierno, que individuos o grupos se apoderaran del control del Estado. Esto, por supuesto, no acabó con la influencia de los ricos, pero la limitó. Algunas familias, bien conocidas por sus orígenes aristocráticos y propiedades territoriales, los *magnati,* fueron excluidas de determinadas funciones políticas. Al otro extremo de la escala social, la mayor parte de la población florentina estaba excluida también, puesto que había que ser miembro de un gremio para acceder a derechos políticos, pero el número de individuos que tenían derechos de ciudadanía alcanzaba probablemente a varios miles.

Entre 1313 y 1322 la constitución republicana fue parcialmente abolida en favor de una *signoria* limitada ejercida por el rey Roberto de Nápoles, que tenía el poder de nombrar al *podestà* de la ciudad. Las razones para este sacrificio de la independencia ciudadana fueron las habituales en el mundo italiano. El acuerdo con el rey Roberto se había concertado en 1313, hacia el fin de la gran expedición del emperador germánico Enrique VII a Italia (1310-1313), que había fortalecido grandemente el partido gibelino (partidario del Imperio) contra los güelfos (contrarios al Imperio). Bajo esta severa presión el municipio no fue capaz de mantener la paz entre sus propios ciudadanos ni de protegerse contra los gibelinos de Toscana, acaudillados por la ciudad rival de Pisa. Enrique VII murió en 1313, pero como legado dejó en Italia un partido gibelino muy fortalecido, que perduró durante algunos años. En 1320 el principal representante de esta alianza en Toscana era Castruccio Castracani, tirano de Luca, cuyo poder alarmaba suficientemente a los florentinos como para valorar la protección y capacidad de dirección de un gran *seigneur.* Hasta 1322 Florencia no se deshizo del rey Roberto y volvió a una constitución republicana pura. Sin embargo, en 1325 Florencia sufrió un severo contratiempo militar cuando Castruccio derrotó a los güelfos toscanos en Altopascio. Los florenti-

nos reaccionaron colocándose bajo la señoría del duque Carlos de Calabria, hijo del rey Roberto, y renunciando a su autonomía de una manera mucho más completa. Carlos podía nombrar todos los cargos importantes de la ciudad, siempre y cuando mantuviera un ejército de caballería a expensas del municipio. Este régimen duró hasta la muerte de Carlos en 1328, poco después de la muerte del enemigo Castruccio. Florencia otra vez volvió al gobierno municipal, fortalecido por la introducción de un elemento de elección por sorteo (los nombres de los magistrados se extraían al azar de bolsas que contenían los de todos los elegibles), mecanismo que tanto en la Italia medieval como en la antigua Grecia se consideraba que impedía la concentración del poder político. Catorce años después, en 1342, la conquista de Luca por Pisa creó una amenaza que llevó a Florencia de nuevo a escoger un señor, esta vez un francés, Gualterio de Brienne, llamado duque de Atenas, que era soldado y cortesano en la corte angevina de Nápoles. Contratado primero como comandante de mercenarios, se le concedió autoridad judicial vitalicia aparentemente en un intento de restablecer la confianza ante el pánico general que siguió a la desastrosa quiebra de los Bardi y los Peruzzi (véase *supra*). Su *signoria* duró menos de un año y el republicanismo fue restablecido en 1343.

El año de 1343 supuso el fin de los experimentos con las señorías. Después de esto Florencia continuó siendo un municipio republicano hasta que los Médicis iniciaran la lenta erosión de las instituciones republicanas cerca de un siglo después. Las razones para que estos experimentos terminaran tienen en gran parte relación con el equilibrio del poder exterior. A principios del siglo XIV era difícil que una ciudad, incluso grande, como Florencia, pudiera pasarse sin protección. El poder del Nápoles angevino y monárquico era atractivo para una ciudad envuelta en luchas e incapaz de dirigir sus asuntos militares. Los días en que los

ciudadanos se defendían a sí mismos con un ejército municipal, como aquel en el que el joven Dante había prestado servicio, habían terminado. A principios del siglo XIV las ciudades tenían que pagar escuadrones de caballeros expertos. Sin embargo, a finales de siglo se había llegado a una fase ulterior. Para entonces, ningún señor, alemán o francés, tenía suficiente peso en aquella parte de Italia como para que mereciera la pena acogerse a su protección; era esto un resultado de la decadencia relativa del poder señorial. Florencia, que era una ciudad grande y rica, podía permitirse el lujo de ser independiente y, aún más, podía utilizar su dinero en comprar mercenarios, cuya posición era estrictamente la de subordinados.

Los años de 1343 a 1382 han sido considerados generalmente como el periodo en el cual el republicanismo florentino tuvo una base más amplia. Como reacción a la incapacidad de los grandes mercaderes de controlar los negocios con anterioridad a 1343, se extendió la elegibilidad a puestos del gobierno de los miembros de los gremios «menores» a costa de la de los gremios «mayores». Hablando en términos generales, los gremios «mayores» eran aquellos que incluían mercaderes a gran escala, tales como los mercaderes de paños; los gremios «menores» eran las organizaciones de tenderos y artesanos. Durante el periodo 1343-1382, la constitución en general favoreció a los hombres más humildes. Sin embargo, esta afirmación no puede llevarse demasiado lejos: los grandes mercaderes y propietarios tenían todavía en sus manos una porción del poder desproporcionada. A una ciudad-Estado le era imposible ser algo más que una estrecha oligarquía matizada por una oligarquía más amplia. En un momento, en 1378, la ciudad se vio totalmente conmocionada por la revolución de los *ciompi* (véase *infra*), que rompió temporalmente la organización normal del poder. Pero la interrupción duró poco. En 1382 el poder de los siete gremios mayores se vio reforzado, y el anti-

guo rumbo republicano y oligárquico de la política ciudadana había de reemprenderse y durar al menos otro medio siglo.

EL PAPADO DE AVIÑÓN

En 1320 la corte papal llevaba ya once años establecida en Aviñón, a orillas del Ródano, en el sur de Francia, donde había de permanecer hasta que Gregorio XI la hizo volver a Roma en 1377. El papado, a comienzos de este periodo, era por lo tanto una corte en el exilio. Los papas estuvieron, durante un periodo de tiempo imprecedentemente largo, la duración de una vida humana, ausentes del lugar que les era propio: la sede de San Pedro, en Roma. Mucha gente, en aquel tiempo y desde entonces, ha considerado este periodo una deplorable aberración y muchos contemporáneos designaron la residencia de la corte papal en Aviñón como la «cautividad en Babilonia». La corte de Aviñón estaba sin duda corrompida como todas las cortes, y desde luego como todas las cortes papales durante la Edad Media, pero no de manera excepcional, y la desaprobación moral en que incurrió el papado de Aviñón ha desviado la atención de importantes circunstancias históricas. En lo que concierne al poder real, el periodo de Aviñón no supuso un colapso, sino, en muchos aspectos, la culminación del papado medieval y el punto máximo de su influencia.

Esta afirmación se puede defender de dos maneras: una, geográfica; la otra, constitucional. El desarrollo del papado medieval llevó consigo la extensión de la aceptación de su autoridad a la casi totalidad del continente europeo. La Europa sudoriental y el Mediterráneo oriental se le habían cerrado por la negativa de las Iglesias orientales a aceptar la jefatura papal en el siglo XI, pero desde entonces los papas habían asegurado progresivamente su control sobre las Iglesias de la Europa noroccidental. El estrechamiento de los lazos con Francia fue parte de este proceso, puesto que

el reino de Francia era el centro de la cultura europea y su rey, generalmente, el príncipe más poderoso de Occidente. El establecimiento de la corte papal en Aviñón tuvo lugar en 1305, en parte porque la intervención política francesa alteraba la Italia central y creaba divisiones en el interior del Colegio de Cardenales y, en parte, porque el nuevo papa en aquel momento era arzobispo de Burdeos. Sin embargo, en varios aspectos, era la culminación natural del desarrollo del papado medieval. La Europa noroccidental era mucho más accesible desde Aviñón que desde Roma. Cuando Petrarca condenó la residencia de los papas en Aviñón, un escritor francés replicó con cierta justicia: «La elección de Aviñón se justifica por la propia situación del lugar, que equidista más de las fronteras modernas de la Iglesia católica, por lo cual nuestro señor el papa podrá siempre administrar a los fieles cristianos su medicina espiritual con más facilidad y equidad». Incluso el último de los papas de Aviñón, Gregorio XI, que consiguió por fin volver a Roma, retrasó esta vuelta varias veces porque encontraba que Aviñón era un lugar más conveniente para mediar entre los reyes de Francia e Inglaterra. Para el papado, tal como era en aquel tiempo, esencialmente una institución de Europa occidental, no puramente italiana o mediterránea, Aviñón era casi la residencia ideal.

También fue durante el periodo de Aviñón cuando el papado alcanzó la cima del crecimiento medieval de su control administrativo sobre la Iglesia occidental. Esto es algo diferente al prestigio espiritual. Ninguno de los papas de Aviñón fue un hombre de gran autoridad profética o un gran reformador religioso. La corte de los papas y su personal fueron considerados por sus contemporáneos con un cinismo moderado e incluso exagerado. El poder institucional del papado, sin embargo, nunca había sido tan grande. En las salas y despachos del palacio de Aviñón –reconstruido con mayor esplendor por Clemente VI (1342-1352), que

mantenía que sus predecesores «no sabían ser papas»– se tomaban a diario decisiones que afectaban a clérigos y laicos de toda Europa. Las Iglesias europeas habían ido aceptando gradualmente que la corte papal era el tribunal máximo de apelación en muchos casos, que el papa tenía derecho a decidir en gran medida los nombramientos del clero y que tenía derecho a ciertos tipos de ayuda financiera.

El papa era muy diferente a los otros grandes poderes: una autoridad espiritual con un enorme poder temporal, el gobernante de un Estado italiano que obtenía la mayor parte de sus recursos de fuera de Italia. Consideremos primero su autoridad dentro de la Iglesia. Puede ser en gran parte adscrita a dos cosas: 1) el control de los nombramientos para los beneficios y 2) los derechos financieros a varias clases de tasas e impuestos.

El fundamento del control papal sobre el personal de la Iglesia, en general, era la doctrina de que el nombramiento para ciertas clases de beneficios estaba «reservado» a la curia. Estas clases incluían, por ejemplo, los beneficios cuyos titulares anteriores habían muerto mientras estaban en la curia y los beneficios cuyos titulares anteriores habían sido desposeídos o privados de ellos o que habían quedado vacantes cuando el titular había sido transferido a otro beneficio por una «colación» papal. La multiplicación de reservas especiales y generales había tenido lugar mucho antes del periodo de Aviñón y continuó durante este hasta el punto de que todos los nombramientos de los obispos y los priores de los monasterios y una gran parte de los párrocos ordinarios estaban reservados al papado. La facultad original de nombrar este clero podía estar en manos de los monjes de un monasterio, el cabildo de una catedral, del señor local como patrón de la iglesia de un pueblo, pero, por muy enérgicamente que le apoyaran, el aspirante a uno de estos beneficios tenía que pasar por los complicados procedi-

mientos de obtener una «provisión» en la corte papal para que su elección fuera válida. Este sistema restringía la independencia de las autoridades locales y los papas lo usaban en cierto modo para sostener su propia corte y burocracia, proporcionando sinecuras a sus cardenales y oficiales, y también en interés de la erudición. Las sinecuras se destinaban a estudiantes que trabajaban en las universidades y estas enviaban regularmente listas de graduados como candidatos a beneficios a quienes se esperaba que el papado apoyaría en preferencia a clérigos menos cultos. Evidentemente, esto daba lugar a abusos, de los cuales el más inmediato era la acumulación de sinecuras por parte de los cardenales. En los niveles más altos, el sistema administrativo se mezclaba con la política. Por ejemplo, en 1366 Eduardo III de Inglaterra deseaba promocionar a su clérigo favorito, Guillermo de Wykeham, al obispado de Winchester. Consiguió que fuera elegido, pero había que obtener la provisión papal, de modo que se envió una embajada a Aviñón. Fue un fracaso; el papa Urbano V no estaba particularmente bien dispuesto hacia Wykeham ni hacia Eduardo III, del que el papa sospechaba porque estaba negociando una alianza matrimonial con un enemigo del papado en Italia, Galeazzo Visconti, duque de Milán. Como paso siguiente, el rey pidió al duque de Borbón que utilizara su influencia con el papa, pero esto fracasó también. Por último el rey envió otra misión directa a la curia con cartas no solo al papa, sino a todos los cardenales, en las que les ofrecía los valiosos beneficios que Wykeham dejaría vacantes si era nombrado. Esta vez tuvo éxito. El interés del asunto radica en que la necesidad de obtener la aprobación papal estaba lo suficientemente bien establecida como para que Urbano V fuera capaz de utilizarla como arma en las relaciones diplomáticas, incluso con un gran rey cerca de la cúspide de su poderío. Si esto era así, es fácil imaginar el respeto con que sería considerado por hombres menos importantes, aun cuando

las provisiones papales que necesitaban eran asuntos rutinarios que no requerían más que molestias y gastos.

La corte papal estaba en gran parte sostenida por los fondos procedentes de varias cargas convencionales que pagaba el clero de toda Europa. De estas, las más importantes eran los pagos especiales que realizaban los que acababan de ser nombrados para un beneficio. Los nuevos obispos y abades pagaban «servicios» que a menudo eran sumas aproximadas al producto de una sede durante un año; una diócesis grande podía producir unos 10.000 florines. El clero menor que era nombrado para un beneficio tenía que pagar al papa el producto del primer año. Había una conexión bastante estrecha entre la extensión del control papal sobre los nombramientos y los ingresos papales procedentes de la Iglesia. Los pagos de este tipo eran una buena fuente de ingresos porque los individuos obligados a pagarlos deseaban la aprobación pontificia que garantizaba la seguridad legal. Pero, además de los pagos ocasionales individuales, los papas exigían también el derecho a recaudar impuestos del clero titular de beneficios, de manera muy semejante a como el rey cobraba impuestos de sus súbditos, exigiéndoles una fracción del producto estimado de sus beneficios. El papado había establecido desde hacía tiempo una lista de las estimaciones de los beneficios de toda Europa, de manera que era un asunto relativamente sencillo presentar al clero de una provincia, por medio de una carta, a su arzobispo, una petición de dinero y la proporción que les correspondía a cada uno. Conseguir lo que se pedía era un asunto diferente. Los papas se encontraron con obstinadas negativas no solo por parte del clero, sino, de manera más efectiva, por parte de los príncipes locales, a quienes no agradaba el espectáculo del oro de sus países afluyendo hacia Aviñón. Sin embargo, a pesar de los enormes obstáculos, los derechos de los papas a recaudar impuestos se acep-

taban teóricamente y eran a menudo una importante fuente de ingresos.

Los papas de Aviñón tenían la corte más complicada de Europa, un palacio con las dependencias burocráticas de un gobierno real dedicadas a operaciones a escala europea, en lugar de a escala meramente nacional. La Cancillería incluía a los escribanos de cartas y bulas. La Cámara apostólica era la oficina financiera que recibía los pagos y llevaba las cuentas. Las diversas disputas legales concernientes a los derechos a beneficios se decidían en un tribunal llamado la Rota. Las dispensas y censuras morales se encargaban a la Penitenciaría. Estas instituciones requerían cientos de funcionarios que, junto con las hordas de cardenales, sirvientes, mercaderes, banqueros, abogados y litigantes o dignatarios visitantes prestaban a Aviñón su peculiar sabor de capital cosmopolita, cuyo olor y bullicio llevaron a Petrarca a buscar la paz y la tranquilidad del campo en Mont Ventoux.

Pero el papa era un señor con dos naturalezas, la de cabeza espiritual de Europa y la de príncipe temporal de Italia. Aunque durante la mayor parte del periodo de 1305 a 1377 los papas estuvieron en Aviñón, su atención política se centró en gran medida en sus posesiones temporales en Italia, la banda de territorio que se extendía diagonalmente a través de la península con sus extremos septentrional y meridional en Bolonia y Terracina. El Estado de los papas era un reino temporal, pero un reino de un tipo excepcionalmente turbulento y difícil de gobernar. Estaba convencionalmente dividido en las provincias de Romaña, la marca de Ancona, el ducado de Espoleto, el patrimonio de San Pedro, Campania y Marítima, pero estas provincias no son indicativas de las complicadas y fragmentadas soberanías de que estaban construidos los Estados Pontificios. El señorío del papa consistía en una colección de señoríos y jurisdic-

ciones particulares sobre comunidades, municipios y señores, que nunca se había cimentado de manera efectiva en un sentimiento general de pertenecer a una comunidad política como el que daba coherencia a la vida política de, por ejemplo, Inglaterra, Flandes o Bohemia. Entre los súbditos del papa se incluían señores poderosos y semiindependientes y ciudades con instituciones municipales muy desarrolladas, tales como los Malatesta, señores de Rímini o el municipio de Perusa. Las fronteras de su señorío eran objeto de muchas disputas, especialmente en el norte, donde Bolonia, la mayor ciudad del Estado, se mantenía unida a este, cuando se mantenía unida, de una manera muy vaga e inestable. El papa era vulnerable a los peligros externos y, en particular, a los procedentes de dos puntos; en primer lugar, de los aspirantes germánicos al título de emperador romano, que querían ser coronados en Roma y tenían derechos imperiales tradicionales a las lealtades de determinados señores en Italia, que podían ser utilizadas por los enemigos del papa. Estas lealtades se habían erosionado ya en 1320, pero todavía habían de desempeñar algún papel en la política de las próximas dos décadas. En segundo lugar, los peligros procedían de la gran potencia expansionista del norte, el ducado de Milán, que estaba empezando a dirigir la mirada fuera de Lombardía, hacia la Romaña, y que había de convertirse en un peligroso rival.

Los derechos jurisdiccionales que constituían la autoridad del papa sobre los Estados Pontificios se habían acumulado a lo largo de siglos. A pesar de estar ausentes de Italia, los papas de Aviñón no fueron en absoluto menos tenaces que sus predecesores en el intento de aferrarse a ellos y, en los años posteriores a 1353, se emprendió un esfuerzo notable de reconquista y reconstrucción que fue encomendado por Inocencio VI a un soldado y clérigo castellano, el cardenal Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. El periodo de Aviñón, por lo tanto, no supuso una disminución del

control de los papas sobre la Italia central ni un desvanecimiento de la importancia de los Estados Pontificios como elemento político, aunque gran parte de su dirección y administración estuviera en manos de extranjeros: Albornoz era español, y la mayor parte de los administradores importantes eran franceses. Pero a ojos de los italianos, el gobierno papal llegó a adquirir cada vez más la apariencia de una dominación extranjera ejercida de manera indecente por los bárbaros sobre los descendientes de los romanos.

El mantenimiento de los intereses políticos del papa en Italia requería un esfuerzo militar continuo y extremadamente costoso, que los Estados Pontificios por sí solos eran incapaces de soportar. Solo los recursos eclesiásticos de la Europa noroccidental permitían que los papas mantuvieran su posición en Italia. Se estima que los ingresos anuales del papa Gregorio XI (1370-1378) «variaban entre 200.000 y 300.000 florines de cámara de oro al año, de los cuales no más de una cuarta parte procedía de los Estados Pontificios». La naturaleza del papado como institución política dependía de esta relación material básica. La mayor parte de su dinero procedía de las «colecturías» en que Europa estaba por conveniencia dividida: una en Inglaterra, una en Alemania, una en Portugal, varias en Francia. Mantener este imperio eclesiástico europeo era naturalmente un problema constante que abrumaba a la relativamente eficiente burocracia francesa de los papas de Aviñón. El esfuerzo invertido en ello queda reflejado por ejemplo en las experiencias de uno de sus funcionarios, un clérigo llamado Bertrand du Mazel, cuya carrera ha podido ser reconstruida. Urbano V le envió a Alemania como recaudador del diezmo papal en 1366. Después de batallar con el clero local y ser encarcelado, volvió a Aviñón sin demasiado dinero. En 1368 fue enviado en una misión a las cuatro colecturías de la península ibérica, donde tuvo que mantener una dura lucha para reunir parte de los atrasos que debía Portugal, ayudado por la

amenaza de entredicho y excomunión del arzobispo de Braga. En 1371 le fue encomendada la recaudación de un subsidio en Sicilia, donde otra vez tuvo que pasar por violencias y peligros. En 1376, tras una década de duras misiones, fue recompensado con el puesto de tesorero de la guerra en Italia, cuya tarea era recibir y distribuir el dinero que recaudadores como él trataban de sacar de diversas zonas de Europa.

Aunque la burocracia papal era francesa cada vez en mayor medida, incluso en Italia, la dirección y desde luego toda la organización centralizada de las finanzas de la Iglesia dependían de banqueros italianos. La transferencia del dinero papal a Aviñón e Italia, los préstamos inmediatos de dinero para pagar expediciones militares cuando el tesoro de los papas estaba vacío, la financiación de pagos y visitas a Aviñón de postulantes y litigantes, todas estas funciones indispensables eran desempeñadas por banqueros italianos. Solo ellos poseían la red de representantes necesaria para unas negociaciones financieras a escala europea y solo ellos tenían las reservas de dinero en efectivo en Aviñón y en Italia necesarias para financiar las operaciones papales. Estaban envueltos en el gobierno papal de manera inextricable y ambos grupos de instituciones, el control papal de la Iglesia y la red financiera italiana, se habían desarrollado juntas, en interdependencia mutua, desde el siglo XII. En estos asuntos, el papel dirigente lo desempeñaban las firmas toscanas, y especialmente las florentinas, que durante la mayor parte del periodo de Aviñón fueron miembros honrados e influyentes de la corte papal. A un aspirante florentino a un beneficio en 1364 le aconsejaron que consiguiera cartas de recomendación para la corte papal del arzobispo de Génova, del general de la orden franciscana y de un miembro de una familia de banqueros, los Alberti. La conexión entre el comercio y los asuntos papales queda indicada en este consejo ofrecido algún tiempo después por un manual de un

mercader italiano: «En Génova el dinero es caro en septiembre, enero y abril a causa de que parten los barcos… En Roma, donde está el papa, el precio del dinero varía de acuerdo con el número de beneficios vacantes y los movimientos del papa, que sube el precio del dinero dondequiera que él esté… En Montpellier hay tres ferias que causan un gran encarecimiento del dinero».

La corte papal del periodo de Aviñón, aunque cosmopolita, era predominantemente de carácter francés meridional. De los 134 cardenales creados por los papas de Aviñón, más de la mitad procedían del Lemosín, Quercy, Gascuña, Narbonnais y otros distritos del Midi. Juan XXII escribió a Carlos IV de Francia en una ocasión diciendo que encontraba las cartas del rey difíciles de entender porque había olvidado la *langue d'oil* después de tanto tiempo de no usar más que la *langue doc.* Sin embargo, no cabe duda de que los lazos más estrechos y los intereses comunes del papado estaban establecidos con la corte de París. ¿Cómo resolvían los papas la compleja y difícil cuestión de cuidar al tiempo sus intereses en Italia, sus conexiones con Francia y su posición en la Iglesia occidental en conjunto?

Juan XXII (1316-1334) disfrutó del pontificado más largo de todos los de Aviñón y fue quizá el político más duro. Había sido especialista en derecho canónico en Cahors y obispo de Aviñón. Estableció el modelo que iban a seguir sus sucesores. Retrospectivamente se puede ver que Juan XXII se enfrentó con tres amenazas a su concepción de la posición papal. Una, el entusiasmo de los espirituales de la orden franciscana, entonces un elemento muy importante dentro de la Iglesia en general, que querían ceñir su orden al ideal de pobreza apostólica. Juan reprimió este movimiento de manera muy efectiva, episodio que describiremos más adelante (véase *infra*). La segunda, la pretensión del rey germánico Luis el Bávaro (véase *supra*), que quería

ser nombrado emperador romano. La tercera fue la amenaza del poder expansivo de Milán bajo Mateo Visconti. El objetivo crucial de Juan era defender la parte septentrional de los Estados Pontificios contra la intervención de Visconti y Luis y a este fin dedicó los principales esfuerzos políticos de su pontificado. El gobierno en Italia fue encomendado en 1319 a otro eclesiástico del sur de Francia, el cardenal Bertrand du Poujet; bajo su dirección los ejércitos pontificios estuvieron en lucha casi continua hasta la muerte de Juan XXII. El resultado no fue muy positivo: Luis el Bávaro llegó a Roma y fue coronado en 1328, y, cuando Juan XXII murió, Bolonia y la Romaña estaban fuera de su control. Ello, sin embargo, pone claramente de manifiesto el esquema de la política de Aviñón: insistencia inflexible en la autoridad jerárquica y tradicional del papado (Juan y su gran ayudante administrativo, el chambelán Gasbert de Laval, extendieron grandemente el control sobre los beneficios), determinación de controlar los Estados Pontificios, amistad con la corte de Francia, resistencia ante las potencias de Milán y el Imperio.

Su sucesor, Benedicto XII (1334-1342), natural de Foix, en la Francia sudoccidental, era un monje cisterciense y un teólogo que tenía mucho menos interés por la política temporal que por promover una cruzada e intentar evitar la gran guerra entre Francia e Inglaterra, que se inició durante su pontificado. Pero, aunque quitó importancia a los objetivos papales en Italia y a la expansión de la corte pontificia, no invirtió las tendencias, y su sucesor fue, en contraste, el más grande de los papas de Aviñón: Clemente VI (1342-1352). Su nombre original era Pierre Roger, procedía de los alrededores de Limoges y era un monje benedictino especialista en derecho canónico. Antes de ser nombrado papa había alcanzado una notable posición administrativa al servicio de la Corona de Francia; había sido arzobispo de Ruán y canciller de Francia. Le cayó a él en suerte aplastar

el intento de Cola di Rienzo de fundar una nueva república romana: la natural reacción de un señor ante un movimiento que daba cuerpo a los sueños italianos de renacimiento milenario y de resurrección clásica, pero que era débil políticamente y que a él le debió parecer despreciable. Clemente se mantuvo relativamente inactivo en Italia. En 1350 proclamó un jubileo que atrajo a Roma multitudes de peregrinos, pero él no asistió en persona. Permitió que Bolonia siguiese bajo el control de los Visconti. Clemente concebía su papel como papa al modo de los reyes y señores de las cortes del norte, donde él se sentía en su ambiente. Compró la ciudad de Aviñón a la reina Juana de Nápoles y amplió el palacio. Le habría gustado promover una cruzada para ayudar a los cristianos de Oriente, pero las otras potencias occidentales se mostraron indiferentes ante este plan. Aunque la peste negra, que había de tener profundos efectos sobre la posición del papado al reducir la alta densidad de población de la cual, en último caso, dependían sus ingresos, se desencadenó durante su pontificado, fue el ejemplo supremo de papa gran *seigneur.* Como otros muchos grandes *seigneurs,* consiguió fundar una dinastía. El papa que siguió a los dos que inmediatamente le sucedieron, Gregorio XI, era su sobrino.

Inocencio VI (1352-1362), del Lemosín, era un especialista en derecho canónico. Lo más notable de su pontificado fue que puso en movimiento la triunfante reconquista de los Estados Pontificios por parte de Albornoz. Con su sucesor Urbano V (1362-1370), la tendencia a dejar Aviñón y volver a Roma, que siempre había sido una política declarada, pero no perseguida de manera seria, adquirió una nueva urgencia. Urbano no solo era un monje, sino que parece que tuvo un carácter más idealista que sus políticamente prudentes predecesores. Se tomó la idea de la cruzada muy en serio y, aparentemente, pensó que podía persuadir al rey de Francia y a Bernabé Visconti, dándole Bolonia en pren-

da, de que dirigieran una expedición contra el infiel. Se equivocó. Pero la vuelta a Roma estaba dentro de sus posibilidades; llegó allí en 1367 y, aunque no trasladó la administración pontificia, permaneció en la ciudad durante dos años. La guerra reemprendida en 1369 entre Francia e Inglaterra le hizo volver a Aviñón con la esperanza de poder actuar de mediador y reunir a Europa otra vez en torno a una cruzada, pero murió al cabo de pocos meses. Los cardenales eligieron en su lugar como Gregorio XI (1370-1378) a Pierre Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI, cuya carrera simboliza el nepotismo de Aviñón. A los once años era canónigo y cardenal a los diecinueve. Los primeros años de su pontificado estuvieron dominados por una dura guerra contra Milán, del tipo tradicional, pero resultó ser un hombre de un idealismo inflexible y sacrificado que subordinaba todo al sueño de una cruzada y, en último caso, a la vuelta a Roma, que había de ser políticamente desastrosa para el papado.

Es difícil adentrarse con sentimientos comprensivos en la amalgama de poder principesco y autoridad espiritual que formaba el mundo de los papas de Aviñón. El testamento de Gregorio XI protegía la propiedad heredada de su familia de reclamaciones papales, pero pedía los ingresos que el papado obtenía de Alemania, Inglaterra y la península ibérica para establecer un colegio de monjes en la iglesia donde deseaba ser enterrado. Pero, aunque el sentido de la familia señorial era muy fuerte en él, tampoco cabe duda de que Gregorio tenía una idea grandiosa de su misión como dirigente e inspirador de los reyes cristianos. Los dos componentes se dieron en diversos grados en todos los papas de Aviñón. Aviñón era una capital artificial, en la cual estaban excepcionalmente apartados de las fuentes de piedad –en mucho mayor grado que en Roma–, y esto acentuó el remoto formalismo burocrático de su gobierno. Sin embargo, mientras duró, la unión de la sede de San Pedro con la Igle-

sia señorial de la diócesis de la Europa del noroeste dio lugar al imperialismo jerárquico más impresionante que Europa ha presenciado nunca. Las autoridades eclesiásticas posteriores no han sido sino una pálida copia de ello.

LA POLÍTICA ITALIANA HASTA 1378

Entonces, como ahora, Italia era un área geográfica que contenía culturas de niveles muy diferentes. Dentro de distancias pequeñas, las diferencias –desde la sofisticación cosmopolita de una ciudad toscana a la soledad de los Apeninos, a unos pocos kilómetros– podían ser grandes. Había también una gran diversidad entre el norte y el sur. La Italia al sur de Roma era un país atrasado, un mundo diferente del de los centros del norte, pero políticamente era un reino relativamente estable. El reino de Nápoles estaba gobernado al principio de este periodo por el rey Roberto el Prudente (1309-1343), miembro de una dinastía francesa descendiente del conde de Anjou, que había conquistado Nápoles a invitación del papa durante el siglo XIII. Los reyes de Nápoles pretendían gobernar también Sicilia, que en realidad estaba en manos de un príncipe de la casa de Aragón, el rey Federico II. Sin embargo, gobernaban como condes en la Provenza y el rey Roberto ejercía su señorío sobre varias ciudades del norte de Italia. Nápoles, con su administración real bien desarrollada, era para los italianos el *Regno,* «el Reino», el poder más impresionante de la península. Pero, en muchos aspectos, era una estructura política frágil. El poder de la nobleza era grande y el comercio y las finanzas públicas estaban controlados por grandes casas de mercaderes florentinos que habían establecido un dominio casi colonial.

Una mirada al mapa político de Italia al norte de Nápoles muestra que en esta zona había dos potencias mayores que las demás, pero ambas de dimensiones y potencialidades bastante inciertas. El papa gobernaba los Estados Pontifi-

cios, una zona muy grande, pero mantenida en una unión muy precaria. En el valle del Po, Mateo Visconti (1295-1322) poseía un señorío que incluía no solo la gran ciudad de Milán, sino algunas de las ciudades vecinas y que dominaba cada vez en mayor medida la llanura de Lombardía. A diferencia de los Estados Pontificios, esta era una potencia compacta y agresiva. El papa y el tirano de Milán eran las fuerzas más poderosas del norte de Italia, pero ninguno de los dos podía aspirar a dominarlo; no eran las únicas grandes potencias que tenían intereses en la zona. El rey germánico Luis de Baviera (véase *supra*) reivindicaba derechos imperiales sobre Italia y el poder de ejercer esos derechos nombrando vicarios imperiales, uno de los cuales era el tirano de Milán. A estas pretensiones se oponía radicalmente el papa, que respondió a la amenaza imperial milanesa llamando a su aliado tradicional, Nápoles. El papa estableció al rey Roberto como vicario rival de aquellos nombrados por Luis. Por lo tanto, las principales potencias que actuaban en el norte de Italia alrededor de 1320 eran el papa, el rey de Alemania, el tirano de Milán y el rey de Nápoles. Con la excepción de Milán, todas estas potencias eran parcial o totalmente externas a la región. La mayor parte del norte de Italia estaba constituida por Estados relativamente débiles en lo político. Algunos de ellos, en especial Florencia, Venecia y Génova, estaban notablemente avanzados y tenían una gran importancia en Europa desde un punto de vista económico y social. Dentro del mundo predominantemente señorial de comienzos del siglo XIV, sin embargo, la supremacía comercial todavía no les confería un gran poder político. No dirigían grandes ejércitos de caballeros y arqueros ni, aunque sus gobiernos eran capaces de reunir grandes sumas de dinero, podían rivalizar con el mando sobre ejércitos tradicionales como el que podía ejercer un rey de Nápoles y, aún en mayor medida, un rey de Francia. A primera vista resulta paradójico que los recursos financieros

de los Bardi y los Peruzzi, dos compañías privadas florentinas, pudieran ejercer una influencia tan decisiva sobre la política del rey de Inglaterra, mientras que, por la misma época, el municipio de Florencia tenía que colocarse bajo el gobierno de un oscuro soldado de fortuna francés, Gualterio de Brienne (véase *supra*). La paradoja, sin embargo, no es representativa de la posición real de las ciudades comerciales. Aunque su riqueza las convertía en una presa atractiva, eran todavía un bocado menudo en el mundo de las rivalidades reales y señoriales. La Italia del norte constituía, por lo tanto, en gran parte, un vacío político, un campo en el cual se dirimían las rivalidades de las grandes potencias. Petrarca, reflexionando sobre la política italiana con nostalgia de humanista, a mediados de siglo, decía: «La naturaleza nos dio como defensas los Alpes, el mar, los pasos de montaña, cerrados por don de Dios. Con las llaves de la avaricia y el orgullo los hemos abierto a los cimbrios, los hunos, los panonios, los galos, los teutones y los españoles». Las divisiones y la rivalidad entre las pequeñas unidades políticas convertían continuamente a Italia en una presa para invasores del norte. Los Estados italianos estaban tradicionalmente divididos en dos grupos: los «güelfos», partidarios del papado, y los «gibelinos», partidarios del emperador. Esta división, que databa de los conflictos entre los papas y los emperadores por controlar Italia en los siglos XII y XIII no respondía ya necesariamente a ninguna división real de opinión acerca de cuestiones fundamentales en materia política ni acerca de la constitución política de Italia. Su continuidad se debía al hecho de que aquí, como en cualquier situación política, los Estados tendían a alinearse en dos grupos unidos por una cierta continuidad de intereses políticos. El último coletazo de la lucha tradicional entre el papa y el emperador como cuestión política real, en tiempos de Juan XXII y Luis el Bávaro, hizo, sin embargo, que la división güelfo-gibelina adquiriera nueva vida duran-

te una generación y debe ser incluido entre las características distintivas de este periodo.

En 1320, Roberto el Prudente representaba la potencia más poderosa de Italia. Además de su reino de Napoles regía, como cabeza reconocida de los güelfos, la alianza de varios Estados del norte. Era señor titular de Florencia, rector del papado en Romaña y, por su intervención, se había constituido en señor de Génova. La alianza güelfa se enfrentaba con dos gobernantes principales que reclamaban el título de vicario imperial en Lombardía: Mateo Visconti, de Milán, y Can Grande della Scala, tirano de Verona, de modo que Lombardía era efectivamente un área gibelina, y aquí las fuerzas antipapales amenazaban seriamente a los Estados Pontificios. Por esta razón envió Juan XXII, en 1320, al cardenal Bertrand du Poujet a Italia con tropas francesas y dinero, y llevó a cabo una campaña, bajo la acusación de herejía, contra los gibelinos lombardos. En 1322 murió Mateo Visconti, para ser sucedido por su hijo Galeazzo (1322-1328), y pareció que Du Poujet iba a ser capaz de aplastar a Milán.

Después de que Luis el Bávaro asegurara su pretensión al trono de Alemania con su victoria en la batalla de Mühldorf en 1322, pudo centrar su atención seriamente en Italia y en sus ambiciones imperiales. El resurgimiento de una dirección alemana importante que representaba Luis, prestó nuevas fuerzas a los gibelinos lombardos. Él y el papa Juan XXII se declararon la guerra, al reclamar Luis derechos imperiales sobre Italia y mantener Juan que Luis había sido elegido rey sin la aquiescencia papal y, por lo tanto, incluso su reino era ilegítimo. La política italiana estuvo durante algún tiempo dominada por el duelo entre ambos. En 1327-1329, Luis realizó su expedición a Italia. Primero marchó a Milán, donde fue coronado rey de Lombardía, y luego, a través de la Toscana, hasta la misma Roma, donde fue coro-

nado emperador por los magistrados de la ciudad y nombró un antipapa. Roberto de Nápoles envió galeras Tíber arriba, obligando a Luis a abandonar Roma. Retrocedió lentamente hacia el norte, en dirección a Alemania. La expedición de Luis fue la última ocasión en que un rey germánico, desafiando la oposición del papado, marchó a Roma y se hizo coronar emperador. Una de las constantes de la política medieval, sostenida por las ambiciones caballerescas de la nobleza germánica y la atracción de la riqueza italiana, llegó de esta manera a su fin.

Luis dejó la escena italiana cambiada en algunos aspectos. La posición de Milán se vio temporalmente debilitada. El Estado más poderoso del norte fue durante algún tiempo Verona, gobernada por Mastino della Scala (1329-1351). Para contrarrestar su poder, un nuevo e inesperado buscador de fortuna germánico, el rey Juan de Bohemia, fue invitado a Italia en 1329. Juan de Bohemia ocupó durante algún tiempo, con la aprobación papal, la posición de dirigente de los güelfos en Lombardía y fue apoyado por Du Poujet, pero la oposición era demasiado fuerte y tuvo que abandonar Italia en 1333, totalmente derrotado por Visconti y Della Scala. El Estado de Della Scala, con base en Verona, alcanzó enormes proporciones en los años 1335-1337, porque Mastino se convirtió en señor de Parma, Reggio y Luca, de modo que sus dominios se extendían a través de Italia casi desde los Alpes al Mediterráneo, pero la posibilidad de que Verona reemplazase a Milán como potencia dominante en el norte no se materializó. Los güelfos y gibelinos se aliaron contra él y, en 1341, el Estado veronés había quedado reducido a sus antiguas proporciones. Las ambiciones conflictivas de Juan XXII, Roberto de Nápoles y Luis de Baviera prestaron cierta unidad a la política italiana en los años 1320 y 1330. Después, aunque las denominaciones se usaron a menudo, la cuestión güelfo-gibelina había terminado. Con la muerte de Roberto en 1343, desapa-

reció el último de los políticos importantes, cuya carrera pudiera definirse en estos términos.

En la historia política general de Italia durante la segunda mitad del siglo XIV, la característica más sobresaliente es sin duda la continua ascendencia de Milán tras el interludio producido por la intervención de Luis. La familia de los Visconti continuaba suministrando gobernantes poderosos y ambiciosos. Azzone (1328-1339) añadió Como, Lodi, Vercelli, Plasencia y Brescia a las ciudades que se habían sometido a los Visconti, dejando a sus herederos una importante confederación de ciudades en la Lombardía central. Luchino (1339-1349) extendió su control a gran parte de la Lombardía oriental. De 1344 a 1346 emprendió una guerra, en la que intervinieron la mayor parte de los señoríos vecinos, por la ciudad de Parma. En 1347 volvió su atención hacia el oeste y adquirió Alejandría. Su sucesor fue su hermano Juan (1349-1354), que era, además, arzobispo de Milán, y gobernó con eficacia la Iglesia y el Estado; sus éxitos en lo temporal fueron espectaculares. El arzobispo Juan fue el iniciador de la política de los Visconti, de implacable expansión fuera de los confines de Lombardía, que convirtió a Milán durante un siglo en la principal fuerza motriz de la política italiana en general. En 1349 un levantamiento en Bolonia contra el gobierno papal le dio la oportunidad de intervenir y adquirir el señorío de la ciudad. Confirmó los poderes del consejo de la ciudad con una estipulación que define la relación característica del tirano con el municipio en la Italia del siglo XIV, «reservando siempre nuestras órdenes en todas las cosas que hayan de ser ordenadas por nos». El señorío de Bolonia era una cuestión muy diferente al señorío de Brescia o Como; el arzobispo Juan había entrado en este caso dentro de la esfera de influencia de otra potencia importante. Su ataque al papado condujo a su excomunión, pero el soborno a gran escala en Aviñón acabó consiguiendo la aceptación, incluso por el papado, del he-

cho consumado. En 1351 y 1352 sus ejércitos presionaron en dirección a Florencia. En 1353 Génova, terriblemente debilitada por la guerra contra Venecia, fue su víctima siguiente y él fue nombrado señor de la ciudad. Estas extensiones de su territorio no fueron permanentes, pero muestran cuán peligroso estaba llegando a ser el poderío milanés, incluso fuera de Lombardía. La inesperada muerte del arzobispo en 1354 causó alivio a casi todas las otras potencias italianas.

Entre 1354 y 1357 se sitúan las campañas dirigidas por el cardenal Albornoz para restablecer y extender el poder papal en los Estados Pontificios. Como ha dicho un historiador moderno, «Albornoz aplicó a los Estados Pontificios la mentalidad y la estrategia que había adquirido dirigiendo la reconquista castellana». Desde Roma avanzó en dirección norte, sometiendo sucesivamente a los ingobernados súbditos del papa: el señor de Vico y la ciudad de Orvieto, los Malatesta, señores de Rímini, el señor de Cesena y, por último, en 1360, Bolonia. También hizo algunos progresos en el difícil asunto de moldear los Estados Pontificios en una estructura más unificada convocando asambleas y promulgando las Constituciones Egidianas, en las cuales se codificaban parcialmente sus leyes. Albornoz, naturalmente, aprovechó la muerte del arzobispo Juan Visconti para reconquistar Bolonia. Pero, por último, entró en conflicto con el sucesor de Juan, Bernabé, y el papado tuvo que acceder en 1364 a una paz en la cual había que pagar al tirano de Milán una sustanciosa cantidad de dinero. Albornoz no remedió la debilidad esencial de los Estados Pontificios: su falta de instituciones unificadoras. Sin embargo, estableció un parachoques contra la expansión milanesa. También enredó a los papas en una larga lucha con Milán por el control de la gran ciudad de Bolonia, donde coincidían sus esferas de influencia.

Las tierras de los Visconti pasaron de Juan a dos sobrinos suyos, Galeazzo II y Bernabé, que dividieron los dominios entre ellos y continuaron con la tradición de despotismo y expansión. Galeazzo tomó la mitad occidental y decidió al principio de su reino incorporar Pavía, que en aquellos tiempos todavía era independiente. Tomó la ciudad tras un largo sitio en 1359 y, a partir de entonces, la convirtió en su sede central. Bernabé, hombre extraordinario cuya crueldad y sensualidad eran legendarias, adoptó la política de expansión del arzobispo hacia los Estados Pontificios y Toscana, y heredó a la par su conflicto con la Iglesia. La primera parte de su reinado coincidió con la reconstrucción de los Estados Pontificios por parte de Albornoz y la última con la vuelta del papa a Italia. Este conflicto continuó con breves intervalos desde el principio de su reinado hasta 1375. Culminó en una guerra muy encarnizada de 1371 a 1375 que Gregorio XI emprendió contra Bernabé con la ayuda de Padua, Génova, Florencia y Saboya, en la cual el papado empleó con éxito ejércitos dirigidos por un capitán inglés, John Hawkwood. Los esfuerzos de los papas contuvieron la expansión milanesa. En 1375, aparte de la adquisición de Pavía, los Visconti no habían mejorado apenas la posición adquirida por el arzobispo Juan. El papa mantenía su posición en Bolonia de manera todavía precaria. Luego vino la gran revolución de los Estados Pontificios, que coincidió con la vuelta de Gregorio a Roma y una alianza de Milán y Florencia contra el papado (véase *infra*).

Milán y el papa luchaban por alcanzar una posición dominante en el norte de Italia. Las otras potencias tenían unos intereses más periféricos o locales. Génova aceptó durante algunos años la soberanía de Roberto de Nápoles y, durante un breve lapso, la de Juan Visconti. Estos fueron intervalos en la alterada, pero generalmente republicana, vida política de la ciudad. Génova nunca fue una gran potencia en tierra firme, pero en 1350 comenzó una nueva época

en la rivalidad genovesa-veneciana en el Mediterráneo oriental que llevó a una lucha generalizada tanto allí como en Italia. En la guerra que duró de 1350 a 1355 ambas ciudades ganaron una importante batalla naval, Venecia en La Loiera, frente a la costa de Cerdeña, y Génova en Sapientza, en el Peloponeso. Veinte años más tarde, en 1376, estalló una de las guerras más encarnizadas del siglo entre ambas repúblicas, la llamada Guerra de Chioggia. El conflicto surgió por la isla de Tenedos, en el Egeo. Los dos pretendientes al trono bizantino se la habían concedido a Génova y Venecia respectivamente. La Guerra de Chioggia debe su nombre al hecho de que, en 1379, las fuerzas genovesas se establecieron con gran osadía en Chioggia, al otro lado de la laguna de Venecia. Fueron derrotadas, pero la guerra se prolongó hasta 1381 en que las dos ciudades firmaron la paz en Turín, ambas exhaustas financiera y moralmente a causa de una guerra que es, quizá, el más notable choque de dos potencias comerciales rivales durante la Edad Media.

En muchos aspectos el episodio más extraordinario de la política italiana de mediados de siglo XIV fue la carrera de Cola di Rienzo. Cola (diminutivo de Niccola) era un notario romano de origen humilde que construyó un mundo fantástico basado en parte en reminiscencias clásicas de la antigua gloria de Roma (apoyadas por el estudio de las antiguas inscripciones de que la ciudad estaba saturada) y esperanzas milenaristas de un imperio sagrado que recogió de religiosos entusiastas. La Roma real de aquel tiempo era un lugar miserable, olvidado por la corte papal y arrasado por las luchas de la nobleza local. Cola viajó a Aviñón en 1343, en un intento de convencer al papa de que reconociera sus obligaciones romanas, y encontró allí a Petrarca, que simpatizó con él. En 1347 emergió a la cabeza de una insurrección popular en Roma, se erigió, con el asentimiento popular, en «tribuno» y gobernó la ciudad durante seis meses.

Su gobierno fue una mezcla extraña y visionaria de republicanismo municipal y de ideas de extender la función de Roma a la de cabeza dirigente de toda Italia e incluso del mundo. En la cima se autodenominaba «Candidatus Spiritus Sancti miles Nicolaus Severus et Clemens liberator Urbis zelator Italiae amator Orbis et Tribunus augustus». Esta combinación había de tener alguna influencia en el pensamiento italiano, donde las ideas de republicanismo clásico y unidad italiana debían poseer importancia, pero el régimen de Cola di Rienzo fue de corta duración. Un legado papal consiguió derrocarlo antes de que hubiera transcurrido un año y Roma recayó en su condición previa.

La muerte de Roberto de Nápoles en 1343 puso fin a una era en el propio Nápoles y en la política internacional. La sucesión no estaba asegurada. La heredera directa de Roberto era una joven, su nieta Juana I. Su posición era impugnada desde dos lados: en primer lugar, desde la rama húngara de la familia angevina, cuya cabeza era ahora el rey Luis el Grande de Hungría, príncipe poderoso. Roberto había intentado neutralizar por adelantado este peligro, prometiendo a Juana a Andrés, hermano de Luis el Grande. En segundo lugar, desde otra rama de los angevinos napolitanos, la casa de Tarento. Juana resultó ser, al menos en los primeros años de su reinado, una gobernante muy poco apta para tan peligrosa situación política, apartada de las realidades políticas y preocupada principalmente por las intrigas amorosas de las que se rodeaba en la corte. El papa Clemente VI desempeñó un papel importante pues, aunque distante en Aviñón, tenía un gran interés en preservar la estabilidad política de Nápoles, tanto porque el papa era el señor feudal titular del reino como por la importancia de las relaciones napolitanas para los Estados Pontificios. Una serie de legados papales intentó dirigir la política del reino. Dos años después de que Juana hubiera accedido al trono, su marido húngaro, un tipo rudo por quien ella y su corte

habían mostrado poca simpatía, fue asesinado en circunstancias oscuras, quizá con la connivencia de Juana o de sus parientes de la casa de Tarento. El reino quedó sumido en la guerra civil. Por fin se concertó una reconciliación entre los partidarios de Juana y la familia de Tarento basada en el matrimonio de esta, en 1347, con uno de ellos, Luis. En este acuerdo desempeñó un papel de primera importancia una de las figuras más notables de la Italia del siglo XIV, Niccolò Acciaiuoli, miembro de una gran familia de mercaderes florentinos con el cual culminaron los efectos políticos del imperialismo comercial florentino en el reino de Nápoles. Había conseguido hacerse con una posición única en Nápoles como confidente de la familia angevina y desempeñó un papel central en la política de estos.

El mayor peligro, sin embargo, era una invasión húngara por parte de Luis el Grande, que se materializó en 1347. Luis trajo un ejército de húngaros y alemanes a la península. Juana huyó por mar a Marsella y de allí a Aviñón, que era propiedad suya hasta que se lo vendió al papa para costear sus gastos. El rey invasor, ansiando vengar a su hermano, encarceló y mató a algunos de sus primos napolitanos, pero no pudo establecer un control permanente sobre la turbulenta nobleza de Nápoles. Juana volvió a su reino; sus fuerzas, organizadas por Niccolò Acciaiuoli, fueron derrotadas por los húngaros, a pesar de que Luis el Grande se había ido, y la guerra se prolongó durante años a partir de otra invasión en 1350. No se consiguió un acuerdo eficaz, a la vez con el reino y con el rey húngaro, hasta 1352. Durante la década siguiente Juana reinó con Luis de Tarento, pero el auténtico gobernante era Acciaiuoli. La decadencia del poder napolitano continuó, pero la historia interna del Estado fue relativamente tranquila desde 1362 hasta que el apoyo por parte de Juana al papa de Aviñón, a raíz del Gran Cisma de 1378, dio lugar a otra invasión húngara. La propia Juana fue asesinada y el nuevo conflicto inició otro

periodo de inestabilidad en la política napolitana con repercusiones en la historia italiana general.

En 1380 las potencias autóctonas del norte de Italia eran menos numerosas y más extensas que en 1320. Verona había decaído desde sus grandes días y había de ser absorbida por Milán en 1387. Milán, Venecia y Florencia habían adquirido mayores proporciones: el proceso de absorción gradual de los municipios pequeños por Estados más grandes había progresado. El único recién llegado importante era Saboya, que Amadeo VI (1343-1383), el «gran conde», había ensanchado enormemente y convertido en una de las grandes potencias del mundo italiano, aunque nunca fue muy agresiva durante este periodo. La influencia de los príncipes extranjeros en la Italia del norte estaba cambiando. Los príncipes germánicos desempeñaban ahora un papel insignificante: la visita del emperador Carlos IV a Roma para su coronación en 1364 fue rápida y sin pretensiones, aunque era un gran rey en la Europa central. El intento de otro rey de Alemania, Roberto del Palatinado, de intervenir en Italia en 1401 fue un fracaso. La Corona francesa representó un pequeño papel en Italia durante el último periodo de Aviñón, en contraste con los primeros años del siglo, cuando los emisarios de Felipe IV saquearon el palacio del papa en Anagni. Otros Estados italianos más poderosos estaban surgiendo de la fragmentación política de la península.

Uno de los acontecimientos que los italianos han considerado a menudo como simbólico de una época de su historia acaeció en 1379, cuando un ejército italiano de soldados mercenarios dirigido por Alberico da Barbiano, luchando en favor del papa de Roma Urbano VI, derrotó en Marino a un ejército mercenario bretón que luchaba por el papa cismático francés Clemente VII. De este acontecimiento se ha hecho el símbolo del fin de la dominación de tropas

extranjeras sobre la política italiana. Hay parte de verdad en esta idea, aunque el significado del cambio no está claro. Durante el siglo XIII y a principios del XIV, los árbitros de la política italiana habían sido a menudo ejércitos importados en la península por gobernantes franceses o germánicos. Cuando la intervención política extranjera dejó de ser tan importante, vino un periodo (alrededor de 1340-1380) durante el cual desempeñaron un papel muy destacado las compañías independientes de soldados mercenarios de Alemania, Francia o Inglaterra. Por entonces las ciudades italianas no podían contar con ejércitos de sus propios ciudadanos. El papa no tenía el tipo de jerarquía feudal en los Estados Pontificios que les permitía a los reyes de otros países reunir ejércitos. Un Estado italiano, cuando necesitaba un ejército, hacía un contrato, una *condotta,* con un capitán mercenario. Los capitanes y sus mercenarios eran llamados *condottieri.* Había también, por supuesto, *condottieri* italianos, pero durante una generación aproximadamente los extranjeros destacaron más, en general. El ejemplo más famoso es el de sir John Hawkwood, caballero de Essex cuya compañía logró triunfos legendarios en los años de 1370 y después, cuando luchó en ocasiones diversas, y con precios elevados, en favor del papa, Milán y Florencia. Aunque perpetró toda clase de atrocidades, Hawkwood fue conmemorado después de su muerte por un fresco en la pared de la catedral de Florencia, ciudad que le debía tantas victorias. La era de las compañías mercenarias en Italia fue en parte un efecto secundario de la Guerra de los Cien Años y debería explicarse quizá más por la evolución de otros Estados europeos que por la evolución de Italia. La generación siguiente a la peste negra y al colapso de Francia después de la batalla de Poitiers vivió un periodo en el que los Estados del norte de Europa eran menos capaces de lo que habían sido de proporcionar empleo provechoso a los soldados; las ciudades italianas resultaban patronos más atractivos. Las

compañías representaron el último estadio del dominio político de la Europa medieval y señorial sobre Italia. Durante el siglo siguiente los italianos habían de controlar su propia política más que en el pasado.

III. FUERZAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

LA POBLACIÓN

Los dos primeros capítulos de este libro han sido dedicados en gran parte a describir las estructuras sociales y políticas de Europa entre los años 1320 y 1380: las ciudades comerciales e industriales de Italia y los Países Bajos, el papado, las aristocracias y monarquías de la Europa septentrional y occidental. Estas estructuras, las formas sociales típicas de lo que se denomina comúnmente la Europa «medieval», fueron el producto de un largo periodo de crecimiento y expansión ininterrumpido que se extiende desde el siglo XI hasta comienzos del XIV. A lo largo de este periodo parece haberse dado un crecimiento general y continuo de la población, una expansión de las zonas de tierra cultivada y un aumento de la actividad comercial que tendieron a fortalecer las estructuras sociales basadas en la economía europea. Terratenientes nobles, reyes, ciudades comerciales, obispos y papas desarrollaron instituciones más complejas y poderosas, alimentadas por la riqueza que habían extraído de una economía en expansión. Los grandes monarcas de mediados del siglo XIV, el papa Juan XXII, Eduardo III de Inglaterra, el emperador Carlos IV, Carlos V de Francia, fueron los beneficiarios de la expansión medieval, manejando sistemas estatales más intrincados y eficaces que los de sus predecesores: las ciudades de Brujas, Venecia y Florencia descansaban sobre un sistema comercial altamente desarrollado.

Durante el siglo siguiente, desde 1350 hasta 1450 aproximadamente, la mayoría de los historiadores han visto una ruptura fundamental en el desarrollo de Europa. Cesó la expansión de acuerdo con las antiguas pautas de desarrollo. Algunos historiadores han descrito este periodo como una época de «contracción» o «depresión». El fenómeno general se manifiesta en diversas y muy difundidas manifestaciones, algunas de ellas características económicas y sociales básicas –decadencia de la población, descenso del volumen del comercio, disminución

de las zonas de cultivo–, y otros complejos cambios sociales, tales como la decadencia de la autoridad de la nobleza sobre sus arrendatarios, las revoluciones sociales por parte de las clases más bajas y la decadencia de la autoridad de la Iglesia establecida y de los príncipes. Este es el único periodo de la historia de Europa, al menos desde la Alta Edad Media, al que los historiadores atribuyen una contracción general y prolongada. Por consiguiente presenta problemas de interpretación poco frecuentes y tiene un estatus peculiar dentro de la historia europea. También posee características que a primera vista resultan difíciles de incluir en el marco general de «contracción», como por ejemplo el comienzo de los viajes de exploración por el Atlántico y el comienzo del generalmente llamado Renacimiento del pensamiento y de las artes en las ciudades italianas. Gran parte del resto de este libro se ocupará de explorar los problemas suscitados por el desarrollo de la sociedad europea durante un periodo de contracción material.

Lo mejor es comenzar por el rasgo más básico de la sociedad, la población. Antes de adentrarnos en esta cuestión, hay que aclarar que la demografía medieval es un tema muy resbaladizo. Nos encontramos en un periodo muy anterior a la época de los censos y es raro contar con cifras absolutas incluso para áreas restringidas y en un tiempo determinado. La mayoría de las afirmaciones que se hacen acerca de la población medieval, y especialmente acerca de las tendencias demográficas, son hipótesis basadas en la interpretación de testimonios indirectos, como la relación entre precios y salarios o los cambios en las rentas. Sin embargo, la acumulación de testimonios e interpretaciones es hoy día considerable y hay algunas cosas que se pueden afirmar acerca de la población con una seguridad razonable.

La población de la Europa del siglo XIV fue asolada por dos grandes catástrofes naturales. La primera de ellas fue el hambre europea de 1315-1317. Un tiempo excepcionalmente malo produjo una serie de malas cosechas de 1314 a 1316. El precio del trigo alcanzó cotas sin precedentes; los alimentos

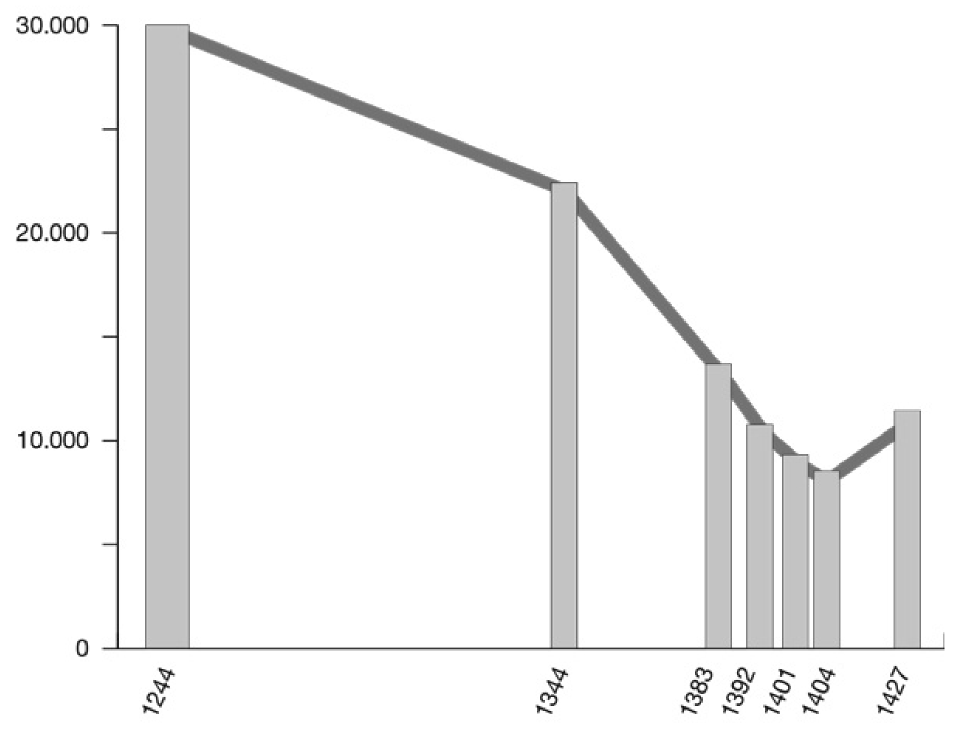
eran extraordinariamente escasos. En una gran parte de la Europa noroccidental (existen datos de Francia, los Países Bajos, Alemania, Inglaterra y Escandinavia) se dio una alta mortalidad causada por el hambre. Se estima, por ejemplo, que más del 10 por 100 de la población de Ypres murió en seis meses, en 1316.

La segunda catástrofe fue de un tipo muy diferente, más general y más severa. A finales de 1347 la peste negra, propagada por ratas que venían en barcos procedentes del Próximo Oriente, llegó a Marsella. Se difundió rápidamente por el resto de Europa, Italia, España, Francia y el sur de Inglaterra en 1348; Alemania, los Países Bajos y Europa central en 1349. Algunas zonas de Europa escaparon de la epidemia, pero no muchas. Las estimaciones sobre los índices de mortalidad varían enormemente, pero en general se sitúan entre el 10 y el 50 por 100 de la población. Los escritos de la época están llenos de expresiones de horror ante la enfermedad y las muertes resultantes de ella; el más famoso es, naturalmente, el prólogo del *Decamerón* de Boccaccio, en el cual los narradores huyen de la ciudad de Florencia a una villa en el campo para evitar el contagio. Los investigadores modernos han reunido muchos datos de documentos, tales como listas de arrendatarios, que son difíciles de convertir en porcentajes de población, pero que ciertamente son indicativos de una alta mortalidad. Desde aquellos años la epidemia se hizo endémica en Europa durante el resto del periodo abarcado por este libro y durante mucho más tiempo después. No hubo otra epidemia semejante en escala a la primera, pero muchas regiones y ciudades padecieron la enfermedad en un momento u otro y sufrieron a causa de ella severas pérdidas.

El gran hambre y la gran epidemia han sido interpretados por los historiadores como significativos de dos tipos de causas que hicieron disminuir la población europea en la Baja Edad Media. En primer lugar, el alza de la población de los siglos XI a XIV había dado lugar a un campo densamente poblado que, por sus primitivos métodos agrícolas, vivía preca-

riamente y era, por lo tanto, vulnerable al hambre. La alta mortalidad y los altos precios de los alimentos producidos por las malas cosechas de 1315-1317 indican que la población estaba peligrosamente cercana al margen de subsistencia. La tierra no podía mantener una población tan numerosa si no se mejoraban los métodos agrícolas. Como no se dieron tales avances técnicos, hubo un límite natural a la expansión demográfica. En segundo lugar, desde mediados del siglo XIV Europa estuvo sometida a brotes epidémicos que tendieron a reducir la población e impedir que recuperara sus antiguos niveles.

Figura 1. Población rural de Pistoia



La relación entre estos factores y la densidad de población real es muy incierta; pueden haber existido otros factores, en particular el control social de la población por medio de cambios en la edad de matrimonio o la restricción del tamaño de la familia, que nos son desconocidos. Sin embargo, existen su-

ficientes datos independientes de estos que sugieren que en muchas partes de Europa la población continuó disminuyendo desde mediados del siglo XIV hasta la primera mitad del siglo XV e incluso después. Se ha calculado que la población del *contado,* el campo circundante, de Pistoia, cerca de Florencia, pasó de 30.000 habitantes a mediados del siglo XIII a unos 24.000 antes de la peste negra, menos de 10.000 en 1404 y alrededor de 12.000 en 1427; que la población de la Isla de Francia quedó reducida a la mitad entre 1348 y 1444; que la de Toulouse pasó de 30.000 habitantes en 1335 a 8.000 en 1430. Los cálculos de este tipo, inseguros, porque se basan en evaluaciones de impuestos, nóminas de rentas y listas de hogares, y no en censos de toda la población de un lugar, pero significativos, porque muy a menudo ofrecen resultados similares, se refieren a muchas partes de Europa. También en muchas partes de Europa la combinación de testimonios escritos y arqueológicos prueba la existencia de pueblos que quedaron desiertos, lugares que habían estado habitados y fueron abandonados en algún momento de los siglos XIV y XV. En áreas considerables de Alemania y, en particular, en la región situada entre el Weser y el Elba, el 40 por 100 de los pueblos medievales parece ser que desapareció. Pueblos perdidos fueron también muy corrientes en algunas partes del este de Inglaterra, por ejemplo, o en el sur de Italia. Las pruebas no son uniformes; hay lugares en que la población pudo haber aumentado. Pero es difícil no llegar a la conclusión de que en la mayor parte de Europa hubo una población muy inferior durante la primera mitad del siglo XV a la que había habido un siglo antes.

LOS SEÑORES

El efecto más inmediato de la larga depresión demográfica del siglo, comprendida entre 1350 y 1450, fue el de debilitar y socavar, las estructuras sociales basadas en la agricultura. En el mundo medieval, las grandes sociedades basadas enteramente en el comercio y la industria eran relativamente pocas; aparte del norte de Italia, el sur de los Países Bajos y Renania, solo había unas cuantas ciudades aisladas. Las ciudades pequeñas

eran numerosas, pero no eran sino pequeños enclaves en un mundo principalmente agrícola. La mayor parte de Europa estaba dominada por señores terratenientes. El prestigio social y el poder político de la nobleza laica y de los más altos rangos del clero dependían estrechamente de la posesión de los frutos de la tierra. Las actividades de estas clases altas (la guerra, la política, la oración, la administración) tenían frecuentemente poco que ver con la gerencia de una hacienda, pero su posición social en última instancia dependía de ello. La nobleza presidía una sociedad extremadamente jerarquizada, incluyendo un amplio sector de gentes muy pobres. La población de algunas partes de la Picardía rural a finales del siglo XIII se ha analizado de la siguiente manera: 12 por 100 de mendigos o jornaleros eventuales, 33 por 100 de propietarios de pequeñas parcelas de tierra cuyas deficiencias se suplían trabajando en las tierras de otros, 36 por 100 de propietarios de pequeñas parcelas que permitían apenas subsistir, 16 por 100 de propietarios de haciendas mayores que llegaban hasta 3 hectáreas, 3 por 100 de campesinos ricos y de señores laicos o clérigos. Tales análisis, por supuesto, están sujetos a errores. Es difícil descubrir qué es lo que contribuía al sustento de un campesino medieval, y «subsistencia» es un concepto muy vago. Sin embargo, hay muchos datos que evidencian que los hombres sin tierras o con tierras diminutas constituían un amplio sector de la población en muchas zonas agrícolas ricas. En los detalles, naturalmente, las costumbres sociales de la nobleza y las formas de vida agrícola variaban enormemente de una parte de Europa a otra. En todas partes, sin embargo, su riqueza procedía ya de las rentas que pagaban sus arrendatarios, ya de la venta del producto agrícola de las tierras solariegas que ellos explotaban directamente. En la mayor parte de Europa la posesión de propiedades territoriales llevaba consigo generalmente la jurisdicción sobre los arrendatarios que vivían en ellas y algún grado de privación de libertad impuesta a los arrendatarios que eran siervos y podían ser comprados y vendidos con las tierras. En la mayor parte de la Europa septen-

trional y occidental era habitual una forma de señorío, equivalente al *manor* inglés y a la *seigneurie* francesa, que combinaba la posesión de la tierra con derechos jurisdiccionales sobre los arrendatarios, y este sistema era el que suministraba la manutención material a nobles laicos, monasterios y obispos.

Hablando en términos generales, la disminución de la población hizo decaer el valor de la tierra y subir el de la mano de obra en relación a los siglos anteriores de alza demográfica. Esto afectó a los señores de dos maneras. En primer lugar, les hizo mucho más difícil mantener el control sobre sus arrendatarios. Gran parte de la tierra, como muestran las listas de los arrendatarios que pagaban una renta y los restos de pueblos abandonados, dejó de cultivarse. Los señores, por lo tanto, sufrieron en general una pérdida de arrendatarios y una dificultad para mantener el nivel de las rentas y los servicios de los que quedaban debido a la competencia de otros señores y patronos. En segundo lugar, se vieron afectados por el movimiento de precios y salarios. La agricultura medieval había estado principalmente orientada a la producción de cereales, la manera más económica de alimentar a una densa población. La contracción de la demanda y el abandono de las tierras más pobres hizo que el precio de los cereales, durante el periodo de 1350 a 1450, fuese en general estable o sufriese una baja; las series de precios de trigo y el centeno en diversos lugares del norte y del oeste de Europa apoyan esta afirmación. Por otra parte, los precios de otros alimentos menos básicos, como la carne de vaca, la mantequilla y el vino, tuvieron tendencia a subir. Mientras que el precio de los cereales se mantuvo bajo, los salarios de los labradores tendieron a subir y fueron generalmente más altos en la primera mitad del siglo XV de lo que habían sido en el siglo anterior. Desde el punto de vista del señor esto significaba simplemente que la agricultura era menos rentable de lo que había sido antes, que él obtenía un precio más bajo por bienes que a él le costaba más producir. Este fenómeno ha sido descrito como una «tijera de los precios». El señor se encontraba atrapado entre ambas hojas. Las ganan-

cias de los campesinos y artesanos eran mayores y más provechosas que antes. Al menos en una parte de Europa, la península ibérica, se intentó seriamente compensar la escasez de mano de obra nativa importando esclavos de África y Asia. Se estima que había más de 20.000 esclavos en Cataluña y en Valencia a comienzos del siglo XV. Los esclavos asiáticos tampoco eran raros en las casas ricas de Italia en aquel tiempo, aunque no en números suficientemente grandes como para afectar la economía. Sin embargo, para la mayor parte de Europa la importación de mano de obra extranjera no era una posibilidad práctica. Las clases señoriales tenían que resignarse a un deslizamiento a gran escala de la riqueza y a una debilitación de las antiguas autoridades. Más aún, los señores se vieron a menudo forzados a abandonar la explotación directa de sus tierras solariegas, cada vez menos provechosa, y a dejarlas en manos de sus arrendatarios.

Figura 2. Movimientos de precios y salarios (1351-1525)

Inglaterra

125
100
75
100

1351-1375 1351-1375 1351-1375 1351-1375

Francia

125
100
75
100

1351-1375 1351-1375 1351-1375 1351-1375

Fráncfort

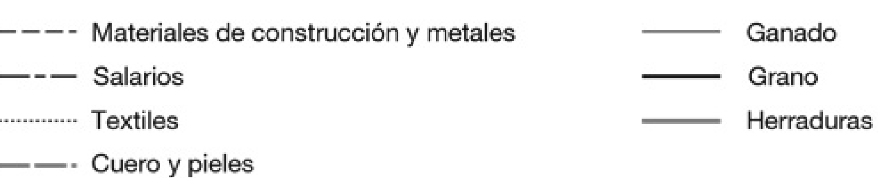
125
100
75
100

1351-1375 1351-1375 1351-1375 1351-1375

Cracovia

125
100
75
100

1351-1375 1351-1375 1351-1375 1351-1375



En 1452 tres hombres que se autodenominaban «labradores» arrendaron una casa y tierras pertenecientes a la abadía de Saint Denis en Tremblay, cerca de París, con un contrato de seis años de duración. Se comprometieron a efectuar ciertos pagos anuales en grano y a «trabajar y recuperar todas las dichas tierras, cortar los sauces y otros malos árboles de la tierra» y mantener en buen estado el edificio. Pero añadían que «si a causa de guerra, pestilencia o tiempo tormentoso los arrendatarios no pueden trabajar o cosechar, no están obligados a pagar…». Debe observarse que, aparte del problema universal del tiempo, las dos catástrofes potenciales mencionadas son la guerra y la peste. Por esta época la Francia del norte había presenciado ya innumerables campañas de la Guerra de los Cien Años y no cabe duda de que en algunos lugares la destrucción causada por la guerra fue la razón del despoblamiento y el abandono de la agricultura. Se ha debatido mucho acerca de los papeles relativos que desempeñaron la guerra y la depresión demográfica como causas de los síntomas de decadencia del campo en la Baja Edad Media. Sin embargo, aparte de la Guerra de los Cien Años, que produjo una serie de orgías militares en muchas partes de Francia, es muy dudoso que la Baja Edad Media sufriera mayor destrucción a causa de la guerra que los siglos anteriores. La campiña inglesa, que durante el periodo de 1330 a 1450 se vio casi totalmente libre de guerras internas, experimentó unos movimientos sociales y económicos semejantes. Hacia mediados del siglo XV, Europa en general estaba cubierta de tierras descuidadas, sin cultivar e invadidas por la vegetación, como las de la abadía de Saint Denis, producto no de dificultades políticas o administrativas locales, sino de un movimiento demográfico fundamental que afectaba a todo el continente.

Los efectos fundamentales de la prolongada crisis señorial variaron grandemente de una parte de Europa a otra. En la Europa noroccidental (Alemania occidental, Francia septentrional, Países Bajos, Inglaterra) parece que produjeron, ya en 1450, un cambio en el equilibrio social por el que la riqueza y

el poder se desplazaron ligeramente hacia abajo en la escala social. Los beneficiarios fueron los campesinos acomodados, que lucharon con la disminución de las rentas y el arrendamiento de las tierras explotadas antes directamente por los señores, y los artesanos rurales. La servidumbre estaba desapareciendo. En el norte de Italia los señoríos rurales característicos de la Europa del norte habían ya dejado de existir en el siglo XIV, pero un tipo diferente de señorío, basado en la *mezzadria* (aparcería) o en rentas en dinero y controlado por mercaderes de la ciudad, eclesiásticos y nobles, estuvo desarrollándose durante la Baja Edad Media. En dos regiones importantes de Europa, la península ibérica y la Europa oriental, la nobleza recobró y fortaleció su posición durante el siglo XV. En grandes partes de Alemania al este del Elba y en la Europa eslava, el efecto de la despoblación no parece que fuese menos espectacular que en las otras zonas. Pero, mientras que en el oeste las tierras abandonadas fueron ocupadas por campesinos más libres, en el este la nobleza conservó su control sobre ellos y comenzó a finales del siglo XV a crear las extensas explotaciones dedicadas al cultivo del cereal y trabajadas por mano de obra servil que habían de ser características de Prusia y de Polonia en los siglos posteriores. En 1412 el gran maestre de la Orden Teutónica aceptó la petición de la nobleza prusiana de que los campesinos que huyesen de sus tierras no fueran acogidos en las ciudades. Por aquel mismo tiempo se fijaron los salarios máximos de los labradores. La legislación de este tipo, en favor de los señores territoriales, fue muy corriente en Europa en el siglo que siguió a la peste negra; el *Statute of labourers* inglés de 1351 es un ejemplo de ello. Pero, mientras en la Europa noroccidental esta legislación representaba los intentos de los señores por mantener una posición económicamente insostenible, y por ello fue inefectiva, en Prusia y otras zonas orientales marcó el comienzo de una reacción señorial contra un campesinado que sabía sido relativamente libre en tiempos anteriores. Durante el curso del siglo XV se fue extendiendo gradualmente hasta establecer una servidumbre más amplia.

Las divergencias en la historia de las noblezas europeas, como las que existieron entre las de Alemania al este y al oeste del Elba, solo se pusieron de manifiesto después de 1450. Están también probablemente unidas de manera inseparable a las divergencias en los sectores comerciales e industriales de la economía. En gran parte de la Europa oriental el comercio y la industria estaban poco desarrollados y se debilitaron relativamente; en la Europa noroccidental el comercio y la industria se hicieron más importantes en el curso del siglo XV. De aquí que se produjera una simbiosis entre los Estados orientales productores de grano y las ciudades industriales de los Países Bajos que se alimentaban de este grano. Este mecanismo acentuó el contraste social entre la Europa oriental y occidental y contribuyó al fenómeno que en el mundo eslavo se conoce como «segunda servidumbre». En el siglo XV, sin embargo, este mecanismo estaba en su infancia. Durante el periodo de 1350 a 1450, la debilitación del control social de la nobleza laica y eclesiástica fue un fenómeno general, predominante en la mayor parte de Europa, que afectó poderosamente al conjunto de su vida política y social.

EL MUNDO INDUSTRIAL Y COMERCIAL

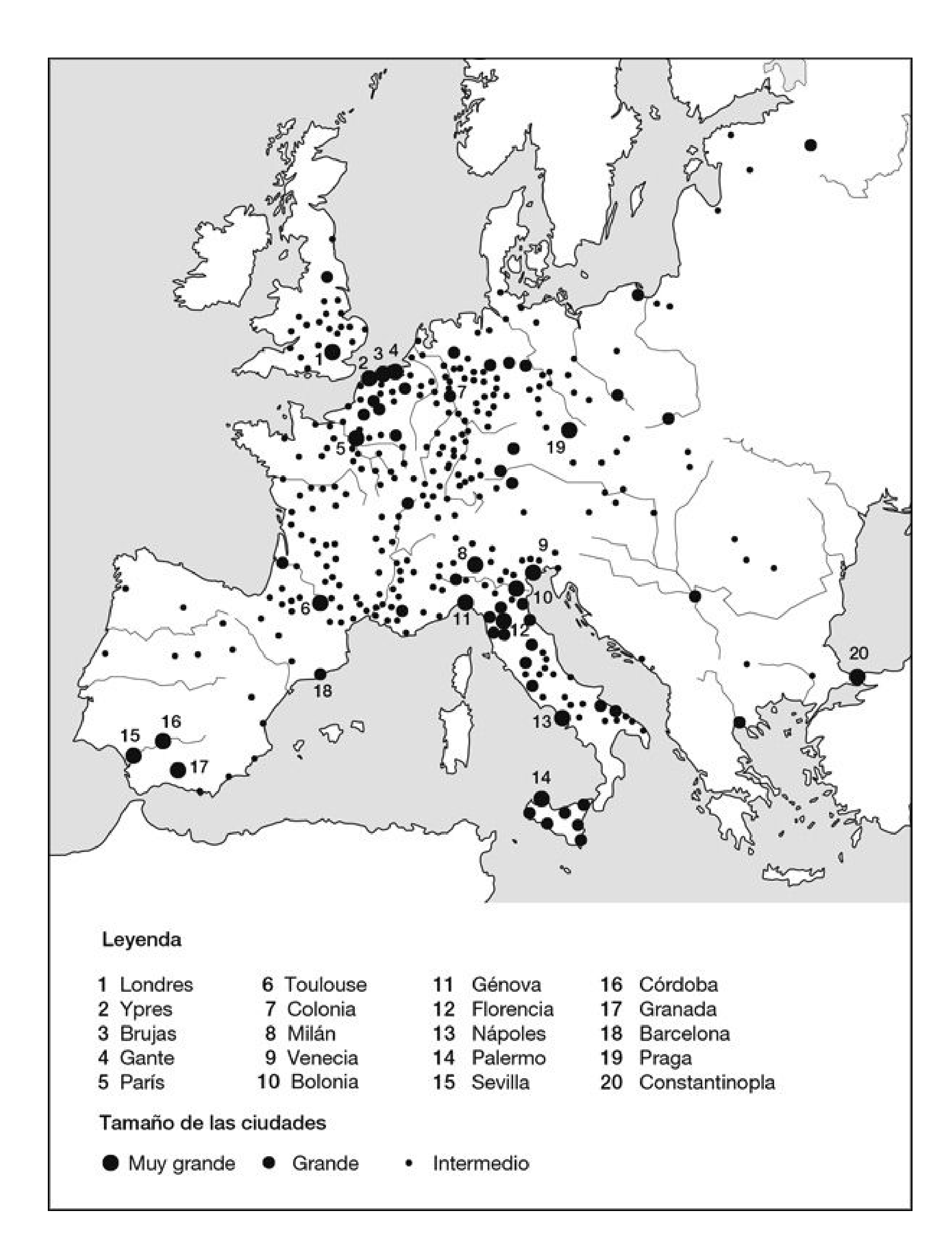
Muchas ciudades y burgos de la Europa medieval sufrieron una disminución de población y tamaño tan espectacular como la que tuvo lugar en el campo. Florencia, por ejemplo, a la que se ha atribuido una población de 110.000 habitantes antes de la peste negra, probablemente se redujo a la mitad después de la epidemia y no recobró su antiguo tamaño durante el siglo XV. Allí y en muchos otros lugares, las murallas de la ciudad, que se habían vuelto a construir en circuitos más amplios para contener a las poblaciones en crecimiento durante el siglo XIII y principios del XIV, incluirían después zonas que no estaban ocupadas por casas. La escasez de mano de obra en las ciudades se manifestó frecuentemente por los intentos locales de fijar el nivel de los salarios y por la proliferación de organizaciones de artesanos creadas para promover sus intereses frente a los dirigentes de la industria y del comercio de los gre-

mios más antiguos. En la medida en que se puede confiar en las escasas estadísticas medievales, parece que es posible encontrar muchos casos de decadencia en el volumen del comercio y de la producción en los antiguos centros durante el siglo que siguió a la peste negra.

Sin embargo, el mundo comercial e industrial no presenta la misma imagen de decadencia general que el mundo señorial. Dada la naturaleza de los datos que han llegado hasta nosotros, esta impresión es difícil –y probablemente imposible– de justificar estadísticamente. Es imposible cuantificar la riqueza o la actividad económica durante esta etapa excepto en grupos, lugares y periodos de tiempo muy restringidos. La impresión, sin embargo, es poderosa. En el sentido más inmediato, ciudades tales como Florencia, Venecia, Brujas, Londres o Nuremberg adquirieron un predominio en el mundo de comienzos del siglo XV, en términos de refinamiento material y artístico, y un poder político en apariencia mayor del que habían tenido antes, a pesar de formar comunidades menos numerosas. Un documento redactado en Venecia a mediados del siglo XV comparaba los ingresos de varias potencias europeas. El autor, quienquiera que fuese, ponía a las potencias monárquicas de Francia, Inglaterra, Castilla y Borgoña a la cabeza de su lista, estimando que cada una de ellas tenía una renta anual ordinaria de dos o tres millones de ducados, en cada caso considerablemente reducida por las guerras en las décadas recientes. Atribuía a la república de Venecia unos ingresos de 1.100.000 ducados en 1423, reducidos desde entonces por «grandes guerras y destrucción del comercio» a 800.000. Esto colocaba a Venecia en su lista de potencias por debajo de Francia y Borgoña, pero por encima de Inglaterra y Castilla. Florencia, Bolonia y Génova venían después, pero superaban al rey de Portugal y a los duques de Bretaña y Saboya. Aunque el autor no justifica estos números y, desde luego, no deben ser tomados al pie de la letra, su lista es indicativa de la propia estimación que los venecianos tenían de su posición relativa en el mundo y de la riqueza relativa de las ciudades-Estado. Un

documento mejor conocido sobre la autocomplacencia veneciana es el discurso atribuido al dux Tommaso Mocenigo, que murió en 1423, en el lecho de muerte recomendando a sus compatriotas ciudadanos que no pusieran en peligro su prosperidad con una guerra. «En tiempos de paz esta ciudad invierte un capital de diez millones de ducados en el comercio a través del mundo con barcos y galeras, de modo que el beneficio de la exportación es de dos millones y el beneficio de la importación a Venecia de dos millones, de forma que la exportación e importación juntas suman cuatro millones… Habéis visto que nuestra ciudad acuña cada año un millón doscientos mil ducados de oro, ochocientos mil de plata, de los cuales cinco mil marcos van anualmente a Egipto y Siria, cien mil ducados a vuestros lugares en el territorio italiano, a vuestros lugares de ultramar cincuenta mil ducados, a Inglaterra cien mil ducados [probablemente para comprar lana y estaño ingleses] y el resto se queda en Venecia.» Estas cifras y otras semejantes tienen un valor retórico y no son prueba de nada. Pero, como otros muchos datos procedentes de las ciudades italianas, especialmente de Venecia, durante la primera mitad del siglo XV, producen la impresión de una ciudad comercial en expansión, orgullosa de sus estadísticas. No es casual que la historia de Venecia, que más que cualquier otra comunidad dependía para su existencia únicamente de las artes comerciales, sea la del mayor éxito político en la historia del siglo XV.

Figura 3. Las mayores ciudades de la Europa medieval



En términos teóricos muy generales no es difícil ver que los sectores comerciales e industriales de la economía europea adquirieron una importancia relativa mayor en un periodo de contracción demográfica. Si suponemos que la Europa de co-

mienzos del siglo XIV estaba tan densamente poblada que era difícil producir alimentos suficientes para mantener a un amplio sector de la población por encima del nivel de subsistencia, es entonces probable que el abandono de las tierras marginales que no eran rentables en cuanto a producción agrícola diera lugar a niveles de vida más altos y a excedentes de alimentos. Esta interpretación se apoya en los datos que evidencian que los precios del cereal se mantuvieron bajos y que se concedió más atención a la cría de animales. Es razonable la hipótesis según la cual, en estas circunstancias, serían más las gentes que se dedicaran a la manufactura y al comercio, y que se difundirían y diversificarían más. Esto es lo que parece que ocurrió. Una de las series estadísticas más importantes de que disponemos para la Europa de la Baja Edad Media, las cifras de las exportaciones inglesas de lana en bruto y paño (excepcionales, porque las cifras de este tipo a escala nacional son extraordinariamente raras) son probablemente significativas de las tendencias económicas de Europa en general. Demuestran que desde mediados del siglo XIV sobrevino una decadencia de las exportaciones de lana que continuó muy gradualmente a lo largo del siglo XV; al mismo tiempo, las exportaciones de paño manufacturado aumentaron bruscamente a finales del siglo XIV, fluctuaron a niveles más altos a comienzos del XV y volvieron a subir más entrado el siglo. Tras estas cifras debe ocultarse un considerable cambio en Inglaterra, hasta entonces de los lugares económicamente más atrasados de Europa, pasando de las actividades agrícolas y pastoriles a las industriales. Es muy probable que esta misma imagen corresponda a amplias zonas de la Europa continental: una extensión geográfica y una diversificación del comercio en un tiempo en que se estanca el volumen de este. Así, aunque puede ser correcto considerar a esta época como de depresión, fue también un periodo en el que la industria y el comercio se convirtieron en una característica de la vida europea.

La estructura comercial de las ciudades italianas estaba ya bien establecida. Es posible encontrar aquí síntomas de deca-

dencia; la industria florentina del paño disminuyó. Ninguna compañía florentina del siglo XV, ni siquiera los Médicis, parece haber sido tan grande como la de los Bardi y los Peruzzi. Por otra parte, hay aspectos que indican un estado de los negocios saneado. El sistema de galeras veneciano, que se había desarrollado a través del siglo XIV, alcanzó su máxima extensión a mediados del XV, con galeras que viajaban regularmente al mar Negro, el Egeo, Palestina, Alejandría, el Magreb, Marsella, Barcelona, Sevilla, Londres y Brujas. Hay pocas señales de que los comerciantes venecianos de especias y textiles encontrasen dificultades en la Europa occidental o de que su comercio con el Oriente se viera seriamente alterado por el creciente dominio del Imperio otomano sobre el Mediterráneo oriental. La industria de la seda, que abastecía a un mercado cada vez más refinado, se extendió más en las ciudades italianas. Los libros comerciales de un mercader veneciano, Andrea Barbarigo, correspondientes al año 1431-1432, muestran la extensión y el carácter del comercio que llevaba a cabo. Compró cierta cantidad de paño inglés, pieles de cordero y lienzo que despachó al cuidado de un socio, junto con dos bolsas de monedas de plata, a bordo de una galera veneciana, hasta Acre. Con el dinero y el producto de la venta, veintiséis sacos de algodón fueron comprados en su nombre y enviados para su venta en Venecia. Por medio de una letra de cambio ordenaba una expedición de hilo de oro de Constantinopla. Más cerca de su patria, enviaba dinero a un agente en Fermo, en Italia, para que le comprara 1.000 fanegas de trigo para vender en Venecia. Quería comprar paño inglés para exportarlo a Siria. Dado que la navegación de la flota de galeras occidentales estaba interrumpida a causa de la guerra, se las arregló para comprar veinte paños ingleses en Brujas por medio de un mercader alemán que se los envió por tierra.

La más famosa familia de mercaderes del siglo XV, los Médicis, estableció una red de sucursales en Roma, Génova, Brujas, Londres, Lyon, Nápoles y Milán. Los Médicis eran principalmente expertos en el negocio de los intercambios interna-

cionales, transfiriendo dinero por medio de letras de cambio de una parte de Europa a otra, más que mercaderes de bienes comerciales. Durante algún tiempo controlaron una gran parte de los intercambios internacionales en la corte pontificia, lo cual dio a Cosme de Médicis una legendaria reputación de hombre rico. En esta particular y productiva especialización en la que se distinguieron, dependían bastante de las circunstancias políticas. Los intercambios internacionales, sin embargo, eran de capital importancia para las relaciones comerciales entre los diversos países. Por ejemplo, un libro de contabilidad de otra compañía florentina, la de los Borromei, que tenían negocios en Brujas alrededor de 1430, muestra que los mercaderes de Inglaterra y los Países Bajos utilizaban sus servicios para el comercio ordinario de la lana y otras mercancías. Aunque los alemanes del sur, los flamencos y los hanseáticos también tenían alguna participación en la banca internacional, los italianos dominaban aún este terreno. Los Médicis fueron excepcionales en algunos aspectos, pero la extensión geográfica de sus operaciones no era en absoluto excepcional para los italianos de aquel tiempo: pueden ser comparados a los venecianos, los genoveses y los luqueses que se ocupaban del comercio y, además, de la banca. Una carta escrita por el director de la sucursal del banco de los Médicis en Brujas a Cosme en 1464 es una muestra típicamente italiana en sus consideraciones acerca del mundo comercial. Se refiere a sus esperanzas de cobrar las deudas del duque de Borgoña y a las dificultades de la sucursal de Londres cuyos libros habían de ser enviados a Florencia en galeras, y al dinero que una señora inglesa debía por un pago que en su nombre había hecho la sucursal de Ginebra. Luego da cuenta de ciertas dificultades en la venta del alumbre (materia usada para el terminado de los paños) que se enviaba desde las minas pontificias de Tolfa hasta los Países Bajos, y del tejido de seda enviado desde los talleres de los Médicis en Florencia. Después se hacen referencias a las galeras florentinas y venecianas que acaban de llegar a aguas del Norte, a los barcos que salen de Brujas cargados de lana en di-

rección a Milán. La carta termina con las noticias políticas de Inglaterra. Solo los mercaderes italianos, ayudados por sus contactos comerciales a escala mundial, tenían esta visión general de los asuntos europeos, que tendió a fortalecerse más que a debilitarse durante el siglo XV.

La otra zona clásica de la industria medieval, Flandes, se vio más profundamente afectada por los cambios económicos. Las grandes ciudades dependían en mayor grado de la industria textil y su supremacía en este campo quedó destruida por las industrias en desarrollo de Holanda e Inglaterra que podían producir paños sencillos a precios más baratos, probablemente porque sus costes de fabricación eran inferiores a los de la industria flamenca, sumamente organizada. Ypres fue la mayor víctima, ya muy decaída a finales del siglo XIV. En el Flandes del siglo XIV se dieron ejemplos notables de intentos, por parte de las ciudades, de proteger su participación en los negocios prohibiendo que se instalaran industrias fuera de ellas, en el territorio circundante. Sin embargo, la decadencia de los grandes centros urbanos se vio compensada por el desarrollo de la industria en las ciudades pequeñas y en el campo (alrededor de 1400, por ejemplo, encontramos casos de mercaderes italianos fomentando la fabricación de paños en lugares pequeños cerca de Ypres) y también en ciudades de otras partes del sur de los Países Bajos, tales como Bruselas y Lovaina. Los flamencos respondieron también a la crisis diversificando su industria. La producción de recios paños de lana fue reemplazada por la de sargas ligeras y por la de otros productos más complejos. Hasta finales del siglo XV, Brujas mantuvo su posición de centro comercial de la Europa del noroeste, de donde confluían los sistemas comerciales de las ciudades italianas y de las hanseáticas. En la última parte de este siglo la supremacía pasó de Brujas a Amberes. Esta, a diferencia de Brujas, era importante, principalmente, no como puerto y gran centro industrial, sino como lugar donde se celebraban las ferias internacionales. Era el lugar de encuentro de los mercaderes implicados en el mercado internacional de paño inglés, metal y es-

pecias orientales. El paso de la supremacía financiera y comercial de Brujas a Amberes significaba, por lo tanto, que la importancia industrial del sur de los Países Bajos había sufrido un decaimiento relativo. Sin embargo, a pesar de esta decadencia, los Países Bajos meridionales continuaron siendo durante el siglo XV el área más notable de civilización urbana al norte de los Alpes.

La red del comercio italiano no se extendía mucho por el norte de Europa. Brujas era su punto terminal. Al norte de los Alpes y al este del Rin existía una extensa red comercial dominada por los mercaderes alemanes asociados con la Liga Hanseática. La Hansa, en sí misma, era una confederación política, muy poco definida, de ciudades alemanas, que se creó en 1367 con el fin de contrarrestar la amenaza que para los intereses de los puertos del norte de Alemania suponía el rey Valdemar III de Dinamarca (véase *supra*). El acuerdo firmado por las setenta y siete ciudades que se reunieron en Colonia en 1367 fue el comienzo de numerosas campañas diplomáticas en pro de los intereses de las ciudades alemanas llevadas a cabo de forma intermitente a lo largo del siglo XV. Pero la Hansa era una confederación extremadamente difícil de manejar, cuyos miembros variaban y tenían además pocos intereses comunes entre ellos, incluyendo a elementos tan diversos como Colonia, la gran metrópoli de Renania, puertos septentrionales como Lübeck y las ciudades de Prusia oriental. La Liga en sí misma no organizaba el comercio. El comercio alemán no se desarrolló durante este periodo de manera comparable a las compañías a escala mundial y a los elaborados sistemas financieros que eran característicos del comercio italiano. Era mucho más simple y a escala mucho más pequeña. El típico miembro de la Hansa era un mercader individual que viajaba con los productos que quería vender. Sin embargo, en el siglo XIV, los alemanes dominaban el comercio en el norte de Europa. Durante los primeros siglos de expansión medieval se habían establecido como los principales intermediarios comerciales entre el Este y el Oeste. Eran ellos los que comerciaban entre Novgo-

rod y Brujas y recogían el producto del comercio, y no los flamencos, ingleses o polacos que producían o consumían la mayor parte de sus mercancías. Su comercio se realizaba por mar a través del Báltico y por tierra desde la desembocadura del Rin hasta la Europa oriental. Incluía productos esenciales, de los cuales dependía la vida de la Europa del norte: en una dirección, pieles rusas, trigo prusiano, madera del Báltico, arenques del mar del Norte; en la otra, vino y sal franceses, paños flamencos e ingleses. Más tarde los hanseáticos tuvieron que enfrentarse a la competencia de las nacientes zonas mercantiles de Inglaterra y Holanda, que intentaron seriamente romper su monopolio de importación y exportación del Báltico. El comienzo del siglo XV fue un periodo de intensas rivalidades entre grupos de mercaderes de diversas nacionalidades. La piratería estaba estrechamente asociada al comercio a lo largo de las costas occidentales de Europa y este periodo terminó con uno de los episodios más catastróficos de la historia hanseática: la captura, por parte de piratas ingleses, de la flota anual que transportaba sal desde la bahía de Bourgneuf, a través del canal de la Mancha, en 1449. En general, sin embargo, los hanseáticos consiguieron mantener su posición y, tanto a finales como a principios de este periodo, fueron los amos del comercio septentrional.

La «revolución comercial» esencial –el invento de las compañías internacionales y de los métodos de contabilidad y cambio– que hizo posible el mundo comercial de la Baja Edad Media había tenido lugar antes, durante el siglo XIII. En este aspecto, los años de 1320 a 1450 no fueron un periodo de innovación. El panorama agrícola general de esta etapa no parece haberse visto marcada por progresos técnicos. La tendencia general a dividir la tierra en unidades más pequeñas al desmembrarse los dominios señoriales puede haber llevado a una regresión técnica. Sin embargo, en el campo industrial este periodo puede considerarse mucho más inventivo y aventurado. La Europa medieval estaba en 1300, en algunos aspectos, notablemente avanzada tecnológicamente en comparación con

otras civilizaciones anteriores y contemporáneas. Por ejemplo, los molinos de varios tipos, movidos por agua o viento, para moler grano o abatanar paños, eran un rasgo habitual del campo. También era usual la aplicación de la fuerza hidráulica en la industria del hierro. El hilado y el tejido, y la construcción de enormes catedrales suponían también una considerable complejidad técnica. A pesar de ello, durante el siglo y medio siguiente surgieron mejoras importantes.

La mayoría de ellas no son espectaculares a primera vista. Un campo en el que pueden detectarse fácilmente es el arte de la guerra. Los explosivos fueron una importación de Asia, no un invento europeo, pero el desarrollo de las armas de fuego tuvo lugar en Europa durante este periodo. El primer cañón, hecho de hierro forjado, aparece en la década de 1320 y, antes de finales de siglo, se había extendido su uso. Los ingleses fueron expulsados de su más inexpugnable fortaleza en Normandía, en 1375, por la utilización de grandes cañones que Carlos V había encargado especialmente. Por entonces estaba ya en uso el cañón de hierro fundido. Cualquier colección de ilustraciones de un libro medieval demuestra el desarrollo de la armadura, desde la cota de malla formada de anillos entrelazados, que era normal a principios del siglo XIV, hasta la de escamas de acero imbricadas, mucho más ambiciosa técnicamente, de finales del siglo XV. Durante una gran parte de finales del siglo XIV y principios del XV una de las armas dominantes fue la nueva ballesta de acero. Desde un punto de vista, la guerra estaba convirtiéndose en una efectista exhibición de seudocaballería. A finales del siglo XV el ritual de los torneos era mucho más complejo y, al menos en el norte de Europa, los héroes en la justa eran también los capitanes en la guerra. Pero esta impresión es en parte ilusoria. En la guerra, la efectividad de los soldados bien equipados era mucho mayor de lo que había sido en los siglos previos y los reyes podían llegar a ser terriblemente poderosos.

Los adelantos en la guerra estaban estrechamente asociados a la tecnología del metal. Aunque el total de la producción

metalúrgica decayó probablemente durante la gran depresión, las técnicas de producción y trabajo mejoraron. A principios del siglo XV se usaban hornos de fundición mayores que antes y se les aplicaban fuelles movidos por agua. A mediados del siglo XV había industrias de hierro muy desarrolladas en el norte de Italia y en la otra gran zona industrial de Europa, el área de los Países Bajos y la Renania, en Namur y Lieja, por ejemplo, listas para el periodo de expansión que había de venir.

El invento que más marcó a la época, también basado en los metales, fue la imprenta. A principios del siglo XV era muy corriente en Alemania y en Venecia la producción de piezas sencillas impresas, tales como cartas de juego. De ahí a la Biblia de Gutenberg, en la década de 1450, un texto extenso impreso con tipos móviles, se cubrió una enorme distancia. Sea o no atribuible a Johannes Gutenberg, de Maguncia, el principal mérito de este invento –las primeras etapas de la historia de la imprenta son poco claras–, no cabe duda de que fue un logro enorme y original, que combinaba habilidad técnica para hacer los tipos e imprimirlos y sentido de la organización en los negocios para fundar tan complejo taller antes de conseguir ningún producto. Solo es concebible en una sociedad que aceptaba una estrecha conexión entre la experimentación técnica y la inversión comercial y, al mismo tiempo, es el mejor testimonio de la existencia de tal sociedad. Todo esto fue hecho en una ciudad de Alemania occidental por ciudadanos ordinarios. Por aquel entonces existía también una industria del papel muy difundida; el papel se hizo de uso corriente y comenzó a reemplazar al pergamino a finales del siglo XIV.

Aunque no tuvo un impacto inmediato e importante como el desarrollo de los cañones o de la imprenta, es notable el gran interés que en la Europa occidental se mostraba ya en este periodo por la maquinaria y por el problema de la transmisión de la fuerza. Una de las creaciones más extraordinarias de la Baja Edad Media fue el reloj astronómico (indicaba los movimientos del sistema solar, además del tiempo y de las fiestas religiosas), construido por Giovanni de Dondi en 1348-1364.

Los grandes relojes mecánicos movidos por pesas se hicieron muy corrientes por este tiempo. A comienzos del siglo XV surgieron, probablemente en los Países Bajos, los relojes movidos por un resorte espiral, y los relojeros tuvieron que enfrentarse al problema de mantener un tiempo constante con una fuerza motriz variable. En la misma época, y también en los Países Bajos, se empezaron a hacer los primeros experimentos con otro invento mecánico básico, el cigüeñal.

En 1450 el comercio y la industria europeos estaban todavía ensombrecidos por el estancamiento demográfico general. La gran expansión cuantitativa pertenecía todavía al futuro. Pero dentro de esta economía globalmente deprimida estaban teniendo lugar cambios de importancia en los sectores comerciales e industriales de la sociedad. Un visitante griego, Bessarion (véase *infra*), que escribía alrededor de 1444, fue uno de los primeros observadores extranjeros en expresar su admiración por la competencia técnica de la Europa occidental. Había visto «madera cortada por sierras automáticas, ruedas de molino movidas todo lo rápida e ingeniosamente que es posible»; relata que «en la fundición y separación de los metales utilizan fuelles de cuero que se distienden y relajan sin que ninguna mano los toque, y separan el metal de la tierra y de la materia inútil». Bessarion debió de ver estas cosas en Italia. Allí y en el noroeste, la avanzada inventiva técnica en el uso de la fuerza y en el tratamiento de los metales se aliaba al sentido de los negocios de una manera que era peculiar de la Europa occidental. Mientras el mundo agrícola se quedaba estancado, la población de las ciudades era cada vez más rica y ambiciosa.

LAS REVOLUCIONES SOCIALES DEL SIGLO XIV

A muy largo plazo, la depresión demográfica de finales del siglo XIV produjo cambios fundamentales en la estructura de la sociedad. Las manifestaciones de estos cambios se hicieron claras a mediados del siglo XV, cuando las estructuras señoriales se vieron general y masivamente debilitadas. Sin embargo, la sociedad medieval sintió primero las tensiones resultantes de la decadencia de la población durante el medio siglo inme-

diatamente posterior a la peste negra. Durante este periodo hubo varios choques violentos pero temporales entre los diversos intereses de clase. Estos episodios revolucionarios no produjeron por sí mismos cambios sociales, pero fueron los síntomas de las tensiones latentes en la sociedad.

El ejemplo clásico de rebelión social de finales del siglo XIV fue el de los campesinos ingleses en 1381, que merece un lugar en cualquier historia de la sociedad europea no solo por su violencia y su difusión, sino también porque dejó un depósito de documentos en los que los fines de los rebeldes se expresan de manera más clara que en los de otras revueltas agrarias. La revuelta de los campesinos estalló por la indignación provocada por un experimento fiscal, el intento de recaudar un impuesto de capitación con una variación comparativamente pequeña en la cantidad, en sustitución de los impuestos sobre los más acomodados, de acuerdo con sus propiedades, que había sido hasta entonces la forma habitual de impuestos sobre los laicos por concesión parlamentaria. Este intento de hacer descender en la escala social la incidencia del peso fiscal provocó un amargo resentimiento entre los nuevos contribuyentes. Tuvo lugar, además, en un tiempo en que comenzaban a sentirse los efectos económicos de la depresión demográfica. Los señores intentaban aferrarse a sus viejas rentas luchando contra la escasez de mano de obra y manteniendo sus jurisdicciones sobre los arrendatarios no libres. Los arrendatarios eran conscientes del nuevo poder que les confería la escasez de brazos; probablemente vivían en mejores condiciones que sus padres y, por lo tanto, se mostraban menos pacientes con los lazos jurídicos que continuaban reforzando el control de los *seigneurs.* El cronista Froissart, que observó la rebelión con la repugnancia de un devoto de la sociedad aristocrática, tenía razón en su famoso comentario de que «todo era a causa del desahogo y la riqueza en que vivía la gente común, que les movía a rebelarse». Como también correctamente decía:

> Es costumbre en Inglaterra y también en otros países que los nobles tengan gran jurisdicción sobre sus hombres y los mantengan en servidumbre, es decir, que deben por ley y costumbre labrar las tierras de su señor, recoger y traer a casa su grano, colocarlo en graneros, trillarlo y aventarlo y hacer el

heno y cortar madera por prestaciones de trabajo… Estos desgraciados… comenzaron a removerse porque decían que se les mantenía en excesiva servidumbre, pues al comienzo del mundo, decían, no había siervos y no podía haberlos a menos que fueran traidores a sus señores, como Lucifer a Dios. Decían que no podían serlo porque no eran ángeles ni espíritus, sino hombres formados con el mismo molde que sus señores mientras que ahora eran tratados como bestias, lo cual, decían, no iban a continuar sufriéndolo, porque todos habían de ser iguales y si labraban o hacían algo para el señor, querían salarios a cambio.

Durante unos días, en junio de 1381, tuvieron lugar extensas rebeliones en el este de Inglaterra, en parte dirigidas contra los señores territoriales locales y en parte contra el gobierno que los apoyaba, que culminaron con una breve ocupación de Londres. Entre las peticiones de los rebeldes destacaban la abolición de la servidumbre, rentas bajas y salarios más altos.

La revuelta de los campesinos ingleses tuvo lugar en un contexto de debilidad política que había socavado la confianza pública en el gobierno de la Corona. Un rey niño, Ricardo II, había sustituido a un rey anciano, Eduardo III, y en estas circunstancias las dificultades financieras del gobierno, que estaban también en parte causadas por cambios sociales que minaban el sistema de impuestos tradicional, llegaron a ser escandalosas e intolerables. La combinación de debilidad política y conflicto social fue esencial. Ingredientes similares aparecen en la crisis francesa de 1385 que tuvo como resultado la revuelta de la *jacquerie.* La monarquía francesa sufrió una crisis devastadora después de la captura de Juan II en Poitiers en 1356. El gobierno estaba dirigido por un joven delfín cuya posición se veía amenazada por un pariente, Carlos de Navarra, que podría haber derrocado la monarquía si hubiera querido. La política financiera de la corte, con impuestos más pesados y devaluación de la moneda, hizo entrar a la Corona en conflicto con la burguesía de París bajo la dirección de Étienne Marcel. Los seguidores de Marcel intentaron controlar la recaudación de *aides* y el nombramiento de los consejeros del delfín. Su conflicto con la corte les hizo aliarse temporalmente con Carlos de Navarra y culminó en febrero de 1358, cuando irrumpieron en el palacio real. Durante estos dos años, de 1356 a 1358, podemos observar los ataques y contraataques de la corte y la nobleza. Los Estados Generales de Languedoil en octubre de 1356, después de Poitiers, introdujeron escalas de im-

puestos de acuerdo con las cuales la contribución proporcional de los nobles aumentaba y la de los no nobles disminuía. Los Estados Generales de Champaña y Compiègne en la primavera de 1358 aumentaron la carga sobre los no nobles y redujeron la de los nobles. Evidentemente, tanto nobles como burgueses sufrían los efectos de la escasez de mano de obra y de los impuestos para la guerra. El conflicto entre los dos pilares del sistema financiero de la Corona debilitó y desacreditó todavía más al rey y a la nobleza que tan obviamente habían fracasado en la guerra. Estos acontecimientos fueron más espectaculares que los escándalos y problemas financieros que dominaron la política inglesa entre 1376 y 1381. Como los últimos acontecimientos ingleses, sin embargo, fueron un ejemplo notable de fracaso financiero y militar, conduciendo a una situación en la que podían producirse trastornos sociales más radicales.

La revuelta de la *jacquerie* tuvo lugar en la región de París, sobre todo al norte de la ciudad, en mayo y junio de 1358. La palabra *jacquerie* parece haber derivado de *Jacques Bonhomme,* denominación simbólica y tradicional del campesino típico, y parece haber sido esencialmente un movimiento de bandas de campesinos dirigido contra los miembros de la clase señorial. Se diferencia de la revuelta inglesa por su falta de fines determinados, al menos por lo que nos revelan los documentos que han llegado hasta nosotros. Difiere también en sus manifestaciones extremas de violencia física. Bandas de campesinos se levantaron en diversos sitios, pillaron las casas, mataron a los señores y violaron a las señoras. No hay indicios claros de que tuvieran ningún propósito más allá de la satisfacción de su odio y desprecio hacia sus superiores sociales, la nobleza rural. A medida que el movimiento crecía rápidamente, adquirió una cierta organización bajo la jefatura de un hombre llamado Guillaume Carle, cuyo ejército se dice que en cierto momento contó con varios miles de hombres. La burguesía parisina de Marcel se mantuvo un tiempo indecisa acerca de si aliarse u oponerse a ellos pero, en cualquier caso, no hubo tiempo para

que se desarrollaran actitudes políticas. El 10 de junio Carlos de Navarra destruyó la principal fuerza de la *jacquerie* cerca de Clermont. El intento de Marcel de explotar la situación en provecho propio fracasó. Al final, el principal beneficiario del movimiento fue Carlos de Navarra, que ganó en poder y en prestigio.

Aunque la *jacquerie* de 1358 fue quizá la más sangrienta de las rebeliones sociales del siglo XIV, la más densa concentración de alteraciones políticas con un contenido social predominante se encuentra en los años de 1378-1382 con la revuelta de los *ciompi* en Florencia (1378), el levantamiento de los tejedores de Brujas y Gante (1379-1382), la revuelta de los campesinos ingleses (1381) y la rebelión de los *maillotins* en París (1382). El periodo, alrededor de 1380, es significativo. En treinta años los efectos demográficos de la peste se habían agudizado, pero las estructuras sociales todavía no se habían adaptado. Bajo la presión de la guerra y del fracaso político se resquebrajaron fácilmente. Ninguna de estas crisis era exclusivamente un asunto de conflicto de clases. Todas estaban conectadas con las dificultades de gobernar mediante políticas convencionales por parte de las clases dirigentes tradicionales y derivaban en parte de los problemas financieros y políticos de las estructuras tradicionales del Estado. Pero en todas ellas predominó el resentimiento de las clases relativamente subordinadas hacia sus amos. Tomadas en conjunto, se puede decir que constituyen una crisis general de la sociedad medieval. Ninguna de ellas triunfó y el viejo orden recobró su estabilidad. Pero la crisis general presagiaba el despertar general de la sociedad señorial y el nivelamiento gradual de la pirámide social, que había de ser la característica de los setenta años siguientes de la historia europea.

La revuelta de los *ciompi* se produjo al final de la Guerra de los Ocho Santos entre Florencia y el papado y pudo tener lugar porque el rumbo normal de la vida política florentina se torció bajo las intensas presiones causadas por la prosecución de la guerra, los pesados impuestos y el comportamiento auto-

crático del grupo oligárquico gobernante, al que se identificaba con la guerra. En mayo de 1378 un enemigo del grupo oligarca, Salvestro de Médicis (enemigo político, no social), alcanzó un puesto de mando en el gobierno y emprendió una política que no solo era hostil a los dirigentes de la guerra, sino además favorable a los gremios menores y al *popolo minuto,* es decir, a los empleados y artesanos que no estaban organizados en gremios reconocidos y, por lo tanto, no tenían representación política. Cuando esta política se vio en peligro de ser rechazada en junio, Salvestro y sus amigos convocaron a la multitud, que se reunió frente al *Palazzo* gritando «¡Viva il popolo, viva la libertà!» y, a continuación, se amotinó y, durante dos días, saqueó las casas de los ciudadanos más importantes, soltando a los criminales y arrasando los conventos. Esto condujo al recurso habitual florentino de establecer una *batía* para restaurar el orden. La *batía* en sí misma era de carácter moderado, pero también actuó contra los humildes disidentes de la ciudad, lo cual condujo, un mes más tarde, a una segunda y más radical rebelión que estalló el 20 de julio y llevó a una toma de poder o parte de políticos que realmente representaban al *popolo minuto* o surgían de él. Los rebeldes eran gentes muy diversas y se ha demostrado que la revuelta no puede considerarse únicamente como un levantamiento de asalariados en contra de sus patronos capitalistas. Pero la tiranía del gremio de la lana fue ciertamente un objeto importante del odio popular, abrigado no solo por los empleados asalariados, sino también por los artesanos independientes que ejercían oficios auxiliares de la industria del paño, tales como los tintoreros, que se consideraban miembros del *popolo minuto* y estaban también excluidos de la autoridad política y económica. Las dificultades de la industria del paño en Florencia, antaño la más importante y ahora en decadencia, sufriendo la falta de mano de obra, fueron una de las causas que contribuyeron a la revuelta. Los rebeldes fueron denominados *ciompi,* cardadores de lana. El dirigente rebelde más destacado, Michele di Lando, era un cardador de lana y, por lo tanto, un proletario, en

cierto sentido, de la industria textil; pero era además, como varios de sus colegas, un antiguo soldado, y es muy probable que el gusto por la violencia física y sus frutos fuera otro elemento que venía a mezclarse con las reivindicaciones económicas. Cuando tomaron el poder los rebeldes presentaron una petición que da cierta idea de sus fines formales. Querían una reorganización de los impuestos con un reparto más justo de la carga fiscal y la abolición de la deuda estatal que se mantenía por el pago de intereses a los accionistas. Exigían la dimisión del oficial del gremio de la lana responsable del mantenimiento de órdenes disciplinarias en contra de los trabajadores. Y, aún más notable, querían un nuevo gremio del *popolo minuto* que confiriera a estas clases previamente excluidas una posición oficial dentro de la constitución de la ciudad y que, además, sus miembros pudieran ser candidatos a ciertos puestos. Los rebeldes querían obtener poder no a base de crear un nuevo tipo de constitución, sino extendiendo la antigua, de modo que les concediera los mismos derechos políticos y sociales que a los patricios de los antiguos gremios. Durante unas cuantas semanas los dirigentes del *popolo minuto* tuvieron a Florencia aterrorizada. Se crearon tres nuevos gremios de tintoreros, sastres y *popolo minuto.* Las antiguas listas de los ciudadanos que podían ser elegidos para el gobierno fueron quemadas. Pero los rebeldes no tenían un poder estable. A comienzos de septiembre la reacción se puso en marcha, el gremio del *popolo minuto* fue abolido y la política florentina volvió rápidamente a la normalidad. Los acontecimientos de 1378 fueron considerados con horror por los historiadores posteriores como una interrupción única y terrible del orden natural.

Los disturbios de Flandes fueron causados por el resentimiento que las ciudades albergaban hacia el poder condal, que ya había sido un importante factor en diversos momentos a lo largo del siglo. Estallaron en 1379 por la decisión de construir un canal que uniera a Brujas con el río Lys. El proyecto contaba con la aprobación del conde, pero habría desviado el mercado de Gante y, por lo tanto, tenía complejas implicaciones

políticas y económicas. Provocó una reacción violenta, en primer lugar entre los barqueros de Gante, que se unieron a los tejedores de la ciudad para arrebatar el poder al grupo gobernante que apoyaba la política del conde. Los oficiales del conde habían, además, atentado contra las libertades ciudadanas, arrestando a un burgués. Esto condujo a un levantamiento general, tanto en Gante como en Brujas, en el cual los tejedores se pusieron a la cabeza, dirigido tanto contra los patricios de la ciudad como contra el conde, en cuanto enemigo de la autonomía ciudadana. Se concertó una paz a finales de 1379, pero Gante continuó en actitud desafiante, teniendo como jefe a Philippe van Artevelde. Como su padre antaño, se veía envuelto en una disputa muy compleja en donde el problema de las libertades municipales estaba inextricablemente unido al triángulo internacional de poder entre Francia, Flandes e Inglaterra (véase *supra*).

Los contemporáneos pensaron que había una estrecha conexión entre estos desórdenes y los disturbios que estallaron en Francia después de la muerte de Carlos V (septiembre de 1380). Al desaparecer la poderosa mano de Carlos, la demanda de impuestos de la corte francesa provocó una amplia resistencia en las ciudades francesas, y en especial en Ruán, donde acabó en un ataque de los ciudadanos pobres a los ricos. Este malestar culminó con la revolución de los *maillotins* en París, en marzo de 1382. Los acontecimientos fueron descritos por un hombre de negocios y aventurero florentino, llamado Buonaccorso Pitti, que estaba entonces en la corte francesa, de la siguiente manera:

> En 1381 el pueblo de Gante se rebeló contra su soberano, el conde de Flandes, que era el padre de la duquesa de Borgoña. Marcharon en gran número hasta Brujas, tomaron la ciudad, depusieron al conde, robaron y mataron a todos sus oficiales e hicieron lo mismo con todas las otras ciudades flamencas que cayeron en sus manos. Su cabecilla era Philippe van Artevelde. Como el número de flamencos que se rebelaron contra sus señores creciera, enviaron embajadas secretas al populacho de París y Ruán, urgiéndolos a hacer lo mismo con sus señores y prometiéndoles ayuda y socorro en esta empresa. Consiguientemente, estas dos ciudades se rebelaron contra el rey de Francia. La primera insurrección fue la del populacho de París y fue iniciada por un vendedor ambulante quien, cuando un oficial trató de cobrar un impuesto sobre la fruta y las verduras que estaba vendiendo, comenzó a gritar «Abajo la *gabelle*». Ante este grito se alzaron las turbas, corrieron a las casas de los recaudadores de impuestos, les robaron y los mataron. Después, como la multitud no estaba armada, uno de ellos les condujo al Chatelet donde Bertrand du Guesclin, antiguo condestable, había almacenado 3.000 porras de cabeza de plomo en previsión de una batalla que había de librarse contra los ingle-

ses. La chusma utilizó hachas para entrar en la torre en la que estaban las porras o mallos (en francés *maillets*) y, armándose con ellos, salieron en todas direcciones a robar las casas de los representantes del rey y, en muchos casos, los asesinaron. El *populo grasso* u hombres de importancia, que en francés se llaman *bourgeois,* temiendo que las turbas (que fueron más tarde llamados *maillotins* y que se asemejaban mucho a los *ciompi* de Florencia) les robasen a ellos también, tomó las armas y consiguió someterlas. Luego procedieron a tomar el gobierno en sus manos y, juntamente con los *maillotins,* continuaron la guerra contra sus señores reales.

El conde de Flandes apeló a su yerno y heredero Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, efectivamente la persona más importante de la corte francesa. A Francia le interesaba ayudarlo a suprimir los peligrosos focos de la rebelión ciudadana y a asegurar la integridad de la herencia de Felipe en Flandes; por ello, un ejército francés derrotó y mató a los rebeldes flamencos en Roosebeke en noviembre de 1382. Pero ni siquiera entonces Gante cedió. Una invasión inglesa, llamada la «Cruzada del obispo de Norwich», porque pretendía ser una intervención religiosa en favor del papa legítimo en contra del de Aviñón, prestó ayuda temporal e ineficaz en 1383, repitiendo los esquemas de 1340, pero se deshizo ante el ejército francés. En 1384 murió Luis de Male, último conde independiente de Flandes, pero los ganteses se mantuvieron firmes frente a Felipe y, cuando este finalmente hizo la paz con ellos en 1385 para completar su adquisición del condado, confirmó los antiguos privilegios de la ciudad.

Esto puso fin a la erupción de estallidos revolucionarios violentos en la Europa occidental. El mayor de todos los movimientos revolucionarios medievales, el de los taboritas de Bohemia, había de surgir cuarenta años después y en un contexto diferente. Para Francia, Italia e Inglaterra, había pasado la tormenta. Los movimientos, en general, habían fracasado. Pero tienen, sin embargo, un importante carácter sintomático. En toda la Europa occidental los campesinos y habitantes de la ciudad iban a liberarse más de la autoridad señorial durante los próximos cincuenta años y conseguir mediante los procesos de evolución social lo que los rebeldes de 1378-1385 no habían conseguido mediante las rebeliones. El siglo posterior a 1385 vio el ajuste gradual a las nuevas condiciones demográficas y económicas.

IV. EL MUNDO DE LAS IDEAS EN EL SIGLO XIV

UNIVERSIDADES Y CORTES

En la Europa medieval, más que en ninguna época posterior, la vida intelectual estaba dominada por las universidades. Las únicas instituciones que, además de esta, se ocupaban de la educación superior eran las escuelas de las órdenes religiosas, en gran parte extensiones del sistema universitario, que impartían el mismo tipo de enseñanza a fin de elevar el nivel intelectual de sus miembros. En términos generales, si un hombre deseaba adquirir una formación que le permitiera ocuparse de la filosofía, las ciencias, las matemáticas o la teología o un mayor conocimiento de las profesiones legales (que en la mayor parte de Europa significaba el Derecho Civil o Romano), o de la medicina, tenía que asistir a una universidad. Hubo excepciones notables, tales como Dante o Chaucer, por ejemplo, pero estos poseían ambos un nivel de conocimientos extraordinarios para un autodidacto, lo cual ha llevado a los eruditos a especular acerca de la posibilidad de que hubieran asistido a la Universidad, aunque haya datos en contra. Los países de Europa meridional y occidental estaban bien provistos de universidades a principios del siglo XIV. En Italia eran famosas las de Bolonia, Padua y varias otras; en España, la de Salamanca; Francia contaba con las de París y Montpellier y varias más; Inglaterra con las de Oxford y Cambridge. En Alemania y Europa central no existió ninguna hasta que el mecenazgo de los príncipes llevó a la fundación de la de Praga (1347) y Cracovia (1364), Viena (1365), Heidelberg (1385) y varias más durante el siglo siguiente. Pero el mundo universitario era cosmopolita, y alemanes y neerlandeses asistían en elevado número a la Universidad de París y a otras. El número de hombres con formación universitaria

era elevado por aquel entonces, tanto entre los eclesiásticos como entre los laicos. Formaban una elite intelectual e internacional de graduados muy claramente diferenciada. París, en su cima a comienzos del siglo XIV, debía de contar con una población universitaria de 3.000 a 5.000 personas. Los graduados universitarios de Europa, en general, debían de ascender a muchos miles. El propósito de la educación universitaria era poner al estudiante en contacto con ciertos textos cruciales y enseñarle a pensar metódicamente sobre ellos. Las universidades estaban esencialmente dedicadas al ejercicio y desarrollo de la facultad de pensar. En general, no estaban interesadas en una investigación original en el sentido moderno del término y, desde luego, no lo estaban en absoluto en la experimentación física (que era muy escasa) o en la historia (que no era una materia universitaria); tampoco se interesaban por la literatura o las bellas artes. Dentro de los límites impuestos por su elección de temas y métodos de enseñanza, sin embargo, consiguieron logros inmensos no solo al producir los famosos tratados de filosofía escolástica, sino también al desempeñar de manera continuada la función social de formar a una gran parte de las clases dirigentes en el análisis racional.

Como las universidades modernas, las medievales estaban divididas en facultades. Había cuatro facultades, aunque no todas ellas podían encontrarse en cada universidad: Artes, Teología, Derecho y Medicina. La Facultad de Artes suministraba a la vez la educación universitaria básica para aquellos estudiantes que no pretendían adquirir una mayor especialización y la preparación para entrar en las otras facultades. Su importancia educativa era, por lo tanto, muy grande. Originalmente, las enseñanzas impartidas cubrían el *trivium* y el *quadrivium,* que derivaban de la educación bajorromana (gramática, lógica, retórica, aritmética, geometría, astronomía, música), pero en el siglo XIV dos procesos distintos la habían transformado de manera irreconocible.

El elemento lingüístico se había visto muy reducido: los estudiantes tenían que saber el latín, lengua en la cual se impartía la educación superior, pero había degenerado en una lengua técnica y la literatura latina se cultivaba poco. Al mismo tiempo, el curso de arte estaba determinado por las obras de Aristóteles. Las traducciones al latín básico de sus libros adquirieron una enorme popularidad en las universidades durante el siglo XIII y acabaron suministrando la mayoría de los textos a estudiar en el curso de arte. Por lo tanto, un estudiante diligente acabaría conociendo bien los escritos de Aristóteles sobre lógica, psicología, ciencias naturales y metafísica. La importancia abrumadora de Aristóteles en la educación y el pensamiento bajomedievales, dominio no equiparable al de ningún escritor de la Europa moderna, se debía al hecho de que sus libros proporcionaban tan buenas descripciones de las materias que se estudiaban en la Facultad de Arte que, desde finales del siglo XIII, desbancaron a casi todos los de otros autores.

La medicina académica también se basaba ampliamente en Aristóteles; consistía en el estudio de textos, más que en el estudio de cuerpos vivos o muertos, pero dependía también en gran medida de las traducciones latinas de Galeno, Hipócrates y los sabios musulmanes. El Derecho Civil y el Canónico se basaban naturalmente en el compendio de la legislación imperial romana y en las decretales de los papas. La reina de las ciencias, sin embargo, era la teología. La Facultad de Teología impartía un largo y arduo curso que difícilmente podía un estudiante completar hasta bien adentrado en la treintena, y el doctorado en Teología era la coronación de la vida académica. Los estudios para este se basaban en la Biblia, que tenía que ser minuciosamente pasada a examen, y en un libro de texto teológico del siglo XII, las *Sentencias* de Pedro Lombardo. Estudiando estos textos básicos, el alumno era conducido también, por supuesto, al campo de la literatura exegética, que incluía a los Padres,

san Agustín y escritores altomedievales como Beda y Anselmo, además de la vasta literatura teológica que las mismas universidades habían producido desde 1200.

A comienzos del siglo XIV esta estructura de la enseñanza superior estaba ya bien establecida y muchas de sus mayores creaciones literarias habían visto la luz. Este esquema no cambió de manera muy significativa entre 1320 y 1450; con programas semejantes, continuó formando a la *intelligentsia* del clero y también, hasta cierto punto, del mundo laico. Pero, aunque la estructura institucional no cambió mucho, los pensadores más originales de entre los teólogos continuaron forcejeando con los problemas filosóficos insolubles que esta estructura creaba. Los problemas del pensamiento académico medieval surgían en parte del hecho de que tenía dos autoridades supremas difíciles de conciliar: la Biblia y Aristóteles. Evidentemente, puede considerarse que corresponden a los dos campos abstractos de la fe y la razón con los que tiene que enfrentarse cualquier filosofía religiosa, pero el problema fue particularmente agudo y persistente en las universidades medievales, ya que en los cursos de las facultades de Arte y Teología se institucionalizaban dos aproximaciones divergentes a la verdad.

Los grandes pensadores universitarios del siglo XIII que culminaron en Santo Tomás de Aquino (muerto en 1274) y Duns Escoto (muerto en 1308), se ocuparon de producir un esquema simple y coherente de filosofía y teología en el cual los dos conjuntos de ideas, proporcionados por la razón humana y la revelación divina, se mostraran coherentes. Esto suponía demostrar que los puntos esenciales de la fe cristiana, tales como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, podían ser demostrados por la razón tanto como por referencia a la Biblia. Esta aproximación sinóptica produjo grandes obras maestras del pensamiento que continuaron teniendo mucho prestigio. La idea de que la razón y la

revelación estaban en armonía naturalmente contó con el apoyo de la autoridad eclesiástica, con tal de que no se permitiese que la razón alterase las doctrinas aceptadas, y el sistema de Aquino fue generalmente aceptado como autoridad. Entre otros pensadores originales del siglo XIV, sin embargo, se dio una tendencia a abandonar este sistema que todo lo abarcaba y que justificaba armoniosamente la doctrina cristiana, la ciencia griega y la sociedad laica y eclesiástica establecida. Para sustituirlo, se erigieron estructuras parciales de pensamiento que fueron a veces explícitamente incoherentes con otras partes de la enseñanza universitaria que se habían incluido en las síntesis del siglo XI-II.

La tendencia antisinóptica se manifestó de varias maneras. Los lectores medievales de Aristóteles dependían, para interpretar los difíciles textos griegos traducidos en un latín ramplón, de los comentarios del filósofo árabe Averroes, que también habían sido traducidos al latín y eran mucho más fáciles de entender que Aristóteles. Pero las interpretaciones de Averroes hacían a Aristóteles incompatible con las doctrinas cristianas. En las facultades de las universidades que no fueran la de Teología se desarrolló, por lo tanto, una línea «averroísta» de pensamiento que aceptaba a Aristóteles como autoridad en materias tales como Lógica, Biología, Física y Metafísica, sin referencia a la ortodoxia de las opiniones que de él se derivaban. Los averroístas predominaron en París a comienzos del siglo XIV y en las universidades italianas, especialmente en Padua, a lo largo de los siglos XIV y XV. Algunos de ellos proclamaron que ideas como la de la eternidad del mundo encontraban su fundamento en Aristóteles. Los averroístas se asemejaban un tanto a los deístas de la Ilustración francesa: no denunciaban directamente las ideas cristianas, pero mantenían el racionalismo de las ideas no cristianas. No fue por accidente por lo que algunos de ellos, en especial el maestro parisino Juan

de Jandún (muerto en 1328) y su colaborador Marsilio de Padua (véase *infra*), fueran enemigos políticos del papado. De manera más positiva, el averroísmo fue un ingrediente esencial de la medicina en Padua, que había de tomar en serio las teorías paganas sin preocuparse por su incompatibilidad con el cristianismo.

El pensador más importante del mundo de las universidades septentrionales en el siglo XIV fue el franciscano y filósofo de Oxford Guillermo de Occam, que dejó la universidad en 1324 para defender sus sospechosas opiniones ante el tribunal pontificio. Más tarde huyó de Aviñón para unirse a Luis el Bávaro, cuya posición política defendió en contra del papado en varias obras antes de morir, en 1349. Aunque importante en las controversias políticas de su tiempo, Occam fue ante todo un lógico y un metafísico. Examinó las tesis de sus predecesores y decidió que la defensa racional del cristianismo no era sostenible. La prueba de la existencia de Dios como primer motor era «probable, es decir, más probable que su opuesto, pero no demostrada». También descartó la existencia real de las ideas, como opuestas a los objetos y acontecimientos contingentes e individuales, que había sido tan importante para sus predecesores. Así, la jerarquía ordenada de seres desde los animales, a través de más altos grados de racionalidad e ideas en el hombre y en los ángeles, hasta Dios, se hizo menos convincente. Él pensaba que los hombres tenían únicamente un conocimiento intuitivo de las cosas individuales, de las cosas blancas, no de una cualidad universal de lo blanco, de modo que solo podían formular hipótesis científicas, no descubrir principios generales que fueran necesariamente ciertos para toda la creación. El occamismo, aunque figuraba entre los enemigos condenados por el papado, fue una fuerza poderosa entre los pensadores originales de Oxford y de París a mediados del siglo XIV. El interés por las dificultades lógicas y por los particulares concretos, más que

por las más edificantes especulaciones metafísicas, por ejemplo, de Aquino, se convirtió en una tendencia marcada y condujo a algunos a interesarse por las matemáticas y las ciencias naturales. No se produjo de resultas un florecimiento de la ciencia experimental, aunque un occamista proclamó en París que se podrían obtener más fácilmente modestos avances en la comprensión de la causa y el efecto «si los hombres volvieran sus mentes hacia las cosas y no hacia la comprensión de Aristóteles». Sin embargo, condujo a varios intentos serios de modificar y examinar la ciencia aristotélica, especialmente en el campo de la mecánica de los cuerpos en movimiento. Estos avances se asocian en particular con Juan Buridán, rector de la Universidad de París en 1328 y 1340, y con otro parisino, Nicolás de Oresme, que murió siendo obispo de Lisieux en 1382. Sus trabajos son etapas hacia los descubrimientos posteriores de Leonardo da Vinci, Copérnico y Galileo, que dependieron grandemente de sus predecesores medievales.

Otro pensador inglés que ilustra, desde otro punto de vista diferente, la ruptura del mundo escolástico es John Wycliffe. Wycliffe no era un occamista; por el contrario, creía firmemente en la realidad de las ideas abstractas. De 1376 a 1384, año de su muerte, se dedicó a defender la teoría de que la verdadera Iglesia era un cuerpo enteramente espiritual integrado por aquellos que gozaban del estado de gracia. Demolió la validez teológica y filosófica de la Iglesia visible y toda su gama de órdenes religiosas y derecho canónico, sustituyéndola por autoridades laicas todopoderosas. Uno de los primeros actos de la curia papal después de su vuelta de Aviñón a Roma en 1377 fue condenar las opiniones expresadas por Wycliffe, que negaban toda la base del gobierno eclesiástico. Wycliffe, durante su vida, fue una figura curiosamente insular, profundamente envuelta en las disputas de Oxford, pero totalmente desprovista de influencia fuera de Inglaterra. Treinta años después de su

muerte, sin embargo, de un modo que casi hace pensar en la influencia de Marx en Rusia, proporcionó la base ideológica del movimiento de reforma de los husitas en Bohemia, movimiento que tuvo un éxito asombroso. Sus herejías fueron condenadas otra vez, y de manera más rotunda, en el Concilio de Constanza de 1415.

Los seguidores de Averroes, Occam y Wycliffe durante el siglo XIV vivieron, en su mayoría, dentro del marco existente de la Universidad y la Iglesia. Hasta la época del Gran Cisma la estructura de la Iglesia visible continuó siendo, como muestra la historia administrativa del papado de Aviñón, inmensamente fuerte. En algunos aspectos, el representante más característico de la tradición ortodoxa cristiana de finales de siglo fue Juan Gerson (1369-1429). Gerson, hijo de un campesino de Champaña, fue un brillante teólogo y llegó a ser canciller de la Universidad de París cuando tenía poco más de treinta años, pero mostró una actitud profundamente crítica hacia la moda predominante de discusión abstracta y especulativa. En su larga e influyente carrera se hizo famoso por dos cosas. En primer lugar, por su consejo al mundo cristiano de que superase la estructura escolástica para llegar a una teología mística y moral más sencilla. Esto le llevó incidentalmente a defender la posición ortodoxa frente a los teólogos radicales y a atacar los excesos místicos que creyó detectar en los escritos del asceta neerlandés Ruysbroeck (véase *infra*). En segundo lugar, por su participación en la política eclesiástica del Gran Cisma, en especial en los concilios de Pisa y Constanza, como conciliar moderado, que intentaba mediar entre las divisiones internas de la Iglesia. Gerson representó la principal corriente de la cristiandad en la Europa del norte, que había de sobrevivir a las tormentas de finales del siglo XIV y principios del XV. Pero ya antes de que comenzara su carrera las disputas del mundo universitario habían puesto de manifiesto las dificultades no solo de armonizar la fe y la razón

en el seno de una metafísica, sino también de conciliar el poder temporal de los laicos y los eclesiásticos. El dualismo en la sociedad medieval estaba equilibrado a comienzos del siglo XIV. A principios del siglo siguiente había de romperse, con serias consecuencias para la religión y el pensamiento.

El dualismo en el poder político y económico, la división de la autoridad entre las noblezas laica y eclesiástica, tan característica del mundo medieval, se acompañaba de un dualismo equivalente en el plano intelectual. Aunque la enseñanza superior estaba en gran parte en manos de los clérigos, había también una cultura de la nobleza laica y de la corte que era igualmente internacional y, hasta cierto punto, propagaba un diferente conjunto de valores. En literatura estaba centrada en el ensalzamiento de dos ideales: el de las proezas caballerescas y el del amor cortesano, que, en el mundo de la nobleza de aquel tiempo, no eran fantasías, sino el objeto de ambiciones reales. Por ejemplo, uno de los servidores de Juan de Montfort, duque de Bretaña (muerto en 1399), que tuvo una carrera política tempestuosa y, en general, de éxito en su intento por recobrar y mantener su ducado frente a la envidia de la Corona francesa y las interferencias de la inglesa, escribió un relato en verso de las hazañas guerreras de su señor. Los nobles se veían a sí mismos como la encarnación del héroe de la leyenda caballeresca. El mariscal Boucicault, capitán francés, que desempeñó un destacado papel en varios episodios del reinado de Carlos VI –la cruzada de Nicópolis, la ocupación francesa de Génova, Azincourt– fue objeto de una biografía que hacía de él un modelo de piedad, castidad y valor. Existen otros muchos ejemplos de la fusión del ideal con personajes de la vida real. En la Europa del norte, en este tiempo, la hagiografía caballeresca fue quizá más destacada incluso que la dedicada a santos religiosos.

El nombre de Geoffrey Chaucer evoca fácilmente al lector inglés el mundo de la caballería y del amor cortesano, cuyos ideales están plenamente reflejados en su *Troilo y Cresida* y en algunos de sus *Cuentos de Canterbury.* Chaucer fue esencialmente un poeta de corte. Francia no tuvo ni un solo escritor de su talla, pero, en general, tenía una cultura mucho más rica y los ideales de la nobleza europea se expresaron con su máxima plenitud en francés en las cortes de los reyes de Valois y en las de los grandes duques de Borgoña, Anjou y Orleans. Uno de estos, Carlos, duque de Orleans (muerto en 1465), que fue capturado por los ingleses en la batalla de Azincourt, fue, de hecho, el principal poeta francés de su generación. Sus versos, altamente refinados y melancólicos, contienen una de las grandes elaboraciones finales de la ética del amor cortesano. Un buen representante de los ideales de la sociedad aristocrática durante el siglo XIV es el cronista Froissart. Juan Froissart (*ca.* 1338-1410) fue también un poeta, pero se le recuerda principalmente por su largo relato de las guerras anglofrancesas; desde luego, el escritor histórico más considerable que se produjera en la Europa septentrional durante este periodo. Froissart consideraba la historia política y militar como una sucesión de encuentros caballerescos, y así era, sin duda, como la consideraban sus señores.

El lector moderno conoce la poesía de finales del siglo XIV y principios del XV, principalmente a través de las formas líricas breves en que fueron maestros Cristina de Pisán, Carlos de Orleans y otros. Pero existe también una vasta producción de poesía en romances largos, obra de poetas más o menos conectados con las cortes. El cronista Froissart escribió, además, un largo poema sobre el amor romántico y las nobles hazañas de una imaginaria Hermondina, hija del rey de Escocia, y de Meliador, caballero del sol dorado, que leyó a Gastón Febo, conde de Foix, en 1388, durante una serie de noches de insomnio. La única

escritora importante de su época, Cristina de Pisán, fue también una poetisa de corte. Era de origen italiano, casada en su adolescencia con un funcionario de la corte de Carlos V. Se dedicó a escribir en francés durante su larga viudedad, lo cual le permitió vivir bajo el patronazgo de hombres de la categoría del duque de Borgoña y del de Orleans. Entre otras cosas, escribió un panegírico de la vida de Carlos V. Los romances estaban destinados a servir de entretenimiento en la corte; en aquella sociedad tenían la función que, para audiencias mucho más numerosas y en sociedades más modernas, tienen la novela y la película. Pero, aunque sus fines eran más frívolos que los de los escritos teológicos de los universitarios, dieron expresión a los valores por los cuales se regían los dirigentes de la sociedad laica, que fueron hasta cierto punto alternativas y rivales de los ideales de la Iglesia.

EL COMIENZO DE LAS IDEAS RENACENTISTAS

El poeta considerado como el mayor genio literario del mundo medieval, Dante, murió en Ravena en 1321. Como es sabido por todos, Dante fue un poeta apasionado por la filosofía; dedicó gran parte de su vida a absorber y refundir los aspectos del pensamiento contemporáneo que estaban a su alcance. Por esta razón, su obra puede servir de introducción al mundo del pensamiento en el cual vivió. Pero hay que tener cuidado al definir este mundo. No fue, como erróneamente se ha considerado a veces, el mundo del escolasticismo. Dante fue un ciudadano florentino hasta su exilio en 1302 y, probablemente, nunca salió de la Italia del norte. Como político, poeta, amigo de señores, conocía a fondo el mundo de los municipios italianos y, el resto de Europa, solo de oídas. Este conocimiento «de oídas» fue para él de extraordinaria importancia, porque el pensamiento escolástico que se había desarrollado principalmente en la Universidad de París fue una de sus fuentes de ins-

piración más importantes. En su mente se amalgamó con otras influencias intelectuales italianas; la combinación era típica del mundo de las ciudades italianas del siglo XIV. Este es el contexto en el que Dante debe ser colocado y que convierte a su obra en un buen punto de partida para este capítulo.

Las innovaciones culturales más destacadas de las ciudades italianas fueron, naturalmente, estéticas. En este periodo, el nombre que en este campo resalta en primer lugar es el del pintor Giotto (muerto en 1337), florentino como Dante, cuya escuela dio al arte una nueva orientación de representación realista. En las grandes series de frescos de Giotto las escenas de la vida de Cristo en la capilla Arena, en Padua, y de los santos en las capillas Bardi y Peruzzi, que él decoró para las dos grandes familias de mercaderes en la iglesia de Santa Croce, en Florencia, abrieron un nuevo campo al describir un espacio realista y pintar escenas emocionalmente dramáticas. Tienen algo en común con los muchos personajes reales, cuyos apuros y crímenes se nos muestran en la *Divina Comedia,* de Dante, y de los que son aproximadamente contemporáneos (la capilla Arena, alrededor de 1306-1309; la *Divina Comedia,* alrededor de 1310-1321; las capillas Bardi y Peruzzi, alrededor de 1325). Los frescos de la capilla Arena tienen un estilo que incluye ya muchas de las características de la pintura del Renacimiento italiano posterior. Giotto se esforzó en mejorar el sentido del espacio representando las escenas dentro de marcos arquitectónicos que, con una simple perspectiva, podían darle un aire muy realista. Sus figuras no son, como en la pintura medieval anterior, meros emblemas simbólicos de personajes bíblicos, sino hombres y mujeres con un volumen y un peso perceptible, que reflejan emociones visibles y dan vida a las escenas de una manera realista. Naturalmente, los elementos simbólicos y alegóricos eran todavía muy importantes; todas las escenas bíblicas están cargadas de significa-

dos alegóricos tradicionales y en todas se dan convencionalismos de representación pictórica. Pero Giotto estableció un nuevo equilibrio entre el simbolismo y el realismo, que fue característico de la pintura italiana.

En el campo de las ideas las ciudades italianas no fueron notables por la especulación científica o filosófica, sino por el cultivo de la literatura, y en particular por su interés por los modelos de los escritores latinos de la antigüedad. Este interés ha sido una característica de muchos periodos de la historia europea en muchos lugares –se le ha dado la denominación general de «humanismo»–, pero en la civilización del Renacimiento italiano tuvo una importancia excepcional y central que no ha tenido paralelo. Existen razones claras que explican el hecho de que fuera especialmente preeminente en la Italia del siglo XIV, razones que están unidas al desarrollo de la civilización urbana. A diferencia de las ciudades de la Europa del norte, en general, las ciudades italianas albergaban numerosos laicos con una formación profesional. La clase eclesiástica, la clase de los escritores profesionales, no era, como en la Europa del norte, una prolongación del clero. Un cronista, Villani, nos dice que en 1339 había tres clases de escuelas para laicos en Florencia, que enseñaban, en principio, a leer y escribir; después, aritmética y, en tercer lugar, gramática y lógica. En cada ciudad italiana eran numerosísimos los mercaderes que podían escribir cartas y llevar sus cuentas y más reducidos los grupos de abogados y notarios. Los notarios, que, por ejemplo, sumaban unos 600 en la Padua de principios del siglo XIV, escribían documentos de todo tipo, desde testamentos a leyes nuevas. En Florencia, unidos a los abogados, formaban uno de los siete gremios principales de la ciudad. El resultado de esta educación laica general fue un interés ampliamente difundido por la escritura del latín, puesto que la capacidad de escribir un documento o un discurso impresionante era una cualificación profesional muy valiosa. Y fuera

de esta *intelligentsia* laica surgió, entre un grupo de gente, un vivo interés por la literatura latina. A principios del siglo XIV el centro más importante de interés por lo clásico estaba en Padua, donde un poeta local, Albertino Mussato, fue el primero en tener la idea de revivir la ceremonia clásica de la coronación con el laurel, en 1315. Dante fue ante todo un poeta que escribía en italiano, como muchos de sus contemporáneos, pero también un experto en retórica. Una de las experiencias más decisivas de su vida fue leer la *Eneida,* de Virgilio, de donde tomó la idea de un viaje por el más allá. En los dos primeros libros de su *Divina Comedia,* Virgilio es su guía imaginario a través del Infierno y el Purgatorio.

Otra de sus principales experiencias fue el descubrimiento de la filosofía escolástica. El foco del escolasticismo estaba en las universidades del norte. Aunque se practicaba con distinción en las universidades italianas, para el ciudadano culto se trataba de una tradición intelectual separada que había sido importada en el mundo italiano; tenía muy poco que ver con el estudio de la literatura latina por sí misma. Aunque los elaboradores más eminentes del pensamiento escolástico trabajaron en su mayor parte en París, hubo también importantes centros de esta disciplina en Italia, en las universidades de Padua y Bolonia, y en los *studia* de la Orden Dominicana, y algunos escolásticos destacados, incluyendo a Tomás de Aquino, fueron italianos. A través de los centros locales y de sus derivados, Dante, al igual que otros muchos italianos, llegó a conocer las ideas escolásticas.

Si los consideramos simplemente como un cuerpo de ideas, los escritos de Dante constituyen una extraña mezcla de estos dos sistemas de pensamiento, además de otras cosas. El plan y la poesía de la *Divina Comedia* deben mucho a Virgilio. La consideración en el poema de cuestiones cien-

tíficas o filosóficas como la embriología o el libre albedrío procede del escolasticismo universitario. En otro libro, *Sobre la monarquía,* Dante, amargamente resentido contra el torbellino de la política italiana, que lo había convertido en un exiliado desarraigado de su ciudad natal, intentaba formular una filosofía política, que también constituye una curiosa mezcla de tradiciones. Justificaba su creencia en la necesidad de una paz universal por el argumento aristotélico de que la capacidad suprema del hombre es la razón y de que debe gozar de paz para la plena realización de su potencialidad. Pero proponía como instrumento apropiado para la paz universal una monarquía mundial en manos del emperador romano, haciendo uso de la *Eneida,* de Virgilio, para demostrar cómo esta autoridad había sido ordenada por Dios. Excepto como poeta, Dante no fue un escritor influyente, y su idea de un Imperio romano, revivido como potencia universal, era tremendamente anacrónica. Pero su trabajo sobre la *Monarquía,* así como la *Divina Comedia,* muestran cómo la mente italiana comenzaba a andar a tientas hacia la creación de nuevos sistemas de pensamiento, diferentes de los desarrollados en el norte y resultantes de las circunstancias de la vida italiana. Un siglo más tarde los italianos empezarían a conseguir una auténtica autonomía intelectual.

Otro gran pensador que se esforzó por resolver el dualismo intelectual de París e Italia fue Marsilio de Padua, que en 1324 acabó su *Defensor Pacis.* A diferencia de Dante, Marsilio era un universitario; había sido estudiante en Padua y más tarde rector de París. Era un experto en el conocimiento aristotélico de su tiempo. También era un patriota paduano, y su entrega a la causa de la independencia de su ciudad le llevó a apoyar al rey germánico Luis el Bávaro contra el papa Juan XXII (véase *supra*). El *Defensor Pacis* reunía estos elementos; era una teoría de la ciudad-Estado basada en Aristóteles, tal como solo podía haber sido con-

cebida en aquel tiempo por un italiano acostumbrado a ciudades-Estado con plena soberanía. Constituía un ataque violento al poder temporal del papado, que Marsilio, como Dante, veía como el gran enemigo de la paz en Italia, a causa de su ambición de poder político. El argumento estaba expresado en el lenguaje de los escolásticos universitarios. Como ejemplo de su precoz pensamiento, he aquí la exposición que Marsilio hace de la idea de soberanía popular dentro de la ciudad y que de manera tan notable prefigura teorías modernas en el mismo sentido:

> El legislador, o la causa primera y eficiente de la ley, es el pueblo, o el cuerpo total de los ciudadanos, o su parte de más peso, a través de su elección o voluntad expresada por medio de la palabra en la asamblea general de los ciudadanos, ordenando o determinando que algo se haga o se omita en relación a los actos civiles humanos, bajo pena o castigo temporal. Por la parte de más peso entiendo tomar en consideración la cantidad y la calidad de las personas en esta comunidad sobre la cual se hace la ley. El mencionado cuerpo total de los ciudadanos o su parte de más peso es el legislador, independientemente de que haga la ley directamente por sí mismo o confíe la confección de esta a alguna persona o personas que no son ni pueden ser el legislador en el sentido absoluto, sino solo en un sentido relativo y por un periodo de tiempo particular, de acuerdo con la autoridad del legislador primero.

Cuando consideraba el problema de las esferas de autoridad temporal y espiritual, Marsilio privaba sistemáticamente al clero de todo derecho a cualquier jurisdicción o propiedad temporal. Desde su punto de vista, no había leyes eclesiásticas que los clérigos pudieran obligar a cumplir ni derechos de propiedad que las iglesias pudieran ostentar como tales. La ley evangélica que se deducía de la Biblia era un asunto de conciencia y de juicio divino. Toda aplicación terrenal de aquella dependía enteramente de la decisión de los laicos; la Iglesia, como jerarquía de clérigos, no tenía ninguna autoridad y el papa no era sino el presidente de un clero que dependía de la aprobación de los laicos.

Dando un gran paso adelante, Marsilio elaboró, por lo tanto, una concepción teórica del Estado secular, que era típicamente una ciudad-Estado republicana según el modelo italiano. Este fue un avance extraordinario y repentino. Utilizó la estructura de la escolástica aristoteliana para construir una teoría que en la mayoría de los aspectos era opues-

ta a las construcciones previas de la teoría política universitaria. Era popular en lugar de monárquica, su Estado era unitario y secular; la teoría, bien construida, resulta sorprendente que no llegara a hacerse más popular, pero era demasiado audaz en su confrontación directa con la ingeniosa adaptación escolástica de Aristóteles a fines teocráticos y monárquicos. En realidad, la ideología social del Renacimiento iba a avanzar por otro camino, abandonando totalmente el escolasticismo en lugar de adaptarlo al contexto de la ciudad-Estado.

El hombre que más hizo por crear un nuevo marco intelectual para la mente italiana y que resultó quizá el pensador más original del siglo XIV fue Petrarca. Paradójicamente, pasó la mayor parte de su existencia fuera de Italia. Su vida, de 1304 a 1374, coincide casi exactamente con el papado de Aviñón y estuvo muy estrechamente relacionada con él. Petrarca, hijo de un notario florentino que había sido expulsado de la ciudad poco después de que Dante sufriera la misma suerte, nació en el exilio. En 1312 su padre emigró y estableció un despacho en Aviñón. Entre 1316 y 1326 estudió derecho en las universidades de Montpellier y Bolonia y, por lo tanto, conoció el mundo universitario desde su interior. Su padre probablemente pretendía que siguiera su misma profesión como notario o abogado, pero, mientras estaba en la universidad, Petrarca volvió su atención de manera definitiva hacia otras cosas: a la composición del verso italiano y al estudio de la literatura latina. En 1330, algún tiempo después de la muerte de su padre, la posición económica de la familia se vino abajo y él se habría visto forzado a emprender alguna profesión lucrativa, como la abogacía, de no haber encontrado, por medio de sus conocidos, un patronazgo en la corte papal de Aviñón, que le permitió alcanzar una posición única en el mundo europeo. Sus mecenas fueron dos hermanos de la familia romana de los Colonna, Giovanni y Giacomo, cardenal uno y obispo el

otro. En 1330 Petrarca obtuvo sus primeros ingresos como capellán doméstico del cardenal Colonna. En 1335 fue nombrado canónigo en la catedral de Lombez, en Gascuña, de la cual Giacomo Colonna era obispo. En 1341 tuvo lugar la famosa ceremonia de su coronación, con laurel, en Roma, que concertó para él el rey Roberto de Nápoles. En 1342-1343, Petrarca escribió *Secretum,* un diálogo autobiográfico imaginario con san Agustín, que es quizá su obra más original. Para entonces es evidente que estaba bien establecido como empleado de la corte papal y contaba con favores pontificios, pero establecido de manera peculiar. Su posición dependía de su habilidad como escritor. Para entonces era ya autor de numerosos poemas en italiano y cartas en latín. Sus ingresos procedían de beneficios eclesiásticos, pero él nunca llegó a ser ordenado sacerdote y vivió como seglar. Su hogar era una casa en el campo, cerca de Aviñón, desde la cual observaba la corte papal con repugnancia y a menudo con desprecio, que expresó muy mordazmente en algunas de sus cartas. Manifestó por escrito la baja opinión que le merecía el papa Benedicto XII mientras este estaba en vida y no dudó en hacer lo mismo con los papas posteriores. Su papel, si puede llamarse así, fue en conjunto muy anómalo. Su pericia esencial como escritor, estilista más que erudito, produjo reflexiones de carácter más general, que no encajaban fácilmente dentro de los esquemas habituales del debate filosófico y teológico y que fueron, por lo tanto, mucho más libres al integrarse en un marco intelectual en el que no había limitaciones. Su posición social como escritor fue a la vez muy privilegiada y muy irresponsable. Anduvo por los pasillos del poder sin sentir que debía guardar la menor lealtad a los propietarios del edificio. Constituyó un nuevo tipo de hombre y fijó la moda de una nueva casta.

Hubo un punto en el cual Petrarca se enfrentó al mundo de la controversia medieval. Detestaba el escolasticismo;

hay un breve pasaje en su *Secretum* en que este odio se pone de manifiesto.

«Pocos –dice Petrarca– conocen realmente la definición de hombre, aunque se repite tan a menudo en cada escuela, que los oídos de los alumnos deben estar exhaustos por ello y desgastadas las columnas del edificio.» Este es un punto en el que obtiene el apoyo de su Agustín imaginario, que replica: «Esta verborrea vana e incesante de los dialécticos está llena de definiciones de este tipo y se precia de hacer surgir eternas disputas, pero en realidad no saben de qué están hablando. Si preguntas a alguien perteneciente a esa horda la definición de hombre o de cualquier otra cosa, tiene la respuesta pronta, pero si sondeas más profundamente, te encontrarás con el silencio o, si el hábito de la disputa le ha proporcionado un habla fácil y audaz, demostrará que no tiene conocimiento real de la cosa que ha definido. Contra este tipo de gente, tan detestablemente superficial y tan inútilmente ingeniosa, no se puede sino exclamar: ¿por qué os esforzáis en vano y aplicáis vuestro intelecto a cuestiones tan sin sentido?». Este no es un comentario ocioso. El punto en el que Petrarca se colocaba a sí mismo dentro del mundo intelectual era en la defensa audaz de su preferencia por la literatura sobre la filosofía aristotélica. Esto se manifiesta en una obra que compuso entre 1352 y 1355, *Invectiva contra un médico.* Un médico se ofendió por las críticas de Petrarca de la inefectividad del tratamiento médico dado al agonizante Clemente VI y atacó a la poesía. Petrarca replicó con un ataque a la medicina, basado en parte en que estaba asociada con el pagano Averroes y con un ataque a las escuelas paganas de filosofía, en general. La conexión de la medicina universitaria con el estudio de la antigua filosofía natural en las obras de Aristóteles, Galeno y otros, hacía de esta una asociación muy natural. Petrarca expresó su actitud más sistemáticamente en una obra que compuso al final de su vida, en 1367, *De sui ipsius et multo-*

rum ignorantia, dirigida contra cuatro aristotélicos venecianos, que era un ataque en toda escala al estudio de Aristóteles por no ser capaz de proporcionar ninguna comprensión real del alma humana, a causa de la naturaleza del pensamiento de Aristóteles y a causa del estéril método dialéctico de preguntas y respuestas en las aulas de clase que se utilizaba entonces para interpretar a Aristóteles. La verdadera sabiduría que Petrarca oponía a esta actividad estéril era la intuición ética de Cicerón, san Pablo y san Agustín.

Cicerón tuvo una enorme importancia en el mundo intelectual de Petrarca. Cicerón era el supremo retórico, el maestro del estilo y, por lo tanto, era el maestro profesional y técnico que los retóricos como Petrarca aspiraban a imitar. Pero los escritos de Cicerón no eran meramente obras maestras estilísticas; encerraban reflexiones particularmente agudas y atrayentes sobre filosofía y moral. El retórico se veía fácilmente arrastrado de un aspecto de Cicerón al otro. Petrarca pudo observar, leyendo las *Confesiones,* que esto también era lo que le había ocurrido a Agustín en los días anteriores a su conversión y que era una de las razones que lo convertían en una autoridad simpática, al menos en parte. Al comienzo del *Secretum,* Agustín recuerda a Petrarca la demostración de Cicerón de que la virtud es lo que hace feliz al hombre. Petrarca dice que la recuerda, «pero me estás haciendo volver a las doctrinas de los estoicos que no cuentan con el favor de la opinión popular y que están más cercanas a la verdad abstracta que a los usos prácticos». Agustín responde, efectivamente, que Petrarca no debe dejarse llevar por la masa, llamada apropiada a su esnobismo estético. Algunas páginas más adelante, Agustín, señalando cómo la unión con el cuerpo debilita al alma de modo tal que, durante la vida, el hombre no puede realmente comprender y que, en efecto, la muerte debe ser acogida como la liberación del alma, admite que sacó esta idea de Platón y que a ello le llevó un pasaje de Cicerón. Cuando hablan de

los efectos adversos que la indulgencia sensual tiene sobre el alma, se vuelve a aludir a Platón, y Petrarca esta vez admite que le ha impresionado la opinión de Platón, al que, por otra parte, llegó a conocer a través de Cicerón. Petrarca se refiere, en este punto, a su intento fracasado de aprender el griego en 1342. La mayoría de las obras de Platón eran inaccesibles para Petrarca, como lo habían sido para el mundo medieval en general, porque no estaban traducidas. Aparte del *Timeo* y de algunas cuantas cosas, en el mundo medieval solo se sabía de él a través de las citas y referencias de otros escritores. En el caso de Petrarca, que nunca consiguió aprender el griego, Platón era conocido únicamente a través de Cicerón.

La elección de Cicerón como autoridad filosófica en todos los campos, suplantando a Aristóteles, que dominaba la filosofía escolástica, fue aceptada con entusiasmo por los humanistas posteriores. Supuso una innovación importante, porque la estructura filosófica construida alrededor de la nueva autoridad había de ser muy diferente. Los planteamientos encontrados en Cicerón se oponían a cualquier intento de cubrir sistemáticamente todos los aspectos de la filosofía. Se mostraba más bien indiferente ante la lógica, desinteresado por la filosofía de la naturaleza y poderosamente atraído por la ética y las cuestiones morales. Estos planteamientos fueron adoptados por Petrarca e incluso por escritores humanistas posteriores que se interesaron mucho más que él por la filosofía, pero que, a pesar de ello, partieron de estos puntos de vista en lugar de los escolásticos. Petrarca, por lo tanto, introdujo un nuevo estilo intelectual que tuvo el efecto de desviar al pensamiento filosófico de la lógica, la metafísica y las ciencias naturales hacia la ética y la política.

Un tema más preciso, popularizado por Petrarca, fue el papel de la *Fortuna* en los asuntos humanos. Esto se pone

de manifiesto en el *Secretum,* cuando Agustín le dice a Petrarca que sufre la condición psicológica de la depresión, que en el mundo medieval era llamada *acidia.* Petrarca se muestra de acuerdo y describe de manera bastante gráfica los síntomas de desesperación que sufre, su sensación de verse rodeado de peligros y de enemigos, y se queja de que la Fortuna le trata duramente. Además de decirle que está demasiado centrado en sí mismo, Agustín señala a Petrarca que el remedio para su enfermedad mental se encuentra en los escritos de Séneca y Cicerón, que demuestran que un hombre debe enfrentarse al mundo cultivando sus virtudes mentales. Tratados de uno u otro tipo sobre este tema de la relación entre las virtudes interiores y la fortuna exterior abundaron en la literatura humanista posterior. Para el gusto moderno resultan verdaderamente de lectura obtusa. Vistos en el contexto medieval, sin embargo, se identifican como un nuevo tipo, más realista, de análisis psicológico, un intento de analizar los problemas psicológicos cotidianos del hombre que reflexiona, algo que faltaba en la literatura filosófica y devocional. El *Secretum* termina con unas páginas en las que Agustín induce a Petrarca a que abandone la obra literaria que ha emprendido, su poema épico titulado *África,* y se entregue a la más apropiada meditación acerca de la muerte. Petrarca no se muestra dispuesto, todavía tiene la esperanza de que ambas actividades sean en cierto modo compatibles. *África,* que Petrarca continuó escribiendo durante toda su vida, trata de Escipión el Africano el Mayor, el general romano que recuperó España para Roma y derrotó a Aníbal en la Segunda Guerra Púnica, solo para verse atacado por sus enemigos a su vuelta a Roma y retirarse desinteresadamente. Escipión había sido también utilizado por Cicerón como modelo para una descripción de la relación existente entre el cuerpo terrenal y el alma inmortal. Petrarca estuvo siempre fascinado por Escipión, a quien seleccionó entre los héroes de la antigüedad

como la encarnación por antonomasia de la vida del hombre bueno, combinando gloria y virtud genuinas. Lo que alentó la admiración de Petrarca por Escipión fue la idea de que podía haber una vida terrenal supremamente buena que combinara gloria con virtud, lo cual, en cierto sentido, reconciliaba los dos ideales en conflicto. Intentó hacer un tipo de hagiografía clásica y secular, que alcanzaría importantes resonancias entre los futuros humanistas. Petrarca no tenía mucho que decir en filosofía política, y lo que dijo lo expresó de manera indirecta por medio de la biografía clásica. Pero se aferró al ideal de la posibilidad de una virtuosa realización de la vida política y esta actitud, como las otras, fue recogida por los que vinieron después.

Petrarca nunca resolvió los problemas que planteaba en el *Secretum.* Se pasó el resto de su vida abrazado al ideal clásico, pero preguntándose si quizá debería seguir el mismo camino que su hermano, Gerardo, que se hizo monje, incapaz de terminar *África,* cambiando y haciendo adiciones a las vidas de los hombres ilustres de la antigüedad. El hecho de que no completara sus grandes obras no tuvo importancia. Lo importante fue la idea, el papel que adoptó en el mundo, la imagen que dio de sí mismo. Aparecía el seglar culto, que tomaba en serio su propio intelecto laico e independiente, que consideraba los problemas de la humanidad sin sentirse obligado a incluirlos en un sistema. Esto fue, a largo plazo, lo que significó Petrarca. De manera más precisa, suministró a la intelectualidad laica italiana un marco de pensamiento con un éxito tremendo, porque un vasto y subalimentado público seglar y culto estaba dispuesto y esperando su mensaje. Por medio de esta influencia introdujo una nueva y gran división en la vida intelectual italiana. Petrarca no sintió mucho interés por la política o la sociedad, pero sus composiciones literarias y la exploración de su propia psicología produjeron un nuevo tipo ideal, el del señor laico erudito, una nueva manera de escribir en

términos ciceronianos y una gran pasión por la antigüedad. Sus escritos pusieron los cimientos de una consideración de la sociedad en términos seculares, sin religión ni metafísica, algo inimaginable en el contexto escolástico. Por aquel entonces las nuevas actitudes hacia la sociedad eran incipientes y solo a medias expresadas, pero los imitadores de Petrarca en el siglo XV habían de producir, como veremos, una nueva ideología social.

El mundo intelectual italiano, en el que Petrarca tuvo una influencia inmediata, era diferente del mundo del norte. A un nivel muy sencillo, el historiador puede ver una distinción clara si compara las crónicas de Froissart con la historia de Florencia escrita por Giovanni Villani (alrededor de 1271-1348). En lugar de las nobles hazañas que llenan las páginas de Froissart, Villani se interesa por los mundanos problemas políticos de una república burguesa; sus suposiciones acerca de los fines de la política son diferentes. En el terreno literario, las historias realistas del *Decamerón,* de Boccaccio, escritas en Florencia en la década de 1350, algunas de ellas basadas en personajes reales, son muy diferentes de las leyendas de los romances. Tan diferentes eran los planteamientos sociales del *seigneur* francés de los del ciudadano italiano que el impacto de las innovaciones italianas en el norte no podía ser sino superficial. Aviñón constituyó el gran lugar de encuentro de las dos culturas, pero fue más eficaz a la hora de difundir las formas del arte italiano que las ideas italianas. Simone Martini, el pintor de Siena, que trabajó en Aviñón durante los años 1340, es el más famoso de los artistas italianos que entraron en contacto directo con Francia por medio del mecenazgo de la corte papal y transmitieron al norte algunas de las nuevas tendencias realistas. Los cuentos de Boccaccio tuvieron alguna influencia. Pero, en esencia, las ciudades italianas habían de continuar siendo durante largo tiempo una sección de Europa culturalmente separada.

LOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

A pesar de su enorme poder, la Iglesia establecida no controlaba toda la vida religiosa del siglo XIV. Por el contrario, las fuentes del periodo están llenas de pruebas de la existencia de una actividad religiosa independiente de varios tipos, desde los movimientos ortodoxos, que la Iglesia controlaba de manera imperfecta, a la rebelión declarada contra su actividad y la herejía. Como en todas las épocas, la religión desempeñaba un papel ambivalente en la sociedad. Las mismas escrituras podían utilizarse en una Iglesia tradicional, cuya función exterior era la de cimentar y confirmar las relaciones sociales existentes, o en una secta subversiva que volvía la espalda a la sociedad de su tiempo. Esta distinción y paradoja fue particularmente evidente en la Europa medieval y renacentista a causa del tremendo poder político y económico de la Iglesia establecida. La mayor parte de Europa, durante prácticamente todo el tiempo, accedió a mantener el orden religioso establecido. Las catedrales de Praga (alrededor de 1344-1385) y Milán (comenzada en 1386) y las iglesias del siglo XV de Coventry y Nuremberg fueron construidas por los beneficiarios de la sociedad señorial y urbana para gloria de la Iglesia tradicional. Durante el mismo periodo, sin embargo, toda una serie de movimientos religiosos inspirados por una piedad más original e impaciente, ligada en muchos casos a nuevas clases sociales, a veces ortodoxas y leales, otras heréticas y hostiles a la Iglesia, surgieron y desaparecieron en varias partes de Europa.

Una bula pontificia de 1318, que comenzaba con las palabras *Gloriosam Ecclesiam,* acusaba a un grupo herético de creer en la existencia de «dos iglesias, una carnal, oprimida por la riqueza, desbordante de lujo, manchada de pecados, sobre la que el obispo de Roma y otros prelados inferiores pretenden gobernar; la otra espiritual, refinada por la tem-

planza, decente de virtud, adornada por la pobreza, en la que solo se incluyen ellos y sus cómplices». Durante este periodo numerosos europeos, más o menos obedientes o rebeldes en su actitud hacia la autoridad, se inspiraron en alguna versión de esta distinción, llevada aquí hasta su forma más extrema, entre el modo de vida del clero, que tenía un papel honorable en la sociedad normal, y el impulso hacia una vida de perfección religiosa.

Aparte de esta incongruencia constante entre la normalidad eclesiástica y el idealismo evangélico, la división entre conformistas e inconformistas dependió mucho del diferente grado de adaptación a las condiciones de la sociedad local de que fue capaz la Iglesia en diversas partes de Europa. Durante los siglos XII y XIII la Iglesia se había hecho extraordinariamente centralizada y exclusiva. Había impuesto, en gran medida, uniformidad en la organización parroquial y diocesana y en el derecho canónico. Se mostraba muy poco dispuesta a permitir la formación de nuevas órdenes religiosas o a tolerar organizaciones religiosas que no estuvieran controladas por sacerdotes. La uniformidad, en muchos aspectos, era la fuente de una enorme fuerza, pero también dificultaba la incorporación de los instintos devotos del pueblo, que en ocasiones, a causa de variaciones y cambios en la estructura social, no podía adaptarse a la organización. Multitudes de ciudadanos píos, que no podían permitirse el lujo de ingresar en monasterios ortodoxos, se agrupaban en *béguinages;* campesinos píos, a quienes el clero ignorante de su parroquia no predicaba sermones, escuchaban en su lugar a los predicadores lolardos marginados. Algunos movimientos religiosos disidentes estuvieron compuestos por gentes a las que se había dejado fuera de la estructura oficial.

La cuestión de la «Reforma», en el sentido habitual de la palabra, es decir, el rechazo de la autoridad papal por parte

de todo un sector de la Iglesia, es un tema aparte. Las Reformas del siglo XVI fueron actos políticos además de religiosos. En el siglo XIV tales acciones eran en su mayoría impensables, no porque no hubiera disensiones religiosas, que eran frecuentes, o porque los reyes no tuvieran peleas con los papas, sino porque la unidad europea de las organizaciones eclesiásticas –la afluencia de autoridad desde Roma, la afluencia hacia Roma de dinero y de obediencia desde las provincias– era un hecho real y aceptado, un organismo social vivo, y la fuerza económica de la Iglesia era lo suficientemente grande como para que la mayoría de la gente aceptara un dualismo básico en la sociedad. El Gran Cisma debilitó esta unidad y este poder, y la rebelión de los husitas en Bohemia a principios del siglo XV tiene muchos puntos en común con la de los reformadores del siglo XVI. Sería un error, sin embargo, considerar los movimientos religiosos disidentes del siglo XIV como precursores directos de la Reforma del XVI. Por el contrario, con la importante excepción de los husitas, el siglo XV constituyó un periodo mucho más tranquilo para la historia de la Iglesia; en su mayoría, el poder establecido de la Iglesia consiguió acallar o absorber a los revoltosos y mantuvo su autoridad, aunque a escala más reducida.

Los movimientos religiosos medievales son un tema difícil de enfocar. La dificultad básica radica en la relación entre las ideas religiosas y los *movimientos* religiosos. La información que tenemos acerca de los movimientos disidentes procede en su mayoría de inquisidores o de otros testigos hostiles. El concepto de «herejía», que condiciona esta información, resulta muy insatisfactorio para el historiador. Se basa en criterios abstractos de creencias y, por lo tanto, puede llevar a los historiadores a tratar a los movimientos religiosos como episodios en la historia del pensamiento, lo cual puede inducir a error, del mismo modo en que lo haría una historia del socialismo que pretendiera ser una historia

de la clase obrera moderna. En general, los movimientos religiosos radicales de este periodo estuvieron muy alejados de la historia del pensamiento religioso académico; pero hay conexiones que son a menudo difíciles de definir. Una parte de los panteístas de Renania se proclamaban seguidores de Eckhart, que fue condenado por mantener teorías semejantes a las suyas, pero que no fue en absoluto el origen de su movimiento. Los lolardos ingleses se inspiraron en Wycliffe y adoptaron versiones vulgarizadas de algunas teorías suyas, pero una explicación del movimiento lolardo debe depender evidentemente de la comprensión de las razones por las que miles de lolardos se pelearon con la Iglesia establecida. Occam, un caso más claro, se unió a un movimiento heterodoxo ya existente y que él no había contribuido en absoluto a crear. El lenguaje y las ideas de los movimientos religiosos populares son en general banales y desprovistos de interés; es su evolución y sus circunstancias lo que realmente tiene importancia.

El más notable, con diferencia, de los muchos intentos de restituir a la Iglesia medieval las costumbres de los apóstoles fue el establecimiento de la orden de san Francisco en el siglo XIII. Sus miembros hacían votos de pobreza, mendigaban y no tenían hogar. En el siglo XIV, la expansión de la orden hasta convertirse en una gran organización europea había limitado desde hacía tiempo la práctica de estas condiciones. Los franciscanos, como la otra orden «mendicante» principal, la de los dominicos, fueron una parte importante de la vida de Europa en la Baja Edad Media, pero la mayoría de ellos vivieron con un relativo desahogo y estabilidad y algunos de ellos llegaron a ser obispos y cardenales. Sin embargo, hubo siempre un sector de los franciscanos que anheló la más estricta interpretación de la regla. Esta ala «espiritual» de la orden tuvo mucha importancia en la Italia central y en Provenza a comienzos del siglo XIV. Sus miembros se caracterizaban por un deseo de interpretar la

regla de san Francisco en el sentido más riguroso y también, en muchos casos, por aceptar las ideas visionarias y milenaristas que derivaban de un pensador medieval anterior, Joaquín de Fiore, y que les llevaron a creer que el mundo se estaba aproximando a un holocausto, en el cual la llegada del Anticristo produciría la destrucción de todos, con la excepción de los elegidos. Esta poderosa combinación de visiones milenarias y apostólicas, característica, en diversas formas, de muchos movimientos religiosos europeos, fue naturalmente considerada con hostilidad por la autoridad eclesiástica, especialmente cuando encontraba tantos partidarios entre los seglares.

A comienzos del siglo XIV los espirituales de la orden franciscana y sus simpatizantes laicos, conocidos por *béguins,* fueron particularmente fuertes en Provenza, alrededor de las ciudades de Marsella y Narbona, incómodamente próximas a la sede del papado en Aviñón. En el papa Juan XXII (1316-1334) tuvieron un enemigo decidido a acabar con ellos. Su decreto más importante fue la bula *Cum inter nonnullos,* de 1323, que destruía autoritariamente todas las bases de la interpretación estricta de la regla franciscana, declarando que era herético negar a Cristo el derecho de la propiedad. Condenaba también las teorías milenaristas. En el curso de la década de 1320 consiguió virtualmente eliminar a los espirituales franciscanos de Provenza.

La necesidad de defender la ortodoxia contra las opiniones subversivas o extremistas siempre había inclinado al papado a ponerse del lado del sector de los franciscanos que eran partidarios de una interpretación más relajada de la regla. Esta ofensiva contra los espirituales hizo que Juan XXII entrara en conflicto con la opinión moderada que, por aquel entonces, gobernaba a la orden franciscana. Como resultado, la disputa teológica se vio mezclada con la al-

ta política de la relación entre el papa y el emperador. Cuando, en los años 1327-1328, el enemigo de Juan, el emperador Luis el Bávaro, marchó sobre Roma, llevó con él, como propagandistas antipapales, a varios franciscanos partidarios de la regla estricta. Juan XXII le contestó encarcelando en Aviñón al ministro general de la orden. Este escapó con un pequeño grupo de partidarios entre los que se incluía Guillermo de Occam, el filósofo más destacado de su época, que estaba en aquel momento en Aviñón para responder a las acusaciones de heterodoxia por sus opiniones académicas. Huyeron al campo de Luis de Baviera.

Esta irrupción de los problemas de la orden franciscana en la política inició una literatura panfletaria politicoteológica acerca de la pobreza que duró unos veinte años. Guillermo de Occam defendía la doctrina de la pobreza de Cristo y de los apóstoles e, incidentalmente, se vio llevado por el conflicto franciscano con el papado a escribir los tratados sobre filosofía política que exaltan el poder seglar a expensas del papado, por los cuales es conocido. El papa Juan XXII, en uno de los momentos más extraños de la historia del pensamiento medieval, jugó a su favor al predicar un sermón tremendamente heterodoxo sobre la visión beatífica. En 1350, un arzobispo angloirlandés, Richard Fitzraph de Armagh, compuso una denuncia de las teorías franciscanas, «Acerca de la pobreza del Salvador», que había de ser posteriormente una de las fuentes de las ideas de John Wycliffe, convirtiéndose así en un eslabón entre dos épocas diferentes de la disputa teológica. El tema de la pobreza fue, por lo tanto, convertido en tema de debate escolástico; pero, para entonces, la disputa entraba en la vía muerta en cuanto a los fines prácticos. Guillermo de Occam se había sometido en 1348 y la mayoría moderada de la orden había tomado el control con la aprobación papal. Sin embargo, la disputa acerca de la pobreza, con toda su elaboración escolástica e irrealidad política, contenía un núcleo de auténtica

importancia: el desacuerdo acerca de si la propiedad era en sí misma un bien que formaría parte de un mundo perfecto o si era una necesidad del mundo temporal que debería rehuirse, disputa que dividía potencialmente a dos interpretaciones del hombre radicalmente diferentes. Grupos de *fraticelli* (hermanitos), que estaban fuera de la orden, pero que se proclamaban los únicos seguidores verdaderos de san Francisco, sobrevivieron en Italia durante mucho tiempo, hasta avanzado el siglo xv. Sus características eran la adhesión a los viejos ideales de rígida pobreza y la expectación del milenio. El más famoso de ellos, fray Michele, fue brutalmente ejecutado en Florencia frente a la iglesia franciscana en 1389. Pero el movimiento había ya pasado.

El caldo de cultivo original de los *fraticelli* y la zona en que pervivieron durante más tiempo fue el área montañosa de la Italia central, donde las tradiciones de remotos ermitaños ascéticos y de hombres y mujeres santos venerados por pequeñas comunidades eran factores poderosos en la vida religiosa ordinaria. La orden franciscana, en aquel entonces, era una vasta organización europea y el ascetismo de los Apeninos era solo uno, aunque pretendiera ser el auténtico, de los modos de vida que incluía. En las ciudades italianas, en contraste con el campo, era donde la Iglesia de la Baja Edad Media había conseguido adaptarse mejor a las nuevas condiciones sociales. Las órdenes mendicantes habían sido en gran medida responsables de ello al emprender la organización de la vida religiosa urbana en el siglo XIII. En 1320 se centraba alrededor de enormes iglesias urbanas, como la de la Santa Croce, franciscana, en Florencia, o la de los santos Giovanni e Paolo, dominicana, en Venecia, donde los predicadores se dirigían a enormes congregaciones. Los mendicantes tenían, además, «terceras órdenes» dependientes de ellos, es decir, organizaciones laicas de hombres y mujeres que llevaban una vida ordinaria, pero satisfacían su piedad usando hábitos y siguiendo reglas es-

trictas, y eran considerados como semirreligiosos. Por lo tanto, los mendicantes produjeron, especialmente en Italia, una forma de organización que estaba extraordinariamente bien adaptada a la canalización de los instintos religiosos de una población urbana enorme de hombres y mujeres seglares, cumpliendo una función que habría sido imposible para una organización parroquial. Las ciudades italianas contaban además como una masa de cofradías laicas de varias clases, organizaciones de seglares generalmente anejas a iglesias que cumplían deberes religiosos y caritativos y observaban, también, reglas estrictas.

Aparte de los *fraticelli,* por lo tanto, la sociedad italiana de los siglos XIV y XV es notable por la absorción de una vida religiosa efervescente dentro de una organización ortodoxa. La capacidad de renovación constante del entusiasmo religioso sin romper el marco de la ortodoxia es muy notable. Merece la pena considerar brevemente dos ejemplos destacados. El primero es un dominico. La orden dominicana, que también databa de comienzos del siglo XIII y estaba basada en una obligación de pobreza similar a la de los franciscanos, tuvo, en general, una historia menos turbulenta. No produjo ningún movimiento como el de los *fraticelli* y estaba más establecida, concentrada en la predicación y el estudio; por lo demás, tuvo un papel semejante en la sociedad italiana. Santa Catalina de Siena ingresó en la tercera orden dominicana hacia mediados del siglo XIV, siendo casi una niña, pasó por una etapa de exaltación mística y, aunque vivía con su familia, dedicó su vida al cuidado de los pobres y los enfermos. Su personalidad, extraordinariamente poderosa, la colocó en una posición destacada durante los últimos años de su vida, de 1375 a 1380. Durante estos años predicó una cruzada en Pisa y luego marchó a Aviñón a exhortar a Gregorio XI a que cumpliese con su deber y volviese a Roma. Gregorio, en realidad, no necesitaba ser persuadido, por lo cual probablemente su visita

tuvo poco efecto práctico, pero causó una profunda impresión en la curia y, después de la vuelta del papa, emprendió misiones a Florencia por iniciativa propia para predicar e intentar que esta ciudad firmara la paz con la Iglesia. Entre las personas a las que afectó profundamente se contaba su confesor y biógrafo Raimundo de Capua, que llegó a ser ministro general de los dominicos en el año de su muerte. Él inició el sistema de establecer conventos observantes que habían de ocupar aquellos hermanos que deseasen observar la regla original de la orden de manera más estricta de lo que había sido habitual en el pasado reciente. Catalina fue evidentemente una mujer extraordinaria, pero, mientras Juana de Arco, por ejemplo, no parece tener paralelo alguno en su medio, la vida de Catalina fue una versión magnificada de un tipo común en la sociedad italiana.

San Bernardino también se formó en la sociedad de Siena al final del siglo XIV como miembro de una cofradía, organizador de un hospital durante una epidemia y luego franciscano. En 1403 comenzó su vida de doble trabajo, la promoción de las casas observantes dentro de la orden y las predicaciones populares en que se ocupó hasta su muerte en 1444. Tuvo un éxito extraordinario. Se dice que el número de casas observantes se elevó de 20 a 230 durante su vida. Sus largos sermones, emocionales y puritanos, causaron gran impresión por toda la Europa del norte. Como Catalina, Bernardino fue un tipo italiano de su tiempo, que dio nueva vida al movimiento mendicante. En contraste con la inercia aparente de la vida religiosa en amplias partes de la Europa del norte durante el siglo xv, la Italia de principios del Renacimiento fue el escenario de una renovación de los sentimientos religiosos populares, generalmente conectada con las órdenes y caracterizada por su puritanismo en el interior del marco ortodoxo. El más famoso de los evangelistas, Savonarola, a finales del siglo XV, fue un sucesor natural que nos recuerda que este intenso puritanismo

religioso fue todavía más característico de la Italia renacentista que el humanismo secular con el cual se la asocia generalmente.

En las ciudades de la Europa del norte la Iglesia tuvo menos éxito al tratar con la sociedad contemporánea. Las ciudades del norte también contaban con gran número de mendicantes y cofradías, pero hubo probablemente más novedades en el norte en el siglo XIV y la Iglesia se mostró menos flexible de lo que había sido un siglo antes. Cualquiera que sea la razón, la mayoría de las manifestaciones disidentes o al borde de la disidencia de la Iglesia del siglo XIV se encuentran en las ciudades de los Países Bajos, la Renania y Europa central. Una característica común de la vida de estas ciudades era la existencia de hombres y mujeres píos que se dedicaban a la vida apostólica. A diferencia de los miembros de las órdenes religiosas, no estaban organizados bajo ninguna regla o disciplina eclesiástica. Comúnmente se les denominaba *beghards* (a los hombres) y *béguines* (a las mujeres). Las mujeres tendían a organizarse en casas, pero los hombres eran a menudo mendigos y la palabra *beghard* parece haber sido sinónimo de *turlupin* (más corriente en Francia) y de *lollard,* que más tarde fue importada a Inglaterra como una designación general e imprecisa de todo tipo de radicales religiosos. Las *béguines,* que pertenecían al pueblo llano, eran consideradas peligrosas por los prelados porque imitaban a las órdenes religiosas y hablaban de teología. Fueron muy numerosas: en 1320 había, solo en Colonia, alrededor de cien conventos de *béguines.* Fueron denunciadas por el papado en uno de los decretos del Concilio de Viena en 1311 *(Cum de quibusdam mulieribus),* donde se quejaba así:

> Ciertas mujeres comúnmente llamadas *béguines,* afligidas por una cierta locura, discuten sobre la Santísima Trinidad y la esencia divina y expresan opiniones en materia de fe y sacramentos contrarias a la fe católica, engañando a muchas gentes simples. Puesto que estas mujeres no prometen obediencia a nadie ni renuncian a sus propiedades ni profesan una regla aprobada, ciertamente no son «religiosas», aunque vistan hábito y estén asociadas con aquellas órdenes religiosas con las que congenian.

La mayoría de ellas, sin duda, estaban animadas por los instintos ordinarios de las solteronas y viudas pías que no podían o no querían tener un marido. En realidad, según el siglo avanzó, muchas de estas casas adoptaron reglas y dejaron de ser consideradas una amenaza. La razón de que adoptasen este modo de vida era claramente que la sociedad y la Iglesia no les proporcionaba otra cosa.

Problema muy diferente era el que planteaba la única herejía organizada y ampliamente difundida del periodo, los valdenses o *vaudois,* descendientes de los discípulos del «evangelista» del siglo XII Pedro Valdo. Los valdenses estuvieron enormemente extendidos durante el siglo XIV y en contra de ellos se tomaron numerosas medidas, especialmente en Lombardía, al este de Francia, Alemania y Europa central. Se encontraban en el campo y en los pueblos más que en las ciudades. Como los lolardos ingleses posteriores, parecen haber sido en su mayoría hombres sencillos que rechazaban la Iglesia establecida por considerarla espúrea y profesaban una vida dura y quietista de pobreza religiosa que probablemente correspondía a su condición social. Leían los Evangelios traducidos, consideraban que cualquier tipo de juramento era pecaminoso, rechazaban las jurisdicciones legales, pensaban que la Eucaristía solo era válida para aquellos libres de pecado y no aceptaban el purgatorio, ni las imágenes, ni la mayor parte de las formas normales de organización eclesiástica. Pero no eran objetores de conciencia aislados. Reconocían la autoridad de una clase de *perfecti* libres de pecado, dedicados a una vida mendicante después de una ceremonia de iniciación; a semejanza de otras organizaciones inconformistas posteriores, habían establecido su propia antiiglesia, una jerarquía formada de acuerdo con sus grados de dedicación a la vida apostólica. No eran militantes y, en la mayoría de los lugares y tiempos, las autoridades eclesiásticas no se molestaron en intentar acabar con ellos. En la mayoría de los lugares

acabaron extinguiéndose o fueron absorbidos por Iglesias reformadas posteriores, incluyendo el movimiento husita, del que probablemente fueron importantes precursores en Bohemia y en Austria.

Los flagelantes representan otro tipo de manifestación religiosa. La flagelación como forma de penitencia era un fenómeno muy difundido en la Europa mediterránea. En Italia, muchas de las cofradías urbanas, organizaciones totalmente respetables, compuestas por ciudadanos ordinarios, contaban con la flagelación de sus miembros como un ejercicio de penitencia regular. Hubo, sin embargo, breves periodos, tanto en Italia como en la Europa del norte, en que la histeria de masas produjo movimientos penitentes en que la autoinflicción de heridas por medio de la flagelación violenta y repetida desempeñó un papel importante. El más importante de estos movimientos se difundió desde Hungría a través de la Europa septentrional en la época de la peste negra de 1348-1349. Sus adeptos, que crearon rituales de flagelación pública, a menudo efectuada en el centro de las ciudades, se trasladaban por el campo y cantaban himnos en las lenguas vernáculas. Evidentemente, diversos factores entraban en este movimiento: los efectos psicológicos de la epidemia, el anticlericalismo, el antisemitismo (hubo matanzas de judíos en algunas ciudades alemanas), la expectación milenarista. El movimiento fue condenado por una bula papal y, en la mayoría de los lugares, se desvaneció rápidamente. En 1399, procesiones de *bianchi* (así llamados por sus hábitos penitenciales blancos) recorrieron el campo y las ciudades de Italia. Muchos de ellos eran, además, flagelantes. El movimiento fue inesperado y sorprendente, si bien los pronósticos milenaristas fueron un factor en sus orígenes. Desapareció tan misteriosamente como había surgido.

Al tiempo que denunciaba a las *béguines* en 1311, el papa Clemente V emitió un decreto condenando a las *béguines* y a los *beghards* que, según este documento, podían encontrarse también en Alemania y que creían en la posibilidad de que el hombre alcanzase en vida una perfección desprovista de pecado que liberaba a aquellos que la conseguían de obedecer las leyes de la Iglesia o el Estado. Esta condena fue seguida en los siglos XIV y XV por procesos a hombres y mujeres seglares acusados de pretender que habían alcanzado la perfección divina, la identificación con Dios, la liberación de las imperfecciones terrenales o bien que tales cosas se podían alcanzar. Esta es la llamada herejía del «libre espíritu». No hay datos que evidencien que existía una organización compleja de tal herejía. Parece, sin embargo, que hubo un cierto número de gente, en su mayoría mujeres, en las ciudades de los Países Bajos, Renania y Alemania que practicaron el ascetismo fuera del control eclesiástico y desarrollaron teorías heterodoxas acerca de lo que se podía conseguir por medio de ese ascetismo. Por ejemplo, una mujer de una comunidad de Schweidknitz, en Silesia, procesada en 1332, fue acusada de haber dicho que «del mismo modo que Dios es Dios, ella era Dios con Dios… Cuando Dios lo creó todo… yo creé todo con él». Es muy difícil establecer en relatos como este qué porcentaje debe ser atribuido a la locura, qué a la exaltación religiosa y qué a los métodos inquisitoriales. El «libre espíritu» era un estado de ánimo, no una Iglesia o una doctrina, pero parece haber existido muy frecuentemente en algunas partes de Europa.

Los Países Bajos y Renania también produjeron una escuela de escritores místicos que incluye los grandes nombres del maestro Eckhart, Johann Tauler, Heinrich Suso y Jan Ruysbroeck, y que constituye el eslabón más notable entre la religión popular y el pensamiento elaborado. Eckhart (1260-1327) fue un fraile dominico que alcanzó un alto rango en su orden como ministro provincial de Sajonia

y se distinguió también como teólogo muy erudito. Se hizo famoso por sus predicaciones en Estrasburgo y en Colonia en los últimos años de su vida. La inspiración que trataba de imbuir a sus oyentes era un misticismo que debía mucho a la tradición del neoplatonismo cristiano que se remontaba a la Antigüedad. Eckhart pudo haber tenido una intención ortodoxa, pero el lenguaje poco usual que utilizaba (por ejemplo: «Nos transformamos totalmente en Dios y nos convertimos en él de la misma manera que el pan del sacramento se convierte en el cuerpo de Cristo») y el impacto alarmante de sus sermones hicieron que fuera condenado por herejía al final de su vida, durante el curso de la rigurosa caza de brujas ordenada por Juan XXII. Eckhart predicaba a los seglares una empresa osada y extremada de perfección individual: el alma había de vaciarse de toda preocupación por las cosas mundanas y, por un esfuerzo del intelecto, llegar a la comprensión de Dios. Entre otras cosas, Eckhart predicaba sus sermones y escribía sus tratados en alemán; sus trabajos fueron una conjunción poco frecuente entre educación eclesiástica y lengua vernácula. Algunas de sus afirmaciones son difíciles de distinguir de las de la teología del «libre espíritu». El hecho de que tales perspectivas le fueran abiertas a una población urbana no clerical por tan gran maestro de la vida espiritual fue algo nuevo y, para la autoridad eclesiástica, desconcertante. Tauler (1304?-1361) fue también dominico, activo principalmente en Colonia y Estrasburgo. Suso (1295-1366), otro dominico, escribió un relato de su propia vida que se considera precursor de los ejemplos modernos de literatura autobiográfica de conversión. Tauler actuó principalmente como predicador de dominicos y seglares. Las obras de Tauler, en mayor grado que las de Eckhart –más elevadas y ensombrecidas por la sospecha de herejía– continuaron circulando hasta servir de inspiración a Lutero. Y la conexión de Tauler con Rulman Merswin, el mercader de Estrasburgo y fundador

de las casas de los Amigos de Dios, se ha considerado naturalmente como simbólica de los lazos entre la teología elaborada, campo especial de la orden dominica, y la piedad de los seglares. La relación entre la teología universitaria y la vida religiosa, en general, a través de la Baja Edad Media, es realmente extraña: los altos conocimientos eran en general el privilegio de una elite, pero en la literatura de los sermones, como, por ejemplo, en las obras de Wycliffe y Hus, se podían filtrar de forma diluida hasta el mundo inculto. Las obras de los místicos de Renania constituyeron quizá la adaptación más fructífera de la tradición universitaria a las necesidades espirituales de los incultos. Una gran proporción de sus sermones y escritos estaban en alemán, no en latín. Constituyen el primer cuerpo considerable de literatura religiosa en el norte de Europa escrito en una lengua popular.

Existe cierta similitud entre esta postura y la de su contemporáneo Jan Ruysbroeck (1293-1381), que escribió toda su obra en flamenco y pasó la mayor parte de su vida en Brabante. Hasta 1343 ejerció de sacerdote en Bruselas. Luego estableció una comunidad religiosa pequeña y sin pretensiones bajo la regla agustiniana, en el campo, cerca de Groenendael. En la actualidad Ruysbroeck es generalmente considerado uno de los mayores escritores místicos de la Edad Media. Una de las preocupaciones principales de sus escritos fue señalar los errores de los entusiastas del «libre espíritu» que había encontrado en la ciudad de Bruselas. De acuerdo con un biógrafo suyo, se enfrentó especialmente a una mujer de una de las familias patricias de Bruselas que había adquirido gran prestigio en la ciudad como oráculo religioso, predicando a sus seguidores desde un trono de plata. Irónicamente, veinte años después de su muerte, en la primera década del siglo XV, los propios escritos de Ruysbroeck sufrieron el escrutinio del gran teólogo de la Universidad de París Juan Gerson. Gerson en-

contró en ellos teorías infundadas acerca de la posibilidad de unión entre el individuo y Dios. Como Eckhart, aunque en menor grado, las ideas de Ruysbroeck resultaban, para la autoridad eclesiástica, peligrosamente teñidas del entusiasmo heterodoxo que era endémico en el mundo laico de la ciudad que le rodeaba.

Ruysbroeck tuvo alguna influencia sobre los orígenes de un movimiento ortodoxo más difundido en los Países Bajos. Uno de sus discípulos, Gert Groote (1340-1382), también enemigo de la herejía, y un discípulo de Groote llamado Florens Radewijns, fueron los fundadores de dos movimientos que habían de influenciar considerablemente la vida religiosa posterior del noroeste de Europa. Los Hermanos de la Vida Común constituían comunidades amplias de clérigos y seglares cuyo fin era aproximarse a la vida apostólica sin reglas estrictas y sin enclaustrarse. Tenían unos fines similares a las terceras órdenes de los mendicantes. Desde Deventer y Utrecht se difundieron por los Países Bajos y Alemania occidental. Los canónigos de Windesheim, por otra parte, eran una orden cerrada que se proponía una observación muy severa de la vida monástica en reacción contra la laxitud de las viejas órdenes como la de los benedictinos. Los Hermanos de la Vida Común se dedicaban, como parte de su vida austera, a la educación, y uno de sus miembros fue quizá el autor religioso más famoso de la Baja Edad Media: Tomás de Kempis (1380-1471), natural de Renania, que se unió a los Hermanos en Deventer en 1392. El estilo de la *Imitación de Cristo,* que Kempis terminó en 1424, personal, literario, pero inflexiblemente ascético, es probablemente un eco fiel de las ideas de los Hermanos. La organización que surgió de las obras de Groote y Radewijns tendió a proporcionar a los ciudadanos de la Europa del noroeste una aproximación a la religión precursora de la de los calvinistas y puritanos, que se ajustaba a su modo de vida.

El espíritu turbulento de la Europa del siglo XIV fue controlado por una Iglesia todopoderosa y un papado que contaba con el respeto –ya que no el amor– de las autoridades laicas. A finales de siglo, sin embargo, la estructura de la Iglesia se vio radicalmente debilitada. Esto condujo a un periodo de inestabilidad en las instituciones e ideas durante el comienzo del siglo XV, en el cual algunas de las ideas mencionadas en este capítulo emergieron desde los rincones y las sombras de la sociedad a posiciones de importancia destacada e incluso dominante.

V. LA CRISIS DEL PAPADO Y DE LA IGLESIA

EL GRAN CISMA

El papa Gregorio XI partió de Aviñón el 13 de septiembre de 1376 para embarcarse en un doloroso viaje de regreso a Roma, después del cual en Aviñón solo residirían los papas cismáticos. Los papas habían vivido en Aviñón durante sesenta y ocho años. Tan fuerte se había hecho la conexión que resultó necesaria una gran dosis de persistencia frente a la fuerte oposición que planteaban el rey de Francia, la mayoría de los cardenales e incluso su propia familia, para que Gregorio consiguiese separarse de Aviñón y llevar a cabo su proyecto de establecer el papado en la verdadera sede de San Pedro. Las lágrimas que fueron derramadas cuando Gregorio dejó Aviñón y los intentos desesperados que se hicieron por retenerlo allí, demuestran la fuerza de la relación. La relación del papa con Aviñón y todo lo que llevaba consigo se hallaba tan fuertemente arraigada, se había desarrollado a su alrededor tal red de costumbres y relaciones e intereses creados, que el traslado de Gregorio, que puede parecer, contemplado desde una muy lejana perspectiva histórica, la más natural restauración del papado a su propia esfera, fue percibido por sus contemporáneos como un paso revolucionario. Para algunos nobles y cardenales influyentes se presentaba como una caprichosa adhesión a una idea revolucionaria frente a la continuidad natural de la política. Desde un punto de vista práctico no podía considerarse sino como el traslado más imprudente. La ciudad de Roma se encontraba en decadencia total. Algunas de las iglesias titulares de los propios cardenales carecían de techumbre. El palacio del Vaticano resultaba inhabitable; la vuelta supondría unos gastos enormes. Roma, como capital pontificia, era, incluso después de Albornoz, mucho menos

segura que Aviñón. Fue únicamente la voluntad inflexible del papa, opuesta a las ventajas materiales y a la prudencia política, la que llevó adelante la empresa. Sus resultados históricos, la amputación del papado de la Europa del norte y su vuelta al Mediterráneo, fueron enormes y representan un caso notable de las vastas consecuencias que inesperadamente se pueden seguir de la voluntad de un solo hombre.

Gregorio XI tuvo como predecesor a Urbano V, que regresó temporalmente en 1367. Ambos papas destacaron por su talante eclesiástico, extraordinariamente preocupados por el escándalo de su ausencia de Roma. Urbano V fue un monje que intentó mantener un régimen monástico aun siendo papa, viviendo frugalmente y dedicándose únicamente a las ocupaciones eclesiásticas. Gregorio XI, aunque sobrino de Clemente VI y cardenal a la edad de diecinueve años, nacido para la púrpura en la gran dinastía de Aviñón, era por formación y vocación un estudioso; había estudiado Derecho en Perusa y reunió una famosa biblioteca. El intento de Urbano de volver había allanado las dificultades. El proyecto tropezó con la oposición de la corte francesa, que envió una embajada especial para evitarlo. Cuando Urbano había llegado hasta Viterbo estalló la lucha entre su séquito y la población local y hubo un levantamiento. En Roma fue acogido con gran entusiasmo por el pueblo, pero la situación política en el Estado pronto se hizo amenazadora. Uno de los magnates, Francisco de Vico, se rebeló en Tuscia y, más al norte, se alzó la ciudad de Perusa. Bernabé Visconti de Milán amenazó con una invasión. Después de retirarse de Roma por el calor del verano de 1369, Urbano no volvió a la ciudad. Pero si Roma carecía de atractivos entonces, la situación era aún peor en 1376, cuando maduraron los planes de Gregorio, porque en lugar de los optimistas resultados de los esfuerzos de Albornoz, este era un momento en que la posición del papado en Italia era más inse-

gura de lo que lo había sido durante el medio siglo precedente.

Contrariamente a la leyenda que pretende que fue la vergüenza que le produjo santa Catalina de Siena lo que le hizo volver a Roma, existen todo tipo de razones para suponer que Gregorio adoptó esta idea como el principal objetivo de su política tan pronto como fue elegido en 1370 y que nunca la abandonó. Para su desgracia, sin embargo, su pontificado coincidió con el torbellino en el centro de Italia que más desfavorable podía resultar para sus planes. De 1372 a 1375 el papa, que soñaba con dirigir desde la sede de san Pedro a una cristiandad unida en una cruzada contra los turcos, auténtico heredero, pues, de las ideas medievales, se vio forzado a dedicar buena parte de sus esfuerzos a luchar en Italia, a menudo contra sus propios súbditos. Estos años presenciaron un conflicto particularmente enconado entre el papado, que defendía su posición en el Estado italiano, y un Milán agresivo gobernado por Bernabé Visconti. Para luchar contra tal enemigo, el papa se vio obligado a adoptar métodos que fueron muy destructivos para su posición idealista en Europa. Estableció impuestos especialmente gravosos en toda la Iglesia, en un último intento por mantener la capacidad fiscal de sus predecesores. En Italia impuso enormes tasas a los súbditos de sus Estados y contrató a mercenarios ingleses y franceses, en especial las compañías de John Hawkwood y Enguerrand de Coucy, asociándose así con uno de los aspectos más repugnantes de la escena política italiana.

A finales de la guerra milanesa de 1375, Gregorio tuvo que enfrentarse a un nuevo estallido en los Estados Pontificios que fue todavía más perjudicial para su posición en Italia. La nueva alteración fue causada por la creciente hostilidad hacia el papado en Florencia y en las ciudades de los Estados Pontificios. Esto fue en gran parte resultado del es-

fuerzo realizado contra Milán, durante el cual los impuestos habían pesado duramente sobre las ciudades, recaudados por una odiada administración francesa. Cuando la guerra hubo terminado, los mercenarios transalpinos, asociados con el papado en la mente popular, fueron todavía más peligrosos para las poblaciones locales, puesto que se encontraban sin empleo. La fricción produjo una hostilidad creciente que a finales de 1375 estalló en una rebelión triunfante en la mayoría de las ciudades del Estado y en una guerra entre el papa y Florencia. La guerra con Florencia fue particularmente dura. La gran república comercial no tenía la capacidad militar de Milán, pero sí una gran riqueza a su disposición. También era capaz de adoptar una postura ideológica como campeona del republicanismo italiano contra los bárbaros mercenarios, como defensora de la libertad que inflamaba las rebeliones de las ciudades pontificias. En la propia Florencia la guerra excitó un sentimiento antipapal muy fuerte y los embargos consiguientes de propiedades eclesiásticas. En recuerdo de los ocho funcionarios que realizaron este embargo vino a llamarse la «Guerra de los Ocho Santos». Gregorio impuso el entredicho sobre Florencia y liberó a los otros cristianos de las deudas contraídas con los mercaderes florentinos. La guerra se prolongó hasta 1378, recibiendo un nuevo ímpetu a comienzos de 1377, cuando los mercenarios ingleses de Hawkwood aniquilaron a la inocente población civil de la ciudad de Cesena.

Gregorio XI empleó cuatro meses en viajar desde Aviñón a Roma, a donde llegó en enero de 1377. Las dificultades del viaje, que tropezó con casi todas las desgracias imaginables, incluyendo un naufragio, presagiaban la tormenta futura. Gregorio regresaba a un patrimonio muy dividido y hostil. Murió en Roma en marzo de 1378. A su muerte, dieciséis de los veintitrés cardenales estaban en Roma para llevar a cabo la elección del sucesor. Seis cardenales franceses

permanecían todavía en Aviñón, de modo que la fuerza de voto francesa resultaba bastante disminuida. De los que estaban en Roma, siete pertenecían al partido lemosín (de Limoges), cinco eran franceses, pero no lemosines, y cuatro eran italianos. La distribución de intereses determinó realmente el curso de la decisiva elección que tuvo lugar en mayo de 1378. Los participantes franceses estaban tan uniformemente divididos que el pequeño número de cardenales italianos inclinó la balanza. Esto, combinado con la intimidante presión del populacho romano, que exigía la elección de un italiano, hizo posible el resultado. Se puede pensar irónicamente que si los seis cardenales franceses que todavía se retrasaban en Aviñón hubieran venido a Roma habrían asegurado una elección francesa que habría llevado a una vuelta a Aviñón, perpetuando así el papado en esta ciudad. Tal como fue, sin embargo, el cónclave dio como resultado la elección de un forastero, Bartolomeo Prignano, arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI.

La mayoría de los cardenales de Roma aceptaron a Urbano, hombre culto y austero, que no era cardenal. Puede que hubieran continuado aceptándolo si no hubiera demostrado rápidamente ser un puritano irritante y carente de tacto. Atacó los lujosos usos alimenticios de los cardenales, su descuido de sus iglesias titulares y su aceptación de sobornos de los seglares, y se lo reprochó en público. Urbano no comprendía las costumbres de la corte pontificia y su comportamiento intolerable abrió el camino del Cisma. Dos cosas hicieron posible el Cisma: en primer lugar, la hostilidad de la mayoría del Colegio de Cardenales hacia Urbano VI no era solo aversión personal, sino también profunda objeción a la vuelta a Roma, que la mayoría de ellos habían desaprobado desde el primer momento y habrían evitado si Gregorio XI no se hubiera mostrado tan inflexible. En segundo lugar, la distribución de intereses entre los poderes seculares de Europa hacía atractiva la división en

dos obediencias. Durante el verano de 1378 los cardenales, rechazados por Urbano VI, se fueron de Roma y se congregaron en la ciudad pontificia cercana de Anagni. Desde allí denunciaron como inválida la elección de Urbano y por fin, en septiembre, eligieron a uno de ellos, Roberto de Ginebra, como antipapa con el título de Clemente VII. Durante los últimos años Clemente había estado encargado de los mercenarios papales en la Italia central. Estos mercenarios, muchos de los cuales eran franceses, todavía eran considerablemente numerosos en Roma y sus alrededores y, en los primeros meses del Cisma, el apoyo que prestaron a los cardenales franceses fue de importancia crucial para estos. Urbano VI, al principio, no tenía ningún poder efectivo a su disposición con el que aplastar a sus enemigos. Hasta 1379 no fue capaz de derrotarlos y dispersar las tropas francesas. Para entonces, la primera fase había terminado y el Cisma había comenzado a establecerse sobre una amplia base europea.

Las primeras dos potencias que prestaron su apoyo a Clemente VII fueron la reina Juana de Nápoles y el rey Carlos V de Francia. Las razones de la decisión de la reina de Nápoles son oscuras y desconcertantes, porque Urbano era súbdito suyo y debería haber contado con su ayuda. Cualquiera que fuera la razón, Juana se decidió muy rápidamente en favor de Clemente y esto fue importante, porque la ayuda napolitana estaba lo suficientemente cerca como para poder utilizarse inmediatamente. También determinó que la península italiana se dividiera entre dos lealtades durante el periodo del Cisma. Más importante a la larga fue la actitud de Carlos V de Francia, el príncipe más poderoso de la cristiandad. Aunque tuvo un gesto hacia Urbano VI, en realidad Carlos parece haber favorecido a los cardenales disidentes desde el principio y haber fomentado encubiertamente su independencia incluso antes de que estos hubieran denunciado la elección de Urbano. El deseo francés de

que se produjera un cisma se adelantó a este. La natural tendencia de la Corona francesa a perpetuar las favorables circunstancias del papado de Aviñón, la productiva *entente* entre Aviñón y París, fue la razón esencial para que surgiera el Cisma y para que se mantuviera la roca sobre la cual el papado de Aviñón continuó asentándose. Carlos V aceptó rápidamente a Clemente VII. La inclinación de la Corona francesa se vio fortalecida por el interés personal del hermano de Carlos, Luis, duque de Anjou, príncipe rico en busca de un reino, que ayudó económicamente a Clemente VII sobre las bases de que contaría con su apoyo para una intervención y conquista de Italia. En este momento la intención era probablemente tomar los dominios de los Visconti, eliminando así al más peligroso enemigo italiano de la Iglesia y satisfaciendo a la vez su ambición personal. Pero los lazos con Clemente VII habían de llevar en último término a reavivar los viejos intereses franceses en el reino de Nápoles, introduciendo así un importante factor en la política italiana del siglo XV y principios del XVI. En el verano de 1379 Clemente partió de Nápoles a Aviñón a continuar el papado en esta ciudad.

Durante los años siguientes, en parte por el natural efecto de las reacciones políticas y en parte a través de las actividades diplomáticas de Urbano y de Clemente, se definieron las líneas principales de la división política de Europa en dos obediencias. Las principales adquisiciones de Urbano fueron el emperador de Luxemburgo, Carlos IV, rápidamente seguido después de su muerte en 1378 por su hijo, el rey Venceslao, e Inglaterra, ambas motivadas sin duda por su oposición a Francia. Urbano tuvo también éxito, por la misma razón, en los Países Bajos, y fue aceptado en teoría, aunque tibiamente, en la Italia del norte. Clemente VII, aparte de Francia y Nápoles, cosechó su mayor éxito en la península ibérica, donde tanto Castilla como Aragón eran partidarios suyos. Estas líneas principales de la división se

mantuvieron hasta que el Cisma empezó a derrumbarse en los primeros años del siglo XV. No definen el cuadro completo porque había muchas unidades políticas pequeñas, la actividad propagandística era a menudo intensa y las alianzas eran inciertas y variantes en zonas de fragmentación política como Renania y la Italia central. Había habido ya numerosos cismas y antipapas en el pasado; este fue diferente porque implicó no solo una disputa acerca de la jefatura de la Iglesia, sino la división de Europa en dos estructuras eclesiásticas genuinas y plenamente desarrolladas. La organización eclesiástica y administrativa de Aviñón no había sido totalmente transferida a Roma, de modo que a Clemente VII le fue fácil reasumirla y continuarla, mientras que Urbano VI se servía de la administración que Gregorio XI había llevado a Italia. Después de la apostasía de Clemente VII, Urbano se quedó únicamente con unos cuantos cardenales, en su mayoría italianos. Creó un nuevo colegio, integrado principalmente por italianos, y su causa se apoyó cada vez más en administradores de la misma nacionalidad. Así se constituyeron dos papados y dos administraciones centrales, una francesa y la otra italiana. El Cisma duró de 1378 a 1415: toda una generación. Sus poco edificantes disputas políticas y el aburrido legalismo de la propaganda emitida por ambas partes han hecho de este un tema impopular para los historiadores modernos y un episodio olvidado de la historia europea. Por sus efectos, sin embargo, es muy importante. La deducción inmediata es la verdadera: el Gran Cisma supuso el comienzo de la destrucción del papado medieval. Gregorio XI, contra todas las dificultades y resistencias, había dirigido la maquinaria del alto papado medieval en toda su grande y poderosa complejidad. No se puede hablar de contracción durante su pontificado; el papado estaba todavía ampliando sus poderes medievales. Sus recaudadores colectaban aún el dinero de los subsidios eclesiásticos en toda Europa. El papa supervisaba los nom-

bramientos de los principales beneficios eclesiásticos, obispados y abadías, y cobraba de ellos servicios. Influía además en los nombramientos de muchos beneficios menores por colación y reserva. Sus cardenales mediaban, con algunos efectos verdaderos, entre los reyes de Inglaterra y Francia. Desde el distante Aviñón podía dirigir los ejércitos que operaban eficazmente en la Romaña. Después de Gregorio XI esta maquinaria no volvió a restaurarse propiamente. Para ello hay dos razones: una es la transformación general que estaba entonces teniendo lugar en la sociedad rural europea, la decadencia del poder de los terratenientes rurales, que en última instancia debilitaba a los gobiernos recaudadores de impuestos que dependían de estos terratenientes. A finales del siglo XIV, el papado se encontró, y se habría encontrado en cualquier caso, incluso aunque el Cisma no hubiera tenido lugar, con una creciente resistencia por parte del clero, que se mostraba menos dispuesto a pagar subsidios, ya que sus propias rentas resultaban más difíciles de recaudar, y por parte de los seglares, que se mostraban menos dispuestos a que fuera el papa quien nombrara a los titulares de sus beneficios. La Iglesia dependía hasta tal punto de la riqueza que producía la tierra que la crisis señorial del periodo de 1350-1450 deterioró de forma permanente su posición en la sociedad europea. Por eso es probable que, aun en el caso de que el Cisma no hubiera tenido lugar, habría sido difícil mantener la estructura que tenía el papado en la Alta Edad Media; pero habría sido menos difícil. La segunda razón fue el Cisma, y esta fue decisiva. Cuando había dos papas, cada uno veía su relación con sus partidarios políticos fatalmente debilitada. Era imposible que ninguno de ellos mantuviera plenamente sus sistemas de impuestos y de nombramientos. Los papas del periodo del Cisma fueron pobres e impotentes en comparación con sus predecesores. Para cuando el Cisma se solucionó en 1415, este cambio había sido aceptado de manera demasia-

do general como para que fuera posible volver a las antiguas formas.

El pontificado de Urbano VI duró hasta 1389. Sus remotos aliados de Inglaterra y Alemania le fueron de poco valor práctico y, durante este periodo, la rama romana del papado volvió a la posición de inseguridad y vulnerabilidad extremas en el mundo tormentoso de la política italiana que había sido habitual para muchos papas anteriores a los prósperos días de Aviñón. Urbano demostró, además, ser un hombre duro, avaro y vengativo. La cuestión central, como para tantos papas anteriores y posteriores, era su relación con el reino de Nápoles, porque podía significar la seguridad o la inseguridad de Roma, cercana a la frontera con Nápoles, y también por la razón menos fundamental de que Urbano, que era un italiano del sur, esperaba proporcionar a su familia tierras en el interior del reino.

La vuelta del papado a Roma aumentó la importancia de su relación con Nápoles. Al considerar la historia del papado en el periodo del Cisma y de los concilios, tema de este capítulo, las acciones de los papas deben comprenderse en dos contextos: su relación general con la cristiandad latina y las presiones políticas locales que les afectaban en los Estados Pontificios, entre las cuales la influencia de Nápoles fue siempre particularmente importante. La historia del papado en este periodo supondrá, por lo tanto, hacer también un esbozo de la historia de la Italia del sur. La reina Juana de Nápoles apoyaba a Clemente VII y, careciendo de hijos, adoptó como heredero a Luis, duque de Anjou, su más fiel partidario francés. Pero había otro pretendiente más importante al trono de Nápoles, un pariente remoto, Carlos de Durazzo, que invadió el reino en 1381, derrotó a las fuerzas del cuarto marido de Juana y metió a esta en prisión. Juana, como Carlos de Durazzo, descendía de Carlos, conde de Anjou, que invadió Nápoles en el siglo XIII; am-

bos pertenecían a la vieja línea angevina de Nápoles y Hungría. El nuevo pretendiente francés, Luis, era también, de manera fortuita y confusa para el estudioso moderno, duque de Anjou, pero el título no indica parentesco; había establecido una nueva dinastía angevina. La venida de Luis de Anjou a Italia en 1382 fue apoyada por Bernabé Visconti, que por aquel entonces estaba buscando una alianza matrimonial con Francia, iniciando así una política de utilizar la intervención francesa en Italia. La perspectiva de una invasión francesa pudo conducir a Carlos de Durazzo a asesinar a Juana; en cualquier caso, su cadáver fue exhibido para probar que ya no podía ser gobernante. Parecía probable que la invasión acabaría triunfando y Luis de Anjou se apoderaría de Nápoles; ello intensificó el conflicto político asociado con el Cisma. Urbano VI, el papa romano, en reacción a la reivindicación angevina sobre Nápoles, apoyó totalmente a Carlos de Durazzo y marchó él mismo hacia el reino de Nápoles. En 1348, cuando sus perspectivas parecían buenas, Luis murió, pero el reino de Nápoles fue inmediatamente conferido por el papa de Aviñón al hijo de aquel, Luis II de Anjou, que invadió Italia en 1390.

Así se estableció plenamente una nueva tradición de intervención angevina, y Luis II estuvo profundamente envuelto en el asunto de Nápoles. Urbano fue incapaz de manejar a su candidato. Su política culminó desastrosamente en 1385 con la tortura de seis de sus propios cardenales, mientras que Carlos de Durazzo le ponía sitio en Nocera, en la frontera de los Estados Pontificios. Urbano entonces se retiró de Nápoles y pasó la mayor parte de su vida restante exiliado en Génova, Luca y Perusa, planeando en vano una nueva incursión a Nápoles, cuya vida política había vuelto a la confusión por la muerte de Carlos de Durazzo en 1386.

El sucesor de Urbano, el papa Bonifacio IX (1389-1404), era también napolitano, pero desde el punto de vista de los asuntos temporales era un hombre menos pendenciero y estrecho de miras, con algunas de las cualidades de un político constructivo. A diferencia de Urbano, Bonifacio hizo serios intentos por restablecer las maltrechas finanzas del papado romano. No pudo conseguir la cooperación de los monarcas del norte para recaudar impuestos en sus dominios, pero parte de los recursos financieros más humildes que habían de serle útiles a algunos papas posteriores del Renacimiento se deben a su pontificado, y la curia retornó a un modo de vida más ordenado. Bonifacio convirtió en la piedra angular de su política su alianza con Ladislao de Nápoles. Carlos de Durazzo, que había arrebatado el reino de Nápoles a Juana, fue asesinado en Hungría en 1386 cuando intentaba satisfacer su pretensión al trono de este país también. Su hijo Ladislao era un muchacho y el reino cayó de nuevo en la semianarquía del gobierno de los nobles que afloraba ininterrumpidamente. En 1390 Ladislao fue coronado rey por el nuevo papa Bonifacio IX. La relación que se estableció entonces entre el papado y Nápoles fue curiosa y había de ser importante en los años venideros: el rey necesitaba el reconocimiento papal porque estaba amenazado por su rival francés al trono, y el papa necesitaba la amistad napolitana porque sin ella su posición en Roma era extremadamente insegura. En el mismo año en que Ladislao fue coronado, Luis de Anjou comenzó la invasión. El duelo entre ambos había de durar toda la vida de Ladislao. Durante la primera década, Ladislao luchó por recobrar el control de su reino; Luis había desembarcado en Nápoles y controlaba el territorio que rodeaba a la capital. Contaba con el apoyo de parte de la nobleza napolitana. Hasta 1399 no consiguió Ladislao entrar en Nápoles. Para entonces Luis de Anjou se había visto debilitado por el desvanecimiento del entusiasmo francés por el papado de Aviñón y el

abandono de su causa por parte de algunos de los principales nobles napolitanos, incluyendo la familia Sanseverino. Entre 1402 y 1403 Ladislao se alejó de Nápoles e intentó, como su padre, recobrar el reino de Hungría, que desde 1382 había estado en las manos de Segismundo de Luxemburgo. Consiguió el apoyo de Venecia y su inestimable poder en la costa del Adriático y llegó a ser coronado en Zara. Pero entonces abandonó prudentemente la empresa y dedicó el resto de su vida a los asuntos italianos. Los papas del periodo del Cisma ocuparon todos una posición más o menos insegura en Roma, vulnerable a los levantamientos del populacho o la nobleza; Ladislao pudo hacer avanzar su causa interviniendo desde un lado o de otro. Ayudó a Bonifacio IX a ahogar una rebelión del populacho romano en 1394 y una revuelta dirigida por un miembro de la familia Caetani en 1399. Aunque padeció la hostilidad de los romanos, que más de una vez le obligaron a huir de la ciudad, la posición de Bonifacio fue en general más segura, y mayor su control de los Estados Pontificios, de lo que había sido la de Urbano.

Clemente VII gobernaba en Aviñón en una atmósfera que contrastaba con la romana por su seguridad y riqueza relativas, bajo la protección de la Corona francesa. La pretensión de Juan de Gante al trono de Castilla hizo que fuera relativamente fácil persuadir al rey del mayor de los reinos españoles a que aceptara al papa francés en un concilio celebrado en Medina del Campo en 1381; los reyes de Aragón y de Navarra le siguieron en 1389 y 1390. Clemente, por lo tanto, gozaba de una obediencia amplia y geográficamente unificada que era más fácil de regir que el grupo de diseminados e inseguros seguidores de Urbano. Sin embargo, los últimos años de su vida se vieron alterados por una amenaza de tipo diferente. Muchos estudiosos de la Universidad de París pensaban que el Cisma constituía un escándalo religioso al que había que poner fin, aunque fuera a expensas

del papa de Aviñón, sometiendo la disputa al veredicto de un concilio general de la Iglesia, y en 1394, año de la muerte de Clemente, los promotores de este proyecto, llamado *via cessionis,* «vía de la renuncia», consiguieron cierto favor en la corte real. En la época del poderoso Carlos V la corte francesa habría estado más unida y, probablemente, se habría colocado más firmemente al lado del papa, pero el rey Carlos VI era presa de la política de sus grandes parientes nobles, el más poderoso de los cuales era Felipe, duque de Borgoña, gobernante de un área en que las lealtades religiosas estaban divididas y, por lo tanto, la rígida adhesión a uno de los partidos no constituía una política muy prudente. La decisión de Carlos VI de prestar algún apoyo a los ideólogos de la Universidad fue en cierto sentido el primer paso en el proceso que, en última instancia, había de poner fin al Cisma, la primera señal real de que los bloques de poder podían disolverse y realinearse de distintas maneras.

LA ERA DE LOS CONCILIOS

La división práctica y el debilitamiento de la autoridad papal que resultaron del Cisma tuvieron profundas implicaciones en el mundo de las ideas. La Iglesia medieval era un sistema monárquico parcialmente centralizado. La estructura teórica que se había creado para responder a este hecho era de concepción aún más monárquica. Naturalmente, dependía de manera fundamental del papel del papa como vicario de Cristo en la tierra y sucesor de san Pedro. La Iglesia en su conjunto constituía un cuerpo místico que se identificaba con Cristo, pero dentro de este cuerpo el poder de regir a la Iglesia en la tierra correspondía a su cabeza. Según lo expresó un teólogo de principios del siglo XIV, Augustinus Triumphus: «El papa sucede a Pedro en la administración personal…, sin embargo, sucede a Cristo en el cargo y en la jurisdicción universal, porque Pedro, en la persona de todos los pontífices, recibió de Cristo la juris-

dicción universal». Según la opinión ampliamente difundida en el siglo XIV, el papa era la cabeza que controlaba el cuerpo de la Iglesia; el cuerpo no legislaba por sí mismo, el papa legislaba por él. Evidentemente había analogías entre esta teoría y la de la monarquía laica, que a menudo fue entendida como una cabeza que controlaba el cuerpo político. Pero en la práctica, las monarquías laicas estaban mucho más limitadas por las asambleas de sus súbditos y, en teoría, sus poderes se referían a un «derecho natural» al que se suponía debían adaptarse. El poder de los papas no estaba limitado en la práctica por ninguna asamblea representativa de la Iglesia en general, con la excepción de concilios generales muy poco frecuentes (no se reunió ninguno entre 1311 y 1409), y en teoría los orígenes sobrenaturales del cargo proporcionaban poderosos argumentos para la unicidad de su autoridad. El poder monárquico del papa dentro de la Iglesia era, por lo tanto, teóricamente más absoluto que el de los reyes en sus reinos. Este poder se expresaba de manera teórica y práctica por medio del derecho canónico. Este era un conjunto de leyes que regulaba las vidas del clero y las relaciones de los seglares con la Iglesia y se usaba en todos los tribunales eclesiásticos de Europa. Se había desarrollado sobre todo a lo largo de los siglos XII y XIII y consistía esencialmente en los decretos y decisiones de los papas. Siendo el producto de la jurisdicción de una monarquía proporcionaba, naturalmente, apoyo teórico al monarca. Sus argumentos habían sido elaborados y refinados durante dos siglos por especialistas en derecho canónico, entre los cuales se contaban algunos de los cerebros más capaces de la cristiandad.

El Cisma hizo que al pueblo le fuera mucho más difícil creer que el gobierno de la Iglesia podía ser dejado en manos de los papas. Por lo tanto, animó a los intelectuales a desarrollar una nueva concepción de la naturaleza de la Iglesia y de la fuente de autoridad dentro de ella. Por su-

puesto, en muchos sectores, la oportunidad que el Cisma proporcionaba de recortar la talla teórica del papa fue aprovechada con entusiasmo, porque a muchos eclesiásticos les disgustaba la centralización práctica del papado. El resultado fue el desarrollo de una doctrina que ponía de relieve la autoridad corporativa del conjunto de la Iglesia y el papel gubernamental de los concilios representativos frente a la idea del papa como un rey clerical. En esto consiste el «pensamiento conciliar». Desde la primera fase del Cisma se sugirió ya que la única manera de volver a unir a la Iglesia era pasar por encima de la autoridad de los papas en conflicto y convocar un concilio general. Al final del periodo del Cisma la idea de un concilio general que actuara en nombre de toda la Iglesia, incluso en contra del papa, estaba siendo elaborada en el corazón de la tradición ideológica de la Iglesia por sus autoridades dirigentes. Los autores principales fueron Juan Gerson y Pedro d'Ailly, ambos destacados teólogos parisinos (D'Ailly fue delegado en el concilio de Pisa y ambos asistieron al concilio de Constanza), y Francisco Zabarella, canonista italiano. D'Ailly y Zabarella fueron nombrados cardenales por Juan XXIII. Gerson y D'Ailly escribieron en defensa del concilio de Pisa, arguyendo que el cuerpo general de la Iglesia representado en un concilio podía estar por encima del papa. Zabarella escribió un tratado sobre el Cisma en el cual utilizaba los argumentos técnicos de los canonistas para apoyar la tesis de que la Iglesia había de considerarse, en términos legales, como una corporación de la cual el papa era la cabeza temporal, no una monarquía. Estas ideas fueron adoptadas y desarrolladas por los canonistas y teólogos de la generación siguiente. La obra más memorable dentro de esta corriente de escritos sobre el tema es *De concordantia catholica,* publicada en 1433 por Nicolás de Cusa, filósofo y obispo alemán, entonces partidario entusiasta del concilio de Basilea, aunque más tarde se pasó al bando papal y fue nombrado

cardenal por Nicolás V. Nicolás de Cusa argüía que el gobierno de la Iglesia había de ser un equilibrio entre las diversas partes, en lugar de ser una concentración de poder en una sola parte.

Como en último término se vio, el pensamiento conciliar fue un callejón sin salida en lo que concierne a la historia del papado. La idea de transferir la autoridad de la Iglesia a los concilios murió porque las circunstancias políticas que habían favorecido tales concilios desaparecieron. A partir de mediados del siglo XV, el pensamiento conciliar tuvo poca importancia. Durante unos cincuenta años, sin embargo, constituyó una corriente ideológica floreciente y de apariencia prometedora. Su popularidad en aquel tiempo reflejó el hecho de que, durante algunos periodos, especialmente en la primera década del siglo XV, antes y durante los concilios de Pisa y Constanza, y en la cuarta década, durante el concilio de Basilea, pareció que el papado monárquico estaba a punto de ver su fin. En realidad, había de sobrevivir a la crisis en una forma muy alterada. Aunque el movimiento conciliar produjo una cantidad extraordinaria de teorías elaboradas, su historia política dependió en gran medida de las actitudes cambiantes y de las fortunas de los poderes laicos, así como de las relaciones de estos con las cortes papales. Los comienzos efectivos del movimiento han de encontrarse en el empobrecimiento político de dos papas rivales por la pérdida del apoyo seglar, que había al fin de persuadir a sus cardenales de que abandonar conjuntamente a sus pontífices constituía una política más prometedora que persistir en las ruinosas disputas acerca de la legitimidad.

Benedicto XIII, elegido sucesor de Clemente VII en 1394, principal artífice de la obediencia de la península ibérica a Aviñón cuando era cardenal, nunca gozó de un apoyo entusiasta por parte de la corte francesa. De 1395 en ade-

lante la corte, bajo la influencia del clero y de sus portavoces en la Universidad de París, hostiles al papado por las razones habituales de objeción a los impuestos y al control centralizado de los beneficios (los cardenales de Aviñón no se mostraron menos ávidos después de 1378 que antes) adoptó claramente la política de la *via cessionis,* con sus ventajas políticas para las relaciones con los Países Bajos y Alemania. En 1398 un concilio del clero francés celebrado en París propuso que se le retirara la obediencia y esto fue entonces aceptado como política real. Benedicto se encontró, cuando incluso le fallaba su apoyo español, sitiado en su palacio de Aviñón por las tropas francesas, en una situación que ahora ya no era más ventajosa que la de su rival romano. Durante los años siguientes su apoyo en Francia mejoró porque la agudeza de la oposición política dependía básicamente de los intereses del duque de Borgoña en los Países Bajos y, a medida que la influencia de este príncipe se fue desvaneciendo en la corte, el entusiasmo por solucionar el Cisma mediante la abdicación se desvaneció también. El nuevo pretendiente angevino al reino de Nápoles, Luis II de Anjou, era un aliado natural de Aviñón. Pero la actitud de la corte y del clero francés inspiraba poca confianza y, en los primeros años del nuevo siglo, Benedicto se vio forzado a plantear su problema de un modo distinto. En 1405 se trasladó a Génova, ciudad a la que un ejército francés había convertido recientemente a su causa, esperando poder obtener una victoria decisiva en el corazón de las tierras obedientes a su rival y rechazando agresivamente toda insinuación de compromiso. Fue en esta zona donde había de alcanzar su punto culminante el primer esfuerzo por resolver el Cisma.

Su rival, Inocencio VII, sucesor de Bonifacio IX, lejos de reivindicar sus derechos a la obediencia de la cristiandad, fue incapaz de conseguir un adecuado control de la ciudad de Roma. El papado romano estaba eclipsado por la estrella

de la escena política italiana, Ladislao de Nápoles. Cuando Bonifacio IX murió en 1404 se reanudaron los tumultos en Roma y la familia Colonna llamó a Ladislao para que interviniera. El nuevo papa, Inocencio VII, súbdito de Ladislao, entró en Roma dos días después de la elección, erigiéndose en árbitro de la ciudad, y fue nombrado rector de parte de los Estados Pontificios. Los pontificados de Inocencio VII (1404-1406) y Gregorio XII (1406-1409) estuvieron dominados por Ladislao, quien estaba fortaleciendo su dominio sobre su propio reino, enfrentándose a la gran nobleza. Varios miembros de la familia Sanseverino fueron estrangulados y el castillo de los príncipes Orsini, en Tarento, sitiado. Una vez fuerte en Nápoles, el fin de Ladislao parece haber sido utilizar todas las oportunidades que le permitiesen aumentar su poder sobre los Estados Pontificios e, incluso, más allá, erigiéndose en el campeón del papado romano en contra de Aviñón. Durante la elección del sucesor de Inocencio, Gregorio XII, en 1406, el sentimiento de impotencia de la curia romana se convirtió en una fuerza a favor de la reconciliación equivalente a la presión francesa sobre Aviñón. Antes del cónclave, cada uno de los cardenales declaró que, en caso de ser elegido, no trataría de aumentar su propio colegio y estaría dispuesto a unirse al papa de Aviñón en una doble abdicación. Durante 1407 se cruzaron negociaciones entre ambas cortes; luego, una nueva intrusión de Ladislao de Nápoles en Roma obligó a Gregorio a salir de su palacio y buscar refugio en Siena. Los dos papas se encontraban ahora físicamente cerca, ambos impotentes o dependientes del apoyo de poderes laicos incontrolables –Ladislao, por una parte, el ejército francés en Génova, por la otra–, cada uno manteniendo la farsa de la insistencia en la total legitimidad de su posición ante los ojos de una cristiandad crecientemente escéptica o indiferente. En mayo de 1408 se precipitó la situación cuando ocho de los cardenales de Gregorio abandonaron a este porque había roto su

promesa de promover a otros cuatro colegas leales. En junio, nueve cardenales romanos y seis de Aviñón se reunieron en Pisa en territorio de la república de Florencia, eclesiásticamente neutra, y, bajo su cínica tutela, propusieron entonces celebrar un concilio general en la misma ciudad.

El concilio de Pisa permaneció reunido de marzo a agosto de 1409 y en él estuvo representada una gran parte de la cristiandad latina. Varios cientos de obispos, abades y procuradores de rango menor representaban a las Iglesias nacionales de la mayor parte de Europa y numerosos gobernantes seglares enviaron delegados. Los ausentes no fueron insignificantes; Aragón estaba de parte de Benedicto XIII, que se había refugiado allí. A Gregorio lo apoyaban Ladislao de Nápoles y algunas potencias menores italianas y, fuera de la península, dos príncipes alemanes cuya política eclesiástica reflejaba sus ambiciones seculares: Ruperto del Palatinado, antirrey de Alemania, era la alternativa renana al rey Venceslao de Bohemia; Segismundo, rey de Hungría, era hermano de Venceslao y esperaba suplantarlo. El concilio se apoyaba en la ayuda local de dos potencias que deseaban frenar las agresiones de Ladislao, Florencia y el cardenal legado de Bolonia, el extremo septentrional de los Estados Pontificios, Baldassare Cossa; dicho de otro modo, en Europa se apoyaba en aquellas potencias laicas que no tenían intereses en las candidaturas de ninguno de los dos papas y en el clero en general, que estaba deseando apoyar cualquier movimiento que trajera consigo un papado más pacífico y menos gravoso. Aparte del problema principal del Cisma, se habló de reformar y reducir la intervención papal, pero con pocos resultados prácticos. El concilio, sin embargo, consiguió su fin primordial: depuso a los dos papas existentes y luego los cardenales de ambos colegios combinados eligieron a uno nuevo, Pedro Philargis, cardenal de Milán, erudito cretense que tomó el nombre de Alejandro V.

Alejandro V sobrevivió a su elección menos de un año y fue sucedido por Baldassare Cossa, el noble napolitano lleno de determinación que había sido legado en Bolonia y que ahora tomó el título de Juan XXIII. Los otros dos papas aún contaban con partidarios suficientes como para rechazar el veredicto de Pisa. Los cuatro años siguientes, en los cuales Europa tuvo tres papas, no constituyeron sino un intervalo antes de que se hiciera otro intento de solucionar el Cisma mediante un concilio. Gregorio y Benedicto tenían poca capacidad de acción efectiva. Juan XXIII, apoyado por el dinero florentino y por Luis de Anjou, reanudó el duelo con Ladislao de Nápoles, el oponente más inmediato y peligroso al concilio de Pisa y a sus papas. La solución del Cisma fue anatemizar a Ladislao porque sus planes exigían sobre todo un papa manejable en Roma. Cuando Gregorio XII abandonó Roma, Ladislao, con el apoyo de los Colonna, tomó la ciudad. Ahora había una seria posibilidad de que se apoderara del control de todos los Estados Pontificios y se constituyera en un peligro al norte de estos. Cuando el concilio de Pisa se reunió, Ladislao avanzó por el interior de la Toscana hasta Arezzo, convirtiéndose en una amenaza para toda la península y provocando un agrupamiento de fuerzas en contra suya con Florencia como núcleo. Florencia se unió a Siena, Baldassare Cossa y Luis II de Anjou para contratar a los mejores mercenarios disponibles. Ladislao se retiró y los aliados ocuparon Roma. Una flota traída por Anjou desde Marsella fue derrotada por barcos napolitanos en una batalla cerca de la isla de Meloria y, durante algún tiempo, Florencia se vio obligada a hacer la paz con Ladislao. Pero el nuevo papa de Pisa, Juan XXIII, era un político formidable. Formó un nuevo ejército que incluía *condottieri* y que no solo ocupó Roma, sino que presionó sobre el reino y derrotó a Ladislao en Roccasecca en 1411. Aunque Ladislao se recobró y los *condottieri* del papa se pelearon, pasándose algunos a su servicio. En 1413

este volvió a ocupar Roma y la entregó al saqueo de sus soldados. Juan XXIII huyó hacia el norte y Ladislao le persiguió. Cuando amenazaba a Florencia y Bolonia en 1414, cayó gravemente enfermo, con lo cual Italia pudo recobrar el aliento. Antes de morir, sin embargo, había hecho extraordinariamente insegura la posición de Juan XXIII en Italia y lo había echado en brazos del rey Segismundo. La idea del concilio de Constanza nació de la situación de Juan XXIII y de las ambiciones de Segismundo, que ahora pretendía la Corona de Alemania frente a su hermano Venceslao y necesitaba un papa amigo y universalmente aceptado que avalase su posición como Sacro Emperador Romano en Alemania y en Italia, y que proporcionase a Europa central la unidad eclesiástica. En 1413 Segismundo persuadió a Juan de que aceptase el plan de un concilio en Constanza. Juan habría debido rehusar la asistencia al concilio, pero, no sin recelo, cruzó los Alpes en otoño de aquel año.

El carácter del concilio de Constanza queda simbolizado en el hecho de que procedió simultáneamente y con similar rigor contra el papa Juan XXIII y contra el hereje bohemio Juan Hus, que fueron respectivamente depuestos y quemados en mayo y julio de 1415. El concilio fue igualmente hostil al hereje que definió a la Iglesia como la comunidad de los regenerados y al papa que hizo mal uso de la riqueza del clero para sus fines privados. El concilio fue la voz de la sólida mayoría del clero europeo. Estaba en favor de reformar la cabeza, pero era profundamente conservador acerca del cuerpo de la Iglesia. Estaba de parte de los cientos de obispos y miles de beneficiados que querían permanecer en sus puestos sin que les molestaran la turbulencia de los radicales ni las exacciones de la corte pontificia. Fue una asamblea vasta e impresionante. Permaneció reunida durante cuatro años, desde noviembre de 1414 hasta abril de 1418, asistieron a ella miles de clérigos y el rey Segismundo y, mientras duró, sus sesiones fueron el foco de la diploma-

cia europea de manera algo similar a las conferencias de paz y organizaciones internacionales del siglo XX.

Los primeros meses del concilio estuvieron ocupados por la confrontación entre Juan XXIII, con su gran séquito de clero italiano, y los eclesiásticos generalmente hostiles del norte de Europa. Juan había esperado dominarlo, pero el concilio demostró rápidamente que no estaba dispuesto a aceptarlo como cabeza dirigente y, como él habría deseado, tratar de las cuestiones generales de la reforma de la Iglesia sobre las bases de que Pisa había completado el trabajo de poner fin al Cisma. Por el contrario, el concilio empezó por plantear de nuevo la cuestión de la cabeza de la Iglesia. Este paso se vio reforzado cuando el rey Segismundo llegó en diciembre de 1414 y se negó a apoyar las pretensiones de Juan, prefiriendo las opiniones expuestas por los teóricos franceses, los cardenales D'Ailly y Fillastre. Se dio un paso decisivo cuando se acordó que los miembros del concilio no habían de votar por cabeza sino por «nación»: los representantes se dividieron en las cuatro naciones de Italia, Francia, Alemania e Inglaterra, que habían de deliberar por separado antes de presentar propuestas comunes a la asamblea general, y este procedimiento le quitó al papa Juan la ventaja de la superioridad numérica de los italianos y automáticamente dio la ventaja a las Iglesias ultramontanas. Juan se vio obligado a abdicar con la condición de que Benedicto y Gregorio, que no habían asistido al concilio, hicieran lo mismo. Cuando se le presionó para que abdicara sin condiciones, Juan huyó de Constanza bajo la protección del duque Federico de Austria, enemigo de Segismundo. Esto obligó al concilio a asumir la facultad de continuar sus tareas como representante de la voluntad de la Iglesia, pero sin la autoridad del papa. No disputó la jefatura de la Iglesia romana, que los cardenales apoyaban enérgicamente en interés propio, pero inevitablemente se comportó en la práctica como si no hubiera limitaciones para la autoridad

conciliar. Juan fue devuelto a Constanza y depuesto formalmente en mayo de 1415.

Gregorio XII aceptó su abdicación sin más complicaciones. Benedicto XIII era obstinado y, en su ansiedad por eliminar todos los obstáculos para la reorganización de la Iglesia, el propio Segismundo se trasladó al sur de Francia a fin de negociar en Perpiñán con los restantes partidarios españoles del papa de Aviñón. Aunque Benedicto no quiso ceder y vivió sin hacerlo hasta 1423, sus partidarios acordaron en 1415 abandonarlo y participar en el concilio general como la nación española. Segismundo prosiguió sus éxitos con un largo viaje diplomático a París y a Londres y no volvió a Constanza hasta comienzos de 1417. Durante su ausencia el concilio había progresado poco, en parte porque estaba ocupado en destruir a los herejes de Bohemia, Hus y Jerónimo de Praga, y en parte porque carecía de fuerza para llegar a una conclusión en sus inconexas y divididas deliberaciones. Desde el verano de 1415 una pequeña comisión de reforma había estado reuniéndose y considerando numerosas propuestas para mejorar el comportamiento eclesiástico y limitar la autoridad papal. Pero esta tarea se veía dificultada por divisiones internas, entre las cuales figuraba la gran enemistad nacional entre Francia e Inglaterra, consecuencia de la invasión de Enrique V aquel año. Como cuerpo deliberativo, el concilio estaba paralizado por su dificultad de manejo y por las serias divisiones entre sus miembros: entre los cardenales que tenían intereses creados en la supremacía pontificia y el resto del clero que quería reducir la influencia papal, entre el clero inglés y el francés, que representaban los intereses políticos laicos de sus reyes, entre los ingleses y los alemanes que deseaban limitar el poder del papa y las otras naciones que lo resentían menos. Sin embargo, la impaciencia de Segismundo y la alianza política entre este y los delegados ingleses de Enrique V consiguieron llevar el asunto a su punto culminante en el otoño de

1417. Se emprendieron dos acciones importantes. La primera fue la publicación del decreto *Frequens,* que proclamaba que debían convocarse concilios generales a intervalos regulares, medida que, aunque resultó ineficaz, era el triunfo del conciliarismo. La segunda era el acuerdo sobre el modo de elegir al papa, por mayoría de los dos tercios de los cardenales y los dos tercios de los representantes de cada nación. Un cardenal de obediencia romana, Oddo Colonna, fue elegido papa, bajo el nombre de Martín V, por este sistema.

Después de la elección de Martín V, el concilio perdió casi todo su ímpetu y nunca recobró la cohesión que habría sido necesaria para atacar la cuestión general de la reforma. Los puntos que en este sentido se habían discutido en Constanza y que en diversos grados preocupaban a los representantes de las distintas Iglesias nacionales incluían asuntos como el poder fiscal del papa, el pluralismo, los nombramientos papales para los beneficios, la organización del colegio de cardenales y la facultad de conceder indulgencias. Teóricamente, el concilio debería haber legislado acerca de estas cosas de modo que limitara severamente los derechos de los futuros papas. Las actas del concilio incluían diversas opiniones sobre este problema, la mayoría de las cuales expresaban el deseo del clero de limitar el poder papal. Pero el concilio nunca presentó un frente unido. Tras la total solución del problema del Cisma, habría sido natural proceder a la reforma. Martín apartó a los elementos peligrosos, proclamando en enero de 1418 su propio programa de reforma, una serie de compromisos moderados para observar las buenas formas en asuntos tales como impuestos, venta de indulgencias y elección de obispos. El concilio terminó con la aceptación de tres concordatos con las naciones inglesa, francesa y alemana que, igualmente, contenían cláusulas moderadas sobre los puntos habituales. La Europa eclesiástica estaba entonces demasiado exhausta

para sacar partido a sus ventajas: el concilio terminó, en cierto sentido, con una victoria por parte de la corte pontificia.

Martín V (1417-1431) es general y justamente considerado el precursor de los Borgia y Della Rovere, el primer papa que adoptó con éxito, en líneas generales, la política que había de ser característica de los papas del Renacimiento. Esencialmente, el nuevo papado se asentaba sobre una aceptación de las fuerzas destructivas del papado medieval, que se habían hecho irresistibles durante el Cisma, y, en primer lugar, la negativa de la Europa ultramontana a tolerar la dominación pontificia a la vieja usanza. Martín no había cedido mucho en los concordatos de 1418, pero esto no respondía a la realidad: cualquiera que fuese la continuidad de las leyes, los europeos del norte ya no tolerarían los impuestos pontificios ni los nombramientos como lo habían hecho en el pasado, y Martín fue incapaz de obligarles a ello. Positivamente, el papado renacentista significó la creación de nuevas bases para el poder papal en el control de los Estados Pontificios que, surgiendo de las ruinas del periodo del Cisma, fueron reconstruidos en etapas laboriosas y con enormes retrocesos durante el siglo incluido entre el pontificado de Martín V y el de Julio II. Martín V era un Colonna, de la más antigua nobleza romana, profundamente versado en la política de la Italia central y hombre de carácter duro y poco sentimental. Estaba admirablemente cualificado para crear un papado italiano, y eso fue lo que hizo.

Martín pudo volver a Roma en 1420 y considerarse bien asegurado en los Estados Pontificios hacia 1424. Consiguió este triunfo en parte por la buena suerte que enfrentó a sus enemigos y exterminó a algunos de ellos. Roma y los Estados Pontificios habían quedado en un desorden extremo a la muerte de Ladislao y la huida de Juan XXIII y el consi-

guiente interregno causado por el concilio. El poder estaba dividido entre la hermana de Ladislao, Juana II, y el gran *condottiere* Braccio da Montone, que había conseguido controlar buena parte de los Estados Pontificios. Juana, viuda de mediana edad, sin hijos, tendía a dejar el poder político en manos de sus amantes. Su reino fue en cierto modo una vuelta a la situación de Nápoles bajo la primera Juana. Martín decidió acertadamente que necesitaba su ayuda si quería recobrar Roma y se unió a ella para emplear otro gran *condottiere,* Muzio Attendolo Sforza. De este modo pudo volver a Roma y conseguir una base allí, aunque Braccio continuó siendo poderoso en el resto de los Estados. Surgió entonces el problema de la sucesión de Juana. Martín apoyaba al pretendiente angevino, Luis III de Anjou, y Juana al principio era partidaria de Alfonso V, rey de Aragón, que vino a Nápoles en 1421 y fue adoptado como su heredero. Luego cambió de opinión y adoptó al angevino. Los *condottieri* también tomaron partido: Muzio Attendolo Sforza, y luego su hijo Francesco, en favor del angevino; Braccio, en favor de Alfonso. Finalmente, se enfrentaron en una gran batalla en Aquila en 1424; Braccio murió y su muerte dejó a Martín el control de los Estados Pontificios. Así, en 1424 Alfonso se había retirado de Italia, y tanto Braccio como el viejo Sforza habían muerto; la recuperación del caos del periodo del concilio de Constanza había sido extraordinariamente rápida. En estas circunstancias era relativamente fácil conseguir otros dos objetivos. Uno era el restablecimiento de una administración pontificia apropiada sobre todo el Estado. Lo que Martín logró fue más de lo que habían conseguido los papas anteriores desde los días de Albornoz. El mayor fallo en su autoridad fue su imposibilidad de someter a la ciudad de Bolonia, en el extremo norte. La ciudad se rebeló y Martín mantuvo contra ella una guerra larga y poco eficaz en los últimos años de su pontificado. Sobre el resto de los dominios que

pretendía controlar su autoridad fue bien firme. Los municipios, Perusa entre ellos, fueron reintegrados a los Estados Pontificios, como lo fueron los señores, incluidos los poderosos Malatesta de Rímini. Empezaron a incrementarse los ingresos procedentes de los derechos pagados por los municipios y los señores sometidos, compensando parcialmente las pérdidas en otras partes de Europa: se estima que 80.000 de los 170.000 florines que el papa recibió en 1426-1427 procedían de los Estados Pontificios. Como noble romano, Martín volvió a la política dinástica de los papas anteriores a Aviñón, uniendo el engrandecimiento de sus parientes italianos con el establecimiento del poder pontificio. Su hermano llegó a ser príncipe de Salerno en el reino de Nápoles mientras otros miembros de la familia recibían concesiones sustanciales en los Estados Pontificios de los alrededores de Roma.

En la Iglesia en general el otro objetivo de Martín fue evitar los peligros del conciliarismo que podían surgir de la observancia de *Frequens.* Permitió que se reuniera en Pavía y luego en Siena, en 1423-1424, un concilio que contó con poca asistencia de representantes del norte y fue tratado por el papa como cosa de poca importancia. Se desvaneció y el conciliarismo no volvió a molestarle seriamente hasta el final de su pontificado. A diferencia de sus predecesores, Martín fue capaz de establecer un firme dominio sobre sus cardenales que, de acuerdo con observadores contemporáneos, temblaban en su presencia. Aunque no tuvo mucho éxito en persuadir a los reyes del norte de que aceptaran los impuestos pontificios o en ampliar el control de los beneficios, en Italia tuvo un triunfo casi total.

El sucesor de Martín, Eugenio IV (1431-1447), un eclesiástico veneciano sin astucia política, no era en absoluto apropiado para continuar su tarea. Comenzó su pontificado de manera que no presagiaba nada bueno, peleándose con

la familia de Martín, los peligrosos Colonna que, disgustados al ver terminar su influencia, sembraron en Roma el desorden. Pero, aunque llevó mal los asuntos italianos, su fracaso se debió también a la mala suerte de que el comienzo de su pontificado coincidiera con el del concilio de Basilea. La asamblea de Basilea estuvo en parte motivada por los mismos sentimientos antipapales que había mostrado la comisión de reforma en Constanza. Tomó impulso y la verdadera fuerza que había faltado en Constanza gracias al triunfo de sus delegados en su enfrentamiento con la amenaza husita (véase *infra*). Los poderes laicos y eclesiásticos de la Europa central estaban determinados a promover y prolongar el concilio principalmente a causa de la amenaza husita, y sus esfuerzos y triunfo final en esta esfera fueron la base del creciente prestigio del concilio en los años 1431-1434. También este fue el principal motivo de la protección de Segismundo, que quería resolver el problema husita a fin de poder recuperar su reino de Bohemia. Eugenio fue extraordinariamente insensible a las presiones que se hacían en favor del concilio desde la Europa central y septentrional. Intentó primero disolverlo, sin conseguirlo, e incluso el legado pontificio en Alemania, el cardenal Giuliano Cesarini, dándose cuenta de que era esencial para resolver el problema husita, lo defendió. El concilio levantó su bandera declarando que su autoridad era independiente de la del papa y procediendo a tachar a este y a sus cardenales de contumaces por no responder a su convocatoria. Eugenio se vio obligado en 1433 a abandonar su postura de no reconocimiento, pero el concilio no se dio por satisfecho, queriendo sumisión completa y reconocimiento de su autoridad autónoma. Eugenio volvió a ceder en la bula *Dudum sacrum* y retiró todas sus reservas, bajo amenaza de deposición.

En 1433 Eugenio había sido humillado en Italia por el saqueo de los Estados Pontificios a manos del *condottiere* Francesco Sforza, saqueo que no pudo evitar y al que tuvo

que poner fin, concediendo a Sforza una porción sustancial de su Estado, la marca de Ancona, de manera vitalicia. En 1434 el papado descendió a un nuevo nivel de impotencia. La invasión de los Estados por otros *condottieri* a sueldo de Milán provocó una revuelta en Roma, de donde Eugenio tuvo que huir disfrazado. Durante nueve años, de 1434 a 1443, estuvo exiliado, la mayor parte del tiempo en Florencia. El control efectivo de Roma y de los Estados se hizo imposible, primero por la hostilidad de Milán y luego por la situación de Nápoles que, tras la muerte de Juana II, la última de su familia, en 1435, se vio desgarrado entre Alfonso V de Aragón, vencedor en último término, y el pretendiente francés Renato de Anjou, a quien Juana había nombrado su heredero. Después de la muerte de Juana, Alfonso V llegó rápidamente desde Aragón a reclamar su herencia, mientras, desafortunadamente, Eugenio se sentía obligado a apoyar al mucho menos eficaz Renato. Alfonso fue derrotado y capturado por los genoveses en una batalla naval en Ponza en 1435, pero en aquel tiempo Génova estaba bajo el control de Milán y, exiliado, Alfonso hizo amistad con Filippo Maria Visconti. Con Alfonso y Filippo Maria, los dos poderes italianos más considerables, en contra de él, Eugenio estaba en una difícil situación. Envió a su cardenal-soldado Giovanni Vitelleschi al reino de Nápoles en apoyo del pretendiente francés en 1437, pero sin efecto. A lo largo de estos años Alfonso fue ganando terreno hasta que completó su conquista, tomando él mismo la ciudad de Nápoles en 1442.

En este periodo de impotencia general Eugenio consiguió una victoria que, si no un logro sustancial, fue al menos un *succès d'estime.* A mediados de la década de 1430 surgió tanto en Constantinopla como en Europa una nueva conciencia de la presión del avance turco, que amenazaba con extinguir a Bizancio e invadir Occidente y, como consecuencia, una reanudación de los planes para volver a unir

las Iglesias oriental y occidental en respuesta a esta amenaza (véase *supra*). Desde 1434 el papa y el concilio emprendieron negociaciones rivales con los representantes de la Iglesia griega. En esta disputa el papa tenía ventaja geográfica y su plan de convocar un concilio que reuniera a las dos iglesias en Ferrara en 1438 fue aceptado por los griegos. Al concilio asistieron, por parte griega, el emperador Juan Paleólogo, el patriarca de Constantinopla y diversos obispos. En 1439 el concilio se trasladó a Florencia, donde el municipio estaba dispuesto a contribuir a los enormes gastos. Por fin, ambas partes aceptaron un decreto de unión que contenía una solución de compromiso de la principal diferencia doctrinal (si el Espíritu Santo procedía, como pretendían los latinos, del Hijo tanto como del Padre, la «cláusula *Filioque*») y una aceptación limitada de la supremacía pontificia por parte de los griegos. El decreto de unión fue, en efecto, una concesión por parte de aquellos prelados griegos que pensaban que era un buen precio por la ayuda occidental contra los turcos. Este decreto no fue aceptado cuando volvieron a su país y no llevó a ninguna cooperación o reconciliación duradera. Sin embargo, proporcionó al papa, temporalmente, un considerable prestigio.

Durante la preparación y las sesiones del concilio de Florencia, sin embargo, las relaciones entre el papa y el concilio de Basilea se deterioraron gravemente. En 1435 el concilio procedió a la abolición de todos los pagos a la corte papal por nombramientos para beneficios, medida que, si se llevaba a cabo, podría convertirse en el golpe más duro que se asestase a la posición material del papado y representaba los intereses más extremos del clero ordinario beneficiado. En 1437 en Basilea, la mayoría, cada vez más bajo la dirección del extremista cardenal francés Luis Alemán, habiendo emitido una denuncia de Eugenio por su conducta personal y pública y su desafío al concilio, le convocó para que compareciera ante él. Cesarini, que hasta entonces había consti-

tuido la única posibilidad de un lazo continuo entre el papa y el concilio, lo abandonó disgustado en enero de 1438 y, ese mismo mes, se declaró al papa suspendido en sus funciones. Por último, en 1439, Eugenio procedió a excomulgar a todos los que habían tomado parte en el concilio de Basilea y los restos de este eligieron a su propio papa, recayendo la extraña elección en un anciano y piadoso príncipe seglar, el duque Amadeo VIII de Saboya, que tomó el título de Félix V.

Cuando el concilio de Basilea dio el paso más extremo, su prestigio estaba ya declinando. La amenaza husita había cedido y los únicos partidarios realmente entusiastas del concilio entre los príncipes seglares eran los enemigos de Eugenio en Italia, Filippo Maria Visconti de Milán y Alfonso V. Pero en la mayoría de Europa continuaba siendo tratado con respeto y, por supuesto, en todos lados era un valioso contrapeso del papado. Fue este periodo, más que el del Cisma, el que dio lugar a la reacción europea más extrema contra el papado medieval. En Italia fue este el momento en que Lorenzo Valla, al servicio de Alfonso V, escribió su libro acerca de la Donación de Constantino, demoliendo, con erudición humanista, el legendario don de la soberanía temporal al papado. En Francia Carlos VII aprovechó la oportunidad en 1438 para proclamar la Pragmática Sanción de Bourges, que reconocía el concilio y abolía la autoridad pontificia en los nombramientos eclesiásticos y la recaudación de anatas. Aunque Carlos VII, como la mayoría de los príncipes, en la práctica solo a medias compartía la actitud de Basilea, este documento estaba de acuerdo con los más extremistas del concilio; representaba la reacción general del clero del norte de Europa ante el papismo medieval, que ahora había alcanzado su punto máximo. A largo plazo su efecto práctico, como el de Basilea, fue pequeño. La verdad es que el papado ya había perdido la batalla en el norte de Europa. Las Reformas del siglo XVI en mu-

chos aspectos habían de ser únicamente el reconocimiento y la terminación de este proceso. Cuando las pasiones personales de Basilea se extinguieron, el resto del siglo XV fue un periodo tranquilo para la historia eclesiástica.

Eugenio recobró su posición al final de su pontificado, en gran parte como resultado de una revolución diplomática en Italia en los años 1442-1443. Renato de Anjou por fin abandonó sus intentos de conseguir Nápoles y Eugenio aceptó el hecho consumado y reconoció a Alfonso V. Eugenio llegó, además, a un arreglo con el duque de Milán y su *condottiere* Piccinino, con cuya ayuda tenía ciertas posibilidades de librarse de la principal amenaza a los Estados Pontificios, el *condottiere* Francesco Sforza. En 1443 Eugenio volvió a Roma y su exilio terminó.

El concilio de Basilea no había acabado en absoluto. Félix V no abdicó hasta 1449. Por entonces, sin embargo, su situación era insegura y desde 1443 se puede considerar que el papado había atravesado la crisis. El sucesor de Eugenio, Nicolás V (1447-1455), tuvo una historia muy diferente. La situación política de Italia había entrado en una fase que era mucho más favorable al papado. Filippo Maria Visconti murió cinco meses después de que Nicolás fuese elegido y Sforza había desviado su atención de los Estados Pontificios hacia Milán (véase *infra*). La alianza con Sforza y Florencia proporcionó al papado un contrapeso eficaz frente a Alfonso V. Aunque Nicolás tuvo que sufrir una rebelión republicana en Roma en la tradición de Cola di Rienzo, dirigida por un soldado idealista, Stefano Porcaro, en 1453, esta fue fácilmente vencida y, en general, no se vio molestado por la inseguridad política. En el norte de Europa la cicatrización de las heridas causadas por el concilio de Basilea estuvo simbolizada por el concordato de Viena, que se firmó con el emperador Federico III y otros príncipes germánicos en 1448.

Con Nicolás V podemos decir que se había operado la transición del papado medieval al renacentista. Un elemento en esta metamorfosis fue la aceptación esencial de la base italiana. Para captar la extensión y el significado del cambio hay que tener en cuenta otras cosas. Nicolás fue un príncipe italiano tanto en el sentido cultural como en el político; aceptaba los ideales del humanismo clásico. También gobernó sobre una cristiandad que había perdido ya un reino, Bohemia, ante la Reforma.

LA PRIMERA REFORMA: EL MOVIMIENTO HUSITA

Mientras los papas del periodo conciliar luchaban por restablecer su posición en la Iglesia europea y en la escena política italiana, la unidad de la cristiandad latina fue rota de una manera nueva por la secesión de todo un pueblo. El movimiento husita, que sorprendió y asustó a la Europa tradicional de la primera mitad del siglo XV, desempeñó un papel en los asuntos europeos curiosamente similar, aunque a más pequeña escala, al que representó el movimiento bolchevique ruso del siglo XX. De 1420 a 1434 surgió amenazadoramente en el este, llevando a gobernantes y clérigos a maquinar planes de contrarrevolución o conciliación y constituyéndose en la pesadilla del orden establecido en toda la superficie de Europa. El movimiento husita fue un fenómeno aislado en el siglo XV. Pertenece al mismo tipo de fenómenos que las Reformas del siglo XVI: una reorganización religiosa iniciada por razones de Estado, pero inspirada tanto en el sentir popular como en la erudición teológica. El contexto de condiciones generales de tal movimiento fueron las tradiciones del radicalismo religioso, las divisiones en el pensamiento escolástico y la debilidad y división del papado. La disminución del respeto hacia una Iglesia universal y de la voluntad de los príncipes seglares de tolerar la supremacía pontificia fueron tendencias generales a

comienzos del siglo XV. Sin embargo, en ningún otro lugar fueron llevadas hasta el punto de una reforma real. El movimiento husita fue producido por una coincidencia local de circunstancias favorables.

El husitismo surgió de una doble fuente: un movimiento nativo de pietismo popular y una escuela de radicales universitarios que dependían grandemente de la inspiración extranjera. El padre de la Reforma checa, en opinión general, es un clérigo llamado Milíc de Kroměříž que en 1363 abandonó una brillante carrera de pluralismo eclesiástico para convertirse en un predicador evangélico y reformador moral que utilizaba significativamente como vehículo de sus exhortaciones la lengua checa. Milíč atacaba los puntos habituales del evangelismo del siglo XIV, pero también creía que la lucha con el Anticristo profetizado en el libro de las Revelaciones estaba a punto de aparecer y que él era el hombre que había de dirigir a un ejército de discípulos en esta lucha. El emperador Carlos IV toleró y protegió su obra pía en la ciudad de Praga. En 1367 fue a Roma con la intención de saludar al papa Urbano V, que acababa de volver a la ciudad con la noticia de que era el Anticristo, lo cual naturalmente condujo a su condena. Pero había causado impresión en Praga al fundar una nueva «Jerusalén» para formar sacerdotes evangélicos en un viejo barrio de burdeles, al criticar al clero y al estimular en los laicos la comunión frecuente. El segundo gran evangelista, Matías de Janov, discípulo de Milíč, era también un universitario que había estado en París. Escribió un libro llamado *Las reglas del Antiguo y Nuevo Testamento,* que en cierto modo fue la obra más influyente y característica de todo el movimiento husita. En él se predica la piedad individual y la observancia de los preceptos bíblicos, en contra de los falsos profesores del cristianismo a quienes Matías claramente identificaba con la Iglesia establecida. Estaba en favor de la abolición del monacato y de otras muchas instituciones de la

Iglesia contemporánea. Antes de finales del siglo XIV existía una tradición bien establecida ya de pietismo laico anticlerical en Praga, no muy peculiar en cuanto a sus tendencias, pero probablemente más fuerte que en la mayoría de los lugares y ligado al cultivo de la lengua checa. En 1391 un mercader acomodado de Praga fundó la capilla de Belén como centro de predicación popular en la ciudad y, nombrado predicador permanente allí, en 1402, fue como Juan Hus alcanzó por primera vez influencia y preeminencia en la ciudad.

En la década de 1390 la influencia de Wycliffe comenzó a hacerse sentir poderosamente en la Universidad de Praga y, como el pietismo popular, adquirió matices de protesta nacional. Desde su fundación en 1349, los miembros de la universidad habían estado divididos en «naciones» sajona, bávara, polaca y checa, correspondientes al área centroeuropea que la universidad abarcaba. La división perdió sentido al fundarse otras universidades germánicas. A comienzos del siglo XV los maestros y estudiantes checos tenían más relieve del que les correspondía en la división cuatripartita, aunque no eran dominantes en número, y en la Facultad de Teología, la más prestigiosa, eran todavía escasos. Los checos, por lo tanto, se convirtieron en una gran minoría insatisfecha en una universidad principalmente controlada por alemanes. En los primeros años del siglo XV Jerónimo de Praga comenzó a traer de Oxford los escritos de Wycliffe, que contenían herejías que habían sido condenadas. Fue por aquel tiempo cuando Hus, profesor en la universidad ya, decidió ingresar en la Facultad de Teología, además de convertirse en el predicador de la capilla de Belén. A partir de entonces, las tendencias filosóficas y evangélicas empezaron a unirse a la política.

El desarrollo de las actitudes eclesiásticas de Hus y su importancia política se vieron muy afectados por la política

del rey Venceslao IV de Bohemia (1378-1419), que realmente proporcionó la oportunidad para que un movimiento reformista echara raíces en el país. Venceslao era rey de Bohemia; sus hermanos, de los cuales el más destacado era Segismundo de Hungría, poseían las otras partes de la herencia de los Luxemburgo. Había sucedido también a su padre como rey de Alemania. Venceslao fue, en todos los aspectos, un gobernante disoluto e ineficaz. En 1400 fue depuesto por los electores alemanes y reemplazado por Ruperto del Palatinado. En 1402-1403 los numerosos conflictos con sus nobles bohemios, a menudo incitados por sus hermanos, culminaron cuando fue hecho cautivo por su hermano Segismundo. Durante su cautividad, el pontífice romano Bonifacio IX, en cuya obediencia se incluía Bohemia, había reconocido a Ruperto como rey de Alemania. Esta fue una severa afrenta y una auténtica injuria para Venceslao, cuyas relaciones con el papado se deterioraron. Cinco años más tarde, en 1408, llegó su oportunidad de actuar. Los cardenales abandonaron a ambos papas y se reunieron en el concilio de Pisa. La posibilidad de una alianza entre los Luxemburgo y Francia en apoyo de los cardenales ofreció la oportunidad de asegurar la elección de un papa que reafirmara la posición de Venceslao como rey de Alemania. La crisis de las relaciones del rey con el papado coincidió con una crisis en la Universidad de Praga.

La novedad de las teorías de Hus acerca de la regeneración religiosa y su importancia histórica en las circunstancias de 1409 y después, radica en el hecho de que creía en una reforma de la Iglesia por el Estado. Antiguos entusiastas religiosos abogaban por el mismo tipo de purificación moral; Hus creía que el Estado debería llevarla a cabo mediante la reforma de la Iglesia corrompida. Su creencia se vio reforzada por los escritos de Wycliffe, cuya importancia histórica para el movimiento husita fue su énfasis en el papel del Estado, más que sus opiniones heréticas más extre-

mas, tales como la de la transubstanciación. La división entre los partidarios y los enemigos de Wycliffe comenzó a coincidir con la de checos y alemanes en la universidad. La mayoría de estos últimos procedían de partes de Alemania leales al papa de Roma y habían de volver en último término allí en busca de beneficios; eran, por lo tanto, ortodoxos. Los checos estaban influidos por la ruptura entre el rey Venceslao y el papa y, por lo tanto, se sentían más inclinados a criticar la autoridad eclesiástica. Los pronunciamientos de Hus estuvieron inspirados tanto por el celo reformador de la tradición del pietismo checo como por el radicalismo académico de Wycliffe, que era un pensador de mucha mayor fuerza y originalidad que cualquier miembro de la provinciana Universidad de Praga. Aunque Hus era primordialmente un moralista, fue fácilmente inducido a defender las claramente heréticas teorías de Wycliffe acerca de la irrealidad de la transubstanciación y acerca de la Iglesia como cuerpo de los redimidos. Venceslao empezó a proteger a los wycliffistas checos en la universidad porque le ofrecían la oportunidad de adquirir un respaldo clerical instruido en cuanto partidario del concilio de Pisa. En enero de 1409 convocó a los representantes de la universidad a su corte en Kutná Hora para que le dieran una opinión acerca de las relaciones con el papa y con los cardenales. La «nación» checa se declaró partidaria de apoyar a los cardenales y al concilio mientras que las otras «naciones» hablaron en favor del papa. El rey Venceslao solventó entonces el problema cambiando la constitución de la Universidad por el decreto de Kutná Hora, de modo que la nación checa tuviera tres votos y las otras, tres entre todas. Se declaró en favor de los cardenales y recibió la garantía de que estos apoyarían su candidatura al trono alemán. Venceslao no se inclinaba por la herejía; su gesto era puramente político, pero su decreto tuvo el efecto de despojar a la universidad de alemanes y, por lo tanto, prepararla para su siguiente papel de

centro esencialmente checo de un movimiento religioso nativo. En otoño de 1409, la Universidad declaró su independencia de la autoridad eclesiástica, eligiendo a Hus como rector, a pesar de la sospecha de herejía que sobre este recaía.

En 1410 murió el rival de Venceslao al trono de Alemania y este tuvo esperanzas de recobrar la corona. Pero fue su propio hermano Segismundo quien consiguió el apoyo de la mayoría de los electores. Sin embargo, Venceslao todavía esperaba obtener ayuda papal en su favor. Quiso apaciguar el vergonzoso tema de la herejía en su reino persuadiendo a ambas partes de que se callaran. El arzobispo Zbynek, de Praga, no quería callarse: quemó en Praga los escritos de Wycliffe y excomulgó a Rus. El papa, ahora Juan XXIII, convocó al ofensor para que compareciese ante la corte papal. Rus continuó desafiante, apoyado entusiásticamente por sus colegas universitarios y a medias por la corte real. En marzo de 1411 el papa le declaró hereje y dictó su excomunión. El rey ordenó a sus funcionarios que comenzaran a hacer listas de las propiedades eclesiásticas e investigaciones sobre las tierras de los monasterios. El arzobispo huyó en busca de la ayuda de Segismundo. Bohemia estaba al borde de la Reforma. El sucesor de Zbynek, como arzobispo de Praga, fue un antiguo funcionario real. Desde entonces la Iglesia en Bohemia estuvo regida principalmente por hombres que no se inclinaban a oponerse al rey. Esta fue una de las razones por las que la Reforma se desarrolló como lo hizo a partir de 1411. Otro factor fue el impacto continuo de la política eclesiástica internacional, en especial el concilio de Constanza. También en este punto Rus recibió el apoyo de ciertos sectores de la nobleza checa, que le permitió retirarse a salvo de Praga y vivir una vida segura en los castillos de sus protectores durante los años 1412 y 1413.

A comienzos de 1412 estalló una nueva crisis en Praga como resultado de acontecimientos externos. El papa Juan XXIII proclamó una cruzada contra Ladislao de Nápoles, organizó la venta de indulgencias a aquellos que deseasen comprar las ventajas espirituales del cruzado y reclutó ayuda para el rey, prometiendo una proporción de las ganancias. Hus condenó esto fuertemente, lo cual fue un golpe para sus relaciones con el rey. Hus hizo su ataque a las indulgencias en una disputa estrictamente académica, que tuvo lugar en la universidad en junio de 1412, en contra de los deseos del decano de la Facultad de Teología, que denunció las opiniones de Hus y persuadió al rey y al concilio para que dictaran un decreto en Zebrak condenándolas. Una semana antes de que se proclamara el decreto, otra crisis en Praga aumentó todavía más la tensión. Tres jóvenes que se oponían a que los vendedores de indulgencias realizaran su tarea fueron arrestados y ejecutados sumariamente por las autoridades de la ciudad. Sus cuerpos fueron recobrados por los manifestantes y llevados a enterrar a la capilla de Belén. Por entonces no parecía tomarse ninguna medida en contra de Hus y sus seguidores, que continuaban manteniendo en las disputas de la universidad la futilidad de la excomunión y otras ideas subversivas. Pero más adelante, en ese mismo año, llegó un legado pontificio con la condena más fuerte de que era capaz Juan XXIII; Hus quedaba excomulgado y cualquier lugar en el que pasara más de doce días quedaba en entredicho. Hus proclamó la *Apelación a Dios y a Jesucristo por la sentencia del papa* y abandonó Praga. Pasó la mayor parte del año 1413 y el comienzo de 1414 en el castillo de Kozí, en el sur de Bohemia, bajo la protección de un noble llamado Ctibor, de Kozí, y allí compuso sus escritos más importantes. Uno de ellos fue un tratado en latín, titulado *Sobre la Iglesia,* basado en gran parte en la obra de Wycliffe del mismo título, en el que mantenía la tesis wycliffista de que la verdadera Iglesia, de

la cual Cristo es la cabeza, no es la misma Iglesia visible encabezada por el papa, y por ello este último merece solamente una obediencia limitada. Escribió también un tratado en checo sobre el pecado de simonía, que estaba del mismo modo muy influido por otro libro de Wycliffe, con el mismo título.

En 1414 el concilio de Constanza se reunió a resultas de lo acordado por Segismundo con Juan XXIII. Para Segismundo el concilio era una etapa en sus planes de desarrollar su poder en la Europa central. El movimiento creciente hacia la herejía en Bohemia fue también un factor importante dentro de estos planes, en primer lugar porque ofrecía la oportunidad de ejercer presión sobre Venceslao (que todavía tenía en su poder las joyas de la corona) para que aceptara a Segismundo como rey de Alemania y, en segundo lugar, porque la herejía se presentaba como un posible obstáculo al acceso de Segismundo al trono de Bohemia después de la muerte de Venceslao. Segismundo, por lo tanto, decidió que el concilio debería enfrentarse al problema de Rus y de su movimiento y, en la primavera de 1414, envió una invitación a Rus para que acudiera al concilio. Rus rehusó primero, pero en el curso de 1414 diversas presiones le indujeron a cambiar de opinión. Ya fuera porque sentía que estaba perdiendo apoyo o porque deseaba liberar a sus protectores de las presiones que sobre ellos ejercían Segismundo y el papa, en el otoño de 1414 aceptó una nueva invitación, con la promesa de un salvoconducto imperial. Cuando llegó a Constanza, sus enemigos, y en particular los representantes del clero bohemio, pudieron atacarle en una atmósfera más favorable. A pesar del salvoconducto, pronto consiguieron que se aceptara su argumento de que como hereje debía ser encarcelado. Los que le acusaban basaron acertadamente su ataque en la reconocida adhesión de Hus a los escritos de Wycliffe, considerados heréticos. Quedaba la esperanza de que Segismundo inter-

viniera para protegerlo, pero Segismundo, una vez coronado rey de Alemania, pareció perder todo interés por el destino de Hus y quizá subestimó la fuerza de la simpatía hacia Hus y la cosecha de odio hacia su persona que recogería en Bohemia a causa de este desinterés. Hus fue procesado y murió en la hoguera el 6 de julio de 1415.

Mientras Hus estaba en Constanza, el movimiento de reforma en Praga estaba comenzando a adoptar la práctica del utraquismo (la comunión de los seglares en ambas especies) que había de convertirse en una de las características centrales del movimiento. Esta práctica correspondía a su admiración por la Iglesia primitiva y su creencia de que los seglares debían participar plenamente en las ceremonias religiosas. Quizá más importante fue el comienzo del apoyo organizado de la nobleza checa a este movimiento. Diversos grupos de la nobleza checa y morava enviaron cartas de apoyo a Hus durante su proceso, la última en nombre de 250 de ellos. Poco después de este periodo aparecieron los primeros síntomas de tendencias más radicales en el seno del movimiento reformista. Una carta escrita en 1416-1417 recogía rumores procedentes de la zona de Pilsen, en el sentido de que había gentes que no creían en ningún rito que no estuviera basado en la Biblia. Por el mismo tiempo se decía que en la región de Kozí, donde Hus había estado en 1413-1414, había mucha gente que creía que los obispos eran innecesarios, que se podía tomar la comunión fuera de la misa y que los seglares podían predicar y recibir confesiones en cualquier casa. Estas ideas tenían poco que ver con las teorías propagadas por los maestros de Praga dentro de los círculos universitarios; suponían un rechazo tajante y total de las costumbres de la Iglesia establecida. Tienen un parecido notable con algunas de las ideas tradicionales de los valdenses y puede que derivaran de ellas.

El ala más radical que se desarrolló en el sur de Bohemia y más tarde se centró en Tábor, estaba constituida esencialmente por un movimiento campesino. Los dirigentes y teóricos eran clérigos, pero el grueso de sus integrantes eran campesinos laicos. Además de su crítica a la Iglesia establecida y de su primitivismo, en sus creencias había una fuerte tendencia quiliasta: en 1420 se predicó ampliamente la segunda venida de Cristo y muchos creyeron que el fin del mundo estaba cercano. También eran revolucionarios sociales. Entre los fines de los primeros taboritas, el establecimiento de la igualdad, del comunismo, incluso, y el derrocamiento del orden social establecido eran tan importantes como la reforma religiosa. Tan pronto como estuvieron establecidos se convirtieron en peligrosos enemigos para las ciudades y los nobles, dondequiera que se pudieran enfrentar a ellos. Sin duda, los clérigos milenaristas que dirigían estos grupos fueron a veces producto del medio universitario de Praga. La mezcla explosiva la produjo la combinación de un impulso intelectual con el radicalismo latente del campo en las condiciones de intranquilidad política y religiosa que caracterizaron a los últimos años del reinado de Venceslao. Desde sus orígenes hasta 1421 el taborismo fue un movimiento revolucionario campesino, cuyas ideas tenían afinidades con aquellas que John Ball y Wat Tyler habían expresado en la revuelta de los campesinos ingleses en 1381, dirigidas a la vez contra la autoridad religiosa de la Iglesia y contra la autoridad social de los señores terratenientes.

Al nivel de la política nacional de Bohemia, el efecto del concilio de Constanza fue divisorio. Los nobles husitas del Parlamento redactaron una carta al concilio alegando que Hus había sido quemado sin que se tuviera ninguna evidencia de que fuera un hereje. Muchos de ellos se reunieron en una liga, subscribiendo un documento, en el cual prometían proteger la predicación libre en sus tierras y aceptar la

autoridad episcopal solo cuando estuviera de acuerdo con las Escrituras. En respuesta se formó una liga católica, que mantenía una política opuesta y en la cual también se incluían algunos magnates poderosos. El resentimiento contra Segismundo y el concilio se vio incrementado cuando Jerónimo de Praga, amigo de Hus, fue quemado en Constanza en 1416. Bohemia estaba dividida; en la medida muy relativa en que el rey tomaba partido, lo hacía apoyando la postura de los husitas más moderados. Este periodo presenció también el surgimiento de un nuevo e inflamatorio predicador milenarista en Praga, llamado Juan Zelivsky, dotado de una gran capacidad para levantar a las masas de la ciudad. En Praga comenzaron las escaramuzas. Venceslao trató de controlar la situación nombrando concejales ciudadanos católicos y seguros. En julio de 1419 sus oponentes respondieron: Zelivsky dirigió a la multitud, a quien había administrado la comunión bajo las dos especies, al ayuntamiento donde arrojaron por la ventana a los concejales católicos. El rey murió del sobresalto que le produjo la «primera defenestración de Praga».

Entre la multitud presente en la defenestración estaba el hombre que había de ser la figura central del movimiento husita durante la década siguiente, Juan Žižka. Žižka pertenecía a la pequeña nobleza rural, era un pequeño terrateniente y un soldado profesional que había luchado en favor de Venceslao y tenía la reputación de haber gozado del favor de la corte. Žižka surgió como dirigente por primera vez durante el ataque por parte del populacho de Praga a un monasterio de las afueras de la ciudad, después de la muerte del rey. Sin embargo, de manera más general, la muerte de Venceslao fue la señal para que el movimiento husita avanzara desde el estado de una disidencia confusa al de una revolución. Segismundo era el heredero. Por entonces estaba en Hungría, ocupado en luchar contra la invasión turca, y una gran proporción de la nobleza checa no le

quería. Los husitas tuvieron así la oportunidad de asociarse claramente a la defensa de las libertades del reino y esta fue la clave de un largo periodo revolucionario. La cabeza fue tomada por un magnate husita moderado, llamado Cenek, de Wartemburgo, que convocó una dieta, la cual a su vez presentó un ultimátum a Segismundo insistiendo en las libertades políticas y además en la libertad de predicación y en el utraquismo. Al mismo tiempo el desorden político estimuló el extremismo. El nombre bíblico de Tábor se aplicó primero a una colina del sur de Bohemia, donde se reunió una multitud en el tiempo de la muerte del rey; en Pilsen y cerca de Praga tuvieron lugar otras reuniones de este tipo. En octubre, una conferencia de moderados y radicales en Praga se dividió a causa de la cuestión de si habían de romper por completo sus lazos con la Iglesia católica de Roma por el procedimiento drástico de elegir a sus propios obispos, y los taboritas destruyeron las imágenes en las iglesias antes de marcharse. Žižka estaba ahora claramente asociado con el ala más radical. En Praga estalló la lucha entre sus partidarios y los de Cenek por el control de los castillos reales y luego Žižka dejó Praga para unirse a los taboritas en el campo.

En la primavera de 1420 Žižka partió desde la zona de Pilsen con una multitud de entusiastas a unirse a la comunidad que se había establecido en Tábor. Fueron atacados por la nobleza realista; pero, asombrosamente, consiguieron una abrumadora victoria en la batalla de Sudomer, primera señal de las consecuencias militares del fanatismo que tan a menudo reaparecerían en los próximos años. Žižka organizó Tábor como fuerza militar y comenzó a dominar el territorio circundante. La tarea de Žižka provocó enseguida una disposición triangular de las fuerzas en Bohemia. Los husitas moderados querían oponerse a la toma de poder de Segismundo, y se encontraron con que no podían conseguirlo sin la ayuda de Tábor, al cual, en otros campos,

les habría gustado suprimir. El equilibrio de fuerzas quedó de manifiesto en 1420, cuando Segismundo hizo su primer intento de conquistar el país con una invasión militar, que también estaba designada como cruzada contra los enemigos de la Iglesia. Cenek, al mando de los castillos de Praga, continuó con una política dubitativa y ambigua, sin querer romper del todo con Segismundo. La propia ciudad se decidió por la resistencia y llamó a Žižka en su ayuda. Este acudió con su ejército taborita y derrotó decisivamente a los cruzados en el monte Vítkov, cerca de Praga. Así fueron salvadas Praga y la causa husita; la inferioridad militar de Segismundo quedaba de manifiesto y Žižka era establecido como jefe militar de los husitas.

Como consecuencia de la batalla los jefes de los diferentes grupos redactaron un documento, los Cuatro Artículos de Praga, que definía las creencias mínimas en las cuales todos ellos estaban de acuerdo. Estos eran: 1) libertad de predicación para los sacerdotes sin la supervisión de los superiores eclesiásticos; 2) utraquismo; 3) abolición de la excesiva riqueza de los clérigos; 4) castigo de aquellos que cometían pecados mortales. Aparte del tema del utraquismo, el resto de los artículos quedaban expresados estudiadamente, con vaguedad. El movimiento husita contenía ahora un amplio espectro de partidos que eran incapaces de llegar a un acuerdo positivo. El propio Tábor rechazaba la mayoría de las ceremonias eclesiásticas y el monacato. Pero había también un sector conservador al cual pertenecían Žižka y su sucesor, Procopio el Rapado. El cuerpo central de los taboritas incluía a un hombre llamado Nicolás de Pelhrimov, al que aceptaron como obispo, consumando así la ruptura completa con la Iglesia ortodoxa. La mayoría de los taboritas rechazaban la transubstanciación. El ala más radical llegó a ser conocida con el nombre de *pikardi* y consideraba la eucaristía como una mera conmemoración. El ala izquierda de los taboritas parece haber incluido un conjunto de

creencias milenaristas y antinomistas. Los husitas, por lo tanto, iban desde aquellos cuyas creencias se distinguían apenas del catolicismo a los rebeldes más radicales.

Desde 1420 a 1434 la mayor parte de Bohemia estuvo en rebelión contra su rey y contra la Iglesia de Roma a la vez. Consiguió un nivel de reforma y de revolución que no tiene paralelo en la Europa medieval y que presagia los movimientos del siglo XVI. Durante el periodo de 1420 a 1424 el desorden y los conflictos repetidos entre los varios partidos llevaron al establecimiento del dominio general de Žižka. En 1421 los planes y los motivos políticos de los rebeldes quedaron expresados en la Dieta de Cáslav. Este era un parlamento de un tipo que se encontraba tanto en Bohemia como en otros Estados principescos y que normalmente eran convocados, naturalmente, por la autoridad del príncipe. La Dieta de Cáslav fue un parlamento acéfalo (no muy diferente de las asambleas que depusieron a Eduardo II y Ricardo II en Inglaterra en 1327 y 1399), al que asistieron los nobles no católicos y un cierto número de caballeros y representantes de las ciudades de Bohemia y Moravia, donde, para entonces, el husitismo también había arraigado. Segismundo envió delegados a la asamblea, pero se encontraron con pocas simpatías y la Dieta acabó por deponerlo formalmente. La Dieta, en general, demostró un notable sentido de unidad nacional frente a un enemigo común, emitiendo documentos al margen de las disputas de partido y estableciendo que las contiendas religiosas habían de ser sometidas a Zelivsky y a un teólogo conservador, representantes de los dos extremos tolerados. La Dieta nombró un consejo de regencia con veinte representantes de los estamentos (cinco nobles, cuatro ciudadanos de Praga, cuatro miembros de otras ciudades, cinco caballeros y dos taboritas, uno de los cuales era Žižka). Los políticos de Cáslav, o la mayoría de ellos, no consideraron esto como un acuerdo permanente. La suposición de que la monarquía era el or-

den natural de las cosas sobrevivió a la revolución. Pero en realidad Bohemia fue gobernada por consejos de este tipo durante los dieciséis años siguientes. Por el mismo tiempo, un sínodo del clero husita nombró un comité de cuatro eclesiásticos representantes de los diferentes puntos de vista para que administraran la Iglesia bajo el arzobispo. Más adelante, en el mismo año, una dieta reunida en Kutná Hora procedió a elegir a un rey que reemplazase a Segismundo; la elección recayó sobre el príncipe Witold Jagellón, de Lituania.

El otoño de 1421 trajo una segunda cruzada contra los husitas. Esta vez era el esfuerzo combinado de un ejército húngaro traído por Segismundo desde su otro reino y de un ejército proporcionado por sus súbditos en el reino de Bohemia. La emergencia de una sociedad revolucionaria en Bohemia era causa de una alarma bien justificada en las regiones vecinas. Los príncipes y las ciudades de Alemania del sur temían los efectos que el ejemplo husita pudiera tener sobre sus súbditos. Las dificultades prácticas de organizar a los príncipes y ciudades de Alemania para emprender cualquier acción eficaz eran, sin embargo, muy grandes porque no existía ninguna autoridad central que coordinara esos esfuerzos. Pronto se añadió el miedo natural a las extraordinarias cualidades de lucha de los ejércitos checos. La cruzada de 1421 significó un esfuerzo importante y también un fracaso rotundo. Tras derrotar a Segismundo, Žižka volvió a Bohemia a fortalecer su poder, basado en el ejército, sobre los extremistas que habían tomado el control de Praga durante su ausencia. Witold de Lituania envió a su sobrino Segismundo Korybut como virrey, en 1422, para tantear el terreno, a fin de establecer una dinastía Jagellón en Bohemia, y fue aceptado como regente en otra Dieta de Cáslav.

La inestabilidad esencial de la situación se manifestó pronto. Segismundo y el papa consiguieron presionar suficientemente a la familia Jagellón como para persuadirles de que retiraran a Korybut antes de que se cumpliera el año. Los husitas quedaron divididos en dos grupos principales: los moderados, basados en Praga y las ciudades del norte y el oeste, y los taboritas, centrados en Tábor y Hradec Králové, en el sur y en el este. Pero dentro de ambos grupos sobrevinieron otras divisiones. En 1424 surgió una guerra abierta entre Žižka y los utraquistas conservadores, a quienes aquel aplastó en la última y más notable de sus batallas en Malesov, aparentemente luchando como otras veces contra el grueso de las fuerzas y ganando por pura habilidad táctica. Esto restableció una cierta unidad bajo la jefatura de Žižka. Korybut regresó a Praga y las fuerzas utraquistas reunidas volvieron su atención hacia una invasión de Moravia, en la que Žižka resultó muerto, en 1424. Exceptuando a Rus, Žižka es la figura más notable del movimiento y, en cierto modo, el primero de los grandes jefes revolucionarios en la tradición europea. Él fue quien desarrolló el sistema táctico por el cual se hicieron famosos los ejércitos husitas: el uso de una barrera de carros tras de los cuales los soldados disparaban con arcos y armas de fuego. Esta barrera móvil dentro del campo de batalla parece haber sido extraordinariamente efectiva en la lucha contra la soldadesca tradicional de Europa central. La combinación de fervor revolucionario, tácticas nuevas y severa disciplina de Žižka cuajó en un ejército que a sus contemporáneos les pareció invencible. Al final de la vida de Žižka, sin embargo, se había convertido no solo en el baluarte indispensable de la Reforma, sino también en el árbitro de la política de Bohemia, confiriendo a sus dirigentes un poder arbitrario que venía a llenar el vacío dejado por la destrucción del orden tradicional.

En los años de 1424 a 1427 persistió la situación creada por Malesov. Tras la muerte de Žižka, su ejército se autodenominó de los «huérfanos» y continuó siendo una fuerza formidable. Tábor mantenía una organización militar paralela bajo la jefatura de un clérigo, Procopio el Rapado. Las divisiones internas no eran menos profundas que antes, pero durante este periodo no intervinieron tanto. Korybut permaneció en Praga hasta que en 1427 se descubrió que estaba manteniendo negociaciones secretas con el papado, después de lo cual Bohemia volvió a quedarse formalmente sin gobernante. Hubo una cruzada alemana en 1427, que fue promovida por el papa Martín V y planeada a escala ambiciosa. Para aquel entonces la reputación del ejército husita era tal que la noticia de que se aproximaba fue suficiente para hacer huir al ejército cruzado y, por último, producir el pánico. La unidad interna de Bohemia se vio fomentada en parte porque el movimiento husita no llegó a ser expansionista ni externamente agresivo. En 1426 y 1427 los huérfanos y los taboritas atacaron Silesia por el norte y Austria por el sur, de modo que se convirtieron no solo en un ejemplo atemorizante, sino también en una seria amenaza militar para toda la Europa central. Entre 1427 y 1431, el movimiento se dirigió cada vez más hacia el exterior. A partir de 1427, cada año incluyó expediciones de los ejércitos husitas más allá de las fronteras, expediciones cuya principal característica era el saqueo. Los ejércitos de huérfanos y taboritas eran ahora fuerzas autónomas a las cuales había que dar empleo; se dedicaban a expediciones de saqueo cada vez más extensas y osadas, adentrándose incluso hasta Berlín, Danzig y Hungría. Sus manifiestos, enviados a los países vecinos, les hacían aparecer como una amenaza social, especialmente para el sur de Alemania. Los únicos amigos de los husitas eran los miembros de la familia Jagellón en Polonia, cuya lucha constante con los caballeros teutónicos y cuyas disputas con Segismundo les predispo-

nían en favor de Bohemia, incluso después de la marcha de Korybut, de modo que el alineamiento de fuerzas en la Europa oriental durante este periodo contaba con un importante elemento de hostilidad eslavo-germánica. Durante estos años se hizo cada vez más evidente que la política de represión por medio de una cruzada no tenía ninguna posibilidad de éxito, a pesar de que el papa Martín V la apoyaba entusiásticamente. La quinta y última cruzada fue promovida en 1431 bajo la jefatura del cardenal Giuliano Cesarini, que llegó a Alemania como legado pontificio convencido de que el concilio de Basilea, que empezó ese año, solo podría ser efectivo si iba precedido de una campaña decisiva que eliminara la amenaza husita. El ejército alemán se disolvió en la huida, abandonando su impedimenta, incluso el crucifijo de oro del cardenal, que fue tomado por los herejes. El fracaso de la quinta cruzada convenció a mucha gente de que solo el compromiso podría poner fin a la amenaza husita. Ya había habido con anterioridad movimientos en este sentido. El hecho de que el concilio de Basilea se reuniera en contra de la voluntad de Martín V se debió en gran parte a la urgencia de la opinión centroeuropea de que había que entrar en tratos con el movimiento husita. La derrota de la cruzada en 1431 destruyó la suposición de que el husitismo debía ser aplastado antes de que sus ideas fueran discutidas y, en particular, sirvió para convencer a Cesarini, presidente del concilio, de que la negociación era la única vía posible.

Durante los tres años siguientes el concilio consiguió su propósito y su triunfo fue un triunfo diplomático. El concilio envió a los husitas una invitación para que participaran en las discusiones de Basilea a finales de 1431. Evidentemente, esta invitación fue recibida de diferente manera por las distintas alas del movimiento; a los moderados les atraía, los taboritas la desdeñaban. A pesar de las objeciones de Procopio, un parlamento decidió aceptar la invitación y el

propio Procopio acabó por adoptar una actitud más conciliadora. Los dirigentes husitas se encontraron con los representantes del concilio en Cheb en mayo de 1432 y, de manera bastante sorprendente, accedieron no solo a acudir a Basilea, sino a discutir los Cuatro Artículos, sirviéndose de las Escrituras y de la tradición. Llegaron a Basilea en enero de 1433; la delegación estaba compuesta por los más eminentes representantes de las diversas tendencias husitas: Juan Rokycana, arzobispo de Praga, que se había destacado como jefe del utraquismo moderado; Nicolás de Pelhrimov, obispo taborita; Pedro Payne, un wycliffita y teólogo de Oxford, que había huido a Bohemia, y el propio Procopio. Durante los tres meses siguientes los husitas presentaron una elaborada defensa de los Cuatro Artículos y los miembros del concilio la criticaron. En abril volvieron a Praga con una delegación del concilio, encabezada por el auditor papal Juan de Palomar, quien, ingeniosa y correctamente, pidió una exposición definitiva de los Cuatro Artículos, lo cual puso inmediatamente de manifiesto las diferencias entre los diversos partidos husitas y sembró la disensión entre ellos. En secreto, en la casa de Rokycana, Palomar se reunió con un grupo de destacados nobles utraquistas y les hizo ver lo humillante de su posición dentro de su propio país, sin poder frente a hombres –los taboritas– que apenas servirían para ser criados suyos, y, por otra parte, las ventajas que les supondría volverse a unir a la Iglesia, unión para la cual el único obstáculo serio era el utraquismo e incluso este podía superarse.

Palomar volvió a Basilea convencido, con razón, de que el descontento general por la tiranía de Procopio y de los ejércitos constituía un punto flaco que podía desarrollarse. En otoño de 1433 fue enviada a Praga una nueva delegación conciliar. Después de algunas discusiones, los delegados pontificios y el Parlamento checo llegaron a la primera versión de lo que se llamaría *Compactata* de Praga. Estos

afirmaban que a los bohemios y moravos se les permitiría la comunión en ambas especies con tal de que aceptaran todas las otras creencias y ceremonias de la Iglesia, que el castigo de los pecados era aceptable en la medida en que solo clérigos castigaran a otros clérigos, que habría libertad de predicación, siempre y cuando se aceptara la autoridad de los obispos, y que la propiedad clerical era permisible. Incluso los teólogos husitas moderados encontraron estos puntos inaceptables, pero se vieron obligados a suscribirlos por el peso de la nobleza en el Parlamento. La unidad se resquebrajó rápidamente. Rokycana insistió en que en Bohemia el utraquismo debía ser obligatorio; los legados no quisieron aceptarlo y dejaron Praga sin llegar a un acuerdo final. El paso siguiente fue la formación, en la primera de 1434, de una liga de nobles bohemios para establecer la paz en el país y suprimir las tropas de soldados que plagaban el campo. El resultado fue la batalla de Lipany, en la cual las fuerzas de los nobles y de la ciudad de Praga derrotaron a los huérfanos y taboritas, destruyendo para siempre el poder militar del husitismo radical y poniendo fin al periodo revolucionario del movimiento.

Segismundo consiguió finalmente ponerse de acuerdo con la nobleza checa en 1435, entrar en Praga en 1436 y gobernar hasta su muerte, en 1437. Hizo posible su vuelta al apoyar los *Compactata* de Praga y al insistir –contra los deseos del concilio y del papa, que estaban a favor de un procedimiento más canónico– en que se aceptara a Rokycana como arzobispo. Así se llegaba a un acuerdo formal y, aparentemente, esto acababa con los problemas. Pero ello resultó estar lejos de la realidad; otros conflictos de diferente tipo habían de continuar, para lo que existían diversas razones. En primer lugar, y en gran parte como resultado de los accidentes genealógicos de la historia de las familias de los Luxemburgo y los Habsburgo, la sucesión al trono quedó interrumpida. Después de que Segismundo muriera sin he-

redero, su sucesor fue Alberto de Habsburgo, que murió dos años más tarde y a cuya muerte siguió la larga minoría de edad (1439-1452) y el corto reinado (1452-1457) de Ladislao el Póstumo. Su muerte volvió a dejar incierta la sucesión. En segundo lugar, el periodo revolucionario había hecho cambiar mucho a la nobleza checa y sus hábitos políticos. Muchos de ellos habían añadido propiedades eclesiásticas a sus dominios, de modo que en el campo el equilibrio de fuerzas se había inclinado algo en su favor. Más de una década de gobierno por parte de la nobleza había acostumbrado a esta al poder y la había hecho menos respetuosa con los reyes; estos hábitos no se abandonaron. En tercer lugar, el concilio, y el papado, en último término, no querían ratificar los *Compactata* de Praga, documento por medio del cual se había separado a los husitas de la reforma. El reconocimiento pleno de Rokycana fue un traspiés y el concilio colocó a la Iglesia checa bajo una comisión especial. Así, en lugar de la esperada restauración de la unidad, de aquí en adelante hubo, prácticamente, dos organizaciones eclesiásticas en Bohemia, la católica y la utraquista, en una difícil yuxtaposición.

Con la muerte de Alberto de Austria la nobleza checa se quedó una vez más sin rey. Tenían un dirigente militar llamado Hynce Ptácek de Pirkstejn, bajo cuya jefatura el país quedó dividido en zonas controladas por la nobleza local. Rokycana fue reconocido como cabeza de la Iglesia utraquista, a la cual el Parlamento en 1444 volvió a confirmar su aprobación, al tiempo que condenaba los movimientos radicales, todavía centrados en Tábor. Ptácek murió en 1444. Tras él, la jefatura recayó en el hombre que había de dominar Bohemia y, hasta cierto punto, la Europa central a mediados del siglo XV: Jorge de Podebrady. Jorge era un noble de la Bohemia oriental que había luchado cuando era un muchacho en el bando que alcanzó la victoria en Lipany. Buen soldado, utraquista convencido, político resuelto pero

clarividente, se convirtió cada vez más en el representante de su clase. Su carrera constituye un ejemplo notable de la autoafirmación de la nobleza del siglo XV frente a las dinastías reales hereditarias, de la que se podrían encontrar ejemplos menos espectaculares en otros reinos. En Bohemia, donde la debilidad de la monarquía era excepcional, como resultado del periodo revolucionario husita, la nobleza elevó al trono a su propio rey. Jorge de Podebrady asumió el gobierno a finales de la década de 1440, cuando Ladislao era todavía menor de edad. En 1448 el emisario del papa Nicolás V, el cardenal Carvajal, visitó Praga en el curso de su misión a Europa central. Volvió a insistir en las objeciones papales contra Rokycana y no quiso ceder terreno. Jorge y la nobleza utraquista ocuparon Praga y, por la fuerza, restauraron a Rokycana en su arzobispado. Los máximos representantes del clero católico que había dominado la ciudad durante algunos años huyeron a Pilsen y el utraquismo volvió a dominar en la ciudad, a pesar de que la nobleza católica siguió constituyendo un partido importante. En 1451 Praga recibió la visita de Eneas Silvio, el futuro papa Pío II, que actuaba como representante de Federico de Habsburgo, rey de los romanos y guardián de Ladislao. Esta visita condujo a un acuerdo por el cual Federico accedía al deseo del Parlamento bohemio de que Jorge fuera gobernante del país bajo la soberanía de los Habsburgo.

En 1452 Jorge de Podebrady emprendió una acción decisiva contra los restos de Tábor. Con la aprobación del Parlamento, sus doctrinas fueron condenadas y sus dirigentes encarcelados; este fue el final de Tábor y del radicalismo religioso como fuerza política en el país, pero no el del sentimiento religioso radical. A mediados del siglo XV comenzó a formarse un nuevo grupo que había de crecer hasta convertirse en la Unidad de los Hermanos Checos. El principal inspirador de este movimiento fue Pedro Chelcicky (alrededor de 1380-1470). Chelcicky, cuya vida es oscura, pertene-

ció probablemente a la pequeña nobleza rural o terrateniente. Se vio envuelto en los movimientos religiosos de las décadas de 1420 y 1430, pero no desempeñó ningún papel destacado en ellos, aun cuando durante este periodo escribió sus obras principales. Sus extensos libros, escritos en checo, expresan una creencia en el pacifismo, el anarquismo y la ley del amor y el cristianismo primitivo. Entre otras, sufrió las influencias de Wycliffe y probablemente de los valdenses. En esencia, sus ideas eran más radicales que las de cualquiera de los dos partidos en lucha. Chelcicky fue el único escritor que proporcionó una elaborada expresión literaria al espíritu de la piedad campesina, que debió animar las vidas oscuras de un gran número de valdenses y lolardos en la Europa de la Baja Edad Media.

Con la extinción de Tábor el problema religioso quedó reducido exclusivamente al conflicto entre utraquistas y católicos. El campo político todavía estaba dominado por la nobleza utraquista. Incluso durante el reinado de Ladislao el Póstumo (1452-1457), Jorge continuó en el poder efectivo como gobernador. Después de la muerte de Ladislao, la nobleza hizo valer su derecho a elegir rey, escogiendo a Jorge en 1458; este gobernó hasta su muerte, en 1471. Su posición continuó siendo ambigua. Puesto que no había obispos utraquistas plenamente cualificados, tuvo que importarlos de Hungría para su coronación y mantener hasta cierto punto una actitud equívoca respecto a los *Compactata* de Praga. En 1466 fue declarado hereje y depuesto por el papa Pablo II y tuvo que enfrentarse en la propia Bohemia a una poderosa liga de la nobleza católica. Sin embargo, mantuvo su posición en el país con una Iglesia medio reformada, contenida con dificultades dentro de la comunidad de la cristiandad latina.

VI. EUROPA Y EL MUNDO EXTERIOR

BIZANCIO Y EL IMPERIO OTOMANO

Durante la mayor parte de la Edad Media los Balcanes, Grecia y Asia Menor estuvieron dominados por los emperadores de Bizancio, quienes, desde su gran capital amurallada de Constantinopla, conservaron durante siglos el aparato de la autoridad imperial, el Derecho romano, la literatura griega y la Iglesia cristiana. Entre los siglos XI y XIII el Imperio bizantino se desintegró y una sucesión de olas de invasores afluyó sobre su territorio: turcos y mongoles desde el este, caballeros franceses y mercaderes italianos desde el oeste. A comienzos del siglo XIV, la antigua esfera de Bizancio incluía una multitud extraordinariamente variada de pequeños Estados resultantes de los conflictos de los siglos anteriores: los reinos eslavos de Serbia y Bulgaria, pequeños Estados en Grecia establecidos por aventureros franceses y catalanes, fragmentos de los Imperios comerciales de Venecia y Génova, diversos sultanatos turcos en Asia Menor. Ningún Estado gozaba de una posición dominante en este vacío de poder y resultaba muy difícil predecir cuál podría ser la estructura política del futuro. La historia de esta área durante el periodo 1320-1450 parece, retrospectivamente, ser en esencia la historia de la ascensión de una de estas potencias, la otomana, hasta ocupar la posición que antaño había tenido Bizancio, pero la historia de esta ascensión es larga y compleja.

El emirato otomano gobernado por Osmán a comienzos del siglo XIV era uno más entre los diversos pequeños Estados turcos de la mitad occidental de Asia Menor, cuyos gobernantes se dedicaban a la *gāzā*, la guerra santa contra los no musulmanes. Servían de frontera entre los mundos cristiano y musulmán. Del mismo modo que los guerreros

cristianos de Castilla y Prusia adquirían méritos por sus actividades como cruzados, los turcos de los territorios fronterizos justificaban sus saqueos con argumentos religiosos. Los otomanos, como los otros gobernantes de Asia Menor y de todo el mundo musulmán septentrional, incluyendo Iraq, Persia y la India, eran originalmente habitantes de la estepa e invasores de territorios islámicos que habían abrazado la fe musulmana con gran ardor e identificaban su papel con la difusión de esta. Entre los turcos de Asia Menor los otomanos fueron los *gazi* más destacados porque eran los que estaban situados más cerca de los restos de Bizancio. En 1326 a Osmán le sucedió Orján, primero de los grandes expansionistas otomanos.

En los Balcanes, Bulgaria, aunque era evidentemente una región muy primitiva, tenía un zar y un sistema administrativo en el cual los títulos de los funcionarios estaban copiados de los de los grandes jerarcas bizantinos. Bulgaria estaba en decadencia; Serbia, por el contrario, bajo el rey Milutin (muerto en 1321), era un país vigoroso y expansionista que había de desempeñar un importante papel durante el siglo XIV. En Grecia, dos principados latinos gobernaban la mayor parte de la tierra firme, el ducado de Atenas, controlado por la llamada Compañía Catalana, aventureros que habían aparecido en Levante a comienzos de siglo, y el principado de Acaya, gobernado por la familia de los reyes angevinos de Nápoles. La administración bizantina tenía todavía una base en la península de Morea, mientras que Eubea y Creta estaban en manos de los venecianos, y Samos en las de los genoveses. Génova tenía una estación comercial en Gálata, al otro lado del Cuerno de Oro de Constantinopla, semejante a los «puertos de tratado» de las potencias occidentales en la China del siglo XIX, y, juntamente con los venecianos, ejercía un dominio imperialista sobre el comercio de la ciudad que antaño había pretendido un Imperio universal.

En 1326 Orján tomó Brusa, poniendo así prácticamente fin al dominio de Bizancio en Asia Menor. El «Imperio» griego, separado de Trebisonda, subsistía todavía (y subsistiría hasta 1461) en la costa sudoriental del mar Negro. Pero la propia Bizancio estaría en adelante confinada a Europa, aferrada al área fluctuante de Tracia y Macedonia. Aunque la gloria de la gran ciudad continuaba careciendo de paralelo, Bizancio, bajo la familia de los Paleólogo que ahora ocupaba el trono, era pequeña, pobre y dividida, con un sistema de impuestos siempre inadecuado para mantener a su ejército y una autoridad central amenazada por los grandes nobles terratenientes. Los años centrales del siglo XIV fueron un periodo de guerras civiles destructivas en el seno de Bizancio que facilitaron el avance de sus peligrosos enemigos por el este y el oeste, los otomanos y Serbia. Estas guerras comenzaron con las disputas en la década de 1320 entre el emperador Andrónico II y su nieto y heredero Andrónico III. A Andrónico III le apoyaba un noble muy poderoso y capaz, que había de tener gran importancia en el destino de Bizancio, Juan Cantacuceno. En 1328 Andrónico III ocupó Constantinopla y obligó a su abuelo a abdicar. Andrónico III (1328-1341) resultó un fracaso frente a los otomanos, que completaron la conquista de la Anatolia noroccidental. En los otros campos fue muy efectivo y amplió el Imperio considerablemente. Utilizó hábilmente las alianzas con los emires turcos no otomanos en contra de los genoveses, recobrando de este modo las islas de Quío y Lesbos. Tuvo éxito frente a Serbia y Bulgaria y, sobre todo, recuperó Tesalia y el Epiro, la mayor parte de la Grecia moderna. A su muerte, el Imperio parecía estar en un estado mucho más sano.

Pero la muerte de Andrónico en 1341, inesperada e imprevista, condujo a una guerra civil desastrosa que aceleró en muchos aspectos la ruina de Bizancio. Su heredero, Juan V, era menor de edad, y su madre, Ana de Saboya, estaba

decidida a asegurar su sucesión. El hombre más poderoso del Imperio era Juan Cantacuceno; parece que estaba conscientemente determinado a desempeñar el papel de viejo estadista y protector del joven emperador, pero la emperatriz fue persuadida por otras personas de que excluyera a Cantacuceno del poder. Ellos controlaban Constantinopla. Cantacuceno se proclamó emperador en Tracia, no con la intención de expulsar al heredero de los Paleólogo, sino más bien de actuar como coemperador y regente. El desorden de la guerra civil que siguió no solo fue en sí mismo debilitante, sino que también se vio agravado por la intervención de las potencias extranjeras más peligrosas y por conflictos sociales dentro del Imperio. Los conflictos sociales fueron obra de los llamados zelotas, que se apoderaron de la ciudad de Salónica y, durante un tiempo, establecieron allí una república independiente. Este parece haber sido un movimiento basado en la oposición a la gran aristocracia terrateniente, de la cual Cantacuceno era un miembro destacado, y en el apoyo de los pobres de la ciudad, y debilitó la posición de Cantacuceno en la parte de Grecia que estaba bajo su control. También coincidió con que por entonces el Imperio estaba desgarrado por controversias religiosas particularmente enconadas que surgían de las disputas acerca de las prácticas de una escuela monástica contemplativa que pretendía poder alcanzar la visión de la divinidad o de la luz divina por medio de ejercicios espirituales. Los partidarios de su teología, el más destacado de los cuales fue Gregorio Palamas, fueron condenados como heterodoxos por los otros teólogos. Las relaciones entre los mundos político y eclesiástico eran de tradición muy diferente en Bizancio a las de la cristiandad latina. La Iglesia ortodoxa no tenía una jerarquía articulada e independiente semejante a la de la Iglesia occidental. En ciertos aspectos, era más individualista y, además, asumía que los seglares podían tomar parte en los debates teológicos y, en particular, que el empe-

rador podía presidir los concilios eclesiásticos. La controversia acerca del hesiquiasmo, el disputado sistema contemplativo, se vio, por lo tanto, fácilmente envuelto en problemas políticos. En líneas generales, Cantacuceno se identificó con el partido hesiquiasta, teniendo como rival al patriarca de Constantinopla, severo oponente de este partido.

Cantacuceno se volvió en busca de ayuda hacia el ambicioso gobernante de Serbia Esteban Dusan, que se apresuró a ayudarle a cambio de aumentar la influencia serbia en el territorio bizantino. También pidió ayuda a los emires turcos amigos; el emir de Aydin y Saruján, que gobernaba el territorio interior de Esmirna, le envió varias veces ayuda a Tracia. Cantacuceno casó a una de sus hijas con el otomano Orján. De esta manera Cantacuceno, uno de los gobernantes bizantinos más conscientes, fue responsable de la introducción de los turcos en Europa. Por entonces, sin embargo, la gran amenaza la constituían los serbios. El Estado de Dusan se extendía hasta el Adriático. En muchos aspectos era un reino bárbaro, pero era más poderoso que Bizancio e incluía, además de los serbios, una numerosa población griega. Dusan se convirtió en otro peligro para Cantacuceno al coronarse ambiciosamente emperador en 1346. Sin embargo, durante el año siguiente, 1347, Cantacuceno consiguió poner fin a la guerra civil al ocupar Constantinopla y establecerse firmemente como emperador. Todavía pretendía gobernar sin prejuicio de que lo acabara haciendo el heredero de los Paleólogo, Juan V, pero la lucha había favorecido a los enemigos del Imperio.

El reinado de Juan VI, como Cantacuceno hizo que se le llamara, comenzó en 1347 (cuando Bizancio se vio asolado por un desastre más, la peste negra) y duró hasta 1354. Conoció algunos triunfos: recuperó Salónica y logró algunos éxitos al desafiar la supremacía genovesa en el mar y en el comercio de Constantinopla. Pero los planes que tenía para

el Estado bizantino no funcionaron. Al casar a Juan V Paleólogo con su hija, Cantacuceno esperaba poder asegurar la unidad sin usurpación, al tiempo que concedía partes del Imperio más distantes a otros miembros de su propia familia. Juan V y Juan VI se pelearon y su pelea brindó otra vez a las potencias extranjeras la oportunidad de inmiscuirse en el territorio bizantino. Cantacuceno utilizó en Europa a sus viejos amigos los otomanos y, como resultado, estos aprovecharon la oportunidad para convertirse, de visitantes ocasionales como aliados, a habitantes permanentes en Europa: los turcos ocuparon Gallípolis y se negaron a abandonarla. Juan V consiguió controlar Constantinopla en 1345 con la ayuda de los genoveses. Cantacuceno abdicó y se retiró a un monasterio. Los Paleólogo habían de gobernar en la ciudad, sin rivales, durante un siglo más, pero durante la mayor parte de este tiempo no fueron sino impotentes protegidos de otros Estados.

Juan V tuvo un largo y agitado reinado de 1354 a 1391, en el curso del cual dejó a un lado el orgullo de sus predecesores hasta el punto de rogar, casi a cualquier precio, ayuda de Occidente para su asediado Imperio. El Imperio de los serbios se derrumbó y los otomanos establecieron su Estado en el continente europeo. Al principio Juan V puso sus esperanzas en Occidente. Había accedido al poder con ayuda genovesa y les concedió las valiosas islas de Quío y Lesbos. A la larga, los genoveses no sirvieron de nada a Bizancio a causa de su rivalidad con Venecia y de que ambas ciudades consideraban al Imperio ante todo como una presa para su propio imperialismo comercial. Juan también reavivó la idea de una unión religiosa entre Roma y Constantinopla como paso para conseguir la ayuda occidental. Escribió al papa en 1355 haciendo las más extravagantes ofertas de sumisión (supervisión de los cambios eclesiásticos por el legado pontificio, sumisión personal del emperador al papa, siendo el hijo de aquel rehén en Aviñón) a

cambio de una ayuda militar sumamente modesta. Un legado pontificio acudió a Constantinopla, pero naturalmente no consiguió romper la oposición de la Iglesia ortodoxa, aunque recibió el homenaje del emperador. Diez años más tarde Juan V buscó la ayuda de otro católico, el rey Luis de Hungría, rebajándose como ningún emperador bizantino anterior lo había hecho al visitar el país de otro gobernante en busca de ayuda. La visita fue un fracaso total. En 1366 consiguió apoyo occidental en la forma de una expedición dirigida por el aventurero y ambicioso conde Amadeo VI de Saboya, primo suyo, cuyo ejército expulsó a los turcos de Gallípolis y fortaleció la posición del emperador en su propio país antes de reclamar joyas para costear sus gastos. Puede que fuera en parte por la impresión que le causó esta expedición por lo que Juan V tomó en 1364 la muy notable medida de viajar hasta Roma para manifestar al papa Urbano V su aceptación personal del catolicismo y pedir ayuda. La visita fue totalmente improductiva. A su vuelta incluso sufrió penosas dificultades financieras en Venecia, donde la república todavía tenía en su poder las joyas que su madre había empeñado para conseguir un préstamo en los días de la guerra civil con Cantacuceno.

Uno de los legados del viaje de Juan a Occidente fue la promesa de ceder la isla de Tenedos, de gran importancia estratégica, a Venecia. Los genoveses, que la tenían en su poder, estaban, naturalmente, en contra de ello. En 1376 apoyaron la rebelión del hijo del emperador, Andrónico IV, comenzando así una guerra que fue a la vez civil, entre el padre y el hijo, e imperialista, entre las dos repúblicas marítimas italianas, conocida en la historia italiana como la Guerra de Chioggia (véase *supra*). La situación se complicó aún más por la ayuda que los turcos concedieron a ambas partes. Juan V recuperó el control en 1381.

Durante el reinado de Juan V los otomanos extendieron y consolidaron grandemente su posición en Europa. Lo que esto significó en términos de población y métodos de ocupación no está muy claro. Parece que realmente los turcos se trasladaron en elevado número desde Asia Menor a Europa, quizá ocupando tierras que habían quedado despobladas por la peste negra. Hubo también numerosas matanzas, deportaciones y saqueos: Europa se convirtió en un campo para que los *gazi* practicaran su profesión de guerra santa como lo habían hecho en Asia. Hubo muchas conversiones prudentes. Por otra parte, debió de haber un número elevado de campesinos que se beneficiaron de la desposesión de sus antiguos señores feudales por los otomanos, y la posición de los no musulmanes que pagaban tributo a cambio de protección no era necesariamente peor que la del contribuyente cristiano en un Estado cristiano: los turcos fueron más tolerantes hacia las otras religiones de lo que habían sido los cruzados cristianos y esto facilitó su avance hacia el interior de Europa. Mientras que la historia social de la expansión es oscura, la inexorable superioridad militar que hizo tan efectivos a los otomanos frente a sus divididos oponentes cristianos está muy clara. También está claro que esta superioridad militar se vio muy reforzada por las continuas divisiones políticas en el interior de Bizancio; los turcos pudieron entrar en Europa porque se les ofreció repetidamente la ocasión de participar en las guerras civiles bizantinas. Orján fue sucedido por Murad I (1362-1389), que asumió el título de sultán, y durante su reinado fue cuando la caída de Constantinopla se convirtió en una posibilidad aceptada. Sin embargo, su mayor logro fue la expansión de la ocupación turca hacia el oeste. En la década de 1360 Murad tomó Adrianópolis y estableció allí su corte, con lo cual los otomanos se enfrentaron con Serbia, que en el pasado reciente había sido un Estado más formidable que Bizancio. Pero los grandes días de Esteban Dusan ha-

bían terminado. En 1371 Murad derrotó a los serbios en Cernomen, a orillas del río Maritza: esta fue la primera gran victoria de los turcos sobre los eslavos de la Europa sudoriental y fue seguida de un rápido avance en el interior del territorio. En 1387 Murad tomó la ciudad bizantina de Salónica, más al oeste. Mientras tanto, los turcos habían hecho expediciones adentrándose por el norte y el oeste en Bulgaria y en Serbia hasta el Danubio. En 1389 el ejército de Murad se enfrentó a los serbios en la gran batalla de Kosovo, tan famosa en la leyenda eslava. Murad murió en ella, pero los serbios sufrieron una derrota total, su nobleza quedó sometida al sultán y el destino de los Balcanes quedó sellado. Bizancio estaba ahora completamente confinado y rodeado. Para entonces Juan V se había acostumbrado a depender del sultán, proporcionándole servicios militares cuando estos eran requeridos. La sumisión había quedado simbolizada por un curioso episodio en 1373, cuando el hijo de Juan, Andrónico IV, se unió a la rebelión de uno de los hijos del sultán. Cuando esta rebelión fue sometida, Murad cegó a su hijo rebelde y exigió que Juan infligiera el mismo castigo al suyo, y Juan tuvo que pretender que así lo hacía. En esta competición en el interior de la familia de los Paleólogo, a finales del reinado de Juan V, entre el emperador y sus hijos, el sultán turco fue, en efecto, el árbitro.

Murad I fue sucedido por un dirigente igualmente formidable, Bayaceto I (1389-1405), que completó el sometimiento de Serbia y en 1394 comenzó a asediar la propia Constantinopla. En este último momento fue cuando la reacción europea frente a los turcos produjo el primer intento realmente impresionante del siglo XIV de acudir en ayuda de Bizancio: la cruzada de Nicópolis.

La idea de la cruzada estaba lejos de extinguirse en la Europa de la Baja Edad Media. Aunque, por supuesto, no hubo empresas comparables a las grandes invasiones de Si-

ria y Palestina, que establecieron y mantuvieron el gobierno latino en Tierra Santa en los dos siglos posteriores a 1095, la concepción esencial del papel del cruzado no había cambiado y era todavía un factor muy importante en la escena europea. En 1365 un ejército cruzado atacó Alejandría bajo la jefatura de un legado pontificio que exhortó a los soldados antes de que desembarcaran con las palabras: «Elegidos caballeros de Cristo, sed confortados en el Señor y en su Santa Cruz; luchad virilmente en la guerra de Dios, sin temer a vuestro enemigo y en la esperanza de que Dios os dé la victoria, pues hoy están abiertas las puertas del paraíso». El control musulmán de los Santos Lugares era una afrenta y la conversión de los no musulmanes, un deber. La idea de que la matanza o la conversión de los infieles era un hecho particularmente meritorio siguió siendo una idea profundamente importante para los cristianos latinos, que los distinguía radicalmente de los cristianos griegos y que hizo que su actitud frente a culturas diferentes fuera más semejante a la de los musulmanes e incluso menos tolerante que la de estos. Había de reaparecer como una fuerza más evidentemente positiva en la expansión de la península ibérica fuera de Europa durante el siglo XVI. En la Baja Edad Media, aunque el sentimiento estaba muy difundido, su expresión estaba en desuso por dos razones. En primer lugar, porque la situación política en el Oriente Próximo, y en especial la fuerza del Egipto mameluco, había hecho imposible la reconquista de Tierra Santa. En segundo lugar, porque la inquieta y expansiva nobleza de la Europa noroccidental en la Alta Edad Media, que había proporcionado los entusiastas soldados de las primeras cruzadas, se había establecido y reposado y era difícil movilizar ejércitos cruzados efectivos.

Sin embargo, la cruzada todavía tenía un papel importante en la vida europea. Los Caballeros Teutónicos habían transferido sus actividades del Levante a Prusia, donde se

dedicaban a una actividad cruzada continua contra los lituanos paganos. Los castellanos se enfrentaban a Granada. La nobleza francesa de Ultramar se había retirado en parte a Chipre, que estaba gobernado por la dinastía Lusiñán. Los Caballeros Hospitalarios arrebataron Rodas a Bizancio en 1309 y la conservaron durante todo este periodo. La organización de una cruzada continuaba siendo un punto cardinal en la política pontificia y, aunque los resultados parezcan irrisorios, a ello dedicó la curia buena parte de sus pensamientos y esfuerzos políticos. Por último, había una abundante literatura sobre las cruzadas que contribuía a mantener viva la idea en la mente de la nobleza europea. Por otro lado, había grandes obstáculos. Todas las partes interesadas mantenían en la práctica una actitud ambigua; no solo estaban los genoveses y venecianos más interesados en la seguridad de su comercio, los Hospitalarios en el control de Rodas y los papas en la conservación de su absolutismo eclesiástico. Todas las potencias cristianas del Levante se mostraron, en una u otra ocasión, dispuestas a aliarse con los musulmanes en contra de otros cristianos. Entre el elevado número de cruzadas menores del siglo XIV destacan unas cuantas con mejor fortuna. Durante la década de 1330, Felipe VI de Francia y el papa Benedicto XII hicieron planes serios que fracasaron porque Felipe se interesó más por la Guerra de los Cien Años. En 1344 una coalición de fuerzas de Chipre, Rodas, Venecia y Génova, con la bendición del papa, arrebató Esmirna al emir turco de Aydin, pero esto no fue realmente más que un episodio de la política levantina. Lo más cercano a una resurrección de la cruzada al viejo estilo, esto es, un intento por liberar Tierra Santa, tuvo lugar en 1365. Este fue el resultado de la iniciativa del rey Pedro I de Chipre, para el cual la cruzada fue la pasión de su vida. Con la bendición papal, viajó por toda Europa buscando ayuda y consiguió reunir un importante ejército que partió de Rodas a atacar la ciudad egipcia de

Alejandría con la esperanza de obligar a los mamelucos a que negociaran a propósito de Jerusalén. Alejandría fue tomada. Los cruzados saquearon la ciudad cruel, destructiva e indiscriminadamente, y luego se marcharon. Cualquier daño que esto causara al mundo musulmán fue compensado por el daño causado al comercio italiano. La cruzada nunca se había mostrado tan claramente como un síntoma del aspecto destructivo de la sociedad feudal. Este fue el último intento de recobrar Tierra Santa, que todavía se hizo más evidentemente irrecuperable cuando el reino cristiano de Armenia, en la Anatolia sudoriental, sucumbió en 1375.

Con las conquistas de Murad II en Europa y el evidente peligro para Hungría y Europa central, así como para Constantinopla, cambió la concepción estratégica de la cruzada. La recuperación de los Santos Lugares se convirtió en un fin último, subordinado a la necesidad inmediata de detener a los turcos. La línea del nuevo frente se situaba en Hungría y, desde entonces, fue el rey de este país el que tuvo un interés más directo en promover cruzadas. Durante más de medio siglo, de 1382 a 1437, el gobernador de Hungría fue el rey Segismundo, quien por esta razón tuvo siempre un marcado interés personal en la cruzada e hizo esfuerzos intermitentes durante toda su vida por despertar en Europa el mismo interés. El responsable de la cruzada de Nicópolis, sin embargo, no fue Segismundo, sino Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, quien durante toda su vida acarició proyectos de cruzadas, no como asunto de vida o muerte, sino como uno de los adornos deseables para la vida de un noble. Era uno de los pocos príncipes que se podía permitir tal gusto a gran escala. Cuando Felipe decidió lanzar una cruzada contra los turcos, todos los recursos de sus posesiones en los Países Bajos fueron movilizados. La cruzada y sus resultados probablemente le costaron, o más bien a sus súbditos, alrededor de medio millón de francos. Esta fue realmente la mayor movilización de recursos de

Europa occidental a gran escala a que hubo de enfrentarse la amenaza turca. Pero la manera en que estos recursos fueron utilizados era coherente con el estilo de vida de la aristocracia francesa del periodo, con la semicaballeresca Guerra de los Cien Años, no con la inexorable maquinaria de conquista que su enemigo, Bayaceto, dirigía. Un importante ejército, principalmente de caballeros franceses y borgoñeses, dirigido por el joven hijo de Felipe, Juan de Nevers (que más tarde sería el duque Juan Sin Miedo), descendió por el Danubio en 1396, se unió a un ejército húngaro y penetró en territorio turco hasta Nicópolis. Cuando el ejército turco se aproximó, parece que se comportaron con brabuconería y negligencia táctica. Muchos murieron y su caudillo fue uno de los capturados. Su padre habría de pagar más tarde un enorme rescate por él. El espíritu de torneo festivo no era la manera de enfrentarse al ejército otomano. Esta fue la última de las cruzadas importantes.

El freno a la expansión otomana, ante la cual fracasó la cruzada de Nicópolis, se produjo unos años más tarde, pero no en Europa, sino en Asia. En la historia general de Asia, el fenómeno más notable –aunque transitorio– de finales del siglo XIV fue el súbito surgimiento de un nuevo imperio entre los pueblos de las estepas, sucesor de Gengis Jan y Chagatay. Timur Lang (Tamerlán) comenzó a construir su imperio desde Samarcanda en 1369. A finales de siglo dominaba las estepas, Persia, Caucasia y Siria y tenía influencia en Asia Menor, la mayor parte de la cual pertenecía entonces al Imperio otomano. El ejército de Timur era una fuerza ante la cual incluso el de los otomanos palidecía hasta la insignificancia. Cuando Bayaceto resistió a la intervención de Timur en Asia Menor, Timur respondió aplastando al ejército otomano con una derrota en Ankara en 1402. El propio Bayaceto fue capturado y, según la leyenda, transportado en una jaula hasta que murió. En realidad el Imperio de Timur no duró mucho tiempo, porque el propio con-

quistador murió en 1405 y su obra se desintegró rápidamente. El perjuicio al mundo musulmán que, según se esperaba en Occidente, seguiría a la resurrección de la potencia mongola, no tuvo lugar a largo plazo. Sin embargo, el encuentro con Timur redujo seriamente el poder otomano. El control otomano sobre los otros emiratos turcos en Asia Menor se vio debilitado durante algún tiempo y la competencia de los hijos de Bayaceto por la sucesión al trono debilitó aún más al Imperio. Además, este periodo coincidió con el gobierno, en Constantinopla, de un emperador inteligente y eficiente, Manuel II (1391-1425), que fue capaz de explotar la situación. El desastre de Nicópolis había ido seguido por el largo y casi fatal sitio que Bayaceto puso a Constantinopla. Manuel II decidió seguir el ejemplo de su padre y viajar a Europa occidental en busca de ayuda. Su viaje, que realizó entre los años 1400 y 1403 y que lo llevó hasta Inglaterra incluso, fue en su mayor parte improductivo, pero, cuando volvió, la situación en su país era mucho más favorable. Los sucesores de Bayaceto, Solimán (1402-1411) y Mehmet I (1413-1421), necesitaron de la ayuda bizantina para establecerse en el trono. Por lo tanto, la relación que había tenido la generación previa se vio invertida durante algún tiempo: los otomanos se hicieron explícitamente dependientes de Bizancio y algunos territorios, incluyendo Salónica, fueron restituidos. En las dos primeras décadas del siglo XV, Bizancio gozó de su último veranillo de San Martín.

Los gobernantes bizantino y otomano que se enfrentaron en la siguiente generación, Murad II (1422-1451) y Juan VIII (1425-1448), tuvieron una relación diferente, producida por la resurrección de la unidad y la expansión otomana. Los bizantinos intentaron apoyar a un pretendiente frente a Murad en los primeros años del gobierno de este, pero su treta no dio resultado. Murad obtuvo el control y volvió a poner sitio a Constantinopla. Bizancio, de manera bastante

sorprendente, intentó el experimento de entregar una de sus posesiones más importantes, a la vez que más amenazadas, la ciudad de Salónica, a Venecia, que aceptó la entrega y la gobernó de 1423 a 1430. Pero también en este punto la fuerza otomana era demasiado grande. Salónica fue tomada y terriblemente saqueada y gran parte sus habitantes fueron reducidos a la esclavitud en 1430. La esfera de Bizancio volvió a reducirse. Únicamente floreció en Morea, gobernada por los hermanos de Juan VIII. Frente a todos estos desastres, Juan VIII volvió a resucitar, por última vez, el gran sueño impracticable que había rondado repetidamente la imaginación de Oriente y Occidente durante los últimos doscientos años: el sueño de la unión de las Iglesias oriental y occidental, unión a la que seguiría una ayuda a Bizancio bajo los auspicios del papa. En la década de 1430, cuando Juan inició sus aproximaciones, la situación de la Iglesia latina era extraordinariamente favorable para el proyecto de unión. En el pasado, la mayor diferencia entre ambas Iglesias siempre había sido que los latinos partían de que la unión era exclusivamente un asunto de sumisión a la supremacía pontificia, mientras que los griegos pensaban que la única esperanza de reconciliación se realizaría por medio de un concilio general de ambas Iglesias. Durante el periodo de éxito del concilio de Basilea, a mediados de la década de 1430, no solo la autoridad pontificia estaba a un nivel muy bajo, sino que la influencia de las teorías conciliaristas de la Iglesia mantenidas por los protagonistas de Basilea estaba en su cima. Por lo tanto, la idea de un concilio general encontró una aceptación mucho más fácil que en las ocasiones anteriores. En teoría, estaba de acuerdo con el pensamiento occidental entonces en boga –mientras que anteriormente esta idea se había considerado, sencillamente, como una amenaza impertinente a la supremacía papal– y, además, el papa Eugenio IV y sus oponentes de Basilea estaban dispuestos a competir por el honor de ser los instrumentos de

la unión. Por lo tanto, había algunas perspectivas de llegar a un acuerdo que no fuera únicamente un arreglo personal entre el emperador y el papa, sino que incluyera también a la Iglesia griega. Después de las negociaciones con el papa y el concilio, el emperador en persona viajó hacia Occidente para reunirse con el papa en Ferrara y en Florencia, en 1438-1439. La delegación incluía también al patriarca de Constantinopla, a representantes de los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, y a otros clérigos destacados. El resultado de las largas discusiones fue un decreto de unión cuyas cláusulas implicaban la sumisión a las doctrinas de los latinos por parte de los griegos o difuminaban las diferencias entre ambos: en particular, afirmaban la supremacía de Roma. Fue firmado por todos los delegados bizantinos, a excepción de Marco Eugénico, obispo de Éfeso, que se opuso a él, pero tan pronto como el emperador regresó a Constantinopla se puso de manifiesto que era un documento sin valor. Las concesiones hechas por los delegados no tuvieron prácticamente ningún defensor entre el pueblo y el clero de la Iglesia griega. Dos de los principales defensores de la unión, Bessarion, obispo de Nicea, e Isidoro, obispo de Kiev, huyeron a Occidente y terminaron sus días como cardenales.

El interés del papa por la cuestión llevó, sin embargo, a una resurrección de las actividades a favor de una cruzada en la década de 1440. La continua presión del ejército turco sobre las fronteras de Hungría, donde Belgrado estaba ahora sitiada, produjeron una reacción encabezada por el general húngaro Juan Hunyadi y el rey de Polonia y Hungría, Ladislao III. En 1443 ambos participaron en una cruzada organizada por el cardenal Giuliano Cesarini, legado pontificio, que avanzó hacia Bulgaria y luego firmó una tregua de diez años con el sultán. Más adelante, en ese mismo año, Cesarini, Ladislao y Hunyadi decidieron, al parecer, hacer caso omiso de la tregua y avanzar de nuevo. En Varna, a

orillas del mar Negro, el enfurecido sultán barrió su ejército, matando a Ladislao y a Cesarini. Hunyadi fue nuevamente derrotado en 1448 en Kosovo, escenario de la gran victoria sobre los serbios en 1387. Esto supuso un freno eficaz a las esperanzas occidentales de hacer retroceder la frontera turca en Europa, pero al final de su vida Murad se mostró dispuesto a aceptar los límites existentes de Turquía. Sin embargo, en 1451 Murad fue sucedido por un sultán de designios mucho más ambiciosos, Mehmet II el Conquistador (1451-1481). Mehmet decidió tomar Constantinopla y comenzó los preparativos del sitio en 1452. Los defensores de la ciudad eran pobres y escasos. Consiguieron poca ayuda exterior, exceptuando a los venecianos y genoveses, algunos de los cuales lucharon heroicamente. Dependían principalmente de las ventajas de la situación geográfica de la ciudad y de su gran muralla, que había sido construida por primera vez mil años antes. Constantinopla había sido sitiada a menudo, pero nunca tomada; ahora se enfrentaba a un ejército enorme y a una avanzada artillería. Los turcos vencieron a los defensores por el puro peso de su número y de sus armas. El 29 de mayo de 1453 atravesaron la muralla, mataron al último emperador, Constantino XI, y sometieron a la ciudad a un tremendo pillaje.

La caída de Constantinopla fue considerada por todo el mundo europeo como un acontecimiento transcendental. El historiador no puede calificar al hundimiento final de un Estado que había sido tan débil durante tanto tiempo como hito de una época: el equilibrio de fuerzas apenas se vio alterado por la catástrofe de 1453. Durante la mayor parte del periodo que este libro abarca, Bizancio fue uno más, y no el más destacado, de los Estados rivales del Levante y los Balcanes. Sin embargo, este es el momento de considerar su relación con el mundo ortodoxo. La importancia del Imperio y del emperador bizantino era inseparable de la relación del Estado con la Iglesia griega. No había nada en Occiden-

te que fuera paralelo a esto, como quedó expresado en una correspondencia reveladora entre el príncipe Basilio I de Moscú, cristiano griego, y el patriarca de Constantinopla a finales del siglo XIV. El ruso, al comentar la impotencia de Manuel II, decía: «Tenemos una Iglesia, pero no tenemos un emperador», a lo cual replicaba el patriarca: «No es posible que los cristianos tengan una Iglesia sin tener un emperador, porque la soberanía imperial y la Iglesia forman una única entidad y no pueden ser separadas la una de la otra». El emperador era único. Esta concepción de la Iglesia y el Estado era muy diferente del dualismo de la cristiandad latina; permitía un mayor poder en los asuntos eclesiásticos al emperador, y no había papa griego. Durante los últimos y debilitados siglos de Bizancio, el emperador y su capital, cuyas iglesias y monasterios se veneraban en todo el mundo ortodoxo, sacaron prestigio de su relación con la Iglesia griega. El gobernante serbio Esteban Dusan, por ejemplo, imitó a la corte imperial y reconoció la superioridad general del emperador. Pero, en último término, el príncipe Basilio tenía razón: la Iglesia podía pasarse sin emperador. En la tradición ortodoxa, los eclesiásticos eran más deferentes hacia los gobernantes laicos que en Occidente, pero no tenían una autoridad central. De ahí la patética futilidad de los diversos intentos, que culminaron en el concilio de Florencia, por conseguir una unión de las Iglesias a través del papa y del emperador, y de ahí el relativamente ligero efecto que la caída del Imperio tuvo sobre la Iglesia. A través de todo este periodo a la Iglesia ortodoxa pertenecieron no solo los griegos, sino también los serbios, los bulgaros, los válacos y los rusos, aunque estos habían quedado políticamente aislados de Bizancio por la conquista mongola del sur de Rusia. El avance de los turcos no hizo cambiar su preferencia por la Iglesia griega en lugar de la latina. En 1441 los rusos encarcelaron a su metropolitano, Isidoro, porque era partidario de la unión, y eligieron por último a

un metropolitano ruso. En la Europa ocupada por los turcos, a pesar de la profanación de muchas iglesias y de las conversiones al Islam, la Iglesia siguió existiendo bajo la protección del Estado infiel. Después de la toma de Constantinopla, Mehmet II solicitó los servicios del monje y erudito Jorge Escolario, que había sido un fervoroso oponente de la unión, y le instaló como patriarca de Constantinopla con la intención de continuar, en la medida de lo posible, la relación entre el gobernante de Bizancio y la Iglesia. Por lo tanto, la Iglesia ortodoxa conservó, en alto grado, su amorfa existencia en la Europa oriental a lo largo de la agonía del Imperio bizantino, permaneciendo geográficamente tan extensa como antes e igualmente hostil a la Iglesia de Roma.

Resulta paradójico que, a pesar del abismo eclesiástico entre ellos, la influencia intelectual de Bizancio sobre Europa fuera mayor durante este periodo de lo que lo había sido con anterioridad. El siglo XIV presenció un renacimiento del interés por la literatura griega pagana entre los bizantinos y un nuevo énfasis en su pasado griego. Ello se vio facilitado por la difusión de la enseñanza superior entre los seglares, que distinguía a la sociedad bizantina de la latina tradicional. En Constantinopla, la cultura era mucho menos el coto del clero: los emperadores Juan Cantacuceno (que escribió, una vez retirado, una historia de su tiempo) y Manuel II (que escribió obras de retórica) son ejemplos de estadistas laicos y cultos de un tipo que sería difícil encontrar en Occidente durante este periodo. El helenismo bizantino encontró una audiencia receptiva en la burguesía de las ciudades italianas y, añadido a los lazos comerciales de venecianos y genoveses, el interés político de los griegos por la ayuda occidental unió a ambas partes en un momento crucial para el desarrollo del pensamiento italiano del Renacimiento. Dos nombres son dignos de resaltarse. Manuel Crisoloras, que fue enviado por Manuel II a Occidente en los

últimos años del siglo XIV, fue uno de los principales responsables del estímulo que recibió el estudio del griego en Italia. En la primera mitad del siglo XV uno de los principales centros de la vida bizantina fue el despotado de Marea, más al abrigo que Constantinopla de la constante amenaza de un ataque turco. En el pequeño Estado, la ciudad de Mistra se convirtió en un centro cultural. Su luminaria más notable fue Jorge Gemisto Pletón, que hizo revivir el estudio de Platón y construyó una filosofía política pagana basada en sus *Leyes.* Como delegado en el concilio de Florencia, impulsó en Italia el estudio de Platón y de la lengua griega en general.

El despotado de Morea cayó frente al sultán poco tiempo después de Bizancio. Mehmet II estaba curiosamente influido por el legado bizantino. Su ambición era crear un Imperio universal a imitación de Bizancio y basado en la misma capital. «En su opinión», decía un comentador italiano, «solo debería haber un imperio, una fe y un único soberano en todo el mundo. Ningún lugar merecía más que Constantinopla crear esta unidad del mundo. El conquistador creía que gracias a esta ciudad podría extender su gobierno sobre todo el mundo cristiano». Mehmet imaginaba, como demostró al conservar al patriarca, que podría ser el mayor poder tanto del mundo musulmán como del cristiano. Desde el punto de vista occidental, el rasgo más notable de su reinado, con posterioridad a 1453, fue la larga guerra que mantuvo con Venecia entre 1463-1479. En este tiempo los venecianos poseían todavía la isla de Eubea y habían tratado de establecer su control sobre Morea. Acabaron siendo expulsados de ambos lugares y concluyeron una paz que los dejaba limitados a unas cuantas bases en Grecia y en el Egeo. Tenían todavía Creta. Al final de su vida (1480-1481), los soldados de Mehmet establecieron durante algún tiempo una cabeza de puente en Italia, en Otranto.

La estructura del Estado otomano era fundamentalmente diferente de la de cualquier Estado europeo. Se basaba en una administración desempeñada por funcionarios que, por alto que fuera su rango, eran esclavos personales del sultán. El gobierno de este estaba reforzado por los cuerpos de jenízaros, soldados profesionales durante toda su vida que también dependían personalmente del sultán. Ningún gobernante europeo tuvo nunca un poder comparable sobre sus súbditos. A pesar de su carácter exótico, el Imperio otomano se hallaba ahora establecido como una de las principales potencias europeas, llenando el vacío de poder que la decadencia de Bizancio había dejado en los Balcanes.

LOS COMIENZOS DE LA EXPANSIÓN EUROPEA

Si un observador imparcial y omnisciente hubiera examinado las perspectivas de los pueblos de todo el mundo en el siglo XIV, sin duda no habría predicho el triunfante futuro de Europa. En 1400 la cristiandad latina era una más, y probablemente no la mayor en términos de población, de las varias áreas existentes de civilización avanzada, comparable en extensión a los mundos musulmán, indio o chino, y geográficamente más bien a la defensiva. Un siglo más tarde Vasco da Gama había llegado a la India y Colón al Caribe, con lo cual Europa se lanzaba decisivamente a la carrera de descubrir la verdadera naturaleza geográfica del mundo y someter civilizaciones rivales. La Europa en contracción de 1400 y la Europa en expansión de 1500 están significativamente conectadas. La Europa medieval durante los siglos XII y XIII había demostrado fuertes tendencias expansionistas hacia el este; no solo las cruzadas en Levante, sino también la penetración en Asia de los mercaderes italianos que condujo a los viajes de Marco Polo por China y el nombramiento de un obispo católico en Pekín a principios del siglo XIV. Pero en el curso de este siglo Asia quedó cerrada para los italianos. El estallido del Imperio mongol hizo que

los viajes transcontinentales fueran más difíciles y los mercaderes europeos quedaron confinados a puertos como Kafa, Constantinopla, Esmirna y Alejandría, en el borde con Asia. A finales de siglo los otomanos constituían un nuevo obstáculo formidable y se estaban extendiendo por Europa. Aunque el comercio italiano con Asia no fue interrumpido y continuó siendo de la mayor importancia mucho tiempo después de que se descubrieran las rutas marítimas, se vio obstaculizado y limitado. Los italianos tuvieron menos estímulos para ir hacia el este y, por lo tanto, más interés en ir hacia el oeste. Si Asia hubiera estado más abierta es menos probable que un genovés aventurero como Colón hubiera naufragado en la costa de Portugal. Pero este no es asunto de una sola persona. La contribución italiana al despegue de la península ibérica fue crucial. El cierre de Asia hizo que Europa volviera sus ojos del este hacia el oeste y, por lo tanto, hacia las rutas marítimas del Atlántico, por las cuales, en otras circunstancias, quizá se habría interesado menos.

Por su situación geográfica, su tradición marítima y sus contactos comerciales, la China de los Ming estaba indiscutiblemente mucho mejor equipada que Europa para abrir al comercio los países que rodean al Océano Índico, para establecer contactos con la costa de África y, en general, para descubrir el mundo. En 1400 los chinos estaban probablemente más adelantados que los europeos en cuanto a la construcción de barcos manejables y a la técnica de la navegación. Había una larga tradición de comercio chino no solo con la India sino también con Arabia del sur y con partes de la costa africana. Además, a finales del siglo XIV, en vísperas de las empresas portuguesas, el gobierno imperial instituyó un ambicioso programa de viajes mercantiles. Una flota de sesenta y dos grandes barcos que transportaban a treinta mil hombres fue enviada en 1405 a las Indias Orientales y al sur de la India. Este viaje fue seguido de otros de semejante índole; unos cuantos años más tarde, se exten-

dían hasta Aden y la costa africana de Somalia. En el mismo momento en que los portugueses comenzaban a interesarse por la costa occidental africana, los chinos estaban reforzando sus antiguos contactos con la oriental a mucha mayor escala. La última de estas expediciones a la costa africana tuvo lugar en 1431; a partir de entonces, la política de emprender tales viajes cesó abrupta y decisivamente. Estos viajes tuvieron probablemente varios motivos: el objetivo militar y diplomático de impresionar a otros países con un despliegue del poder chino, la mejora de la armada, el comercio provechoso y quizá también la satisfacción de la curiosidad científica. Fueron promovidos y financiados por la corte imperial. La razón de que fueran abandonados parece haber sido un conflicto interno en la administración imperial; las expediciones contaban con el apoyo de los eunucos de la corte, y las primeras habían sido dirigidas por un destacado miembro de esta clase. El poder de los eunucos era considerado un peligro por los nobles eruditos de la burocracia imperial que controlaban la política estatal. En contra de la política de expediciones se alegó que la promoción del comercio era una actividad baja e impropia del gobierno del emperador y que la defensa de las fronteras continentales del Imperio necesitaba dinero que se estaba desperdiciando en innecesarias demostraciones de fuerza en el lejano sur. Por lo tanto, China abandonó la exploración y expansión marítima y dejó el campo libre para los europeos occidentales. El cese de la expansión china no fue cuestión de incompetencia técnica o administrativa –pues en estos campos iban a la cabeza–, sino de estructura política y social.

El control centralizado de los viajes de descubrimiento chinos y su naturaleza semicientífica contrasta muy claramente con las condiciones que se daban en Europa y explica mucho por qué fue Europa quien efectivamente exploró el mundo. En la perspectiva de la historia universal, las ra-

zones de la superioridad europea en la exploración y en la conquista han de encontrarse en ciertas características esenciales de la sociedad europea: la amplia distribución del poder y la riqueza que condujo a una dura competencia entre reyes, entre nobles y entre mercaderes; la riqueza individual y la empresa económica fomentadas por las ciudades europeas, el espíritu de cruzada de la cristiandad latina. Estas eran características que ya existían antes del periodo que abarca este libro, productos de la evolución de Europa en la Alta Edad Media desde el siglo X al XIII. Sin embargo, una de las paradojas de la historia europea es que el impulso hacia la expansión ultramarina se produjo en un periodo de contracción general tanto en la economía europea como en la extensión geográfica de la cristiandad latina. La exploración portuguesa en África, que había de llevar directamente al descubrimiento de la ruta de la India alrededor del cabo de Buena Esperanza, comenzó con la toma de Ceuta en 1415, cuando la economía europea parece que entró en su periodo de mayor contracción global. Esto suscita el problema de explicar no las condiciones generales de la superioridad europea en la empresa marítima y comercial, sino las circunstancias particulares que llevaron a los comienzos de la expansión en aquel momento.

En esta explicación se debe conceder un importante lugar a las condiciones económicas de esta parte de Europa. Hablando en términos generales, la exploración portuguesa de la costa de África fue motivada por la búsqueda de tres cosas: triunfo de la cruzada contra el mundo musulmán, oro y esclavos. El norte de África era una fuente de oro crucial para el mundo de la Baja Edad Media, en el cual los metales preciosos eran muy escasos. La Europa mediterránea tenía con el Maghrib (las costas del noroeste de África) una balanza comercial favorable. Los paños y el trigo europeos eran exportados allí principalmente por mercaderes de Génova, Cataluña y el resto de la península ibérica. Las

rutas de las caravanas del Sahara traían el oro del Sudán a la costa norteafricana, donde se intercambiaba por productos europeos. De esta manera el oro africano irrigó la economía europea en un momento en que esta lo necesitaba premiosamente y ayudó a mantener la desfavorable balanza comercial de Europa con el mundo asiático. La relación con el norte de Africa era antigua y bien conocida. Uno de los propósitos de los portugueses era romperla y adquirir una posición particularmente ventajosa, acercándose a la fuente del oro. Los esclavos africanos eran también una importación bien conocida en Europa, en particular en la península ibérica, y la mano de obra era muy escasa a comienzos del siglo XV.

Los primeros exploradores que se sabe se aventuraron por el Atlántico fueron unos genoveses, los hermanos Vivaldi, que partieron a encontrar la «India» más allá del estrecho de Gibraltar en 1291 y desaparecieron. Otro genovés construyó un fuerte en una de las Canarias, probablemente a principios del siglo XIV. En 1341 una expedición conjunta de florentinos y genoveses, patrocinada por el rey de Portugal, partió hacia las Canarias. En la década de 1340 expediciones mallorquinas y catalanas partieron hacia Canarias y a su regreso trajeron a algunos habitantes de las islas. En 1346 la expedición catalana de Jaime Ferrer descendió por la costa africana explícitamente en busca de oro. Estos intentos de las potencias marítimas mediterráneas hasta 1350 por penetrar en el sur del Atlántico fracasaron. Se sabe poco acerca de ellos, pero una de las razones de su fracaso puede que fuera lo poco apropiado de sus barcos, lo cual suscita la importante cuestión del contexto técnico de los descubrimientos. Era esencial que los exploradores tuvieran un equipo técnico de dos tipos: en primer lugar, un sistema de navegación adecuado; en segundo lugar, barcos apropiados a la empresa.

En cuanto al primer requisito, los portugueses dependían al principio de los sistemas de navegación que habían sido desarrollados en el Mediterráneo. Los marineros del Mediterráneo tenían por entonces buenas cartas de navegación de las zonas que frecuentaban y la brújula. Los «portulanos», como se llamaban sus mapas, eran cartas bastante exactas de las líneas costeras cubiertas de redes de rutas que unían a los puertos y a los puntos terrestres destacados. Con una de esas cartas y un poco de trigonometría elemental, un marino podía dirigir su rumbo entre dos puertos. A finales del siglo XIV los mapas italianos y catalanes cubrían el Mediterráneo, parte de la costa occidental de Europa y la costa africana hasta el cabo Bojador, el mundo auténticamente conocido. La escuela cartográfica más avanzada era la de los judíos de Mallorca, que utilizaban además los conocimientos del mundo árabe. Es sabido que el gran protector de los exploradores, el príncipe Enrique, empleó a los más expertos cartógrafos y navegantes que pudo encontrar, incluyendo a los judíos mallorquines. Los primeros exploradores portugueses utilizaron este sistema de navegación, pero en un momento dado lo superaron, en los comienzos de la navegación astronómica, haciendo uso del cuadrante y del astrolabio para determinar la latitud por medio de la estrella polar. No está claro en qué momento los portugueses, en su avance hacia lo desconocido, comenzaron a hacer uso de este método sumamente abstracto para determinar su posición, importante adelanto intelectual. Fue probablemente a mediados del siglo XV.

En el diseño de los barcos, sin embargo, el Mediterráneo contribuyó en menor medida. Las bien desarrolladas rutas del comercio mediterráneo eran frecuentadas por galeras, barcos grandes y largos de poco calado, movidas por remeros. Admirables dentro de su propia esfera, en el Atlántico se encontraban en grave desventaja. La Europa del noroeste había desarrollado un modelo de barco muy diferente

para enfrentarse con los temporales del Atlántico: el *cog,* barco corto y redondeado impulsado por velas, al que el diverso número de estas y el timón fijo prestaban gran capacidad de maniobra. La gran fuerza de lberia como punto de partida para la exploración de los mares residió en que se beneficiaba de la experiencia atlántica, además de la mediterránea. El desarrollo marítimo de la Castilla atlántica y de Portugal estaba muy adelantado a finales del siglo XIV; indicio de ello fue el papel que sus flotas desempeñaron en la Guerra de los Cien Años. Lisboa era a la vez un punto importante de la ruta de los genoveses, venecianos y catalanes hacia los Países Bajos y el centro de una comunidad comercial autóctona. Los portugueses desarrollaron el barco que hizo posibles los descubrimientos, la carabela: barco largo que tenía velas triangulares y cuadradas y un timón fijo.

El hombre a quien se debió el inicio de los viajes de descubrimiento portugueses pertenecía al tipo familiar de aventurero de la Baja Edad Media. Enrique el Navegante fue el tercer hijo del rey Juan I de Portugal. Como su abuelo, Juan de Gante, era un príncipe que buscaba una esfera de actividad apropiada. Sus aventuras en África comenzaron con el ataque y captura de la ciudad mora de Ceuta, cerca de Tánger, en 1415. Desde entonces, Enrique se dedicó a actividades relacionadas con la cruzada y la expansión económica, dirigiendo numerosas expediciones al sur de la costa africana, en parte porque fracasó varias veces en su intento de ampliar su base de Ceuta con una conquista más extensa de Marruecos. Sin embargo, no hay pruebas de que tuviera ningún interés intelectual por la exploración ni de que estuviera interesado en propagar el comercio, excepto como fuente de dinero para sus propias empresas. Todo sugiere que estaba sobre todo dedicado a la cruzada y que esperaba conseguir la inmortalidad estableciendo contacto con el legendario y cristiano Preste Juan, y rodeando al mundo musulmán. Enrique fue nombrado gobernador de

la provincia del Algarve, en el sur de Portugal, y el puerto de Lagos, en esta región, se convirtió en el centro de la actividad exploradora. Hasta 1434 sus barcos estuvieron confinados a la costa al norte del cabo Bojador. En este año realizaron la difícil hazaña de utilizar los vientos para pasar el cabo y para regresar después. En 1444 habían alcanzado cabo Verde. Cuando Enrique murió en 1460 estaban pasando Sierra Leona. También para entonces se había establecido en Arguin la primera base para el comercio con el interior. Una «factoría» más permanente fue establecida en 1483 en Mina, en lo que ahora es Ghana. Antes de la muerte de Enrique, parte de sus sueños quedaba ciertamente realizada. El oro se compraba en la costa africana y se traía a Portugal. El primer cargamento de esclavos negros desembarcó en Lagos en 1444. Arguin, tal como la describió el veneciano Cadamosto, que dirigió para Enrique una expedición por la costa en 1455, tenía ya la estructura de las futuras bases comerciales europeas. Aquellos que tenían un contrato con Enrique tenían casas en la isla e intercambiaban paño, plata, seda y trigo con los visitantes árabes a cambio de esclavos y oro. Al mismo tiempo se estaban desarrollando las potencialidades económicas de las islas del Atlántico. Madeira fue redescubierta por dos caballeros de Enrique en 1420. A mediados de siglo se producía allí caña de azúcar a gran escala, que estaba comenzando a incluirse en el comercio europeo. Las Canarias habían sido ocupadas en 1402 por dos nobles franceses apoyados por el rey de Castilla. Enrique el Navegante intentó ocuparlas por la fuerza en 1425 e inició una larga serie de disputas con Castilla acerca de sus derechos sobre ellas, pero Castilla continuó ocupándolas efectivamente. Los hombres de Enrique redescubrieron las Azores en 1427 y comenzaron a ocuparlas de modo eficaz. Al final de la vida de Enrique los portugueses, a lo largo de la costa africana, en las Azores y en Madeira habían producido, por primera vez fuera del Mediterráneo, la

estructura del imperialismo comercial que las naciones europeas habían de aplicar en todo el mundo.

En este complejo portugués de descubrimiento y comercio se vio iniciado accidentalmente Cristóbal Colón más tarde, en el mismo siglo. En 1476 se unió a la colonia genovesa de Lisboa; intervino en negocios relacionados con el azúcar de Madeira y parece que también hizo un viaje a la factoría de Mina. Su convicción de que era posible navegar por el oeste hasta Asia, sin embargo, le venía de la influencia del mundo intelectual del Renacimiento. No se sabe cómo adquirió Colón sus ideas, o al menos se conoce de manera incierta, pero resulta bastante evidente de qué contexto cultural procedían. Antes del siglo XV, aunque se aceptaba que el mundo era una esfera, los cartógrafos no tenían ningún interés, y poco los científicos escolásticos, por el problema de situar exactamente los puntos geográficos en relación con la latitud y la longitud. Esto se había hecho en la Antigüedad y, en especial en el siglo II, en la *Geografía* de Tolomeo, un libro griego que fue por primera vez traducido al latín y, por lo tanto, hecho asequible para el mundo europeo por un discípulo florentino de Manuel Crisoloras, Jacopo d'Angelo, en 1409. Con los datos que Tolomeo proporcionaba se podía trazar un mapa de Europa, el Oriente Próximo y el sur de Asia que podríamos reconocer en sus líneas generales. Sin embargo, la importancia de Tolomeo no radica en la precisa información geográfica que su libro contiene, sino en cómo estimuló a la gente a imaginar el mundo conocido extendido sobre un globo con coordenadas de latitud y longitud relacionadas con el tamaño y forma de la esfera: en otras palabras, a ver el mundo en perspectiva. Esta fue una revolución intelectual que en un principio no tuvo nada que ver con los esfuerzos de los cartógrafos, que continuaron haciendo portulanos empíricos, o de los exploradores. Fue una influencia totalmente libresca del mundo de los humanistas florentinos, popularizada

durante el siglo XV por intelectuales como Eneas Silvio. En el caso de Colón, coincidió un interés apasionado por las especulaciones científicas acerca del tamaño del mundo con la experiencia práctica de las empresas marítimas portuguesas.

La amalgama de ciencia y técnica en Colón, como en Leonardo, tuvo lugar a finales del siglo XV. Antes de 1450, hombres prácticos en busca de objetivos tradicionales habían puesto las bases de la expansión. Como en el invento contemporáneo de la imprenta, lo más notable de los descubrimientos de comienzos del siglo XV es lo poco espectacular de sus orígenes.

VII. LA CRISIS DE LAS MONARQUÍAS EN EL SIGLO XV

La monarquía medieval estaba sujeta a conflictos y rebeliones endémicas porque dependía de un equilibrio de fuerzas entre el príncipe y la nobleza que podía quedar fácilmente alterado por fracasos personales. Por lo tanto, la historia interna de todas las regiones de Europa donde floreció a gran escala la realeza –Francia, Inglaterra, España y la Europa orientales– estuvo lejos de ser apacible durante el siglo XIV. Durante el siglo XV, sin embargo, en todas estas regiones las monarquías atravesaron crisis de un carácter más profundo que las alteraciones anteriores: la prolongada enfermedad de la monarquía francesa durante la invasión inglesa, el colapso de la autoridad real en la primera parte de la Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra, la impotencia de las monarquías españolas durante los reinados de Enrique IV y Juan II, la desintegración del poder de los Luxemburgo-Habsburgo en la Europa central. Se sabe todavía demasiado poco acerca de la estructura de estas crisis para que los historiadores puedan juzgar hasta qué punto tuvieron orígenes similares. Todas ellas llevaron consigo guerras y problemas dinásticos y, también, la debilidad estructural de los Estados. Una de las razones por las cuales este fue un mal periodo para el gobierno en general fue que los sistemas fiscales y la autoridad, cada vez más obsoletos, del Estado medieval seguían en pie y resultaban inefectivos en una etapa de decadencia de la riqueza de la tierra; pero también fueron muy importantes el carácter y la política de cada príncipe. La interrelación es compleja; sin embargo, el fenómeno de la crisis de la monarquía es muy simple. Está igualmente claro que en las principales regiones tradicionalmente dominadas por monarcas poderosos hubo una espectacular recuperación del poder a finales del mismo siglo.

FRANCIA: EL FIN DE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

En 1380, al final del reinado del gran rey Carlos V, la monarquía francesa era otra vez, indiscutiblemente, el Estado más poderoso de Europa, con sus territorios reunidos tras las laceraciones de las fases anteriores de la Guerra de los Cien Años, su sistema financiero notablemente productivo y flexible, su ejército grande y eficaz, su nobleza, en general, sumisa a la voluntad real. Los ochenta años siguientes estuvieron netamente divididos entre los reinados de únicamente dos reyes de la casa de los Valois, hijo y nieto de Carlos, respectivamente, Carlos VI (1380-1422) y Carlos VII (1422-1461). Había de ser un periodo de la mayor importancia y de las más violentas alteraciones en la historia de la Corona francesa. Durante estos ochenta años Francia, como unidad política, estuvo más cerca de extinguirse que en ningún otro momento desde que la creó Felipe Augusto (1180-1223). De los desastres emergió más poderosa que nunca y más fácil de reconocer como la monarquía del *Ancien Régime.*

La Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia puede dividirse para mayor conveniencia en dos grandes fases. La primera se cierra poco después de 1380, en gran parte debido a que ni los reyes franceses ni los ingleses tenían la ambición o la tenacidad suficiente para prolongarla. La segunda comenzó con las invasiones del rey inglés Enrique V en 1415 y después. A partir de 1380, la guerra con Inglaterra, que había dominado los tres gobiernos previos, tuvo un papel mucho más pequeño en la historia francesa durante unos treinta años.

Carlos VI tenía once años cuando murió su padre. Como era demasiado joven, el gobierno de Francia durante estos primeros años estuvo en manos de consejeros que gozaban de prestigio y experiencia derivada de su larga intervención

en el gobierno de su padre, pero que, no obstante, eran denominados *marmousets* (gentes pequeñas), en contraste con los grandes señores. Los grandes señores eran sobre todo los tíos del rey niño, Felipe el Atrevido, duque de Borgoña; Luis, duque de Anjou, y Juan, duque de Berry. Inevitablemente, los aspectos más importantes de la política francesa estaban en gran parte en sus manos; todos ellos eran grandes magnates y dos de ellos tenían poderosos intereses políticos fuera de Francia. Borgoña deseaba asegurar el poder francés sobre los Países Bajos. Hasta 1385, cuando la paz de Tournai por fin aseguró su control sobre el condado de Flandes, el duque canalizó todo lo que pudo el poder real francés hacia este objetivo. Anjou tenía intereses en Italia. Las dos últimas décadas del siglo XIV son un periodo extraño de la política francesa porque, aunque las ambiciones de la Corona en sí misma eran en cierto sentido muy limitadas, la influencia de la corte se extendió sobre Europa. La política de Alemania se vio afectada por las ambiciones de Felipe el Atrevido, la de Italia por las de Anjou (con su pretensión al trono de Nápoles y su ambición de ganar un reino con la ayuda del papa Clemente VII). A ellos se añadió más tarde el hermano del rey, Luis, duque de Orleans, que en 1387 se casó con Valentina, hija de Gian Galeazzo Visconti de Milán, convirtiéndose así en otro actor de la escena italiana.

En 1388 el rey, ahora de veinte años de edad, tomó la dirección del gobierno de manos de sus tíos y gobernó con la ayuda de sus consejeros. Hasta 1392 persistió el control de los *marmousets* en el gobierno. Las ordenanzas reales fortalecieron la posición de los administradores, introduciendo el principio de que el *parlement* había de autoperpetuarse y de que el *Grand Conseil* había de escoger a los miembros menores de la burocracia. Carlos VI parecía estar convirtiéndose en un rey pródigo y amante de los placeres, dedicado al ceremonial y al lujo de la corte más rica de Europa.

Las fiestas de la corte eran memorables, en especial aquella con que se celebró la coronación de Isabel de Baviera, con quien se casó para favorecer los proyectos alemanes de su tío el duque de Borgoña, o la ocasión en que visitó el castillo del conde de Foix, en el sur, y fue recibido por la nobleza local vestidos de pastores y conduciendo ganado que llevaba campanas de plata. Las elegantes imágenes de la vida de la corte del manuscrito de los *Très riches heures* fueron pintadas para el tío del rey, el duque de Berry, hacia 1416. La corte real durante la juventud de Carlos VI parece un intento de hacer realidad un mundo de sueños. Terminó como resultado de la gradual, pero muy completa, desintegración de la vida política que comenzó a principios de la década de 1390.

Las primeras señales de debilidad mental del rey aparecieron en 1392. Sus contemporáneos las relacionaron con los incesantes excesos de su vida en la corte y también con una crisis política en la que se vio envuelto el condestable de Francia, Olivier de Clisson, sucesor de Du Guesclin, a quien el rey estaba muy apegado y que era uno de los puntales del régimen de los *marmousets.* El duque de Bretaña, enemigo de Clisson, intentó concertar su asesinato, lo cual agitó mucho a Carlos. En una partida de caza cerca de Le Mans el rey, agobiado por el calor que le producía su armadura al sol del verano, fue sobresaltado por alguien que agarraba su caballo y por un choque de armas súbito: tuvo un ataque de locura que a partir de entonces se convirtió en un acontecimiento repetido y cada vez más frecuente. Según pasó el tiempo fue cada vez menos capaz de gobernar su reino. La incapacidad de gobernar del rey, como de costumbre, dejó un vacío que solo podía ser llenado por los principales miembros de la familia real. Los *marmousets* fueron rápidamente expulsados del poder, pues no eran del gusto de la gran nobleza. Las personas que ahora contaban eran la reina, el duque de Orleans, hermano del rey, y su

tío, el duque de Borgoña. La reina Isabel no tenía talla para el cargo. Era una mujer indulgente consigo misma, de la que se sospechaba por infidelidad y que desde luego, políticamente, no era leal a su marido. Luis, duque de Orleans, poseía inmensos dominios en el corazón de Francia, pero su tren de vida y sus ambiciones italianas absorbían cada vez más sus rentas. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, constituía un poder muy considerable por derecho propio, pero además le interesaba mucho la corte, principalmente como instrumento para promocionar sus intereses. Hasta 1407 Orleans fue la figura dominante.

Después del fracaso de los planes para invadir Inglaterra en 1386-1387, la corte había abandonado totalmente la estrategia activa antiinglesa de Carlos V en favor de un apoyo mucho más confuso a las ambiciones alemanas e italianas de Borgoña y Orleans. En 1396 el matrimonio de la hija del rey, Isabel, con Ricardo II de Inglaterra y un encuentro ceremonioso de los dos reyes tras la conclusión de una larga tregua señaló que las relaciones entre las dos cortes eran mejores de lo que lo habían sido nunca desde que comenzó la Guerra de los Cien Años. Por otra parte, la intervención francesa era intensa al otro lado de los Alpes. Los intereses de Orleans en Italia llevaron a Carlos VI a convertirse en señor titular de Génova en 1396. La política de la última fase del Cisma y las aventuras de Benedicto XIII en Italia (véase *supra*) hicieron también que Francia se viera envuelta en la política italiana durante el cambio de siglo.

El poder del duque de Orleans en la corte provocó una reacción en contra suya por parte de su tío Felipe el Atrevido, quien por algún tiempo consiguió el apoyo de la reina. En 1402 el rey se vio forzado a apaciguarlos, concediéndoles iguales facultades para recaudar *aides.* No solo competían por apoderarse de los despojos de la corte, sino que además eran partidarios de políticas exteriores opuestas.

Orleans apoyaba al papa de Aviñón, Benedicto XIII, para favorecer sus propios objetivos en Italia; Borgoña quería retirarle la obediencia para facilitar su posición en Alemania. En 1402-1403 el duque de Orleans favoreció la reanudación de la guerra con Inglaterra, mientras Borgoña se oponía a ello porque se daba cuenta de cuán necesario les era a sus súbditos flamencos el comercio con los ingleses. Orleans comenzó a centrar su atención, incluso, en debilitar la posición de su tío en los Países Bajos, haciendo uso de su gran riqueza para adquirir el homenaje del duque de Güeldres y el señorío de Luxemburgo. En 1404 murió Felipe el Atrevido, lo cual volvió aún más arrogante al duque de Orleans. En 1404-1405 llegó a su cumbre el saqueo a que sometía la corte francesa; en ese año obtuvo, en dinero francés, 150.000 libras de las *aides* reales recaudadas en sus propios territorios y 251.000 de las concesiones de los fondos reales, equivalentes aproximadamente a unas 60.000 libras en dinero inglés, que era casi la mitad de la renta total del rey de Inglaterra. Se sospechó que tenía la intención de apoderarse de Normandía para añadirla a los vastos dominios de la Corona francesa que ya poseía. Sin embargo, la muerte de Felipe el Atrevido trajo a escena a su sucesor como duque de Borgoña, Juan Sin Miedo, un oponente más peligroso. En 1405 el duque de Borgoña se negó a que el de Orleans recaudara *aides* en sus tierras y formó un ejército que puso a París en peligro hasta el punto de que Orleans y la reina tuvieron que huir. Estaban apareciendo los primeros signos de guerra civil. Entre 1405-1407 hubo periodos de rivalidad intensa y periodos de cooperación en luchas a pequeña escala contra los ingleses.

En noviembre de 1407 se produjo el acontecimiento que claramente inició el largo periodo de alteración de la vida política francesa. El duque de Orleans fue asesinado por una banda de rufianes pagados por Juan Sin Miedo, quien poco después aceptó y se vanaglorió de su responsabilidad

en el asunto. El crimen no fue en general impopular, pues en la mente del pueblo se asociaba acertadamente a Orleans con el duro fisco que producía el dinero que él dilapidaba. El duque de Borgoña contrató a un teólogo, Jean Petit, para que escribiera una apología de su acción sobre la base de que el duque de Orleans había sido tirano. Pero el crimen tuvo el efecto de dividir irreparablemente a la nobleza y poner a Francia en un estado de guerra civil. Al nuevo duque, Carlos de Orleans, le apoyaban los grandes duques de Berry, Borbón y Bretaña, y su suegro Bernardo, conde de Armagnac, en el sur, una personalidad poderosa que estaba a la cabeza del grupo llamado los *«armagnacs».* Borgoña se apoyaba sobre todo en el norte y en el este, que era donde estaban situados sus territorios. La guerra estalló en 1411 y ambas partes acudieron a Inglaterra en busca de ayuda, presagio de los horrores que habían de producirse. El duque de Borgoña consiguió tomar París con la ayuda de un contingente proporcionado por el rey inglés. Al año siguiente, los *armagnacs* consiguieron el apoyo inglés ofreciendo un soborno todavía más elevado: el viejo ducado, ahora más extendido, de Aquitania, libre de la soberanía francesa. Una grave invasión inglesa fue detenida a tiempo por una reconciliación entre borgoñones y *armagnacs.*

La política francesa estaba ahora en un estado de división y desorden parecido en muchos aspectos al que prevaleció tras la batalla de Poitiers y, como en 1357, el desastre nacional condujo a una crisis en la cual una reunión de los Estados Generales produjo una explosión en la atmósfera recalentada de París. Los Estados Generales fueron convocados en París en enero de 1413 para autorizar los impuestos que permitieran hacer frente a la invasión inglesa. El resentimiento contra los años de corrupción desordenada estalló. Se presentaron largas denuncias de los abusos de los administradores de la Corona, y especialmente de los funcionarios financieros. Las peticiones de reforma profunda de la

administración y deposición de los culpables fueron aceptadas por la reina y por la corte. Pero los procedimientos de los Estados inflamaron resentimientos latentes en la ciudad de París. La dirección fue asumida por los gremios de carniceros y peleteros, y en particular por un peletero llamado Caboche. Tenían contactos con el duque de Borgoña. Durante los meses de abril y mayo hubo levantamientos y manifestaciones diarias en la ciudad que ponían en peligro a la corte, la cual se vio obligada a redactar un documento generalmente conocido como la *Ordonnance Cabochienne.* Este documento incluía una larga serie de medidas destinadas a reformar en detalle numerosos sectores de la administración real, imponiendo limitaciones al nombramiento y actividad de los funcionarios. Como la mayoría de tales programas de reforma provocados por una insurrección en los Estados medievales, tuvo una vida corta, pero no cabe duda de que fue una acusación justificada a los últimos veinte años de mal gobierno. Su promulgación fue seguida por el reino del terror en la ciudad, situación que duró todo el verano de 1413.

El partido armagnac reunió tropas en Normandía para acudir en rescate del rey y de la corte, a los que prácticamente tenían encarcelados en París los *cabochiens.* Consiguieron ponerse de acuerdo con el duque de Borgoña y, en agosto, recuperaron el control de París y ejecutaron a algunos de los cabecillas rebeldes. Pero después de esto se produjo de nuevo un conflicto entre los dos partidos nobles. El duque de Borgoña huyó de París dejando en el poder al joven duque de Orleans. La *Ordonnance Cabochienne* fue revocada. El país continuó al borde de la guerra civil hasta que la paz entre ambos partidos fue restablecida a principios de 1415.

En esta desgraciada situación la monarquía francesa tuvo que enfrentarse a su mayor enemigo, Enrique V de Inglate-

rra. Durante treinta años, de 1385 a 1415, a pesar de que había habido enfrentamientos frecuentes, aunque de poca importancia, en Gascuña, en Calais y en el mar, no se había producido un conflicto a gran escala entre Francia e Inglaterra. Cuando se reanudó la invasión inglesa de Francia en 1415, esta fue en esencia una nueva expresión de la concepción que de Francia tenían los nobles ingleses como campo para satisfacer su amor a la guerra y al saqueo. Volvían con entusiasmo al pillaje de la rica tierra de que sus antepasados habían gozado en el siglo anterior. En su nuevo rey Enrique V (1413-1422) tenían un jefe ideal, brillante, inflexible y austero, para enfrentarse a la confusión irremediable del sistema político francés. Enrique, además, llevó a cabo una política radicalmente diferente de la de sus predecesores. Tras la campaña de Azincourt, su objetivo no fue simplemente saquear el país, sino conquistarlo realmente, estableciendo un gobierno permanente e incluso introduciendo colonos ingleses. La coincidencia de la agresión inglesa y de la desunión francesa había de conducir ahora a un periodo de catástrofes que superaron incluso a los desastres del reinado de Juan II.

El gran éxito de Enrique fue posible gracias al duque de Borgoña, cuyo odio hacia el partido de Armagnac era lo suficientemente grande como para ponerlo en manos de los ingleses. La primera invasión de Enrique fue precedida por un acuerdo secreto con Borgoña en 1414, por el cual este se comprometió a ayudarlo y prestarle homenaje. Enrique provocó entonces una disputa con la corte francesa y comenzó a invadir Francia el año siguiente. Después de tomar Harfleur, en la desembocadura del Sena, comenzó a avanzar hacia Calais para volver a Inglaterra. En este momento las sospechas entre ambos partidos de la nobleza francesa condujeron a la catástrofe. Los *armagnacs* rehusaron el ofrecimiento de ayuda del duque de Borgoña porque desconfiaban de él, con lo cual este prohibió a sus seguidores que los

ayudaran. El ejército francés que se enfrentó con Enrique V en Azincourt estaba muy mal situado tácticamente, hundido en el barro hasta la rodilla, y además carecía de jefatura. El resultado fue una matanza de la nobleza francesa. El propio duque de Orleans fue hecho prisionero y languideció en la cautividad inglesa, triste poeta en el exilio, durante veintiséis años. La catástrofe no contribuyó a restablecer la unión. La jefatura en la corte fue asumida de manera todavía más firme por el conde de Armagnac, que fue nombrado condestable. El duque de Borgoña rondaba con su ejército en torno a París. En 1416 renovó su acuerdo con Enrique V, consintiendo ahora en ayudarle secretamente y en reconocer sus derechos al trono de Francia abiertamente cuando hubiera conseguido reforzarlos. Enrique V también contaba con la ayuda de otro de los más poderosos soberanos europeos, Segismundo, rey de los romanos.

El triunfo de la verdadera invasión de Enrique V, cuando sobrevino en 1417, no fue tanto resultado de su brillantez como de la debilidad de la resistencia francesa: la mitad de la nobleza o ayudaba a Enrique o ponía obstáculos a la corte de Carlos VI. Surgió una nueva distribución de fuerzas. El duque de Borgoña, aliado con la reina, intentó establecer un gobierno de regencia en nombre del rey loco en Tours, mientras que los *armagnacs* en París tenían al rey en su poder y además eran apoyados por el delfín, el futuro Carlos VII, que tenía ahora catorce años de edad. Mientras los ingleses comenzaban a conquistar Normandía tomando Caen, los borgoñones amenazaban París. Al año siguiente, el duque de Borgoña y la reina tomaron París y mataron a muchos de sus oponentes *armagnacs.* En 1418 y 1419 los ingleses ocuparon sistemáticamente toda Normandía. Parte de este proceso fue un terrible sitio de seis meses de duración que redujo a Ruán por hambre.

El delfín abandonó a su padre y a su madre en manos del duque de Borgoña en París y estableció una corte rival con sus cuarteles financieros en Bourges y su *parlement* en Poitiers, apoyándose en los recursos del centro y del sur para contrarrestar el poder de Borgoña en el norte. El duque de Borgoña maniobraba para sacarle el máximo provecho a sus lazos con los ingleses, pero su política era todavía vacilante e ineficaz. Negociaba con ambos bandos. En otoño de 1419 se inclinó por el partido del delfín y se acordó una entrevista entre ambos que había de tener lugar en Montereau, junto al río Yonne, a unos ochenta kilómetros al sudeste de París. El duque de Borgoña fue persuadido de que se encontrara con el delfín en un recinto construido sobre el puente que cruzaba el río. Acudió con diez hombres y fue conducido al recinto donde le esperaba el delfín con un pequeño séquito. Tan pronto como entró, el recinto fue cerrado y unos minutos más tarde el duque moría de un hachazo, probablemente asestado por uno de los seguidores del delfín, Tanguy du Chastel. El «puente de Montereau» es uno de los grandes desastres de la historia francesa. Siempre fue negada la responsabilidad del hecho: se dijo que había sido el resultado accidental de una refriega. Cualquiera que fuera la realidad, no cabe duda de que este acontecimiento completó la división fatal de la nobleza francesa en dos campos encarnizadamente opuestos y fue este «el agujero por el que los ingleses pasaron a Francia».

El hijo de Juan Sin Miedo, Felipe el Bueno, nuevo duque de Borgoña, naturalmente tomó la determinación de vengar el asesinato de su padre, por lo cual llegó rápidamente a un acuerdo con Enrique V aceptando los derechos ingleses sobre Francia. Este, a su vez, llevó al tratado de Troyes en 1420 entre el viejo rey Carlos VI, controlado por supuesto por Borgoña, y Enrique V, que incluía una capitulación ante las pretensiones inglesas. Carlos aceptó la esencia de las pretensiones de Enrique al trono de Francia reconociéndo-

lo como heredero (estaba ya casado con su hija Catalina) y desheredando al delfín. A finales de 1420 Enrique asistió en París con Carlos VI a una asamblea de los Estados Generales que autorizó que se le concediera dinero para continuar la guerra. El delfín hizo algunos esfuerzos por recuperar el control de la capital, pero no tuvo éxito y se retiró otra vez al sur del Loira, dejando al duque de Borgoña y a los ingleses el control de gran parte del norte de Francia. En agosto de 1422, Enrique V murió de disentería y dos meses más tarde le seguía a la tumba el viejo y loco rey de Francia, Carlos VI.

El duque de Borgoña, que no se dejó intimidar por la muerte de Enrique V, aceptó a su hijo aún niño, Enrique VI, como rey de Francia. Durante los próximos quince años Francia estuvo dividida entre tres regímenes. El regente de Francia, el duque de Bedford, hermano de Enrique V, controlaba la mayor parte del norte, la Isla de Francia, Normandía, Picardía y Champaña. El gobierno de Bedford fue, en su mayor parte, simplemente una continuación de la anterior monarquía francesa, con las mismas instituciones regidas en su mayoría por franceses. El *parlement* de París, bajo el régimen inglés, por ejemplo, continuó siendo causa de resentimiento por su interferencia en los territorios borgoñones, como lo había sido antes. Normandía, corazón de la conquista inglesa, se mantuvo parcialmente separada con su propio consejo, y Bedford prefirió residir en Ruán. Aunque ambicioso y duro, Bedford intentó verdaderamente gobernar la monarquía francesa de modo que pudiera ser asumida luego por Enrique VI, y dependió en todo momento del consejo inglés de Westminster. No le faltaron funcionarios franceses dispuestos a apoyarlo, muchos de los cuales hicieron una brillante carrera fuera de la administración inglesa. Sin embargo, hubo guarniciones inglesas permanentes, muchos nobles ingleses adquirieron tierras y el régimen, en general, estuvo encaminado hacia la conquista del

resto de Francia, utilizando en la medida de lo posible los impuestos aprobados por los Estados Generales franceses. El segundo poder lo constituía el duque de Borgoña, que poseía un área enorme al norte y al este del país y, en la práctica, ejercía mucha autoridad sobre Champaña y Picardía, que en parte eran gobernadas por funcionarios borgoñones.

Aparte de Gascuña, el sur estaba controlado por Carlos VII, *le roi de Bourges.* Aunque dominaba la mayor parte del territorio y lo apoyaban la mayoría de los nobles, la primera parte del reinado de Carlos fue poco prometedora. Estuvo a punto de morir en un accidente antes de la muerte de su padre, y durante algún tiempo la creencia general fue que había muerto. Durante estos primeros años el poderío inglés estaba todavía extendiéndose. Parecía que existía un peligro real de que los ingleses atravesaran el Loira y tomaran el sur. El esfuerzo que realizó Carlos en 1424 para oponerse, con un gran ejército, a este peligro fue desastroso; fue derrotado en la batalla de Verneuil, una especie de Azincourt menor. Los ingleses ocuparon entonces Maine. En 1428 amenazaban Orleans, puerta de paso hacia el sur.

Quizá no resulte sorprendente que con esta experiencia de desgracias políticas Carlos VII fuera algo apático y pareciera caer de manera pasiva bajo el influjo de sucesivos grupos de cortesanos. Los viejos consejeros *armagnacs* fueron reemplazados por su suegra, la duquesa de Anjou, cuyo interés era preservar las tierras de Anjou y, por lo tanto, llegó a un acuerdo con su vecino, el duque de Bretaña. Esto incluyó en el círculo a su hermano Arturo, conde de Richemont, que llegó a ser condestable y una importante personalidad en la corte. Otro hombre que consiguió ganar ascendencia sobre el rey fue un aventurero sin escrúpulos, llamado Jorge de la Trémouille. El conde de Foix fue un lugarteniente general del Languedoc muy ineficaz. Mientras

la vida de la corte era confusa y corrupta, el país estaba sumido en el desorden y controlado solo de manera muy imperfecta. Los Estados Generales aprobaban los impuestos, pero no conseguían recaudarlos. La tendencia general a la anarquía se vio particularmente ejemplificada en el Poitou, donde Richemont y La Trémouille mantuvieron guerras privadas durante varios años.

El cambio decisivo en el destino de la monarquía francesa se asocia correctamente con el nombre de Juana de Arco. Acerca del poder visionario de su personalidad y sus dotes sobrehumanas de jefatura, no cabe la menor duda: es una figura única. Es más difícil decidir hasta qué punto, por medio de su extracción social, representó y luego se ganó los sentimientos políticos de los franceses no nobles. Juana procedía de una familia campesina de Domrémy, al este de Champaña, pueblo donde el campesinado se había resentido, por la pérdida de su ganado, de la falta de orden y tenía buenas razones para considerar la invasión inglesa como la peor calamidad. El desorden parece que fue muy corriente en la Francia dominada por los ingleses, del mismo modo que lo era en el sur, y adoptó frecuentemente la forma de acción contra los ingleses. Como dijo un cronista, había «mucha gente desesperada, niños perdidos, que abandonaban sus campos y sus casas no para habitar los castillos y fortalezas de los franceses, sino para vagar como lobos en las profundidades de los bosques». El periodo al que estamos ahora llegando constituyó también, aparte de la guerra, el momento más desastroso para la sociedad señorial terrateniente, cuando la mano de obra era más escasa y el campesinado más fuerte. En la revuelta campesina que tuvo lugar en Normandía en la década de 1430 resulta difícil separar los contextos político y social. Juana representaba a una clase que era más fuerte ahora de lo que lo había sido nunca y que, como en los tiempos de la *jacquerie,* tenía todo tipo de razones para odiar a los *seigneurs.* Muchos de ellos

puede que vieran al rey Valois como su única esperanza. La carrera efectiva de Juana duró muy poco tiempo. Los santos le dijeron en sus visiones que tenía el deber de salvar a Francia. A comienzos de 1429 decidió su línea de actuación; en abril fue a la corte, entonces en Chinon, y se ganó a varios soldados y cortesanos. En mayo rompió el sitio de Orleans y, durante el mes siguiente, el ejército que ella había inspirado derrotaba a los ingleses en Patay. En julio consiguió que Carlos VII fuera ungido en la catedral de Reims, en el corazón de Champaña, y esto hizo aumentar mucho su prestigio ante los ojos de sus súbditos. Su política era partir inmediatamente para reconquistar París e instalar al rey en el trono que le correspondía. Esta política solo fue seguida a medias y resultó un fracaso. En 1430 Juana fue capturada por los borgoñones y el resto de su corta vida hasta el año siguiente consistió solo en la larga tortura de su encarcelamiento, interrogatorio y ejecución.

Después de este estallido de actividad inspirado por Juana, Carlos VII y su corte volvieron a su antiguo modo de vida. La rivalidad entre Richemont y La Trémouille continuó. No hubo ningún progreso espectacular durante algunos años. El paso siguiente, y en algunos aspectos decisivo, de la recuperación francesa poco debió a los esfuerzos de Carlos: fue la decisión del duque de Borgoña de cambiarse de bando. La invasión inglesa había perdido su ímpetu y Felipe el Bueno quería la paz. Después de la conferencia de Arras en 1435, Carlos se mostró generoso, ofreciéndole nuevos territorios para conseguir que le reconociera como rey. El regente Bedford murió aquel mismo año.

Incluso después de esto la reconquista siguió un proceso muy lento. La política inglesa era incierta y dividida, pero la nobleza inglesa tenía grandes intereses en Francia y se resistía tenazmente a la pérdida de su imperio. Las fuerzas de Carlos entraron por primera vez en París en 1436, pero re-

cobrar el territorio circundante llevó un largo tiempo. Hasta 1444 Carlos no pudo firmar una tregua con los ingleses, que confinaba a estos a Normandía y Gascuña. Normandía fue conquistada en 1449-1450. Para entonces el equilibrio de fuerzas militar y la corriente política interna se habían inclinado de manera decisiva hacia el lado francés. En 1450-1453 Carlos consiguió realizar aquello en que habían fracasado tantos de sus predecesores: reconquistar Gascuña, que, a pesar de su feroz resistencia y sus fuertes lazos con los ingleses, fue ahora gobernada, por primera vez, directamente por la Corona francesa.

La turbulencia de la corte continuó siendo una característica de la política francesa. En 1437 fue descubierta una conspiración dirigida por dos grandes nobles disgustados, los duques de Borbón y de Alençon. Una conspiración más grave, de inspiración semejante, fue la que condujo a los trastornos conocidos bajo el nombre de la *Praguerie* (así llamada por su semejanza con las insurrecciones de Bohemia), en 1440. Esta vez los conjurados pretendían poner en el trono al joven delfín Luis. Luis volvió a intentarlo otra vez en 1446, tras de lo cual fue enviado al Delfinado para no volver a ver a su padre. A pesar de estas y otras alteraciones, a partir de 1442, cuando murió su dominante suegra, la duquesa de Anjou, y él comenzó a rodearse de una legendaria colección de amantes, Carlos alcanzó en la corte una posición más firme y adquirió el devoto grupo de consejeros, que hicieron que se le apodase *le bien servi,* el bien servido.

Los últimos años de la guerra (1435-1444), como el periodo que siguió al tratado de Brétigny, estuvieron marcados por un bandolerismo caótico en muchas partes de Francia, a medida que disminuían las guarniciones regulares y las comitivas de ingleses y borgoñones. Los *écorcheurs,* como eran llamados, eran jefes de tropas que vivían del saqueo, y hay abundantísimos datos de la miseria que causa-

ron. La ocupación y la guerra prolongada habían provocado, naturalmente, muchas dificultades sociales: desaparición de la autoridad, reclamaciones de tierras conflictivas y destrucción física. Todo ello requería un largo proceso de convalecencia social. La monarquía francesa, sin embargo, se alzó de las cenizas en un sorprendente acceso de fuerza. Es notable cómo las pautas del desarrollo que pueden discernirse en el reinado de Carlos V fueron reemprendidas casi un siglo más tarde durante el de su nieto. Carlos VII creó un nuevo ejército, que fue dividido en dos partes. En primer lugar, la *Grande Ordonnance* de 1445 estableció un ejército permanente de caballería (lanceros y arqueros a caballo), que había de albergarse regularmente en guarniciones. En segundo lugar, en 1448 se estableció que habría de haber un ejército de reserva de infantería de *francs archers,* formado en teoría por un hombre por cada cincuenta hogares. Esta fue la organización militar que había de servir a la monarquía durante un largo tiempo.

Más importante para la estructura política del reino fue el hecho de que Carlos fortaleciera su independencia financiera y redujera el poder de las asambleas. Las *tailles* (impuestos directos) y las *aides* (impuestos sobre las ventas), abolidas a finales del reinado de Carlos V, habían sido resucitadas unos años más tarde y recaudadas intermitentemente, y continuaron constituyendo la base del sistema real de impuestos, aunque muy reducidas por las concesiones a los nobles y, por supuesto, por los efectos de la guerra. En este sentido, el hecho más destacado del reinado de Carlos VII fue que comenzó a recaudar los impuestos regularmente sin consentimiento parlamentario. Las *aides* se recaudaron así desde 1436 y la *taille* a partir de 1439. De esta manera la monarquía francesa adquirió una envidiable libertad para hacer uso de unos tipos de impuestos cuyo producto aumentaría con el crecimiento económico que le proporcionó una poderosa posición entre las potencias europeas. Las

grandes asambleas de los Estados Generales declinaron hasta hacerse insignificantes: los de Languedoil dejaron de tener importancia después de 1440; los de Languedoc se reunieron regularmente, pero no causaron trastornos. Los pequeños Estados Generales provinciales continuaron existiendo; sin embargo, hubo una tendencia a que las asambleas parlamentarias se fragmentaran en unidades geográficas más pequeñas. Esto resulta ligeramente sorprendente teniendo en cuenta que en otros países europeos el proceso fue el contrario. La explicación ha de encontrarse probablemente, en parte, en el tamaño de Francia y en sus muchas divisiones provinciales, que dificultaban el que se generase un sentimiento de comunidad política en todo el país, y en parte en la posición de la nobleza, cuya exención de impuestos le quitaba todo interés por una resistencia política común con los habitantes de las ciudades. Carlos VII tuvo más problemas por la dificultad de persuadir a los Estados Generales de que se reunieran que por la oposición parlamentaria.

A la muerte de Carlos VII, Francia continuaba siendo un país con poderosas familias nobles que gobernaban territorios semiindependientes, no solo Bretaña y Borgoña, sino también Orleans, Anjou, Borbón y Alençon. A pesar de ello la monarquía volvía a ser la más poderosa de Europa. El delfín, que había de sucederle en 1461 como Luis XI, estaba bien dotado para desarrollar lo que había heredado. Desde 1446 había gobernado el Delfinado con extraordinario acierto, imponiendo su voluntad a la nobleza local y persiguiendo su propia y muy positiva política. Era un hombre autocrático, traicionero, físicamente enfermizo, que despreciaba a la nobleza. La poderosa y poco atractiva personalidad de Luis provocó una coalición de nobles en contra de la Corona, lo cual demostraba la inestabilidad potencial que era todavía inherente a la estructura política francesa. En los primeros años de su reinado consiguió

aliarse a un grupo de hombres poderosos: el conde de Dunois, miembro bastardo de la familia de Orleans; el duque angevino Juan de Calabria, que se dio cuenta de que sus intereses en Nápoles estaban siendo traicionados por el rey, el propio hermano de este, Carlos, duque de Berry, hombre débil, que se convirtió en el mascarón de proa del movimiento; el duque de Borbón, Francisco II; el duque de Bretaña y el joven hijo del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, conde de Charolais. El movimiento que crearon, y que fue causa de una guerra civil en 1465, denominado la Liga del Bien Público, quería someter a la corte y reducir su poder. No estaban muy bien organizados y su éxito se debió en buena parte a la enérgica intervención de Carlos el Temerario, que aportó el peso de Borgoña, pero la supervivencia del sistema de gobierno de Luis XI estuvo en peligro durante varios meses y la incierta batalla de Montlhéry casi causó la caída de París. En la paz firmada en Conflans en ese mismo año, Luis tuvo que hacer concesiones. Su hermano recibió el ducado de Normandía, Carlos el Temerario recobró las ciudades del Somme, que Luis había arrebatado al duque de Borgoña en 1463 por las cláusulas del tratado de Arras.

Durante una década, de 1467 a 1477, Luis se vio forzado a presenciar los progresos de Carlos el Temerario en su proyecto de convertir en un reino la herencia borgoñona. Pero, al desviarse los intereses borgoñones hacia Renania, Luis tuvo más libertad de acción para aplastar a sus enemigos en Francia. Bretaña, Borbón y Anjou fueron reducidos a una posición más subordinada. La muerte inesperada de Carlos el Temerario en una batalla, en 1477, fue una bendición inesperada, que completó la recuperación de la monarquía francesa. El duque de Borgoña había constituido un peligro excepcional para la Corona francesa, porque era a la vez un par de Francia con un papel reconocido en la política francesa y un príncipe que tenía el poder propio de un rey. El

peligro desaparecía ahora. Luis tuvo que luchar con María, heredera de Carlos, y con su marido, Maximiliano de Habsburgo, pero el acuerdo al que por fin llegaron en Arras, en 1482, devolvió a Francia el ducado de Borgoña, Picardía y las ciudades del Somme.

CASTILLA Y ARAGÓN

A finales del siglo XIV todavía había cuatro reinos y cuatro casas reales en la península ibérica: los reinos de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal. El acontecimiento político más trascendental del siglo XV fue la unión de los dos reinos principales, Castilla y Aragón, por medio del matrimonio de Fernando e Isabel, en 1469, que creó la España moderna. Hasta cierto punto, este acontecimiento venía preparado por la historia política anterior de la península; la historia de las dos familias reales estaba profundamente entremezclada. En 1410 se extinguió la línea masculina de la casa real de Aragón a la muerte de Martín I, que había gobernado en Aragón y Sicilia. En Castilla la dinastía de los Trastámara estaba bien establecida por entonces. Enrique de Trastámara, cuyas ambiciones causaron las principales alteraciones en la península durante el siglo XIV, había muerto hacía tiempo y el reino estaba en manos de su nieto, Juan II (1406-1454). En su búsqueda de un rey apropiado tras la muerte de Martín I, los nobles de Aragón decidieron por fin, en el Compromiso de Caspe, elegir a Fernando de Antequera, tío del rey de Castilla e hijo de una princesa aragonesa. Fernando I de Aragón, como ahora vino a llamarse, había sido un noble grande y poderoso en Castilla y regente de hecho, durante la minoría de edad del joven Enrique II. Desde 1412 los reyes de la familia Trastámara gobernaron a la vez en Castilla y en Aragón.

La atención de los gobernantes de Aragón estaba, como siempre, dividida entre las oportunidades que se les abrían en el Mediterráneo y las que tenían en la península. Fernan-

do de Antequera fue sucedido en 1416 por dos hermanos: Alfonso V, que fue nombrado rey, y un hermano más joven, Juan. Los intereses de Alfonso V estaban decididamente orientados hacia el este. Estaba determinado a fortificar su dominio de Sicilia, añadiéndole Nápoles después de la muerte de Juana II. Su intervención en Nápoles durante la década de 1420 no tuvo éxito. Pero después de la muerte de Juana, en 1435 (véase *supra*), consiguió conquistar el reino, y nunca volvió a Aragón, aunque continuó siendo rey hasta su muerte, en 1458. Una delegación de las Cortes de Aragón, que fue a visitarlo a Italia en 1452, se quejó de que la guerra, el despoblamiento y la decadencia económica requerían la presencia del rey. Alfonso prefirió dejar Aragón en manos de su esposa y poner por delante sus intereses italianos, que, sin duda, pensó, eran más vulnerables. Se convirtió en un príncipe básicamente italiano y fue sucedido en Nápoles después de su muerte por su hijo Ferrante I. Sin embargo, los intereses de su longevo hermano, que le sobrevivió en el trono durante veinte años con el nombre de Juan II de Aragón (1458-1479), estuvieron firmemente vinculados a la política de la península ibérica, y esto fue un factor de gran importancia.

El propósito de Alfonso V había sido interesar a Juan en los asuntos españoles, a fin de tener las manos libres para ocuparse de Nápoles. Por lo tanto, había concertado el matrimonio de Juan con Blanca, heredera del trono de Navarra, con la esperanza, presumiblemente, de que Juan se daría por satisfecho con la esfera de actividad que se le abriría como príncipe consorte de Navarra. Juan, sin embargo, era un hombre ambicioso y traicionero, e incluso en vida de su hermano demostró enorme interés por la política de Aragón y también por el reino de Castilla, débilmente gobernado. A la muerte de su esposa, en 1441, decidió imponerse a los navarros como rey contra la voluntad de estos de ser gobernados por el hijo que había tenido con Blanca, Carlos de

Viana. Juan se casó en segundas nupcias con una destacada noble castellana, Juana Enríquez, con la cual tuvo un hijo, Fernando, profundizando esto su interés por Castilla y suscitando aún más la oposición de la nobleza de Navarra, que quería, como todas las aristocracias, mantener la independencia efectiva de su país. Después de que Alfonso V muriera y él se convirtiera en Juan II, continuó teniendo grandes dificultades con sus parientes políticos navarros, tenazmente independientes, que encontraron algún apoyo entre la nobleza de Cataluña. Estas dificultades le hicieron volverse en busca de ayuda a Luis XI de Francia, que se alegró de tener una excusa para una intervención y expansión en la península ibérica. En 1462 firmó el tratado de Olite con Luis XI, quien prometió ayudarle a imponer su gobierno en Navarra. Más tarde, en ese mismo año tuvo que llegar a otro acuerdo con Luis XI, quien prometió ayudarle a acabar con la oposición, esta vez en Cataluña, a cambio de la cesión de las provincias fronterizas del Rosellón y la Cerdaña. Esta propuesta de disminuir el territorio de Cataluña acrecentó la hostilidad de la nobleza. Juan II fue incapaz de someterla, incluso con ayuda francesa, pero, a pesar de ello, Luis XI se apoderó del Rosellón y la Cerdaña. Durante los años siguientes Juan fue incapaz de controlar o recobrar la confianza de la nobleza de Cataluña, que ofreció sucesivamente el reino a otros posibles gobernantes: a Enrique IV de Castilla, a un príncipe portugués y al duque de Anjou, que lo invadió en 1467. Pero por fin, y a pesar de la activa oposición de Luis XI, para quien una península ibérica unida resultaba una perspectiva extremadamente desagradable, los acontecimientos derivaron hacia un acercamiento entre Aragón y Castilla y, por último, a la trascendental alianza matrimonial.

Castilla estuvo, durante la primera mitad del siglo XV, gobernada en teoría por otro Juan II (1406-1454), pero se trataba de un rey nominal. Los primeros años fueron los de

su minoría de edad. Después de alcanzar la mayoría en 1419, la más poderosa figura del reino fue la del condestable, un gran noble llamado Álvaro de Luna. Esta fase terminó en 1447, cuando Juan II se casó en segundas nupcias y bajo la influencia de Álvaro, que deseaba debilitar la autoridad de Aragón, con Isabel de Portugal. Isabel dominó la corte y produjo la caída de Álvaro. Juan fue sucedido en 1454 por el hijo que había tenido con su primera mujer, Enrique IV, apodado «el Impotente» por su supuesta debilidad, y ciertamente, aún más que su padre, un fracaso como político. Enrique IV tuvo una hija, llamada Juana, de la cual se rumoreaba que era en realidad hija bastarda de un importante miembro de la corte, Beltrán de la Cueva, y por ello llamada la Beltraneja. Las facciones de la corte y la poderosa oposición de los nobles se apoyaron en este rumor para justificar un movimiento en favor de la sucesión de los jóvenes hermanastro y hermanastra de Enrique IV, Alfonso e Isabel, hijos de Juan II y su segunda esposa. La oposición a Enrique IV y a la sucesión de Juana fue encabezada por la poderosa familia de los Pacheco, que apoyaba a Juan II de Aragón. En 1464 realizaron en Ávila una curiosa ceremonia, en el curso de la cual una efigie del rey fue procesada y desprovista de sus símbolos reales. Los rebeldes capturaron a Isabel después de una batalla con el rey en 1467. Alfonso murió al año siguiente y la disputa se centró ahora en la cuestión del acceso al trono de Isabel en lugar de Juana y en buscarle a aquella un marido. En 1469 Isabel aceptó la mano de Fernando, hijo y heredero de Juan II de Aragón. Durante los cinco años siguientes la cuestión permaneció sin resolver. Gran parte de la nobleza era hostil a la idea de una monarquía española unida y fuerte, y Enrique IV permaneció fiel, de manera bastante indecisa, a la causa de su hija. Cuando murió, Isabel fue coronada inmediatamente. Tendría que enfrentarse a un largo periodo de oposición violenta en Castilla, apoyada por el rey Alfonso de Portu-

gal, que estaba comprometido en matrimonio con la Beltraneja y reclamaba el trono para ella. Esto terminó en 1478. Cuando Juan II de Aragón murió en 1479, fue sucedido por Fernando y, a partir de entonces, marido y mujer, los «Reyes Católicos», gobernaron toda la península, con la excepción de Portugal, Navarra y Granada.

España, bajo el gobierno de Fernando e Isabel, había cambiado sobremanera en un aspecto muy importante respecto a la España del siglo XIV. El precoz desarrollo económico de Barcelona se había visto severamente deteriorado; en realidad, Cataluña fue la más espectacular víctima comercial de la contracción económica del siglo XV. Los primeros síntomas serios de malestar aparecieron en 1381, cuando se produjeron un gran número de bancarrotas entre los banqueros y mercaderes de Barcelona. Durante la primera mitad del siglo XV el comercio de Barcelona cayó en picado: se ha estimado que la actividad naviera del puerto descendió un 75 por 100 entre 1432 y 1454. Las razones de esto no están claras. En muchos aspectos Barcelona se parecía a las ciudades italianas. ¿Por qué no continuó gozando de la misma prosperidad? La explicación más verosímil parece ser el que el apoyo industrial al comercio, la industria textil de Barcelona, se había contraído y era demasiado limitada para un gran sistema comercial internacional. Cataluña sufrió una severa pérdida de riqueza relativa. En esta España unida de los años posteriores a 1469, Castilla, con sus tradiciones políticas y sociales diferentes, había de ser la predominante.

El matrimonio de Fernando e Isabel no supuso la unificación de Castilla y Aragón, que continuaron siendo reinos diferenciados. Sin embargo, la unión de las dos Coronas solucionó parte de los problemas políticos que habían hecho que la historia interna de los dos Estados durante la generación previa fuera extraordinariamente turbulenta, porque

esta turbulencia había estado en parte causada por la intervención de Aragón en Castilla. Los Reyes Católicos realizaron, además, cambios institucionales, que contribuyeron a fortalecer a la monarquía. En 1476, Isabel estableció una milicia, basada en las tropas suministradas por los municipios, la Hermandad, que contrarrestó el poder de los nobles. Las órdenes militares de Santiago, Alcántara y Calatrava, que poseían grandes tierras, fueron incorporadas a la Corona y Fernando nombrado maestre de cada una de ellas. Isabel fue una gobernante excepcionalmente austera, poderosa y decidida, que impuso su voluntad a través de un consejo efectivo, muy diferente de los ineficaces reyes de los cincuenta años anteriores. Pero, aunque la estabilidad interna y la fuerte monarquía de Castilla a partir de la década de 1470 presentaba un poderoso contraste con el caos del periodo anterior, no fue acompañada de un cambio social. El poder territorial de la gran nobleza, como, por ejemplo, la de los Guzmanes, duques de Medina-Sidonia, continuó en general inalterada. En Castilla, como en la Europa oriental, la sociedad estaba dominada por una alianza entre la Corona y la gran nobleza.

ALEMANIA Y EL IMPERIO

El emperador Carlos IV murió en 1378, después de enfrentarse durante dos años a una amenaza a la autoridad real por parte de algunas ciudades alemanas. En 1376, catorce ciudades de Suabia, encabezadas por Ulm, establecieron una liga, cuyo propósito era resistir a los intentos del emperador de imponerles tasas fiscales y utilizarlas como garantías para obtener préstamos de los príncipes, práctica que podía llevar fácilmente a la pérdida de su independencia jurídica. Las ciudades derrotaron al príncipe suabo más destacado, el conde Eberhardo de Wurtemberg, en la batalla de Reutlingen (1377), y continuaron aumentando su poder por medio de alianzas con las ciudades de Franconia y

Baviera. La liga de las ciudades suabas de 1376 inauguró un largo periodo, durante el cual la característica más notable de la historia de la Europa central fue la inestabilidad política causada por la debilidad del poder principesco y por el conflicto de clases. El movimiento de las ciudades de 1376-1378 tuvo afinidades con las erupciones contemporáneas de conflictos de clases en otras partes de Europa, causadas por las tensiones sociales de la generación inmediatamente posterior a la peste negra: fue este el periodo de los *ciompi,* los *maillotins* y la revuelta de los campesinos ingleses. En la casi totalidad de Europa, la mayor parte de las veces la tensión social de este tipo fue contenida por la autoridad real: la estructura de gobierno, a pesar de ser débil, era lo suficientemente fuerte como para resistir. En Alemania, sin embargo, el conflicto social, que prevaleció en este periodo, persistió como factor dominante de la política durante al menos medio siglo.

En la Europa central y, en particular, en la Alemania del sur y del oeste, la organización política fue siempre relativamente débil. Aunque los grandes bloques dinásticos de los Luxemburgo, Wittelsbach y Habsburgo en cierto sentido dominaron la política alemana, durante este periodo estuvieron curiosamente debilitados por la costumbre, que tuvo una influencia particularmente fuerte sobre la política alemana de finales del siglo XIV y comienzos del XV, de dividir las herencias principescas entre los miembros de la familia en lugar de seguir la regla de la primogenitura. Esta costumbre fue particularmente fatal para la familia Wittelsbach. Incluso un Estado tan pequeño como el del Palatinado renano fue dividido entre los cuatro hijos de Ruperto III a la muerte de este, en 1410, y Baviera fue dividida entre otras numerosas ramas de la familia Wittelsbach. Las tierras de los Habsburgo fueron divididas en tres en 1395. Mientras Venceslao de Luxemburgo, hijo de Carlos IV, heredó el trono de Bohemia y la Corona alemana en 1378, su

hermano Segismundo fue el sucesor en Brandemburgo, dos de sus primos en Moravia y su tío se quedó con Luxemburgo. La división de los Luxemburgo no fue tan grave porque las unidades resultantes eran grandes. Sin embargo, la familia de los Wittelsbach quedó reducida a la impotencia por la división de su herencia durante gran parte del siglo XV y, en general, incluso las mayores familias principescas resultaron mucho más debilitadas frente a los otros intereses de clase de lo que hubieran sido en caso de prevalecer la primogenitura.

En 1378 Alemania estaba entrando en un periodo, una de cuyas características sobresalientes era la debilidad relativa de los príncipes y la relativa supremacía política de las otras clases sociales: las ciudades, el campesinado y la nobleza. En algunos casos estas clases actuaron dentro de los marcos del poder principesco; en otros, de lo cual es ejemplo el caso de la liga de las ciudades suabas, lo amenazaron con tipos alternativos de organización política. La historia de la Europa central durante el medio siglo siguiente incluye una serie de movimientos –las ligas de ciudades, el movimiento campesino de la Confederación Suiza y Appenzell, las ligas de caballeros, las milicias revolucionarias del ala izquierda del movimiento husita– que se opusieron, y de manera efectiva, al gobierno de los príncipes. En esta parte de Europa fue donde la debilidad estructural de la organización política de este periodo se manifestó más claramente. Esta característica general de la vida política ensombrece todos los acontecimientos de la historia dinástica e imperial.

El carácter de la interacción entre el gobierno de los príncipes y los intereses de clase puede ilustrarse con la historia de los Habsburgo. Entre 1379 y 1386 las tierras de los Habsburgo estuvieron divididas entre dos gobernantes: Alberto III (Austria y Estiria) y Leopoldo III (Tirol, Carintia y las regiones suizas). Leopoldo III, que era un gobernante

agresivo y deseoso de extender su poder, se encontró enfrentado a una alianza entre los cantones suizos y las ciudades imperiales del sur de Alemania. Tanto las ciudades suizas como las suabas eran en cierto sentido rebeldes permanentes contra la autoridad de los príncipes y de los nobles. En 1384 la ciudad de Basilea, sobre la cual Leopoldo estaba tratando de extender su autoridad, se unió a la liga de las ciudades, seguida en 1385 por Zúrich, Lucerna, Zug y Berna, que eran además miembros de la Confederación Suiza. La guerra que estalló en 1386 adquirió el carácter de una lucha entre los suizos y la nobleza del sur de Alemania, pues Leopoldo reunió un gran ejército, que incluía contingentes de la nobleza suaba. Cuando avanzaba por las montañas, el ejército fue atacado por los suizos en Sempach, al atravesar un estrecho paso entre las montañas y el lago de Lucerna, y fue abrumadoramente derrotado. Muchos caballeros, incluido el propio duque Leopoldo, murieron en ella.

Tras la muerte de Leopoldo, la herencia de los Habsburgo fue reunida de 1386 a 1395 y luego dividida otra vez, después de la muerte de Alberto III, en 1395, entre su hijo y los cuatro hijos de Leopoldo. Los detalles de la historia familiar durante los años siguientes son demasiado complicados para exponerlos aquí, pero de ellos emergió un resultado importante: la propensión de la familia principesca a dividir su herencia y a pelearse por la división dio mucha influencia a la alta y baja noblezas organizadas en estamentos parlamentarios. Cuando el gobernante de Austria fue sucedido en 1406 por un niño (Alberto V), los estamentos de Austria, formados por los representantes de la nobleza, las ciudades, los caballeros y la Iglesia, se reunieron y decidieron su sucesión y su regencia sin referencia a las otras ramas de la familia: su preocupación era mantener la integridad y la independencia de la «tierra» de Austria, en la cual vivían. Ya en 1402 los duques de Habsburgo habían inten-

tado solucionar el desorden en sus tierras permitiendo que se nombraran jueces que representaran a la nobleza y a la ciudad de Viena y que habían de tener poder para hacer respetar sus decisiones. En 1406 el duque Guillermo (uno de los hijos de Leopoldo III) reconoció una liga de caballeros y nobles, llamada la «Sociedad de la Hebilla con la Estrella», como organización con poder para mantener la ley y solventar las disputas entre la nobleza. Los años siguientes presenciaron una serie de conflictos acerca de la sucesión entre miembros de la familia e interferencias por parte de los estamentos.

Mientras tanto otra amenaza social para los Habsburgo se desarrolló en el nordeste de la Suiza actual, la región de Appenzell. En 1401 los campesinos de Appenzell se rebelaron contra el señorío de la gran abadía de San Gall. Fueron apoyados por los suizos con tanto éxito que en 1404 el abad se vio obligado a firmar la paz con ellos. Buscó la ayuda de uno de los duques de Habsburgo, Federico IV; pero los hombres de Appenzell, ahora bajo la jefatura de un renegado, el conde Rodolfo de Werdemburgo, que los condujo a la batalla vestidos de campesinos, derrotaron a las fuerzas de los Habsburgo en el valle del Rin, en 1405. Luego establecieron una «Liga del Lago», que incluía a San Gall y a otras ciudades y distritos al sur y al este del lago Constanza. En 1406 se extendieron por el Voralberg hasta el valle del Inn, progresando con facilidad, pues, como dice un cronista, «todos los campesinos querían sumarse a los de Appenzell». El triunfo del movimiento fue facilitado por las divisiones en la casa de los Habsburgo. La nobleza de la región se agrupó en dos ligas nobles, la Liga del Elefante y la Liga del Halcón, para protegerse a la vez del campesinado y de los príncipes. El duque tuvo que unirse a una de las ligas. Se tardaron varios años en restablecer el orden en la zona de Appenzell.

Este fracaso general de la autoridad política se observa muy fácilmente en el sur y sudoeste de Alemania, porque siempre había sido allí más débil. Pero también se produjo en menor grado en otras zonas, como Baviera y Prusia oriental, por ejemplo. En parte, como resultado, el fantasma de las alteraciones sociales fue más peligroso en la Europa central que en ninguna otra parte; se cernía sobre la sociedad y estuvo, por supuesto, alarmantemente encarnado por el movimiento husita, que amenazó a todos los países circundantes. La debilidad de los príncipes tuvo también efecto sobre la estructura política convencional. Fue durante este periodo –finales del siglo XIV y comienzos del XV– cuando los poderes de los estamentos parlamentarios –autorizar los impuestos, controlar los gastos del gobierno, nombrar los consejeros de los príncipes y regular la sucesión en la casa principesca– quedaron profundamente arraigados en los Estados germánicos.

Mientras tanto, el poder imperial se redujo aún más. Venceslao reinó en Bohemia de 1378 a 1419 y, hasta 1400, fue universalmente aceptado como rey de Alemania. Pero era un pobre sucesor de su padre: era un hombre débil y borracho. Los difíciles problemas que plantearon el desorden en la Alemania occidental, el Gran Cisma y la rivalidad de sus propios parientes, en especial su hermano Segismundo, fueron demasiado para él. En la década de 1380, Venceslao intentó intervenir seriamente en los conflictos entre los príncipes y las ciudades del oeste. En 1383, con el consentimiento de diversos príncipes, intentó hacer uso del antiguo derecho real a imponer un *Landfriede,* una paz general, en un área del Imperio. Venceslao lanzó la idea de una división del Imperio en cuatro partes, en el interior de las cuales se organizaría un *Landfriede.* Pero la oposición entre los intereses de las ciudades (muchas de las cuales reivindicaban el derecho a extender su jurisdicción sobre las zonas rurales circundantes), la nobleza y los príncipes más intere-

sados en la Alemania sudoccidental (los condes de Wurtemberg y los duques de la casa Habsburgo) era demasiado fuerte. En 1389 proclamó una paz general del Imperio *(Reichslandfriede)* en Eger por el plazo de seis años, que fue aceptada por muchos entonces, pero no tuvo efectos duraderos. Sin embargo, el conflicto entre las ciudades y los nobles se estaba apagando. La década de 1390 presenció el desarrollo de un movimiento en el oeste para reemplazar a Venceslao, que estuvo promovido principalmente por sus enemigos, los Wittelsbach, pero encontró también amplio apoyo entre los electores y los príncipes de Renania, que teníán poco cariño al poder de los Luxemburgo y poco respeto por Venceslao. En 1399, los arzobispos de Maguncia y Colonia y el conde palatino (Ruperto, un Wittelsbach) formaron una liga para defender el poder de los electores y pronto encontraron los suficientes partidarios para nombrar rey a Ruperto.

Durante diez años, después de esto, hubo dos reyes rivales. Ruperto era un hombre enérgico y de atractiva personalidad. Realizó una expedición infructuosa a Italia en 1401 (véase *supra*). En 1403 consiguió ser reconocido por el pontífice romano Bonifacio IX. Pero su peligrosa energía provocó la oposición del hombre que al principio había sido el principal promotor de su candidatura, el arzobispo Juan de Maguncia, que representaba la intensa sospecha de que la Alemania occidental tendía hacia un poder real efectivo. Cuando Ruperto murió, en 1410, se había quedado también bastante aislado.

La incapacidad de Venceslao para gobernar el reino de Alemania fue un hecho generalmente aceptado. Una complicada serie de maniobras durante los años 1410-1411 condujeron a la elección del hermano de Venceslao, Segismundo. Aunque consintió en compartir su posición con Venceslao (que murió en 1419), Segismundo fue de hecho rey des-

de entonces hasta que fue coronado emperador en 1433, y emperador hasta su muerte, en 1437. La relación de Segismundo con Alemania fue sumamente curiosa. Era un hombre de personalidad dominante, de grandes concepciones y energía inquieta; no era, por lo tanto, hombre al que fuera fácil desafiar. Por otra parte, prestó relativamente poca atención a los asuntos alemanes. Era rey de Hungría; después de 1419 pretendió ser rey de Bohemia, pero hasta los dos últimos años de su vida no pudo hacer valer sus derechos. El problema de defender Hungría frente a los turcos fue suficiente como para central su atención y mantenerla alejada de Alemania la mayor parte del tiempo. Sus intereses territoriales en la propia Alemania no eran muy grandes, especialmente si se tiene en cuenta que en 1411 entregó Brandemburgo a su aliado Federico, burgrave de Nuremberg y fundador de la familia Hohenzollern.

Segismundo realizó algunos esfuerzos encaminados a fortalecer la monarquía alemana, percibiendo sagazmente que podría ser más interesante para la Corona colaborar con las ciudades imperiales y la nobleza independiente del sudoeste que con los príncipes en contra de ellas. Esta era la zona aquella donde se habían desarrollado primero las ligas de ciudades. Una sociedad de caballeros llamada «Sociedad del Escudo de San Jorge», que se originó en Suabia a comienzos del siglo XV, había de ser durante algún tiempo una importante organización política. En 1415, Segismundo propuso la idea de una liga de ciudades bajo su jefatura. En 1422 proclamó un privilegio general para los caballeros alemanes, permitiéndoles que se unieran en ligas, y más tarde fomentó las negociaciones entre los caballeros y las ciudades suabas. También intentó tenazmente actuar como árbitro. Poco resultó de todo ello, excepto la idea de una identidad natural de intereses entre el emperador y sus súbditos de segundo rango (caballeros y ciudades en oposición a los príncipes). La política alemana continuó siendo más o

menos caótica. En los concilios de Constanza y Basilea, Segismundo representó un papel central en los asuntos europeos y la cuestión de Bohemia fue de sumo interés para gran parte de Alemania, pero su empeño más permanente y dominante fue Hungría, y su relación marginal con los asuntos alemanes está en marcado contraste con la actitud de sus predecesores durante el siglo XIV. Sin embargo, la idea de que el emperador debería ser el agente decisivo de la reforma, la unificación y la paz en Alemania continuó viva. La «Reforma de Segismundo» *(Reformatio Sigismundi),* panfleto de gran influencia, compuesto por un autor desconocido en Basilea en 1439, todavía podía asociar la reforma general de la Iglesia, sobre la base de una reforma moral conservadora, a la reforma del Imperio bajo la dirección del emperador. El autor abogaba por una división del Imperio en cuatro áreas para arbitrar en las disputas de un modo bastante similar a la que anteriormente había sugerido Venceslao. La esperanza en un progreso de este tipo continuó siendo importante en el pensamiento alemán, hasta ser tomada en serio mucho más tarde por los emperadores Maximiliano y Carlos V. El *Reichstag* fue un rasgo muy frecuente de la política alemana de mediados del siglo XV, y el sentimiento –sumamente inefectivo– de unidad nacional recibió cierta vida con la conciencia de los peligros externos: los husitas, los turcos presionando en Hungría y en Austria, la expansión borgoñona en Renania.

El alejamiento del gobernante imperial hacia la periferia de la vida política alemana se acentuó todavía más durante la generación siguiente. A la muerte de Segismundo sin heredero, las cláusulas del tratado de sucesión Luxemburgo-Habsburgo de 1364 (véase *supra*) entraron en vigor. El sucesor de Segismundo fue el duque Alberto de Austria, conocido como Alberto II de Alemania. De esta sucesión había de derivar en último término el desarrollo de la familia Habsburgo como la fuerza política dominante en la Europa

central, una de las principales características de la escena europea durante el Renacimiento. Las herencias de los Luxemburgo y Habsburgo se unieron, y con esta elección de 1438 comenzó la ocupación por los Habsburgo del trono imperial de Alemania, ininterrumpida hasta el siglo XIX. Pero los comienzos fueron poco prometedores. Las tierras de los Habsburgo estaban todavía divididas entre varias ramas de la familia. Alberto fue aceptado en Austria y en Hungría como sucesor de los Luxemburgo y fue elegido rey de Alemania. Pero no pudo imponer su gobierno en Bohemia frente al orgullo nacional nacido del movimiento husita. Murió joven, en 1439. Su sucesor fue un hijo nacido después de su muerte, Ladislao, apodado el Póstumo. Sus derechos de sucesión fueron lo suficientemente fuertes como para que Ladislao fuera generalmente aceptado en Austria, Bohemia y Hungría, pero un niño no podía gobernar, y el poder efectivo en todos estos reinos –una interesante ilustración de la uniformidad de la evolución política en los Estados de la Europa central y oriental– recayó sobre los nobles que actuaban como dirigentes de su clase. En Bohemia, Jorge de Podebrady fue el regente; en Hungría, Juan Hunyadi; en Austria, Ulrich von Cilli y Ulrich Eizing. Ladislao murió en 1457, a los dieciocho años.

Durante la corta vida de Ladislao, el decano de los Habsburgo fue un primo lejano, Federico, y paradójicamente fue de este linaje oscuro e inactivo de donde descendió la dinastía imperial de los Habsburgo. Federico fue aceptado como rey en Alemania en 1440, y en 1452 hizo un viaje rápido a Italia, sin pretender ningún poder militar, para ser coronado emperador. Pero aunque poseía estos títulos grandiosos frente al mundo exterior, en el interior de los dominios de los Habsburgo tenía solo una posición limitada e insegura, que le disputaban sus parientes y los estamentos de los *Länder.* Sin embargo, durante el resto de su larga vida (hasta 1493) consiguió en gran medida restablecer la unidad y

extender el poder de la herencia de los Habsburgo. Los derechos al trono de Bohemia y Hungría, que habían ofrecido la posibilidad de un imperio en la cuenca del Danubio, fueron ignorados y solo serían nuevamente planteados durante el siglo siguiente. Pero, como resultado de la extinción natural de las otras ramas de la familia, las tierras de los Habsburgo alemanes quedaron totalmente reunidas en las manos de Federico y de su hijo, el futuro emperador Maximiliano, antes de que Federico muriera en 1493.

La actitud de Federico III hacia el Imperio fue extraordinariamente inactiva y despegada. No hizo ninguna visita a Alemania fuera de sus dominios entre 1444 y 1471. La tendencia de la política alemana a desintegrarse en una serie de conflictos locales entre Estados sin virtualmente ninguna referencia a una autoridad central real alcanzó en este momento su punto extremo. En Alemania, en general, el proceso político más importante de finales del siglo XV es la aparición de Estados territoriales más unificados, tales como Brandemburgo y Sajonia, en los cuales el poder del príncipe contrarrestaba el de los estamentos de los nobles y las ciudades. Durante la primera mitad del siglo, las condiciones favorecieron la afirmación de su autoridad por parte de los estamentos. De esta tendencia es buen ejemplo la historia de las tierras de los Habsburgo; abundan también los ejemplos en otras partes. En 1430, los estamentos de la Alta Baviera establecieron un comité de árbitros elegidos entre la nobleza y las ciudades para juzgar aquellos casos en que se acusaba al duque de haber infringido sus privilegios. En Sajonia, en 1445, los estamentos se reunieron con independencia de toda convocatoria del príncipe para decidir la actitud que debía tomar frente a un reparto propuesto entre los miembros de la familia gobernante de los Wettin. En todas partes los príncipes eran débiles y los nobles y las ciudades poco respetuosos. En 1450, el poder de los príncipes, como el poder del emperador, estaba en su punto más bajo.

Durante la segunda mitad del siglo, la dirección de la evolución política varió, las circunstancias fueron mucho más favorables para los príncipes, y gobernantes poderosos, tales como Alberto Aquiles de Brandemburgo (1471-1486), restablecieron el control de los príncipes.

VIII. PRÍNCIPES Y CIUDADES EN LOS PAÍSES BAJOS Y EN ITALIA

LA BORGOÑA DE LOS VALOIS

En la mayor parte de Europa la forma de estructura política predominante era la monarquía, basada principalmente en la sociedad rural. En dos regiones, la zona de los Países Bajos y Renania y el norte de Italia, las ciudades eran más importantes. El siglo XV fue un periodo durante el cual las circunstancias económicas fueron favorables a las ciudades. Estas regiones, por lo tanto, tuvieron una supremacía política y cultural durante este siglo que no habían tenido antes ni tendrían después y que aumenta su interés para el historiador.

La ambición de la monarquía francesa, a comienzos del siglo XIV, de extender su control sobre el condado de Flandes, condujo al matrimonio de Felipe el Atrevido, hermano de Carlos V, con Margarita de Flandes y al establecimiento de la autoridad de Felipe sobre el condado en contra de la resistencia de algunas ciudades de 1381 a 1385. En 1385, Felipe era efectivamente a la vez duque de Borgoña y conde de Flandes. Este triunfo de la expansión francesa, sin embargo, había de conducir a algo que no se incluía en los propósitos de sus promotores. Felipe fue el primero de los cuatro duques de Valois que establecieron, en efecto, una nueva dinastía, que acabó siendo muy autónoma e independiente de la Corona francesa. Los territorios sobre los que gobernaban cubrían un amplio sector de la zona incluida entre los mundos alemán y francés, desde el lago de Ginebra a la desembocadura del Rin. Así, durante algún tiempo fue realizada la concepción de un «reino medio». La Borgoña de los Valois fue un fenómeno temporal en el mapa de Europa, pero, por diversas razones, constituye una pieza importante de la historia europea. A la larga, dio lugar a

unos Países Bajos unidos que pasaron a la familia de los Habsburgo, convirtiéndose en un importante factor de la Europa del Renacimiento y posterior. En el propio periodo de los Valois, la combinación de ambición ducal y de riqueza urbana convirtió a Borgoña en una potencia principal de la política europea y, en muchos aspectos, en un microcosmos de la sociedad de Europa.

Los duques de Valois persiguieron, intermitentemente y con diversos grados de intensidad, pero siempre de manera coherente, el objetivo de extender sus territorios. No hay nada sorprendente en esto, puesto que era el propósito de toda familia noble normal, ya fuera grande o pequeña, pero, en su caso, las dos posesiones originales, Borgoña y Flandes, eran tan importantes que suministraron las bases desde las cuales se desarrolló un Estado con las dimensiones de un gran reino. Desde un cierto punto de vista, por lo tanto, la historia de la Borgoña de los Valois es la historia de los esfuerzos por la expansión dinástica. Los duques tuvieron que enfrentarse a la resistencia de dos oponentes: en primer lugar, los gobernantes de los territorios vecinos que ellos codiciaban y, en segundo lugar, los «estamentos» de aquellas tierras, los representantes parlamentarios de la nobleza y las ciudades, a los que disgustaba enormemente la perspectiva de ver a su país deglutido por una unidad política mucho mayor, y que, a menudo, se opusieron furiosamente, y a veces con éxito.

El primer territorio importante sobre el que Felipe el Atrevido puso sus codiciosos ojos fue el ducado de Brabante, gobernado convenientemente por una duquesa sin hijos, Juana, perteneciente a la familia alemana de los Wittelsbach. Tan pronto como se vio firmemente establecido en Flandes, Felipe comenzó a fortalecer sus lazos mediante una alianza matrimonial con la familia Wittelsbach, a fin de asegurarse la herencia de Brabante tras de la muerte de la

duquesa. Pero, aunque Juana se mostraba dispuesta a colaborar con sus planes, sus súbditos, como ocurrió a menudo en la Europa de la Baja Edad Media, se preocupaban más por la integridad y la independencia de su patria. Lo más que se mostraban dispuestos a aceptar era un compromiso por el cual el ducado había de ser heredado, no por Felipe o por su hijo mayor, sino por el segundo, Antonio, con la importante ciudad de Amberes, desgajada de Flandes y añadida al ducado. Esto fue lo que pasó cuando la duquesa murió en 1406. Por lo tanto, cuando Felipe el Atrevido murió en 1404 su hijo mayor, Juan Sin Miedo, heredó aproximadamente la misma colección de territorios que Felipe había gobernado desde 1384.

Juan Sin Miedo (1404-1419) continuó la política de su padre de amistad con la familia Wittelsbach, destinada a fortalecer su posición en el resto de los Países Bajos. Esto no le permitió poner sus manos sobre Brabante cuando el duque Antonio murió en Azincourt (1415). Los estamentos del ducado no querían entregárselo e insistieron en nombrar un consejo de regencia que gobernara durante la minoría de edad del hijo de Antonio. Juan Sin Miedo estuvo profundamente envuelto en la política de Francia durante los últimos y extraordinariamente alterados años del reino de Carlos VI, que presenciaron la triunfante invasión inglesa que Juan había contribuido tanto a promover. La extensión principal de su herencia se hizo a expensas de Francia por la adquisición de las ciudades del valle del Somme.

Durante la primera parte del reinado del hijo de Juan, Felipe el Bueno (1419-1467), Borgoña sufrió la transformación decisiva, pasando de ser un feudo francés a convertirse en una gran potencia independiente. Durante estos años, Felipe intervino en la Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia, y su deserción del campo del rey francés fue el principal factor que favoreció el triunfo inglés. Pero la

mayor parte de sus ambiciones se concentraron en la fructífera política de expansión que siguió en los Países Bajos. Cuando subió al trono, Brabante estaba gobernado por su sobrino, el duque Juan, hijo de Antonio. Los condados de Hainault y Holanda habían sido heredados por una dama llamada Jacqueline, que estaba casada con Juan de Brabante. Una curiosa sucesión de acontecimientos actuó en favor de Felipe el Bueno y le permitió apoderarse de todas las tierras de este matrimonio. Juan de Brabante era un gobernante imprevisor y poco inteligente. Entre otros errores, se enemistó con su esposa, hasta el punto de que esta lo dejó, y en 1422 se casó, con dudosa legalidad, con Humphrey, duque de Gloucester y hermano de Enrique V de Inglaterra y, como tal, rodeado de la aureola de invencibilidad militar que en aquellos días se atribuía a la familia de los Lancaster. Jacqueline y Humphrey llevaron un ejército inglés a Hainault. Felipe el Bueno atacó también y desafió a Humphrey a decidir el asunto en un combate singular, de acuerdo con las leyes de la caballería. El combate nunca tuvo lugar; Humphrey perdió interés por Jacqueline y por su herencia y se retiró. Mientras, murió el marido de Jacqueline, dando así a Felipe una buena oportunidad de apoderarse de sus tierras. Jacqueline huyó a Holanda y Felipe empleó gran parte de los años, 1425 a 1428, en la difícil tarea de someter al complejo país, dividido por las aguas de Holanda y Zelanda, empresa que presagiaba el intento de los españoles de someter a los rebeldes holandeses en el siglo XVI. Felipe triunfó y Jacqueline aceptó la derrota. En Brabante la línea de los duques independientes se extinguió en 1431. La otra adquisición importante de Felipe fue el ducado de Luxemburgo, otro territorio de los Wittelsbach, que había sido gobernado por Antonio de Brabante gracias a los derechos de su mujer y que, por un complejo proceso de herencia y conquista, acabó en las manos de Felipe el Bueno en 1451. Sin embargo, el gran periodo de expansión tuvo lugar durante

los primeros doce años de su reinado. En 1432, Felipe había conseguido reunir en sus manos los diversos y hasta entonces tenazmente independientes Estados que cubrían la desembocadura del Rin, a una gran parte de los cuales llamaremos los Países Bajos.

El Estado borgoñón fue una creación notable. No solo reunía tierras con una larga tradición de separatismo, sino que además incluía una serie de comunidades urbanas que no estaban muy bien dispuestas hacia los gobernantes señoriales y que tenían sus propias rivalidades. Por lo tanto, se trataba de una mezcla compleja e inestable. Los duques realizaron considerables esfuerzos por unificarla. El gobierno central era esencialmente una organización señorial destinada a servir los fines del duque. Como otros grandes señores, este tenía un consejo compuesto por funcionarios, consejeros expertos y amigos que estaba vagamente anexionado a su casa y le ayudaba a llevar sus asuntos. El funcionario más importante era su canciller, que era en realidad el arquitecto de la política ducal. Felipe el Atrevido y Juan Sin Miedo probablemente se concebían a sí mismos ante todo como príncipes franceses, envueltos en la política interna de Francia, y por lo tanto mantuvieron en Francia su corte y su casa, generalmente en París en los tiempos de Felipe el Atrevido. Las ciudades flamencas exigieron que Juan Sin Miedo viviera en Flandes, pero él se negó a hacerlo. Sin embargo, durante el reinado de Felipe el Bueno, en parte a causa del distanciamiento de Francia y en parte porque el centro de gravedad se había desplazado con la adquisición de nuevos territorios fuera de Francia, la corte ducal pasó la mayoría del tiempo en Dijon, Bruselas, Brujas y otros lugares del territorio borgoñón. La corte se hizo, además, espectacular; su ostentación y ceremonial no eran superados, y posiblemente ni siquiera igualados, por los de ninguna otra corte europea. También era notable la complejidad de la administración, como se demuestra quizá de la manera más

impresionante en los sofisticados memoriales que han llegado hasta nosotros, realizados por los funcionarios ducales. El deseo de la corte borgoñona de ponerse a la cabeza del mundo señorial europeo se demuestra claramente en sus planes de cruzadas. Incluso la concepción de la cruzada de Nicópolis, en 1396 (véase *supra*), fue superada por los planes que se trazaron después de la caída de Constantinopla, en 1454-1455. El duque en persona había de dirigir la expedición, y se hicieron planes para que un gran ejército, su séquito y un vasto equipo de barcos y de artillería lo acompañasen. Estos planes fueron desempolvados otra vez en 1463. No llevaron a nada, pero se hicieron muy seriamente y estaban más allá de lo que pudiera proponerse ningún príncipe europeo.

Por debajo del nivel de la corte, la administración inevitablemente se bifurcaba, porque los territorios estaban divididos en dos grupos geográficos los Países Bajos y las dos Borgoñas. Sin embargo, los duques establecieron una administración central separada para cada uno de estos grupos. Felipe el Atrevido creó una cámara del consejo *(chambre du conseil)* y una cámara de cuentas *(chambre des comptes)* en Lille para los territorios septentrionales y una organización similar en Dijon para los meridionales. Felipe el Bueno tuvo cuatro centros provinciales de este tipo en Dijon, Gante, Bruselas y La Haya. Emprendió la ambiciosa tarea de introducir una única moneda, común para los Países Bajos, en 1433. También hizo intentos de organizar la vida parlamentaria en sus dominios de una manera más centralizada. La Borgoña de los Valois cubría un área donde las instituciones parlamentarias, las asambleas de la alta y baja nobleza, las ciudades y los eclesiásticos para tratar con el príncipe estaban muy desarrollados. Cada unidad política, no solo Brabante o Borgoña, sino también Namur o Limburgo, tenía sus «estamentos». Flandes era, por supuesto, peculiar o destacada en este aspecto, al tener la organización especial

de los «tres miembros» (Ypres, Gante y Brujas), cuyos representantes se reunían mucho más frecuentemente que los de los parlamentos de otros Estados, una vez al mes en lugar de una vez al año. Esta vida política, intensamente activa y fragmentada, fue evidentemente un obstáculo considerable para la autoridad ducal. Mientras a mediados del siglo XV en Francia los estamentos estaban cayendo en decadencia y desuso, en Borgoña, quizás a causa de la supremacía de las ciudades, no disminuyeron en importancia. La causa de estos procesos contrapuestos no está muy clara. Lo que está claro, sin embargo, es que, a diferencia de su contemporáneo Carlos VII, bajo el cual los Estados Generales franceses dejaron prácticamente de funcionar, Felipe el Bueno intentó que hubiera Estados Generales representativos de todos sus dominios, como fuerza unificadora. Esta política se remontaba a los primeros años de su reinado y se hizo más marcada al final de este.

Desde el punto de vista de la estructura política, el gran interés de la Borgoña de los Valois radica en la confrontación de la política señorial y la política urbana. Aquí había un gobernante, que seguía una política señorial en su forma más ambiciosa, el fundador de la orden de caballería más prestigiosa de toda Europa, la Orden del Toisón de Oro (fundada por Felipe el Bueno en 1430), cuya riqueza y poder dependía principalmente de una sociedad urbana muy desarrollada y que a menudo era hostigado y ultrajado por la oposición de las gentes de sus ciudades. Financieramente, los centros comerciales de los Países Bajos eran la parte más valiosa de los dominios del duque. Incluso en los tiempos de Felipe el Atrevido y Juan Sin Miedo, cuando todavía eran apreciables los beneficios del control de la corte francesa, las rentas de Flandes eran las más valiosas de las tres fuentes de ingresos de que disponían los duques (Borgoña, Flandes y la corte francesa). En tiempos de Felipe el Bueno, naturalmente, las diversas provincias de los Países Bajos so-

brepasaban, en cuanto a importancia, a Borgoña. Flandes y Brabante incluían algunas de las más importantes antiguas ciudades comerciales e industriales de Europa; Zelanda y Holanda eran regiones con nuevas industrias y comercio. Pero este valioso imperio comercial no era fácil de dirigir como entidad única. En muchos aspectos, un Estado comercial extenso, aunque más provechoso desde el punto de vista fiscal, era, para un gobernante, más difícil de manejar que un Estado agrícola extenso. Los mercaderes sentían poca simpatía por los fines políticos de los gobernantes señoriales convencionales y, a diferente nivel, sentían poca simpatía los unos por los otros, porque sus intereses comerciales entraban en conflicto.

Por ejemplo, existía un grave conflicto de intereses entre Amberes, centro en desarrollo del comercio internacional, y Brujas, centro en decadencia de la industria de paños flamenca. Algunos de los dilemas del gobierno borgoñón fueron enunciados de forma muy perspicaz en un momento de crisis, en 1436, en un memorial al duque, escrito por uno de sus principales consejeros, Hue de Lannoy, que por entonces era gobernador de Holanda:

> Debéis de haber apreciado, durante el sitio de Calais, el perjuicio causado por la falta de finanzas, y es de temer que la guerra apenas haya comenzado. Si necesitáis recaudar dinero en Brabante, Holanda y otras tierras vuestras, esto solo puede hacerse con el consentimiento y la buena voluntad del pueblo, especialmente cuando ellos ven que estáis en guerra [con Inglaterra] y que, por lo tanto, los flamencos pueden rebelarse contra vos en cualquier momento. Si ha de decirse la verdad, no tenéis territorio cuya población no esté duramente oprimida financieramente; y vuestros dominios, que están hipotecados, vendidos o cargados de deudas, tampoco pueden ayudaros.
>
> También habéis visto cuán agitados están vuestros súbditos flamencos; algunos de ellos están realmente en rebelión armada. Extrañas y amargas cosas se han dicho acerca de vos, de vuestro gobierno y de vuestros consejeros principales; y es muy probable que, habiendo llegado hasta el punto de hablar de esta manera, pronto hagan más que hablar. Aún es más; si los apaciguáis con amabilidad y aceptando sus demandas, otras ciudades, que tienen aspiraciones similares, se rebelarán con la esperanza de conseguir el mismo trato. Por otra parte, si los castigáis y reprimís, es de temer que hagan desastrosas alianzas con vuestros enemigos. Si por casualidad comienzan a saquear y robar es muy posible que las malas personas empiecen a pillar los bienes de los ricos. La codicia existe entre los acomodados; podéis imaginar cuánto peor es entre el populacho. En esta materia hay mucha causa de ansiedad.
>
> Os señalo que, de acuerdo con los informes, los ingleses están planeando mantener en el mar un elevado número de barcos a fin de efectuar un bloqueo comercial de vuestra tierra de Flandes. Es este un grave peligro, porque pueden resultar muchos perjuicios si aquel país queda privado por cualquier periodo de tiempo de su industria de paños y de su comercio y podéis apre-

ciar cuánto costaría enviar una flota al mar que protegiera este comercio y resistiera al enemigo. Aún es más, si Holanda y Zelanda continúan su comercio con los ingleses, y probablemente querrán hacerlo, los flamencos, encontrándose sin comercio, sin industria de paños y envueltos en una guerra por tierra y mar, querrán aliarse con los ingleses, vuestros enemigos, lo cual podría suceder muy en vuestro perjuicio y deshonor.

En este informe, De Lannoy señalaba una de las dificultades del control político de las ciudades comerciales a mediados del siglo XV. Como condes de Flandes, los duques de Valois tenían naturalmente que ser sensibles a los intereses comerciales de los flamencos. En las dos primeras décadas del siglo XV tuvieron que seguir una política de paz con Inglaterra, aunque la corte francesa estaba en favor de la guerra, porque la ruta entre Inglaterra y Flandes, que pasaba por Calais, llevando la lana inglesa, era todavía vital para la industria de paños de Flandes. Más entrado el siglo, el problema cambió de carácter. A medida que la industria del paño flamenca fue decayendo, los flamencos se mostraron más deseosos de luchar contra la competencia de los paños ingleses. Pero esto no complació a los mercaderes y capitanes de barcos de Amberes, Holanda y Zelanda. En las circunstancias de depresión comercial de mediados del siglo XV, las rivalidades entre los mercaderes eran muy fuertes y políticamente importantes: de ahí, por ejemplo, la guerra entre Holanda y la Hansa, en 1438-1441, por controlar el tráfico a través del Sund para entrar y salir del Báltico.

De Lannoy también señalaba el peligro de una rebelión de las ciudades, peligro que amenazó constantemente a los duques y que a menudo fue una realidad. Los principales rebeldes eran Brujas y Gante, las mayores ciudades de Flandes, que tenían una fuerte tradición de independencia. En la mayoría de los casos la oposición de la ciudad al duque estaba relacionada con las divisiones internas entre los magistrados gobernantes, que estaban dispuestos a cooperar con él, y grupos radicales, que eran hostiles a los magistrados y al control y fiscalización del duque. Felipe el Atrevido comenzó su reinado sometiendo a las ciudades flamencas y

no tuvo posteriormente muchos problemas con ellas. Juan Sin Miedo, al principio del suyo, impuso magistrados y sistemas fiscales de su propia elección en Brujas y Gante sin suscitar una reacción seria en su contra. Pero en 1411, las exigencias de su guerra contra los *armagnacs* de Francia hicieron rebelarse a ambas ciudades. El problema surgió del perenne peligro de utilizar las tropas de las ciudades flamencas en el ejército ducal. En general, el esquema de suministros para la guerra que seguían los duques era el lógico: la nobleza de Borgoña y los Países Bajos rurales suministraban hombres, mientras que las ciudades proporcionaban dinero. En algunas ocasiones, sin embargo, las ciudades proporcionaron la infantería. En 1411, las tropas se mostraron excepcionalmente indisciplinadas y regresaron a casa cuando quisieron. Cuando el contingente de Brujas llegó a su ciudad, se negó a entrar en ella hasta que se hubiera respondido a ciertas demandas radicales: la abolición de algunos impuestos y la restauración de algunos privilegios de los gremios de artesanos. Juan Sin Miedo se vio forzado a acceder a algunas de sus exigencias y el gobierno de Brujas se hizo menos sumiso al duque y más tolerante para con los gremios. Un nuevo periodo de trastornos comenzó en la década de 1430. En 1432, los tejedores de Gante se amotinaron. Los disturbios más graves comenzaron en 1436, en la conjunción de circunstancias descrita en el memorial de De Lannoy. Se había producido un conflicto con Inglaterra, un embargo sobre la lana inglesa, encaminado a reducir su precio en interés de la industria textil flamenca, y un ataque fallido a la base inglesa de Calais. El retorno de las tropas de la ciudad dio lugar a tumultos en Gante y Brujas. En Brujas, la milicia de la ciudad tomó esta y arrestó a varios magistrados. Después de estos disturbios prolongados, Felipe, al año siguiente, decidió darles una lección. Cuando penetró en la ciudad por la fuerza los ciudadanos contraatacaron con tan buena fortuna que el duque tuvo que huir de-

jando muertos a muchos de sus hombres. Al año siguiente se impuso a la ciudad una pacificación humillante que implicaba una multa, víctimas propiciatorias y destrucción de las fortificaciones. La confrontación más impresionante entre el duque y la ciudad, sin embargo, todavía estaba por llegar. Surgió de un intento de Felipe de imponer a Gante un sistema de impuestos más lucrativo. Al ser rechazado, impuso diversas sanciones constitucionales a la ciudad, lo cual acabó conduciendo al establecimiento de un gobierno más radical en la ciudad, que en 1452 pasó a la ofensiva, sustituyendo a los magistrados normales por capitanes elegidos, ejecutando a algunos ciudadanos partidarios del duque y, por último, intentando llevar a cabo una ofensiva militar fuera de la ciudad. Los ciudadanos de Gante fracasaron en el sitio de la ciudad vecina de Oudenarde, pero el ejército ducal también fracasó al principio en su intento de conquistarlos. Hasta 1453 Felipe no consiguió derrotar a Gante en una batalla campal en Gavre.

Aunque las ciudades flamencas no tenían la supremacía industrial en Europa que habían tenido a comienzos del siglo XIV, de la historia política de la Borgoña de los Valois se desprende que todavía gozaban de un poder económico notable y de un fuerte sentimiento de independencia. Los duques tuvieron que llegar con ellas a un compromiso, particularmente en el clima económico de la primera mitad del siglo XV, cuando las oportunidades de obtener beneficios del campo eran tan limitadas. Durante este periodo fue también cuando las ciudades flamencas hicieron su más famosa contribución a la civilización europea al desarrollar la pintura realista. Esta revolución en la pintura tuvo por supuesto mucho en común con la contemporánea de Florencia. Es de notar que las innovaciones que se asocian con Donatello y Masaccio en Florencia (véase *infra*) y las que se asocian con Jan van Eyck y otros flamencos tuvieron lugar en las dos décadas de 1410-1430, aparentemente de forma

independiente la una de la otra. En ambos casos la pintura dio súbitamente un salto adelante en cuanto a realismo espacial y realismo en la caracterización de personas individuales. Esto representa más que una evolución técnica en la pintura. Supone un cambio en la conciencia del artista. En Florencia las conexiones intelectuales y las implicaciones del cambio son destacadas, mientras que en Flandes no lo son; pero ambas tuvieron lugar en un medio urbano y si supiéramos más del oscuro origen de los pintores flamencos puede que encontráramos más cosas en común entre ellos.

La tradición estética de la que proceden tanto las innovaciones florentinas como las flamencas es el estilo de pintura realista que había sido desarrollado por Giotto y su escuela en Toscana a comienzos del siglo XIV. Algunos de los logros técnicos de esta escuela fueron adoptados por los pintores del norte de Europa en el curso del siglo XIV, en especial la construcción de escenas con una perspectiva limitada y desarrollada a medias, lo cual daba un realismo espacial limitado, y el realismo en la representación de los rostros humanos. Estos rasgos fueron incorporados a las obras de los pintores que produjeron manuscritos iluminados y piezas de altar para las ricas cortes europeas de Milán, Turín, Aviñón y Praga, la de París y las cortes de los grandes duques franceses de finales del siglo XIV, Juan, duque de Berry, y Felipe el Atrevido. El arte cortesano estaba algo imbuido del espíritu de los inventos italianos previos de manera muy semejante a como el arte cortesano literario de Geoffrey Chaucer estaba imbuido de las técnicas realistas de Dante y Boccaccio cuando escribió los *Cuentos de Canterbury.* Este estilo artístico había de ser conocido como «gótico internacional». Su manifestación más famosa –y una muy buena manifestación– es el libro de las *Très Riches Heures,* el manucristo pintado para el duque de Berry por los hermanos Limbourg hacia 1416. Sus figuras elegantes, alargadas y ricamente vestidas, sobre fondos fantásticos de

castillos y paisajes pintados con detallado realismo son bien conocidas.

Los orígenes de la nueva forma de arte son esencialmente borgoñones porque, como el Estado borgoñón, incluían tanto a la corte como a las ciudades; la corte como el más rico centro de mecenazgo y las ciudades como fuentes de habilidad técnica e inventiva. Todos los duques fueron grandes mecenas que podían pagarse lo mejor. La contribución más importante de Felipe el Atrevido fue el convento cartujo que hizo construir en Champmol, a las afueras de Dijon. Dos destacados artistas de los Países Bajos fueron empleados para embellecerlo y ambos produjeron obras en las cuales la representación realista de los rostros humanos sugiere que estaban intentando romper con la elegancia convencional del gótico internacional. Estos artistas fueron Melchior Broederlam, pintor de Ypres, y Claus Sluter, escultor de Haarlem. Esto fue alrededor de 1400. El artista que dio el paso decisivo durante la fase siguiente nunca ha sido identificado con certeza, pero lo más probable es que fuera Robert Campin (alrededor de 1378-1444), pintor de Tournai que estuvo asociado solamente con el mundo de las ciudades flamencas, no con el de la corte, y fue, además, un miembro radical del consejo municipal de Tournai en el periodo de 1425-1427. El mundo de Campin, tal como aparece, por ejemplo, en la *Virgen de la cortina de fuego,* de la National Gallery o en la *Anunciación,* de Nueva York, es muy diferente del mundo de las *Très Riches Heures.* Es un mundo cotidiano de gente ordinaria, aunque a veces se exhiban emociones con mucho dramatismo. Sus habitaciones y paisajes son realistas de una forma nueva, en parte por una mejor perspectiva, pero, de manera más sorprendente, porque ha captado la noción de que la unidad espacial de una escena depende de la dirección uniforme y del carácter de la luz a través de ella.

Si el pintor de Tournai fue realmente el pintor de las obras que se asocian con su nombre, fue el gran innovador y el genio central de la civilización medieval flamenca. Sus ideas fueron desarrolladas por un joven contemporáneo, Jan van Eyck de Maastricht (muerto en 1440), y un discípulo, Roger van der Weyden (alrededor de 1400-1464), los cuales tuvieron ambos más lazos con la corte. Van Eyck es, por supuesto, el más famoso de los pintores flamencos y su obra es la que mejor simboliza los aspectos de la civilización borgoñona. Felipe el Bueno lo apreció y empleó con regularidad, enviándolo a Portugal a pintar el retrato de la futura duquesa, Isabel, que no ha sobrevivido, pero han quedado otros retratos de Van Eyck que lo revelan como un gran intérprete del carácter humano. También fue protegido por las ciudades flamencas: su mayor obra, el retablo de la catedral de Gante, fue costeada por un habitante de esta gran ciudad. Su cuadro más conocido, «El matrimonio de Giovanni Arnolfini y Giovanna Cenami», lo pintó para Arnolfini, un mercader italiano de Luca establecido, como muchos otros italianos, en Brujas. Otro cuadro muy famoso, «La Virgen del canciller Rolin», incluye el retrato de Nicolás Rolin, que fue canciller de Felipe el Bueno y la persona más poderosa de la administración borgoñona durante unos treinta años, de 1420 a 1450, aproximadamente.

El Estado borgoñón que habían creado Felipe el Atrevido y Felipe el Bueno fue destruido por el último y más poderoso de los cuatro duques, Carlos el Temerario (1467-1477). Felipe el Bueno había sido un gobernante lleno de determinación y orgullo, pero también indulgente consigo mismo y afable. Sus sustanciosas adiciones al Estado fueron en parte resultado de la suerte y en parte efecto de las implicaciones de los tratados y matrimonios realizados por Felipe el Atrevido con la idea, en cierto modo, de conseguir esos resultados. Su hijo insistió en sus derechos, pero no emprendió la búsqueda de otros nuevos. Por otra parte,

Carlos el Temerario fue un hombre austero y extraordinariamente enérgico, con una ambición destructora por convertir su Estado en un reino más grande y poderoso. Uno de sus propósitos principales fue convencer al débil emperador Habsburgo, Federico, de que le concediese el título de rey dentro del Sacro Imperio Romano, pero aunque tuvieron una entrevista en Tréveris, junto al Rin, en 1473, no llegaron a ningún acuerdo al respecto.

Los esfuerzos de Carlos estaban principalmente dirigidos hacia la expansión deliberada de sus territorios. Su primer paso en este sentido, y paso muy considerable, lo dio en 1465, antes de la muerte de su padre. Como conde de Charolais, Carlos era ya una fuerza más positiva en la política borgoñona que su anciano padre. Fue él quien tomó la iniciativa de implicar a la potencia borgoñona en la Guerra del Bien Público al lado de los nobles rebeldes contra Luis XI, quien condujo el ejército a las afueras de París y luchó en la batalla de Montlhéry, y quien recobró las ciudades del Somme del rey francés. Sin embargo, la mayoría de los esfuerzos expansionistas de Carlos el Temerario estuvieron dirigidos no contra Francia, sino hacia el este, hacia Renania. Dirigió su primera campaña contra Lieja en 1467. Esta era en parte continuación de una vieja lucha borgoñona. Lieja era un Estado independiente gobernado por un obispo. Situada entre Brabante y Luxemburgo, era evidentemente objeto de la codicia borgoñona. La ciudad en sí misma constituía un municipio grande e independiente, según el modelo de los Países Bajos, que se resentía del poder del obispo y temía el poder de los duques. Ya en 1406-1408, Juan Sin Miedo ayudó al obispo a aplastar una rebelión de la ciudad. Felipe el Bueno les hizo la guerra en 1430. En 1465, durante la Guerra del Bien Público, cuando el obispo era de nuevo aliado de Borgoña, los habitantes de Lieja hicieron un tratado con Luis XI. Esta afrenta estaba todavía sin vengar cuando Carlos el Temerario llegó a duque en

1467. Comenzó su reinado sin buena fortuna, haciendo una visita a Gante, de donde tuvo que huir frente al populacho amotinado, pero dirigió su atención a la tarea de someter a Lieja. Al final de su segunda campaña contra la ciudad en 1468, esta fue saqueada por su ejército y, aunque el obispo continuó siendo el gobernante oficial, Lieja quedó bajo el dominio borgoñón y sus afanes de independencia fueron totalmente reprimidos. Este parecía un final convincente para la larga lucha de los duques de Valois contra los políticos de las ciudades de los Países Bajos.

La mirada de Carlos el Temerario se dirigió a continuación hacia la expansión exterior. Aparte de su adquisición en el norte de los Países Bajos, sus planes se centraban principalmente en la zona comprendida entre Borgoña y el Rin, país de fragmentación política aún más acentuada que los Países Bajos y país también donde las ciudades, algunas de ellas grandes –Colonia, Tréveris, Nancy, Estrasburgo, Basilea–, eran influyentes. En 1469 adquirió, por hipoteca del duque Segismundo de Habsburgo, el control sobre algunas partes de Alsacia. Esta era una zona por la que los borgoñones no se habían interesado hasta entonces. Ello le puso en contacto y en conflicto con las ciudades suabas y suizas y con la propia confederación suiza, que formaron contra él la Liga de Constanza en 1474. En 1475 Carlos ocupó el ducado de Lorena. Esta fue la extensión máxima que alcanzó el territorio borgoñón. Ya no se trataba de dos secciones separadas, sino que cubría toda la zona desde el sur de Borgoña hasta el Zuider Zee en un cinturón ininterrumpido. Pero Carlos no pudo mantenerlo. Ya había sido rechazado en 1475 cuando intentó intervenir al lado del arzobispo de Colonia contra las ciudades de aquella zona y fracasó en el sitio de Neuss. De nuevo fue rechazado en 1475 cuando intentó detener una invasión suiza del norte de Saboya y sus ejércitos fueron derrotados en Grandson y Murten. Por último, en 1477, tuvo que enfrentarse a una alianza del duque

de Lorena, la ciudad de Estrasburgo y los suizos en Lorena, y fue derrotado y muerto en Nancy.

Este fue el fin de la Borgoña de los Valois. Carlos no tenía hijos. Su hija se casó con Maximiliano y el grueso de sus dominios pasó a los Habsburgo. Una parte considerable de los territorios franceses fue recobrada por Luis XI de Francia. Quedó el legado de los Países Bajos unidos, creación de los duques de Valois. Para aquellos que se preocupan por la estructura de la Europa del siglo XV, sin embargo, el mayor interés de la historia de Borgoña desde el principio hasta el final radica en las relaciones entre el príncipe y las ciudades. En los Países Bajos, los duques de Valois habían sido capaces, con algunas dificultades, de someter a las ciudades en gran medida por la estructura constitucional heredada: las ciudades no pudieron romper el marco principesco de ducados y condados al que estaban sujetas. Las frecuentes revueltas contra los duques fueron una continuación más o menos débil de los esfuerzos que en el mismo sentido se realizaran durante el siglo XIV. Los duques gobernaron un Estado principesco en el cual predominaban los elementos de una civilización característicamente urbana. En el interior de las tierras borgoñonas, Carlos el Temerario aparece como uno de los grandes consolidadores principescos de finales del siglo XV, un hombre de Estado de la misma especie que Luis XI, Fernando e Isabel o Enrique VII de Inglaterra. De no haber sido por el accidente de que muriera sin heredero, no hay razón para pensar que el Estado borgoñón, que había llegado a ser una de la media docena de unidades políticas más importantes de Europa, no habría seguido desarrollándose en este sentido. Sin embargo, al salir de las tierras de Borgoña y entrar en Renania, Carlos penetró en una zona en la que las ciudades nunca habían estado subordinadas a ningún marco político efectivo y en la que tenían una larga tradición de acción vigorosa en defensa de sus derechos. Ciudades tan poderosas como Estrasburgo y

Basilea, aliadas con la confederación suiza, que fue otra fuerza antiseñorial con una base social diferente, fueron demasiado para el duque de Borgoña; consiguieron destruirlo y conservar su libertad política.

LA POLÍTICA ITALIANA

El comienzo del Gran Cisma en 1378 fue una etapa en la liberación de Italia de la dominación de los ejércitos del norte Europa. Esto no se debió a la brillantez de los comandantes italianos o de sus tropas, sino a la decadencia relativa de las potencias septentrionales. Entre el comienzo del Gran Cisma y la invasión francesa de 1494, los Estados italianos estuvieron dejados de sí mismos en mucha mayor medida de lo que habían estado en el siglo anterior. Los administradores y los ejércitos extranjeros no controlaban ya los Estados Pontificios. La intervención germánica en la península era casi insignificante y los *condottieri* extranjeros del tipo de Hawkwood se extinguieron pronto. El aislamiento estaba lejos de ser completo. Una nueva fuerza emergió del exterior en el siglo XV, cuando Alfonso V de Aragón conquistó Nápoles. Existía la posibilidad casi constante de una invasión francesa conectada con los intereses franceses en Génova, Milán o Nápoles, y los ejércitos franceses controlaron la primera durante largos periodos. Pero Alfonso V fue rápidamente absorbido por el mundo italiano y los ejércitos franceses no dominaron Italia como lo habían hecho a comienzos del siglo XIV. Esta es la Edad de Oro de Italia. La sociedad italiana estaba en su momento más independiente e inventivo en cuanto a pensamiento y arte. En el plano político, los poderes italianos desempeñaron su papel en un concierto relativamente independiente.

En la historia de este concierto de poderes hay dos procesos que quizá merecen ser especialmente resaltados. En primer lugar, hubo una expansión continua de los Estados grandes a expensas de los pequeños. El mapa político del

norte de Italia era mucho más sencillo en 1454 que en 1378. La política consistía cada vez más en las relaciones entre los principales Estados: Milán, Venecia, Génova y Florencia. En segundo lugar, durante la mayor parte del periodo uno de estos poderes, Milán, tendió a dominar a todos los otros. La tendencia de Milán a extenderse por el resto de la Italia septentrional y central determinó muchas de las reacciones de los otros poderes durante este periodo. Milán era un despotismo gobernado por los miembros de la familia Visconti. Sus oponentes estuvieron a menudo encabezados por la república de Florencia. Los florentinos consideraron esta relación como un duelo entre los principios de la tiranía y la libertad encarnados por ambos Estados. Esta concepción tiene un papel importante en la historia de las ideas políticas: sería peligroso utilizarla como clave de la historia política italiana. Ciertamente, los otros Estados no siempre consideraron a Florencia como la campeona de la libertad, ya que se mostró muy capaz de suprimir a otros municipios libres cuando la ocasión lo requería. Sin embargo, en líneas generales es cierto que durante este periodo Milán fue normalmente el agresor. Las tendencias expansionistas dictadas por las ambiciones de sus gobernantes dieron a su política unos fines básicos muy diferentes de aquellos de las repúblicas de Génova, Venecia y Florencia y del papado, ninguno de los cuales estaba muy preparado, por su constitución interna, para perseguir una política exterior agresiva. Por lo tanto la política de la península tendió a estar dominada por las iniciativas de Milán.

Entre los siglos XIII y XV la familia Visconti produjo una serie de gobernantes de extraordinaria capacidad. Uno de estos, Gian Galeazzo, emergió como figura dominante de la política italiana a finales del siglo XIV. Hasta 1378 los dominios de los Visconti estuvieron divididos entre dos hermanos, Galeazzo, que gobernaba la región occidental, y Bernabé, que gobernaba los territorios orientales, más im-

portantes. En 1378 Gian Galeazzo sucedió a su padre. Bernabé era un hombre poderoso, ambicioso, egocéntrico e inmoderado, dotado de estas características de manera notable incluso para los niveles habituales de los déspotas italianos, pero su sobrino era un hombre con todavía más habilidad política que él. Uno de los principales problemas que acosaban a los Visconti, lo mismo que a otros déspotas italianos, era el de la sucesión. No eran gobernantes legítimos, sujetos, como las casas reales de Europa, a reglas moderadamente claras de sucesión aceptadas por sus súbditos; ni en casos como el de Milán (una colección de municipios) podían considerarse sus Estados dotados de una unidad natural e inquebrantable. Sin embargo, como otros padres, se sentían ansiosos de que sus hijos heredaran sus dominios intactos. Bernabé tuvo cinco legítimos y más de dos docenas de ilegítimos. Le preocupaba particularmente la idea de que su sobrino Gian Galeazzo desheredara a sus descendientes y, por lo tanto, le persuadió de que se casara con su hija Catalina. Gian Galeazzo encontró una manera muy clara y decisiva de solventar el problema. En mayo de 1389 invitó a Bernabé a reunirse con él cerca de Milán. Lo capturó y lo encarceló, instituyó un proceso jurídico contra él sobre la base de que había gobernado Milán sin obtener la debida autorización del vicario imperial y, por último, lo envenenó. Gian Galeazzo tuvo pocas dificultades para hacerse con el control de toda la herencia de los Visconti. Había tenido la precaución de obtener previamente el vicariato imperial. Se le denomina a menudo conde de Virtu, título que asumió porque su primera mujer, Isabel de Valois, había sido condesa de Vertus. Diez años más tarde convenció al emperador Venceslao de que le concediese el título de duque, que era ciertamente apropiado a su poder.

Habiéndose afianzado de manera segura en Milán, Gian Galeazzo se embarcó en los planes más ambiciosos que los Visconti habían nunca perseguido para extender sus domi-

nios. Gian Galeazzo se presentó como cabeza y defensor de Italia contra los bárbaros intrusos que alteraban su paz. Hay que decir algo en favor de esta opinión sobre las necesidades italianas y su papel. Aunque ciertamente se mostró dispuesto a utilizar la ayuda extranjera y llevó a cabo una gran actividad diplomática para conseguir el apoyo francés, sus ejércitos eran italianos y protegió constantemente a los grandes generales italianos, en especial a Jacopo dal Verme y Facino Cane, mientras que sus enemigos hacían uso de tropas extranjeras. Era realmente cierto que Italia había sufrido grandemente en el pasado reciente por las depredaciones de los mercenarios franceses e ingleses. Sin embargo, su auténtico propósito era absorber a otros Estados italianos en el suyo. Con este fin comenzó muy pronto a ganarse grupos de partidarios en los municipios de Toscana y más al sur. Sin embargo, tuvo su primera ocasión en el norte. Entre Milán y Venecia estaban situados los dos pequeños Estados de Verona, gobernada por la familia Della Scala, y Padua, gobernada por los Carrara. Una acción agresiva por parte de los Carrara en el *hinterland* de Venecia causó la alarma en esta ciudad y dio a Gian Galeazzo la oportunidad de intervenir. En 1387 tomó Verona; Antonio della Scala, el último de los Scaligeri, huyó, y el Estado independiente vio su fin. Gian Galeazzo llegó entonces a un acuerdo con Venecia para repartirse Padua. Padua fue suprimida y dividida en 1388 y, como resultado, los territorios de Milán y Venecia se encontraron por primera vez. Francisco Novello Carrara, antiguo señor de Padua, seguía, sin embargo, vivo y activo.

Mientras tanto Gian Galeazzo había estado preparando el terreno para intervenir en la Italia central y estaba en negociaciones con Francia. El matrimonio de su hija Valentina con el hermano del rey francés, Luis, futuro duque de Orleans, en 1387, fue un buen golpe. Dos años antes había formado una liga para la defensa de Italia contra los extran-

jeros e intervenido en Gubbio y Bolonia. Florencia, la mayor potencia de la Italia central aparte del papa, se alarmó y se convirtió en el jefe natural de la resistencia ante el desplazamiento de Visconti hacia el sur. A medida que el peligro se fue precisando, Florencia emprendió la acción reuniendo a todos los aliados que pudo y contratando a diversos comandantes militares. La primera guerra tuvo lugar de 1390 a 1392 y el triunfo acompañó en general a la liga florentina. Verona se rebeló contra su nuevo señor. Hawkwood, luchando por Florencia, penetró en territorio milanés, pero fue contenido por el general de Gian Galeazzo Jacopo dal Verme, que también detuvo una invasión francesa por el oeste. Francisco Carrara fue repuesto en Padua.

Después de la guerra, Gian Galeazzo volvió su atención hacia la Riviera, Pisa y Génova. Pisa, bajo su tirano Pedro Gambacorta, había sido aliada de Florencia contra Milán. En 1392 una rebelión reemplazó a su gobernante por otro tirano, que apoyó a Gian Galeazzo con la peligrosa maniobra de cortar las comunicaciones entre Florencia y el mar. La constitución política de Génova, crónicamente débil, se había visto debilitada aún más por la Guerra de Chioggia (véase *supra*). La ciudad estaba desgarrada entre facciones encabezadas por las dos grandes familias de Adorno y Fieschi, que apelaron a Milán y a Francia, respectivamente, en busca de ayuda. Gian Galeazzo, a pesar de que pretendía actuar en favor de una Italia italiana, negoció para su campo la ayuda francesa. Aparte de Génova, el incentivo era la oferta hecha al duque de Orleans de un nuevo reino de «Adria» en la Italia central, formado por los territorios nordorientales de los Estados Pontificios, como reanudación de la oferta que el papa Clemente VII había hecho con anterioridad al duque de Anjou, pero esta vez destinada a prestar ayuda a Milán en lugar del papado. Una expedición orleanista llegó a Italia en 1394 y estableció el dominio

francés en la Riviera. Pero el rey francés aceptó la soberanía de Génova para sí mismo, desbaratando así los planes de Gian Galeazzo de obtenerla con ayuda francesa. El reino de Adria quedó en agua de borrajas. En último término, la alianza francesa no le fue de gran ayuda y el apoyo francés se inclinó hacia Florencia. El siguiente conflicto importante fue la guerra de Mantua en 1397-1398. El general de Gian Galeazzo, Jacopo dal Verme, entró en el independiente Estado de los Gonzaga, pero fue rechazado. La guerra terminó de manera indecisa.

En los últimos años del siglo, Gian Galeazzo estaba incrementando su penetración en la Italia central con la intención evidente de rodear Florencia y, en último término, convertir a Toscana en parte de su imperio. En 1399 obtuvo la señoría de Perosa, Asís y Siena. En 1400 apoyó otro golpe de Estado en una ciudad toscana: esta vez Pablo Guinigi obtuvo la señoría de Luca, muy cerca de Florencia. Florencia era sumamente consciente de que se iba cerrando el cerco; costeó una expedición de Ruperto del Palatinado, nuevo rey de Alemania. Este atacó la ciudad milanesa de Brescia, pero fue ignominiosamente derrotado, y este fue el último intento germano de intervención militar en Italia durante un siglo. Las fuerzas aliadas fueron derrotadas en Casalecchio, cerca de Bolonia. Luego, coronando el desastre, Bolonia, la puerta de entrada al sur, derrocó a su tirano y reconoció a Gian Galeazzo. Florencia estaba esperando el duelo final cuando Gian Galeazzo murió súbitamente en 1402.

Su muerte no solo puso fin por entonces a la esperanza de los Visconti de absorber Italia, sino que hizo vacilar incluso el dominio de los Visconti en la propia Lombardía, revelando la naturaleza todavía frágil de su estructura despótica. Gian Galeazzo dejó dos hijos, Juan y Felipe María, de catorce y diez años de edad, y una viuda, Catalina. No

había hecho ningún tipo de disposiciones para una regencia, dejando el cuidado de la herencia en las manos de su consejero favorito y hombre de negocios, Francisco Barbavara. El Estado de los Visconti se vio rápidamente desgarrado por motines locales e intensas disputas en el centro. Un levantamiento en la propia ciudad de Milán sustituyó al antiguo gobierno por el de un nuevo grupo que incluía a parientes de los Visconti de otras ramas de la familia. Barbavara fue expulsado. A comienzos de 1404 Catalina mostró repentinamente su sangre Visconti concertando el asesinato de varios de los usurpadores y la vuelta de Barbavara, a quien tenía aprecio. Pero los hijos precoces de Gian Galeazzo, ahora un poco mayores, odiaban al viejo confidente de su padre y conspiraron en contra de él y de su propia madre. En 1405 la propia Catalina fue expulsada de Milán y asesinada. Mientras esto sucedía en Milán, los extremos del Estado estaban desgajándose. Francisco Carrara no solo recuperó Padua, sino que tomó también Verona. Sus éxitos suscitaron la ansiedad de Venecia, que decidió que el equilibrio de fuerzas en Lombardía se estaba volviendo demasiado adverso para Milán y, en 1405, ocupó Padua. Pisa había sido legada a un hijo bastardo de Gian Galeazzo. Durante el eclipse milanés Florencia decidió eliminar de una vez por todas esta amenaza a sus líneas de comunicación: en 1405 le compró la ciudad por 80.000 florines, pagando al mismo tiempo una suma más elevada a los franceses, que eran el principal poder militar de la Riviera italiana y que de otra manera podrían haberse opuesto al trato. El puerto de Liorna, que era esencial para Florencia, continuó en manos francesas. Cuando los propios ciudadanos de Pisa pusieron objeciones a que se los vendiera, los florentinos los sitiaron hasta que se rindieron por hambre. Al final, por lo tanto, la carrera de Gian Galeazzo condujo a una sustanciosa expansión de los territorios de las dos grandes repúblicas de Venecia y Florencia, así como a la desintegración tempo-

ral de Milán de quien se habían liberado varias ciudades en Lombardía.

El periodo comprendido entre 1402 y 1414 presenció la ascensión y caída de otro cohete espléndido en el cielo italiano, la carrera de Ladislao de Nápoles, que amenazó con absorber Italia desde el sur como Gian Galeazzo había hecho desde el norte (véase *supra*). Cuando murió, los florentinos, que estaban a medio camino entre ambos, podían asegurar que se habían salvado de milagro por segunda vez en una docena de años. Mientras tanto, el Estado de los Visconti se estaba reconstruyendo lentamente. En tiempos de la muerte de Catalina en 1405 había dos envidiosos inexpertos muchachos como herederos del ducado y un grupo de *condottieri* muy poderosos y experimentados dividiéndose los despojos. Los principales eran Facino Cane y Pandolfo Malatesta. El poder de Cane se concentraba en el oeste, hacia Saboya, y el de Malatesta en el este, donde se convirtió en señor de Bérgamo y Brescia. Al final, Facino Cane fue el que más hizo por restablecer la unidad de la herencia milanesa. Durante varios años, mientras el joven Juan María Visconti mantenía tenuemente el dominio Visconti sobre Milán, el poder de los *condottieri* rivales conocía flujos y reflujos en los territorios de su padre. Jacopo dal Verme, el principal general de Gian Galeazzo, derrotó a Cane en 1407 y le obligó a retroceder hacia el oeste, pero Cane se recobró. En 1409 se formó una liga para oponerse a él. Juan María pidió ayuda a las fuerzas francesas estacionadas en Génova. Los franceses respondieron entusiásticamente, pero Cane hizo algo mejor: avanzó sobre Génova y convenció a los genoveses de que expulsaran a los ocupantes franceses. Luego pudo trasladarse hasta Milán y Juan María no tuvo más alternativa que aceptarlo como el poder real de las tierras de los Visconti, nombrándole gobernador de Milán. Facino Cane emprendió entonces la tarea de reconstruir la herencia de los Visconti en nombre de su joven señor. Este

proceso estaba aún incompleto cuando tanto Juan María como Facino Cane murieron con pocas horas de diferencia en 1412, el segundo por enfermedad, el primero a manos de un asesino que creía que el poder de los Visconti volvería a eclipsarse tras la muerte del gran *condottieri.* No fue así. Felipe María, que tenía ahora veinte años, se apoderó rápidamente del poder de su hermano y lo conservó durante treinta y cinco años. Felipe María había de ser el político dominante de su generación del mismo modo que su padre, Gian Galeazzo, lo había sido de la suya. En cierto modo, estaba curiosamente mal dotado para este papel: nervioso, físicamente débil, extraordinariamente supersticioso. Contrarrestaba estas desventajas con una fanática y absolutamente imperiosa devoción a la adquisición de poder y una extraordinaria habilidad política que desde luego se había formado y puesto a prueba en la más dura escuela desde su infancia. Según un biógrafo, en una ocasión dijo al papa que «le importaba menos su cuerpo que su alma, pero que ponía su gobierno por encima de la salud de su cuerpo y de su alma». De manera característica, Felipe María comenzó por casarse con la viuda de Facino Cane, que le doblaba en edad, para asegurarse las posesiones de su esposo. Luego reemprendió la tarea de Cane de reconstruir el poder de los Visconti, en lo que le ayudó su gran *condottiere* saboyano, Carmagnola. Durante los años comprendidos entre 1412 y 1420 la tarea fue laboriosa y hábilmente realizada: Lombardía volvió al dominio milanés e incluso Génova fue recobrada.

A comienzos de la década de 1420 había claramente tres Estados principales en la Italia del norte: Milán, Venecia y Florencia. Dos de estos eran Estados gobernados por ciudades-repúblicas. Desde un punto de vista europeo, uno de los rasgos más notables de comienzos del siglo XV es la ascensión de las ciudades-Estado republicanas al nivel de grandes potencias. Venecia se convirtió en una potencia te-

rritorial de manera muy súbita. El periodo decisivo fue la primera década del siglo y el factor decisivo la amenaza de Milán, que llevó directamente a la adquisición de Padua y de Verona. Por otra parte, la alianza con Ladislao de Nápoles contra el rey Segismundo de Hungría, cuya expansión amenazaba también a Venecia, condujo a adquirir más territorios en la costa del Adriático. Por lo tanto, en 1420 Venecia tenía, además de su ampliamente disperso imperio comercial en el Mediterráneo oriental, un imperio territorial comparable en tamaño con el de Milán. Las instituciones republicanas de las ciudades sometidas quedaron en su mayor parte inalteradas en lo que a gobierno interno concernía, pero no por ello dejaba de ser un imperio, con un *capitano* y un *podestà* venecianos en cada ciudad. El dogo Tomás Mocenigo (1414-1423), famoso por su orgullo de la grandeza comercial veneciana, fue sucedido por Francisco Foscari (1423-1457), quien abogaba por una política de defensa activa de la seguridad veneciana en tierra firme contra aquellos que pensaban que una república mercantil debía perseguir una política de glorioso aislamiento.

En Florencia, los años comprendidos entre 1382, cuando los disturbios relacionados con la rebelión de los *ciompi* de 1378 habían por fin terminado, y 1433, cuando comenzaron las alteraciones que acabarían con la toma de poder por Cosme de Médicis, fueron, en muchos aspectos, la edad dorada del republicanismo. Este medio siglo se vio menos alterado por disturbios constitucionales que el siglo anterior. Ello pudo ser, en parte, debido a que el gobierno de la ciudad era en realidad más oligárquico ahora y, por lo tanto, más estable de lo que había sido antes. Se cuenta que Gian Galeazzo Visconti dijo en una ocasión: «Bajo el nombre de güelfos, unos pocos ciudadanos florentinos dominan a sus compatriotas y oprimen la república». El grado de oligarquía es difícil de medir porque estaba determinado por contactos informales tanto como por las reglas escritas de la

constitución. Ciertos ciudadanos alcanzaron gran importancia durante este periodo, como Maso degli Albizzi y su hijo Rinaldo. Miembros de la oligarquía deseaban que la constitución florentina se hiciera más similar a la de Venecia, lo cual parecía la solución ideal para perpetuar el gobierno de las familias dirigentes. Consiguieron reforzar su posición exiliando a los individuos más peligrosos y modificando la constitución para excluir del poder a los elementos populares. En 1387, cinco años después de la restauración de la oligarquía, atacaron a los Alberti, la más rica familia de Florencia, que se había aliado con los elementos rebeldes en 1378. Los Alberti estaban en la misma posición que los Médicis habían de estar más tarde –destacados y ricos mercaderes cuya influencia individual resultaba superior a la de la oligarquía–, pero, a diferencia de los Médicis, pudieron ser eliminados. La lista de ciudadanos que podían ser elegidos para los puestos públicos fue revisada y se nombró una comisión para elegir dentro de ella una lista más pequeña de hombres especialmente dignos de ser elegidos. La representación de los gremios menores fue reducida de nueve a dos priores. En 1421 se decretó que nadie podría ser elegido para un cargo público a menos que él o sus antepasados hubieran pagado los impuestos ininterrumpidamente durante treinta años. Mientras tanto, como Venecia, aunque no de manera tan espectacular, Florencia había aumentado su imperio territorial, en parte como reacción a la intervención de otras potencias en aquella región de Italia. La intervención angevina le permitió adquirir la ciudad de Arezzo por la modesta suma de 4.000 florines. La intervención de Visconti había llevado a comprar Pisa. En 1421 Florencia le compró a Génova el puerto adjunto de Liorna. Los gobernantes de la ciudad podían felicitarse por haber hecho posible que Florencia se convirtiera en una potencia marítima como Venecia. Rápidamente, se hicieron los arreglos necesarios para explotar esa posibilidad. Antes de que pasaran

muchos años Florencia también enviaba galeras a Alejandría en el este y a Brujas en el oeste.

Las grandes potencias de la península estaban a punto de enfrentarse las unas a las otras. El periodo de 1419 a 1423 vio aumentar las sospechas respecto a las intenciones de Felipe María Visconti. En 1419 Felipe María propuso a Florencia un tratado definiendo las esferas de influencia que Florencia aceptó, sabiendo que era una tapadera para la agresión que pronto había de seguirse. En 1423 intervino en la Romaña, dentro de la esfera de influencia florentina. Los gobernantes florentinos aceptaron de mala gana el hecho de que antes o después habían de enfrentarse a Felipe María y dieron el paso acostumbrado de nombrar una pequeña *balía* o comité de diez hombres que dirigieran la guerra y de contratar a los hermanos Pandolfo y Carlos Malatesta para que acaudillaran sus ejércitos mercenarios. La guerra consiguiente fue extraordinariamente cara y, en general, poco gloriosa para Florencia. Las tropas de Felipe María penetraron en la Romaña. Los mercenarios florentinos fueron derrotados en una de las dos batallas principales de la guerra, en Zaganara, en 1424. Carlos Malatesta, que fue hecho prisionero, se pasó a Milán y fue seguido al año siguiente por otro gran capitán de mercenarios, Piccinino. La guerra se caracterizó en ambos bandos por un nivel poco frecuente de traiciones y deserciones por parte de los *condottieri.* Florencia estaba desesperada, ya que preveía una nueva invasión milanesa de la Toscana. En su temor, hizo un esfuerzo por convencer a Venecia para que se le uniera en la resistencia al tirano Visconti, enviando a esta ciudad una impresionante delegación de ciudadanos destacados que pasaron varios meses en negociaciones diplomáticas. El momento era propicio: Venecia se sentía fuerte, pero preocupada por las agresiones de Felipe María, y el *condottiere* Carmagnola había abandonado el servicio de Milán y se había pasado a Venecia. Las dos repúblicas firmaron una

alianza. Venecia había de suministrar la mayoría de las tropas bajo la jefatura de Carmagnola, mientras que Florencia suministraría la mayor parte del dinero. El resto de la guerra fue glorioso para Venecia y caro para Florencia. Milán fue finalmente derrotado de manera decisiva por Carmagnola en la batalla de Maclodio en 1427, firmándose la paz en Ferrara al año siguiente. Felipe María cedió territorios a Saboya y Brescia y Bérgamo a Venecia, lo que supuso otra gran expansión del Imperio veneciano. Prometió otra vez que no volvería a intervenir en la Toscana.

La relación de Pisa con Gian Galeazzo Visconti, que llevó a que Florencia la adquiriera, se repitió en la relación de Luca con Felipe María. Luca, antigua república comercial situada en el valle del Amo, entre Florencia y Pisa, estaba gobernada por el tirano Pablo Guinigi, cuyo propósito era perseguir una política neutral siempre que le fuera posible. En 1429 Florencia le acusó de deberle 14.000 florines de acuerdo con las cláusulas de la liga contra Milán y de simpatizar con Felipe María. Cuando hubo pagado la deuda y negado la traición, los florentinos encontraron otra manera de ejercer presión sobre él. Un *condottiere* estacionado en la frontera, pagado por Florencia, arrasó parte del territorio de Luca, probablemente a instigación de ciertos políticos florentinos. Esto provocó un conflicto y suscitó en Florencia la sensación de que había llegado el tiempo de conquistar Luca o, al menos, darle una lección por mostrarse tan bien dispuesto hacia Felipe María. En 1430 se emprendió un ataque que acabó en una extraordinaria exhibición de ineptitud, confusión e intriga, demostrando que las repúblicas hacían mejor en comprar a sus enemigos que en lanzarse a la guerra contra ellos. La jefatura fue confiada a Rinaldo degli Albizzi, miembro muy destacado de la oligarquía florentina, que se peleó con los que gobernaban la ciudad. Filippo Brunelleschi, el arquitecto, proyectó un plan para abrir una brecha en las murallas de Luca desviando el río

Serchio, pero se dice que, después de gastar grandes sumas en ello, solo el campamento florentino fue inundado. Acusaciones de corrupción obligaron a Rinaldo a volver a Florencia para defenderse. Bajo la amenaza de la invasión florentina, algunos luqueses decidieron que lo mejor sería pedirle ayuda a Milán. Felipe María se contentó con prestar una ayuda de segunda mano; envió a su *condottiere,* Francisco Sforza, quien rápidamente obligó a los florentinos a retirarse en 1430, entró en Luca y envió a Guinigi a la prisión de Milán. Florencia intentó comprar a Sforza y luego le sugirió que podría ayudar a tomar la otra república libre de Toscana, Siena. Esta conspiración llegó rápidamente a oídos de los sieneses, quienes a su vez se dirigieron a Milán en busca de ayuda. Los dirigentes florentinos habían conseguido de este modo reducir su propia fuerza y provocar otra ola de influencia milanesa en Toscana.

Florencia consiguió otra vez en 1431 obtener una alianza con Venecia en contra de Milán, pero los venecianos no tuvieron mucho éxito en sus operaciones militares, también ahora dirigidas por Carmagnola. Venecia perdió una flota en el Po y Carmagnola no produjo ningún efecto en las fuerzas o el territorio de Felipe María. En opinión de algunos venecianos, el *condottiere* era culpable de haber llegado traicioneramente a un acuerdo con Milán; fue atraído a la ciudad y ejecutado en 1432. Este fue un ejemplo poco habitual de un destacado *condottiere* a quien sus señores exigieron cuentas. Los *condottieri* italianos de este periodo difícilmente pueden ser considerados, en general, como una mejora respecto a sus predecesores extranjeros del siglo XIV. Quizá se entregaron menos al pillaje, pero tuvieron la natural inclinación a provocar y prolongar guerras de las cuales se aprovechaban y a abandonar a las potencias que los empleaban. Constituyeron todo un sector de la sociedad italiana que hizo presa en la riqueza de las ciudades. Cada vez más, sus generales más destacados, como Carmagnola o

Sforza, tendieron a convertirse en potencias independientes en la escena internacional. Venecia, con su prodigiosa riqueza comercial, era el único Estado italiano que realmente tenía recursos suficientes para costear la guerra del siglo XV. Hacia mediados de siglo, Venecia adoptó la política de mantener ejércitos de *condottieri* reducidos en tiempo de paz, gran paso adelante hacia la creación de un ejército regular adecuado.

La guerra entre Milán y la alianza véneto-florentina terminó con la paz de Ferrara de 1433. La constitución veneciana podía permitirse tales conflictos, pero la florentina se había visto severamente afectada. El duelo con Felipe María desde 1423 había obligado a Florencia a revisar el antiguo sistema fiscal, que había sido puesto en cuestión en tiempos de la rebelión de los *ciompi,* pero que había sobrevivido a las presiones de esos años. Los impuestos directos tenían una importancia política particular porque afectaban a los intereses de los ciudadanos ricos y políticamente activos a través de sus propiedades. De 1425 en adelante la oligarquía vino a aceptar gradualmente el hecho de que era necesaria una forma de impuestos directos más equitativa a fin de reconciliar a la población en general con la idea de suministrar más dinero para la guerra contra Felipe María. En 1427 Rinaldo degli Albizzi consiguió convencer a sus colegas de la necesidad de crear un impuesto basado en un nuevo amillaramiento de la propiedad, el *catasto.* El nuevo sistema gravaba todas las rentas y bienes muebles del mismo modo que los raíces, con lo cual aumentaban sobremanera las cantidades a pagar por los ricos, y se convirtió en la base de los impuestos directos posteriores de Florencia. Las dificultades financieras continuaron siendo graves. En 1434 se dijo que los títulos de la deuda del Estado estaban cambiando de manos a un quinto de su valor nominal, y era difícil encontrar dinero en efectivo para pagar a los mercenarios. De todos modos, la introducción del *catasto* es un tes-

timonio de la capacidad de adaptación de la ciudad-Estado, de su posibilidad de movilizar recursos para enfrentarse a las enormes exigencias de las guerras que ahora se entablaban con grandes y costosos ejércitos de mercenarios.

La guerra contra Luca añadió presiones políticas de otro tipo y sacó a la superficie un conflicto entre la oligarquía y un ciudadano destacado, Cosme de Médicis. Por entonces los Médicis habían llegado a ocupar el lugar que los Alberti tenían a finales del siglo XIV. Eran los principales banqueros del papado posterior al Cisma y esto les hizo convertirse en la más rica familia florentina. Tenían también una tradición de solidaridad con los gremios menores. Los Médicis eran una antigua familia florentina, pero el fundador de la fortuna familiar fue Juan de Bicci, que murió en 1429. Su hijo Cosme adoptó una postura crítica frente a la política seguida en la guerra contra Luca y parece que esta postura dio lugar a su preeminencia política. Desempeñó un papel importante en las negociaciones de paz. El principal promotor de la guerra, Rinaldo degli Albizzi, decidió por lo tanto librarse de él enviándolo al exilio. En otoño de 1433 un grupo de priores hostiles encarceló a Cosme y lo expulsó. Cosme se fue a Venecia a vivir confortablemente, pero Rinaldo no fue lo suficientemente riguroso en extirpar a la oposición. Solo unos cuantos partidarios de los Médicis fueron exiliados. Cuando se reanudó la guerra contra Milán, se vio una vez más que estaba dirigida de manera muy ineficaz. Rinaldo permitió que un gobierno favorable a Cosme fuera elegido en otoño de 1434. Rinaldo y sus amigos se prepararon entonces para dar un golpe de Estado, pero la manera en que lo hicieron fue extraña y desastrosamente débil: en el día crucial parece ser que el papa Eugenio IV, que entonces estaba refugiado en Florencia y que tenía una estrecha relación de negocios con Cosme, convenció a Rinaldo de que abandonara su propósito. Por lo tanto Cosme regresó, exilió a sus enemigos de manera más enérgica y se

convirtió en el hombre más poderoso de Florencia hasta el día de su muerte en 1464. Así pues, 1434 fue, en cierto sentido, el año en que comenzó el gobierno de los Médicis en Florencia. Incluso los contemporáneos sugirieron que Cosme fue de manera virtual el gobernante de la ciudad. Como dijo el papa Pío II: «Nada le fue negado a Cosme. Fue el juez de la paz y de la guerra y el árbitro de las leyes, considerado no como ciudadano, sino como señor de su país. En su casa se celebraban los consejos de la república y se designaba a los magistrados. De la realeza solo le separaba el nombre y la pompa».

Sin embargo, sería un gran error suponer que Florencia cesó de ser una república en 1434; por el contrario, sus ciudadanos se consideraban tan republicanos como lo habían sido antes. Cosme fue un ciudadano privado y la mayoría del tiempo se movió entre bastidores como jefe de un grupo influyente, no como gobernante. Un enviado milanés captó la diferencia cuando escribió a su tirano en 1458, en un momento en que Cosme no tenía ningún cargo público: «Escribid en secreto a Cosme vuestro deseo y siempre lo conseguiréis… Los gobiernos populares son distintos de los otros y Cosme no puede estar continuamente en el palacio y actuar como solía». El poder de Cosme se basó en el hecho de que contó con una amplia base de apoyo y de que fue influyente financieramente; también manipuló de diversas formas la constitución para fortalecer su posición. Abolió en la práctica el sistema de elegir al azar a los magistrados, lo cual hacía a las elecciones difíciles de controlar: de esta manera los partidarios de los Médicis resultaban generalmente escogidos. El sistema de gravar a los ricos con fuertes impuestos, que había comenzado con el *catasto* de 1427, fue perfeccionado por Cosme, quien al parecer se valió de impuestos abrumadores para paralizar a sus enemigos. Amplió el sistema de gobierno por medio de consejos que habían sido utilizados antes solo en casos de emergen-

cia, pero que ahora eran nombrados por largos periodos de tiempo para ocuparse de amplios aspectos del gobierno normal de la ciudad. Bajo Cosme, por lo tanto, Florencia derivó indudablemente hacia un gobierno principesco. El propio Cosme sobrevivió únicamente gracias a su enorme habilidad política. Fue el más importante de su familia, como estadista y como protector de las artes y las letras, y dirigió un gran partido. En los comienzos de su gobierno el político florentino más importante, aparte de él, fue Neri Capponi, superviviente de la antigua oligarquía, que a menudo se mostró crítico con Cosme. Hubo periodos ocasionales en que la influencia de Cosme se vio seriamente amenazada por la elección de hombres que no estaban de acuerdo con él. Pero, aunque gobernó utilizando las instituciones republicanas tanto como cambiándolas, su largo periodo de poder afianzó virtualmente a los Médicis. En 1464 su hijo, Pedro, heredó su posición, aunque tuvo que enfrentarse a una grave crisis en 1466, en la cual los oponentes al gobierno de los Médicis solo pudieron ser acallados por medio de una fuerza armada. En 1464 el hijo de Pedro, Lorenzo el Magnífico, sucedió a su padre en el poder.

Durante la crisis del exilio de Cosme en 1434, Milán atacó otra vez en la Romaña y Piccinino derrotó a un ejército florentino en Imola. Esto reanudó la lucha contra la expansión de Milán, que había de durar de manera intermitente hasta 1445. Al mismo tiempo, Florencia albergaba al papa Eugenio IV, que estaba envuelto en una lucha con Alfonso V de Nápoles. Durante algún tiempo hubo en Italia dos guerras paralelas y relacionadas entre el papa y Alfonso en Nápoles, y entre Florencia (que simpatizaba con el papa) y Milán (que simpatizaba con Alfonso) en la Italia central. En 1435 Neri Capponi fue a Venecia a fin de reanudar la alianza contra Milán, que había de continuarse durante otros diez años con un ejército dirigido por Francisco Sforza. Piccinino y Sforza también gobernaban una parte de los Es-

tados Pontificios que les había otorgado el papa; eran ahora los dos principales *condottieri* de Italia y habían de alinearse en bandos opuestos. Como resultado inmediato, las fuerzas milanesas fueron derrotadas en Asís. Florencia intentó entonces perjudicar a Felipe María enviando ayuda a Génova, que se había rebelado contra él. Como respuesta, Felipe María envió una fuerza verdaderamente peligrosa, bajo la dirección de Piccinino, a Pistoia, cerca de Florencia. En 1437 un ejército florentino dirigido por Sforza obligó a Piccilino a retirarse de Toscana. Florencia volvió de nuevo a atacar a Luca, pero Sforza no persistió en ello y, por último, Milán se lo ganó por la oferta extraordinariamente halagüeña que le hizo Felipe María de casar con él a su hija y heredera Blanca. Esto dejó a Florencia muy desprotegida y Cosme tuvo que trasladarse a Venecia para hacer uso de su influencia personal a fin de conseguir otro compromiso entre las dos repúblicas. Los venecianos no se mostraron muy dispuestos.

Sin embargo, la alianza volvió a recobrar vida en 1439 cuando Piccinino, como agente de Felipe María, reemprendió la vieja política de los Visconti de estimular facciones favorables a Milán en las ciudades de Romaña y en Bolonia. Una vez más, se organizó un ejército conjunto bajo la dirección de Sforza. Sforza pasó la mayor parte del tiempo en la frontera entre Milán y Venecia. Piccinino, sin embargo, se dedicó principalmente a Romaña y Toscana y esto condujo a una de las batallas de las cuales la tradición florentina había de estar más orgullosa y que fue el tema de una pintura, desaparecida, de Leonardo da Vinci en el *Palazzo* de la ciudad. En 1440 Piccinino estaba poniendo en peligro a la propia ciudad de Florencia, encontrándose a pocos kilómetros de ella. Un ejército dirigido por un florentino, Neri Capponi, se enfrentó a él en la batalla de Anghiari, en el alto valle del Tíber, y le infligió una derrota decisiva. Sin embargo, esta fase de la guerra se prolongó hasta 1441, año en

que Sforza volvió a cambiar de partido a causa de Blanca Visconti, con la que se casó, esta vez obteniendo el señorío de Cremona. De la paz consiguiente tanto Venecia como Florencia obtuvieron una ampliación de sus territorios. El que salió más beneficiado fue Francisco Sforza, que había conseguido adoptar el papel de árbitro y ascendido del papel de *condottiere* al de príncipe. La última fase de las guerras con Felipe María tuvo lugar en 1442-1444. Esta vez la guerra comenzó con un ataque de Alfonso de Nápoles a las posesiones de Sforza en la Campania, y dos bandos se conformaron en torno a esta contienda. A finales de año Italia estaba otra vez dividida, en líneas generales, en los dos grupos que ya habían existido en los conflictos previos. Alfonso se dirigió a Felipe María y logró que enviara a Piccinino a la Romaña otra vez, consiguiendo, además, el apoyo del papa. Por otra parte Sforza, cuyas propiedades en el centro de Italia estaban amenazadas por Alfonso, se alió, lógicamente, con Venecia y Florencia. La guerra se desarrolló en la Romaña y en la marca de Ancona principalmente, por medio de una serie de duelos entre Sforza y Piccinino. Llegó a su fin con las victorias de Sforza en 1444 en Montelauro y Montolmo, que lo convirtieron en señor de la Marca, con la muerte de Piccinino en el mismo año.

Después de 1444 comenzó el final de los días de grandeza y actividad de Felipe María. Había fracasado en su intento de continuar con la tradición de los Visconti: su herencia había disminuido en lugar de aumentar. Sforza era la verdadera estrella que ahora dominaba Italia. Los años posteriores a 1444 supusieron un realineamiento de las potencias italianas. Las alianzas de Sforza continuaron inciertas; cambió de bando para unirse a Milán, aunque en 1446 Felipe María había intentado arrebatarle Cremona. La muerte de Felipe María en 1447 dejó al mundo político italiano sumido en la confusión. Como Gian Galeazzo, Felipe María no había dejado nada dispuesto para la sucesión de sus domi-

nios, aunque, a diferencia de aquel, no dejaba hijos. Sforza era su yerno, pero de inferior condición y sin otras conexiones en Lombardía. El pretendiente rival más formidable era Alfonso V de Nápoles, aunque su pretensión se basaba en un relato no verificado según el cual Felipe María le había designado sucesor. El resultado inmediato de la muerte del último de los Visconti fue que sus tierras se vieron sumidas en el caos igual que después de la muerte de Gian Galeazzo. En Milán se intentó seriamente restaurar una forma municipal de gobierno mediante el establecimiento de la República ambrosiana, con un consejo integrado por novecientos miembros y un gobierno de Capitanes y Defensores de la Libertad. Fuera de Milán, diversas partes del Estado de los Visconti se desgajaron como lo habían hecho en 1402. Naturalmente, los enemigos de Milán aprovecharon la oportunidad para fortalecerse a costa suya. Venecia avanzó por el este. Carlos, duque de Orleans, otro pretendiente en cuanto hijo de Valentina Visconti, hermana de Felipe María, avanzó por el oeste. Alfonso de Nápoles estaba a mayor distancia, pero se trasladó a los Estados Pontificios y en 1448 llegó hasta Siena, que le apoyaba. La República ambrosiana estaba naturalmente en trance de extinción y se vio obligada a acudir a Sforza para que la salvara de sus múltiples enemigos. Sin embargo, la principal preocupación de Sforza, como es lógico, era imponer su propia candidatura a la sucesión.

La superioridad de su habilidad y su poder militar hizo inevitable que fuera por fin Sforza quien impusiera su candidatura. La vida de Sforza es la historia del mayor triunfo personal del siglo XV. Era hijo de la concubina de un *condottiere,* y nunca fue totalmente aceptado por su suegro por esta razón. Felipe María escribió una vez: «Es mejor obedecer a un señor o a un rey natural que correr el peligro de tener que someterse a un municipio o gobierno en el cual se incluyan zapateros y sastres y todo tipo de hombres, o a ca-

pitanes de los cuales se ignora quién era el padre». Pero ya era un poderoso señor cuando se casó con Blanca. El cambio de alineación de fuerzas que esto produjo afectó principalmente a Florencia. La postura tradicional como cabeza de la resistencia a la expansión milanesa, preferiblemente en alianza con la otra gran República de Venecia, que había sido lógicamente asumida por Florencia durante el último medio siglo o más, ahora quedó anticuada. Venecia intentó proteger a la República ambrosiana contra Sforza, pero cuando este entró finalmente en Milán y fue aceptado como duque en la primavera de 1450, fue apoyado por Florencia, que no exhibió simpatías republicanas poco realistas. Existen diversas razones que explican el cambio de frente florentino. La más urgente fue con probabilidad el miedo a Alfonso V de Nápoles que, al intervenir en la Italia central, puso en peligro a Florencia y la arrojó en brazos de su principal oponente. Con la decadencia relativa de Milán, Venecia se había convertido en la fuerza más importante de Lombardía. Cosme de Médicis desempeñó un papel considerable en el cambio florentino hacia una posición favorable a Milán y se pensó que estaba influido por la larga trayectoria de tratos con Sforza, entre los cuales se incluía el préstamo de elevadas sumas de dinero que no deseaba poner en peligro. Desde luego, Cosme utilizó toda su influencia en Florencia de manera decisiva en apoyo de Sforza, pero era fácil defender tal política en términos del propio interés de Florencia. En 1452-1453 Florencia se encontró aparentemente amenazada por Venecia del mismo modo que en el pasado había estado amenazada por Milán, debido a la intervención veneciana en Bolonia, mientras Alfonso se cernía todavía sobre el sur de la Toscana en alianza con Siena. Florencia fue salvada de este peligro por el ejército de Sforza, subvencionado con dinero florentino, que de manera decisiva derrotó a Alfonso y lo expulsó de Toscana. La política de Cosme quedó así justificada.

En 1454 Sforza y Venecia llegaron a un acuerdo en la paz de Lodi. Más tarde, en ese mismo año, Venecia y Florencia hicieron una liga por veinticinco años a la que posteriormente se unieron otros Estados italianos. Esta pacificación general de 1454 divide netamente la historia política de Italia durante la primera mitad del siglo de la historia de la segunda mitad. Durante cuarenta años, hasta la invasión francesa de 1494, habría un concierto de poderes más pacífico. La verdadera razón del cambio fue la extinción de la familia Visconti, cuyos apetitos agresivos habían dominado la política italiana desde mediados del siglo XIV. Después de 1454 ninguna potencia italiana dio pruebas de tales instintos; pero perduraron otras causas de discordia. Las principales fueron los dos problemas de la soberanía de Génova y la sucesión napolitana, los cuales podían conducir a una intervención francesa. En 1456 Génova, atacada otra vez por Nápoles, aceptó la soberanía francesa. En 1459, después de la muerte de Alfonso, estalló la guerra en Nápoles entre el pretendiente aragonés, Ferrante, y el francés, Juan de Calabria, esta vez apoyado efectivamente por el rey Carlos VII.

La intervención francesa se desvaneció. Pero, profundamente enraizada ahora en una serie de antiguas reivindicaciones –Nápoles, Génova, Milán– la amenaza francesa existía todavía y, por último, había de producir, por medio de la invasión de 1494, la destrucción de la libertad política italiana. Por ahora, sin embargo, los italianos habían conseguido la autosuficiencia y la estabilidad.

LAS IDEAS DEL RENACIMIENTO ITALIANO

El desarrollo cultural más notable de la Europa del siglo XV tuvo lugar en las ciudades y en las cortes italianas. Hasta cierto punto la cultura italiana, tanto en las grandes ciudades comerciales como en los lugares más pequeños, estaba unificada y era diferente de la del resto de Europa. Los escritores y los pintores se movían de manera muy fácil y

trabajaban, por ejemplo, para los centros urbanos de Florencia, Padua, Venecia y las cortes del papa, el rey de Nápoles, los Visconti o los Gonzaga de Mantua. Todos estos fueron centros de mecenazgo en algún momento del siglo XV. Pero una comunidad, la ciudad de Florencia, superó de manera abrumadora a todas las otras en cuanto a la originalidad e importancia de su contribución y, por diversas razones, las innovaciones más notables de que nos ocuparemos habrían sido inconcebibles en otro medio que el de la ciudad. El Renacimiento, que es el nombre general que se da a estas innovaciones, fue un producto de la vida de las ciudades italianas. Algo se ha dicho en capítulos anteriores acerca de las características de las ciudades italianas en el siglo XIV. No hubo transformaciones internas decisivas durante los cien años siguientes. El sistema mercantil y la intelectualidad laica de este periodo se desarrollaron a partir de los de la época de Dante y Petrarca y, aparte de una acumulación progresiva de riqueza y artificio, no fueron radicalmente diferentes de ellos. Sin embargo, como resultado de la actuación de las fuerzas económicas y políticas, el lugar de estas ciudades en el mundo, su posición en relación a los otros Estados europeos y a la Iglesia, había cambiado enormemente. En la época de los concilios Florencia, Venecia y Milán poseían una riqueza y un poder político que las hacía cuando menos iguales y en ocasiones superiores al papa. Se habían convertido en grandes potencias europeas en lugar de apéndices del mundo feudal. Naturalmente, es imposible establecer una conexión causal directa entre este cambio en el equilibrio de fuerzas políticas y económicas y las manifestaciones culturales. Proporcionó el dinero que hizo posible el mecenazgo, pero, más importante que la simple posibilidad de costear la cultura fue el hecho de que la confianza en sí mismas de las comunidades burguesas llegó a un punto en que pudieron mantener su propia escala de valores. El equilibrio de la sociedad europea había cambiado.

El primer impulso hacia el desarrollo de las ideas humanistas por encima del nivel a que habían llegado en la obra de Petrarca procedió de una coincidencia particularmente fructífera de cerebros en Florencia alrededor del cambio de siglo. El desarrollo del entusiasmo humanista en Florencia debió mucho a la iniciativa de un destacado discípulo de Petrarca, Coluccio Salutati. Salutati, que era un notario y retórico profesional, fue canciller de Florencia, es decir, jefe de la administración civil, de 1375 a 1406. Fue un distinguido exponente de su profesión: sus cartas fueron famosas en el mundo de la diplomacia italiana y llevó a cabo las eficaces campañas de propaganda florentinas contra el papado en la guerra de los Ocho Santos y contra Gian Galeazzo Visconti a finales de siglo. Cultivó, además, apasionadamente la literatura latina y fue autor de una serie de obras en las que imitaba el estilo de sus modelos. Salutati no fue un hombre de gran originalidad, pero estaba idóneamente situado, a causa de su posición en la sociedad florentina, para fomentar los ideales humanistas. Otras gentes tenían las mismas ideas. Boccaccio, autor del *Decamerón,* era también un latinista entusiasta y reunió una biblioteca que quedó a disposición de los florentinos después de su muerte en 1375. En 1400 había un pequeño pero influyente grupo de humanistas en Florencia que incluía a profesionales y aficionados entusiastas de la burguesía. A este medio llegó la notable figura de Manuel Crisoloras, helenista bizantino, amigo y enviado del emperador Manuel II, que fue invitado a Florencia por iniciativa de Salutati para enseñar griego en la Universidad, una institución, por otra parte, nada notable, mantenida por el municipio. El conocimiento del griego era raro en Occidente. Crisoloras estimuló el interés por él durante su estancia en la ciudad de 1397 a 1400 y fomentó las traducciones. Pero su papel más importante no fue tanto el de profesor de lengua griega como el de guía al

mundo de la antigüedad clásica: literatura, filosofía, arquitectura y arte.

Se ha subrayado a menudo el hecho de que el mundo medieval tuvo sus renacimientos y sus clásicos, que conoció a casi todos los autores latinos y que tradujo la mayor parte de Aristóteles, de acuerdo con la moda. ¿Fue tan distinto el Renacimiento italiano? La respuesta es que, a diferencia de sus predecesores, los humanistas italianos querían toda la antigüedad clásica y lo que ellos suponían que era su modo de vida, y no únicamente fragmentos de su pensamiento que se incluyeran en una estructura extraña. Nostalgia histórica tan plena tiene que ser forzosamente muy poco realista, pero ha sido un importante ingrediente de nuestra civilización y empezó en el círculo de Salutati y Crisoloras en Florencia hacia 1400. Algunos entusiastas comenzaron a decir que los escritores antiguos eran mejores que los modernos, a pesar incluso de ser paganos, y a considerar la política de la antigua ciudad-Estado y el arte de los edificios romanos y las esculturas griegas inherentemente superiores a los estilos contemporáneos.

Los humanistas fueron a menudo escritores y latinistas profesionales. Otra manera que tenían de ganarse la vida era la enseñanza. Una de las características del comienzo del Renacimiento que más claramente expresan la abrupta ruptura con el pasado fue la elaboración de un nuevo ideal educativo basado en la educación retórica romana. El plan fue elaborado por primera vez en un tratado escrito por Pier Paolo Vergerio para un miembro de la familia Carrara, tiranos de Padua, en 1400-1402:

> Llegamos ahora a considerar los diversos temas que pueden acertadamente incluirse bajo el nombre de «estudios liberales». Entre estos concedo el primer lugar a la historia, sobre la base tanto de su atractivo como de su utilidad, cualidades que pueden atraer al estudioso del mismo modo que al hombre de Estado. El siguiente en importancia es la filosofía moral, que es, realmente y de manera peculiar, un «arte liberal», por cuanto su propósito es enseñar al hombre el secreto de la verdadera libertad. La historia, pues, nos proporciona ejemplos concretos de los preceptos inculcados por la filosofía. La una muestra lo que los hombres deberían hacer, la otra lo que los hombres han hecho y dicho en el pasado y qué lecciones prácticas podemos extraer de ello para el presente. Yo indicaría como tercera rama principal del estudio la elocuencia, que

ostenta un lugar distinguido entre las artes más refinadas. Por medio de la filosofía aprendemos la verdad esencial de las cosas que por medio de la elocuencia ponemos en adornado orden, a fin de convencer a las mentes que difieren de nosotros.

Esto se encuentra muy lejos de la educación de las universidades, en las cuales no entraba la historia. Es una educación concebida de acuerdo con el modelo romano para el hombre de negocios, el caballero de la ciudad. Aunque suponía reproducir un antiguo ideal, correspondía a los requerimientos e inclinaciones de la burguesía de las ciudades italianas, hombres acomodados que tenían que hablar en las asambleas de los consejos y dirigir el Estado, y fue ampliamente adoptado por ellos.

Las tendencias paganizantes de los humanistas fueron ya advertidas en 1400 por algunas personas. Su crítico más severo fue un evangelista dominico llamado Giovanni Dominici, que pertenecía al ala observante de la orden y acabó siendo cardenal de Gregorio XII. Dominici, predicador de gran éxito en Florencia, denunció la devoción humanista a los autores paganos y señaló que era incompatible con las creencias cristianas. Tenía razón. Los humanistas no intentaban, como los estudiantes universitarios de Aristóteles, adaptar los textos antiguos a la estructura cristiana. Querían el mundo de Cicerón como tal, y en su totalidad. Es característica de la Italia del siglo XV su extremismo; los sectores más rigurosos de las órdenes religiosas y los hombres de letras más libertinos coexistían en las mismas ciudades y a menudo eran mantenidos por los mismos protectores. Sin embargo, la explicación del entusiasmo humanista no ha de encontrarse en la reacción contra el sistema de autoridad eclesiástica. Por el contrario, parte de la razón del rápido crecimiento del movimiento se halla en la debilidad relativa de las instituciones eclesiásticas y, en particular, del papado durante este periodo. En las ciudades, aunque la religión era a menudo ferviente, la autoridad eclesiástica siempre había sido débil. Ahora el papado había perdido gran parte de la base europea de su poder. Durante la primera mitad

del siglo XV la corte pontificia fue durante largos periodos una pariente pobre de las ciudades y tendió a aceptar las modas de la sociedad contemporánea. La corte pontificia, en particular bajo Juan XXIII y Eugenio IV, y en menor medida bajo otros papas, empleó a expertos humanistas como escritores de cartas y funcionarios y, por lo tanto, fue un centro de entusiasmo clásico. Fue característico de los papas del Renacimiento el hecho de que mantuvieran lazos más estrechos con la intelectualidad laica que con los rigoristas de las órdenes religiosas. La intolerancia depende tanto de la fuerza de las instituciones como de la fuerza del sentimiento. En el mundo tolerante de Italia en este periodo los humanistas mantenían claramente una cómoda relación con la autoridad eclesiástica y podían desarrollar un mundo de ideas diferente sin sentir grandes presiones.

Los humanistas necesitaban también del mecenazgo y la corte pontificia era una de las principales suministradoras. Pero el respaldo original y normal a la actividad humanista procedía de la burguesía urbana. Si hubiera que escoger a un único mecenas como creador positivo del gusto del Renacimiento, este sería Cosme de Médicis. Cosme no solo era un mercader de una riqueza excepcional y quizá inigualada y el virtual gobernante de Florencia, era también un aficionado culto con un verdadero interés por la literatura clásica y el arte. La primera de las iglesias renacentistas, la de San Lorenzo, fue la iglesia parroquial de la familia de los Médicis y todo un grupo de hombres importantes, exponentes de la literatura y de las bellas artes –Niccolò Niccoli, Brunelleschi, Donatello, Michelozzo, Ficino–, debieron en parte sus medios de vida a Cosme, que ejerció así una verdadera influencia al dirigir los esfuerzos hacia la arquitectura neoclásica y el estudio de Platón. Ningún otro mecenas es comparable, pero de manera general la dirección del movimiento estuvo determinada por las preferencias de la burguesía de las ciudades.

El entusiasmo del círculo Salutati-Crisoloras dio su fruto una generación más tarde, en la década de 1430 y 1440, cuando Florencia fue la fuente de una importante producción literaria y artística en el nuevo estilo. Diversas personas aseguraron la continuidad desde el círculo de 1400 hasta este periodo, sobre todo Niccolò Niccoli (muerto en 1437), apasionado coleccionista de manuscritos y antigüedades clásicas, Leonardo Bruni (muerto en 1444), el historiador y traductor más prolífico de este periodo, y Poggio (muerto en 1459), dotado imitador de los estilos clásicos. Todos ellos habían sido discípulos de Salutati y Crisoloras hacia 1400. La mejor manera de describir el carácter del Renacimiento florentino de este periodo es considerar sus diversos aspectos durante el medio siglo comprendido entre 1400 y 1450.

La realización más completa de los pensadores de comienzos del Renacimiento fue la construcción de una filosofía política y social apropiada para la ciudad secular. No es de extrañar que los primeros adelantos se realizaran en esta dirección. Es obvio que lo que la Italia del Renacimiento tenía más en común con el mundo antiguo era la ciudad-Estado. Esta similitud genuina facilitaba el préstamo. El avance crucial se produjo a comienzos del siglo, cuando Salutati y su joven discípulo Leonardo Bruni comenzaron a argüir que el republicanismo era una forma de gobierno inherentemente superior al gobierno de un solo hombre, y que la constitución florentina era la heredera de las virtudes sociales de la República romana. Este tipo de argumentación supuso una ruptura significativa con las tradiciones medievales. El prestigio de la monarquía y del Imperio romano era tal en el mundo medieval que incluso los republicanos florentinos habían intentado resaltar la supuesta conexión de la ciudad con Julio César. Ahora se mantenía que el Imperio había degenerado y que la parte de la tradición romana verdaderamente valiosa era la libertad y la moral de

la ciudad antes de aquella época. Bruni escribió un *Panegírico de la ciudad de Florencia,* basado en un modelo antiguo, en el que alababa la virtud única del sistema político florentino en términos derivados de Roma y Atenas. Se ha afirmado que esta innovación intelectual fue un producto de la propaganda florentina contra Milán durante el último y desesperado duelo con Gian Galeazzo Visconti. Hay parte de verdad en esto. Florencia siempre se presentó como campeona de la libertad contra la tiranía: bajo la presión de la guerra se dio el paso ulterior de hacer una defensa intelectual de la constitución libre. Durante el periodo de las guerras con Gian Galeazzo y Felipe María, el municipio se presentó como defensor de la libertad contra la tiranía. Pero, una vez desarrollada, la nueva teoría podía en muchos aspectos aplicarse a las ciudades gobernadas por príncipes tanto como a las repúblicas: la novedad esencial radicaba en que era una teoría política de una ciudad secular basada en el valor utilitario de la ciudad para sus habitantes y no en su relación con una metafísica cristiana con el destino de un Imperio universal.

El pensamiento político florentino recibió otro impulso con los trastornos internacionales de la década de 1430, cuando la ciudad se vio otra vez envuelta en la guerra, y fue en realidad durante este periodo cuando las teorías fueron elaboradas y se convirtieron en suposiciones generales. Un humanista florentino llamado Matteo Palmieri escribió un libro, *Sobre la vida civil,* basado casi totalmente en Cicerón, en el cual se discutía el sistema más apropiado para el gobierno de una ciudad. Ninguna de las teorías políticas de este periodo fue más allá de la adaptación de las ideas de Cicerón o Aristóteles, y en este sentido no fueron originales, pero rompieron decisivamente con el pensamiento político de los escolásticos. Sin embargo, había otro tipo de obras asociadas con la nueva actitud clásica hacia la ciudad que eran más originales. Bruni que, como su maestro Salu-

tati, fue canciller de Florencia, estableció también un nuevo modo de escribir la historia, igualmente basado en modelos clásicos, pero en el que la originalidad era inevitable porque estaba escribiendo la historia de su propia época. La *Historia del pueblo florentino* de Bruni fue terminada hacia 1440. Cubría desde el comienzo de las guerras contra Gian Galeazzo y establecía una nueva manera de escribir la historia en cuanto historia política en evolución de un Estado. Ello suponía una gran diferencia respecto a los anales de los cronistas medievales o a la colección de hazañas heroicas de Froissart. Es el comienzo de una manera de escribir la historia que había de perdurar durante siglos. Bruni cambió también la concepción del pasado remoto de manera todavía más fundamental al tratar la historia, sobre todo en sus primeros capítulos sobre el mundo antiguo, como un relato de las vicisitudes de una civilización. La ciudad y el Imperio romano eran juzgados por él con referencia a los progresos culturales de sus ciudadanos, no con referencia a ningún propósito sobrenatural. Naturalmente, el interés por la antigüedad estimuló la investigación histórica. En la primera fase del Renacimiento se dio un paso importante y repentino hacia una perspectiva más realista de la historia mundial. Otro proceso relacionado con la teoría de la ciudad fue la moda de escribir diálogos imaginarios entre ciudadanos sobre cuestiones políticas y filosóficas. Esto también era, por supuesto, una forma literaria copiada de los autores clásicos. El ejemplo más famoso de este estilo fue un diálogo italiano titulado *Sobre la familia,* compuesto hacia 1433-1445 por Leon Battista Alberti. Alberti, más conocido como teórico de la pintura y la arquitectura, fue el más inteligente de los humanistas de su tiempo; era miembro de una gran familia de mercaderes florentinos que trabajaba para la corte pontificia. Este diálogo es una discusión imaginaria entre los miembros de su familia en la cual intercambian opiniones sobre el modo de comportarse en relación con la fami-

lia, los negocios, el éxito personal, la buena y mala fortuna y la política. Aquí aparece el mundo burgués como un modo de vida autosuficiente.

La conexión entre el humanismo y el arte resulta menos clara que la relación entre el humanismo y la política. Aquí otra vez es, sin embargo, evidente que el contexto era el más apropiado. Florencia tenía una larga y destacada tradición pictórica anterior a 1400. Una de las principales características de esta tradición había sido la persecución de un realismo espacial y emocional, especialmente en la obra de Giotto, a comienzos del siglo XIV. A finales de siglo, sin embargo, se abandonó esta búsqueda para sustituirla por un renovado énfasis en los esquemas, la ornamentación y el simbolismo religioso. A comienzos del siglo XV en Italia, como en los Países Bajos, prevalecían los convencionalismos del «gótico internacional». Pero la autoridad de Giotto se respetaba todavía y en ninguna parte de Europa podían encontrarse tales reservas de habilidad técnica. Durante la primera mitad del siglo XV los pintores y escultores realizaron avances revolucionarios en los dos campos complementarios del realismo espacial y dramático. La innovación más espectacular fue el invento por Filippo Brunelleschi del dibujo en rigurosa perspectiva hacia 1420. Este sencillo mecanismo matemático, que había de ser posteriormente durante siglos la base de la aproximación del artista al espacio, permitía dibujar una escena con los objetos en ella en la misma relación en que aparecían ante la vista del observador. Este mecanismo fue rápidamente adoptado y explotado por pintores de la talla de Masaccio (muerto en 1428) y Piero della Francesca (1415-1492), cuyas obras perdieron toda la falta de realidad espacial de la pintura medieval. Se desconoce en qué se inspiró el invento de Brunelleschi, pero existe una similitud entre la revolución conceptual que se asocia con su nombre y la revolución en la cartografía (véase *supra*) que comenzó en los mismos círculos con la

traducción de la *Geografía* de Tolomeo realizada por un discípulo de Crisoloras. Ambas suponían una captación más clara de las relaciones espaciales y ambas eran, en cierto sentido, mejoras en la perspectiva. Sin embargo, la conexión más evidente entre el arte y el humanismo se observa en la escultura. Los humanistas estaban familiarizados con la escultura antigua, que incluían en su entusiasmo general por todas las cosas clásicas y que algunos de ellos coleccionaban. La imitación de las obras de arte antiguas fue el principal factor de las innovaciones realizadas por el gran escultor Donatello (1386-1466). Donatello estudiaba la estatuaria y los frisos antiguos y discutía de ellos con los humanistas; fue protegido por Cosme de Médicis, quien probablemente fomentó sus tendencias clasicistas.

Donatello y Brunelleschi fueron los primeros artistas a quienes sus contemporáneos consideraron gigantes por su genio artístico. Aunque los artistas eran, por lo general, más respetados en las ciudades italianas que en el norte de Europa –Giotto fue mencionado por Dante en *La divina comedia*–, esto suponía un cambio de actitud, en parte atribuible también a los modelos de la antigüedad. El primer tratado moderno sobre arte, el libro de Alberti titulado *Sobre la pintura,* que fue escrito en la década de 1430 y fue un monumento a la colaboración entre escritores y pintores porque apelaba a la autoridad clásica para las innovaciones realizadas por artistas que trabajaban entonces en Florencia, fue también el primer libro que presentaba al artista como inspirador de la sociedad más que como simple técnico. «El pintor Zeuxis empezó a regalar sus obras porque, como él decía, no podían ser compradas a ningún precio. No creía que se pudiera encontrar ningún precio que satisficiera al hombre que, al modelar o pintar seres vivos, aparecía casi como otro dios entre los mortales. Los méritos de la pintura, por lo tanto, son tales que, cuando aquellos que están versados en ella ven admirar sus obras, se consideran casi

como un dios… La pintura era tan honrada en los días de la antigüedad por nuestros antepasados que, mientras que casi todos los que fabricaban cosas eran considerados trabajadores, el pintor era el único que no estaba incluido entre ellos. […] El artista debe tener particular cuidado con sus hábitos morales, especialmente con los buenos modales y la cortesía, gracias a los cuales puede obtener tanto la benevolencia de los otros, que es una protección contra la pobreza, como recompensas, la mejor ayuda para el perfeccionamiento de su arte. Quiero que el pintor esté adiestrado lo más posible en todas las artes liberales, pero deseo especialmente que sea competente en geometría.» Esto claramente suponía otro cambio en las actitudes que podían darse mucho más fácilmente en el medio individualista de la ciudad que en el mundo jerarquizado de una corte. El propio Alberti simbolizó también la transformación de los valores al practicar el arte mecánico de la arquitectura, además de escribir eruditos tratados humanistas. El nuevo estilo arquitectónico, copiado de los edificios romanos, fue inventado por Brunelleschi y ejemplificado por él en la reconstrucción de la iglesia de San Lorenzo en Florencia, que comenzó en 1418, y en otros edificios. Alberti, que diseñó edificios tanto en Roma como en Florencia, desarrolló una teoría general de la arquitectura clásica en un libro escrito hacia 1450. A sus ojos, y sin duda a los ojos de muchos de sus contemporáneos, el propósito de la arquitectura no podía describirse en términos meramente estéticos. Su imaginación lo llevó a planear ciudades enteras, a crear un medio en el cual se pudiera vivir cierto tipo de vida urbana culta. Para los devotos del arte y la literatura contemporáneas, hacia mediados de siglo se había creado un cuerpo notablemente completo de ideales sociales y culturales relacionadas entre sí.

Aunque fue el más original, Florencia no fue el único centro de la actividad humanista, que estaba muy difundida

a causa del predominio en Italia de la tradición retórica. La burguesía veneciana era también dada al mecenazgo y a la práctica del humanismo y se beneficiaba de sus contactos más estrechos con el mundo griego. En la Universidad de Pavía y en la corte milanesa, Felipe María protegió a los latinistas y a los traductores del griego. El reino de Nápoles era en muchos aspectos un mundo diferente, pero Alfonso V protegió a uno de los más grandes humanistas, Lorenzo Valla. Valla trabajó para Alfonso durante su periodo de enemistad con el papa Eugenio y escribió su famosa denuncia de la Donación de Constantino como una falsificación en la causa de la propaganda antipapal. Todo sugiere, sin embargo, que era un propagandista. Valla fue el humanista que estuvo más cerca de explotar las implicaciones potencialmente anticristianas de sus estudios en lugar de ignorarlas. Además de exponer su propio anticlericalismo, Valla fue un serio crítico del escolasticismo. Atacó a la vez las ideas de Aristóteles y –como buen estudioso del griego– el mal uso de Aristóteles por parte de los pensadores medievales, que eran incapaces de traducirlo debidamente. En las manos de un estudioso con una preferencia por un cristianismo éticamente simplificado –que era, ciertamente, la inclinación de muchos ciceronistas de su tiempo–, la aproximación histórico-lingüística podía ser extraordinariamente destructiva. En general, sin embargo, los humanistas se expresaron en términos ciceronianos sin suscitar temas que hubieran provocado un conflicto con la autoridad eclesiástica.

El concilio de Florencia, que tan poco efecto tuvo en la historia de las Iglesias oriental y occidental, tuvo un profundo efecto en la historia del pensamiento italiano. Trajo a Occidente, y a la propia Florencia, a distinguidos representantes del renacimiento neohelénico de Bizancio, incluyendo a Gemisto Pletón, intérprete de Platón, y, por lo tanto, intensificó el intercambio esporádico entre los entusiastas

clasicistas de Oriente y Occidente que venía desarrollándose desde los tiempos de Crisoloras. Excitó el ansia de los entusiastas florentinos y de la corte pontificia por saber más griego. Por último, contribuyó a satisfacer ese deseo a causa de los contactos más estrechos que produjeron la huida de eruditos bizantinos a Occidente, trayendo consigo un conocimiento directo de la filosofía griega que no tenía paralelo. El más notable de estos eruditos fue Bessarion, que pasó a Italia en 1442 y llegó a cardenal. Bessarion, como otros griegos, era un admirador de Platón; no había nadie en Occidente que conociera a Platón como él. En Occidente nunca había habido un cuerpo de traducciones de Platón como el de traducciones medievales de Aristóteles, en el que se basaba la enseñanza en las universidades, e incluso en 1440 los esfuerzos de los humanistas no habían conseguido traducir toda su obra. Los filósofos tenían todavía tendencia a considerar a Platón como un pensador peligroso. Bessarion reveló el pensamiento de Platón de manera mucho más completa al mundo que leía latín. Pero Cosme –y esto es quizá lo que le hace más acreedor de la fama– fue el que dio un impulso decisivo a este proceso de desarrollo. Cosme quedó cautivado por los intelectuales griegos en el concilio de 1439 y concibió la idea de que los escritos platónicos y neoplatónicos contenían la clave de la sabiduría celestial que él no podía perderse. Años más tarde escogió a un joven estudioso que prometía, Marsilio Ficino, a quien puso a traducir las obras de Platón y otros escritos místicos y neoplatónicos. Cosme pensaba que estaba comprando una sabiduría preciosa y arcana. Escribió a Ficino desde sus posesiones en el campo en 1462: «Ven a mí, Marsilio, inmediatamente. Trae contigo mi libro de Platón *Sobre el bien supremo,* que supongo ahora tendrás ya traducido del griego al latín como prometiste. Nada deseo tan ardientemente como saber qué ruta conduce más fácilmente a la felicidad». La inmoderada búsqueda por parte del millonario

moribundo de los secretos del cielo tiene un tono moderno. Tuvo, además, profundas consecuencias. Entre 1463 y 1482, Ficino tradujo todo Platón y sentó los cimientos para el entusiasmo por las ideas platónicas y neoplatónicas que había de caracterizar a Florencia y a Roma en la época de Lorenzo el Magnífico y después. Aunque el nuevo neoplatonismo era en ciertos aspectos una filosofía poco profunda, fascinó a grandes artistas y teólogos y había de ser la fuerza intelectual más poderosa del periodo del alto Renacimiento.

Cuando Cosme escribía a Ficino, la sede de San Pedro estaba ocupada por un papa, Pío II, antes llamado Eneas Silvio (1458-1464), que había sido un humanista profesional. Pero esta notable justificación de la tradición humanista ya había sido en cierto modo superada durante el pontificado de Nicolás V (1447-1455). Nicolás no practicaba como humanista, pero era un fanático de la literatura humanista. Durante el siglo y medio previo había habido papas piadosos y papas absolutistas y avariciosos, papas dedicados a la teología y papas dedicados al derecho canónico. Nicolás V suponía un fenómeno nuevo, un hombre formado en la nueva cultura humanista, que se había desarrollado en Florencia y en la corte pontificia durante la última generación, y en la que, como Tommaso Parentucelli, un oscuro secretario de cardenales ilustres, había formado sus gustos. Dedicó su pontificado, más que nada, a convertir la Roma pontificia en una ciudad humanista que hiciera realidad las ideas del movimiento literario. Esperaba hacer esto a la vez reconstruyendo la ciudad como lugar apropiado para los nuevos romanos y reuniendo una biblioteca de literatura clásica sin igual. Durante su breve pontificado comenzó a reedificar Roma a una escala enorme, reconstruyendo a la vez las murallas, San Pedro, el palacio del Vaticano, el castillo de Sant'Angelo, el Capitolio y varias iglesias. Naturalmente, la ejecución de sus planes había apenas comenzado,

pero el designio era vasto. En el terreno literario, Nicolás se centró en un aspecto del enfoque humanista de la literatura, la moda de hacer accesibles las obras griegas traduciéndolas al latín, y se propuso reunir una amplia biblioteca. Con este fin intentó atraer a tantos humanistas italianos destacados y refugiados griegos de Bizancio como fuera posible para que trabajaran en la corte pontificia, ofreciendo altas remuneraciones. De este modo fue el responsable de la primera traducción de Tucídides hecha por Lorenzo Valla y de otras obras. Como en la arquitectura, el resultado no fue finalmente un gran monumento, pero hay que tener en cuenta que Nicolás solo fue papa durante ocho años y sus designios habían sido incomparables en cuanto a amplitud. Resulta irónico que las grandes sumas de dinero recogidas de los peregrinos que visitaron Roma en el jubileo de 1450 se dedicaran a fines tan curiosamente irrelevantes no solo para los propósitos ostensibles del papado medieval, sino también para sus intereses políticos habituales. El papado había sido cautivado por los ideales culturales de las ciudades italianas.

BIBLIOGRAFÍA

GENERAL

La mayoría de los aspectos de este periodo son estudiados en *The new Cambridge medieval history* vol. VI, 1300-*ca.* 1415, dirigido por M. Jones, 1999; vol. VII, 1415-1500, dirigido por C. Allmand, 1998. *A history of Europe,* 1198-1378, de C. W. Previté-Orton, 3.ª ed., 1951, y *A history of Europe,* 1378-1494, de W. T. Waugh, 3.ª ed., 1960, son ambos libros de texto que insisten en la historia política. Un enfoque más temático y estructural se puede encontrar en la obra de Denis Hay *Europe in the fourteenth and fifteenth centuries,* 1966. En la colección de la Nouvelle Clio hay varios volúmenes que tratan de los diferentes aspectos: J. Heers, *L'Occident aux XIVe et XVe siècles: aspects économiques et sociaux,* 1963 [*Occidente durante los siglos XIV y XV,* Barcelona, Labor, 1968]; P. Chaunu, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle,* 1969 [*La expansión europea (siglos XIII-XV),* Barcelona, Labor, 1972]; B. Guenée, *L'Occident aux XIVe et XVe siècles: les états,* 1971; F. Rapp, *L'Eglise et la vie religieuse en Occident a la fin du Moyen Âge,* 1971 [*La Iglesia y la vida religiosa en Occidente a fines de la Edad Media,* Barcelona, Labor, 1973]. Hay una colección de artículos sobre cuestiones específicas en *Europe in the Late Middle Ages,* recopilados por J. Hale, R. Highfield y B. Smalley, 1965. La obra de R. C. Storey, *Chronology of the medieval world, 800-1491,* es un libro de referencia inapreciable.

LOS PAPAS Y LA IGLESIA

No existe ninguna buena historia general de la Iglesia en este periodo en inglés. Es muy útil la introducción francesa de F. Rapp mencionada en el apartado anterior. Un interesante resumen de la evolución del papado es el de W. Ullman, *Short history of the papacy in the Middle Ages,* 1972.

Para el papado de Aviñón, hay una buena introducción en el estudio de Y. Renouard, *The Avignon papacy, 1305-1403,* 1970. Un desarrollo más detallado de muchos aspectos del tema se puede ver en *Les papes d'Avignon,* 1950, de G. Mollat. La mejor historia general del papado a partir de 1378 en inglés sigue siendo la obra clásica de Mandell Creighton, *A history of the papacy during the period of the Reformation,* vols. I-II, 1882. El mejor estudio moderno se encuentra en la *Histoire de l'Eglise* dirigida por A. Fliche y V. Martin [*Historia de la Iglesia,* Valencia, Edicep, 1974), vol. XIV, de E. Delaruelle, E.-R. Labande y P. Ourliac, *L'Eglise au temps du Grand Schisme et de la crise conciliaire* (2 partes, París, 1962-1964), escrita desde un punto de vista ortodoxo pero con una útil introducción a muchos aspectos de la religión en este periodo.

La historia de los Estados Pontificio ha sido narrada por Peter Partner, *The lands of St. Peter,* 1972. La teoría de la monarquía pontificia es estudiada por M. J. Wilks, *The problem of sovereignty in the Later Middle Ages,* 1964. La teoría conciliar y otros aspectos de la Iglesia en este periodo son considerados en los ensayos de E. F. Jacob, recogidos en dos volúmenes, *Essays in the conciliar epoch,* 2.ª ed., 1953, y *Essays in Later Medieval history,* 1968. Véase también A. J. Black, *Monarchy and community: political ideas in the later conciliar controversy, 1430-1450* (1970), 1305-1378 y C. M. D. Crowder, *Unity, heresy and reform, 1378-1460,* 1976. W. E. Lunt, en *Papal revenues in the Later Middle Ages,* 1934, ofrece un enfoque de las finanzas pontificias. Hay pocos estudios interesantes de los papas de este periodo. Se pueden destacar los de J. Gill, *Eugenius IV,* 1962, y N. Housley, *The Avignon papacy and the crusades, 1305-1378,* 1986.

UNIVERSIDADES Y ESCOLASTICISMO

La mejor introducción es la de Gordon Leff, *Paris and Oxford universities in the thirteenth and fourteenth centuries,* 1968. Hay descripciones detalladas de todas las universidades en *The universities of Europe in the Middle Ages,* de Hastings Rashdall, recopilado por F. M. Powicke y A. B. Emden, 1936, libro antiguo pero todavía útil. Véase también A. B. Cobban, *The medieval universities: their development and organisation,* 1975. El pensamiento escolástico, especialmente en este periodo, es un tema difícil de enfocar. La *History of Christian philosophy in the Middle Ages,* 1955, de Étienne Gilson, es un excelente manual con muchas referencias. Hay un libro reciente sobre un aspecto del pensamiento de Guillermo de Occam, *The political thought of William of Ockham,* 1974.

MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

La obra de Gordon Leff *Medieval heresy,* 2 vols., 1967, contiene un breve análisis de las doctrinas de los diversos movimientos heréticos. Hay que recomendar también el estimulante estudio de los movimientos milenaristas medievales de Norman Cohn, *The pursuit of the millenium,* 1957. Entre los estudios de movimientos específicos hay que destacar los de E. W. McDonnell, *Beguines and beghards in medieval culture,* 1954; R. E. Lerner, *The heresy of the free spirit in the Later Middle Ages,* 1972; J. M. Clark, *The great German mystics: Eckhart, Tauler and Suso,* 1949, y A. Hyma, *The Christian Renaissance. A history of the «Devotio Moderna»,* 2.ª ed., 1965.

EL MOVIMIENTO HUSITA

Un excelente estudio de este movimiento hasta 1422 es el de Howard Kaminsky, *A history of the Hussite revolution,* 1967. La historia política de la década de 1420 es narrada por Frederick Heymann en *John Žižka and the Hussite revolution,* 1955; del mismo historiador hay un estudio de la Bohemia de mediados del siglo XV en *George of Bohemia,*

king of heretics, 1965. R. R. Betts reunió sus estudios sobre el husitismo en *Essays in Czech history,* 1969. La ideología posterior del movimiento es el tema de *The political and social doctrines of the Unity of the Czech Brethren in the fifteenth and early sixteenth centuries,* 1957.

FRANCIA

La mejor introducción en inglés es la traducción a este idioma de la obra de E. Perroy *La guerre de Cent Ans,* 1945. Aspectos de la historia francesa durante este periodo han sido tratados por P. S. Lewis en su interesante obra *Later medieval France. The polity,* 1968. Para una detallada descripción de la historia política de Francia, el lector debe recurrir a la *Histoire de France* dirigida por Ernest Lavisse, antigua pero todavía valiosa: vols. III, *ii* (1226-1328), de Ch. V. Langlois, 1901; IV, *i* (1328-1422), de A. Coville, 1902, y IV, *ii* (1422-1492), de Ch. Petit-Dutaillis, 1902. No existen estudios específicos de los diferentes reinados, pero se pueden mencionar los de J. R. Strayer, *The reign of Philip the Fair* (1980) y R. Cazelles, *La société politique et la crise de la royauté sous Philippe de Valois,* 1958, y P. Champion, *Le roi Louis XI,* 1944.

Hay un amplio estudio de las instituciones francesas en la obra en tres volúmenes *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge,* dirigida por F. Lot y R. Fawtier, 1957-1962. Otros estudios institucionales son los de J. R. Strayer y C. H. Taylor, *Studies in early french taxation,* 1939; J. B. Henneman, *Royal taxation in fourteenth century France. The development of war financing,* 1322-1356, 1971; J. R. Mayor, *Representative institutions in Renaissance France, 1421-1559,* 1960, Philippe Contamine, *Guerre, État et société a la fin du Moyen itge. Etudes sur les armées des rois de France,* 1337-1494, 1972 y M. Vale, *The Angevin legacy and the Hundred Years War, 1250-1340,* 1990. Son valiosas las colecciones de ensayos sobre aspectos de la historia francesa

en este periodo de Kenneth Fowler, *The Hundred Years war,* 1971, y P. S. Lewis, *The recovery of France in the fifteenth century,* 1971. Los ideales sociales y literarios de la nobleza francesa y borgoñona son el tema principal de la famosa obra de J. H. Huizinga *Herfsttij der Middeleeuwen,* 1919 [*El otoño de la Edad Media,* Madrid, Revista de Occidente, 1973].

Son notables las monografías sobre la sociedad rural francesa en este periodo de R. Boutruche, *La crise d'une société. Seigneurs et paysans du Bordelais pendant la guerre de Cent Ans,* 1947, Y. G. Fourquin, *Les campagnes de la région parisienne a la fin du Moyen Âge,* 1964.

LOS PAÍSES BAJOS

La mejor historia general sigue siendo la del historiador belga Henri Pirenne, *Histoire de Belgique,* vol. II, 1902, 4.ª ed. 1947. Hay una gran escasez de libros en inglés sobre el tema. Aspectos del periodo preborgoñón son analizados por D. M. Nicholas, *Town and countryside. Social, economic and political tensions in fourteenth century Flanders,* 1971. Para el periodo de los duques de Valois existe ahora un estudio sumamente útil en las cuatro biografías de Richard Vaughan: *Philip the Bold,* 1962; *John the Fearless,* 1966; *Philip the Good,* 1970, *Charles the Bold,* 1973, y en su obra *Valois Burgundy* (1975). Se puede realizar una aproximación a la pintura flamenca a través de la introducción de Margaret Whinney, *Early Flemish painting,* 1968, y de la monografía detallada de Erwin Panofsky, *Early Netherlandish painting,* 1953.

ALEMANIA, EL IMPERIO Y LA EUROPA CENTRAL

La bibliografía en inglés sobre Alemania en este periodo es muy escasa. F. R. H. Du Boulay, *Germany in the later middle ages,* 1983, ofrece una introducción. E. Bonjour, H. S. Offler y G. R. Potter en *A short history of Switzerland,*

1952, y H. W. A. Leeper en *A history of medieval Austria,* 1941, abarcan partes del mundo de habla alemana. Hay dos excelentes análisis del desarrollo de Prusia y el Palatinado en el siglo XV: F. L. Carsten, *The origins of Prussia,* 1954, y H. J. Cohn, *The government of the Rhine Palatinate in the fifteenth century,* 1965. Carsten también estudia brevemente algunos otros Estados en su *Princes and Parliaments in Germany,* 1959. H. S. Offler ofrece una buena introducción a las instituciones alemanas de este periodo en su ensayo sobre «Aspects of government in the Late Medieval Empire», en *Europe in the Later Middle Ages,* Algunos ensayos sobre Alemania a finales del siglo XV han sido recogidos por G. Strauss en *Pre-Reformation Germany,* 1972. En alemán, existe una útil guía sobre el tema: B. Gebhardt, *Handbuch der deutschen Geschichte,* volumen I, 9.ª ed., 1970. Los capítulos de *The Cambridge history of Poland to 1696,* dirigida por W. F. Reddaway, etc., 1950, y O. Halecki, *Borderlands of Western civilization,* 1952, son útiles en lo que respecta a la Europa central y oriental.

LA PENÍNSULA IBÉRICA

El mejor texto en inglés se encuentra en J. N. Hillgarth, *The Spanish kingdoms, 1250-1516,* 1976-1978. Véase también A. Mackay, *Spain in the Middle Ages: from frontier to empire,* 1977. Hay muy poca bibliografía en inglés sobre la España del siglo XIV. La obra de J. L. Shneidman, *The rise of the Aragonese-Catalan Empire, 1200-1350,* 1970, es útil hasta donde llega. P. E. Russell, en *The English intervention in Spain and Portugal in the time of Edward II and Richard II,* 1955, trata del periodo comprendido entre 1362 y 1394, aproximadamente. Encontramos una serie de interesantes estudios en la recopilación de ensayos *Spain in the fifteenth century 1369-1516,* 1972, de R. Highfield. Para finales del siglo XV, la obra de J. H. Elliott *Imperial Spain,* 1469-1716, 1963 [*La España imperial,* Barcelona, Vicens Vives, 4.ª ed.,

1972], ofrece una buena introducción. Hay algunos libros importantes en inglés sobre historia económica española: la traducción de la *Historia económica de España* de J. Vicens Vives [Barcelona, V. Vives, 1959] y las obras de J. Klein, *The Mesta,* 1920 [*La Mesta,* Madrid, 1936], y E. J. Hamilton, *Money, prices and wages in Valencia, Aragon and Navarra, 1351-1500,* 1936.

BIZANCIO Y LOS OTOMANOS

Una historia general muy asequible de los últimos tiempos del Imperio bizantino es la de D. M. Nicol, *The last centuries of Byzantium, 1261-1453,* 1972. Varios aspectos de esta historia son examinados en la edición revisada de *The Cambridge Medieval history,* IV, *The Byzantine Empire,* dirigida por J. M. Hussey, 2 partes, 1966-1967. Se puede encontrar un estudio más breve en la obra de G. Ostrogorsky, *History of the Byzantine State,* 1956. Steven Runciman trata brevemente ambos temas en *The fall of Constantinople,* 1453, 1965 [*La caída de Constantinopla,* Madrid, Espasa, 1973], y *The last Byzantine Renaissance,* 1970. Halil Inalcik ofrece una introducción a la historia otomana en sus capítulos de *The Cambridge history of Islam,* 1, dirigida por P. M. Holt, A. K. S. Lambton y B. Lewis, 1970. El mejor enfoque de los diversos Estados latinos establecidos en el Mediterráneo oriental tal vez sea aún el de William Miller, *The Latins in the Levant,* 1908, reeditado en 1964. Sobre las cruzadas, véase el ensayo de Anthony Luttrell en *Europe in the Late Middle Ages.*

ITALIA

Las mejores historias generales de Italia escritas en inglés son: J. Larner, *Italy in the age of Dante and Petrarch 1216-1380,* 1980, y D. Hay y J. Law, *Italy in the age of the Renaissance 1380-1530,* 1989. Sobre Florencia se pueden leer la *History of Florence,* de F. Schevill, 1937, Y las obras más detalladas de G. A. Brucker, *Florentine politics and society,*

1343-1378, 1962; C. Gutkind, *Cosimo de' Medici,* 1938; N. Rubinstein, *The government of Florence under the Medici,* 1434-1494, 1966, que es un estudio constitucional, y los ensayos recogidos en *Florentine studies,* 1968, de N. Rubinstein. Sobre Venecia se pueden citar la historia general de F. C. Lane, *Venice, a maritime republic,* 1973; la colección de sus ensayos, *Venice and history,* 1966, y otra colección dirigida por John Hale, *Renaissance Venice,* 1973, así como el breve resumen de David Chambers, *The imperial age of Venice, 1380-1580,* 1970. Sobre otras ciudades la bibliografía es mucho más escasa. Nápoles se puede estudiar a través de la obra de E. G. Léonard *Les Angevins de Naples,* 1954. Entre las biografías de gobernantes se pueden citar *The Green Count of Savoy, Amadeus VI,* 1967, de E. L. Cox, y *Gian Galeazzo Visconti,* 1941, de D. M. Bueno de Mesquita. Otros estudios locales son *The Bentivoglio of Bologna,* 1937, de C. M. Ady, y *The Malatesta of Rimini and the Papal State,* 1974, de P. J. Jones. Sobre estados más pequeños véase también W. L. Gundersheimer, *Ferrara: The style of a Renaissance despotism,* 1973, y T. Dean, *Land and power in medieval Ferrara,* 1988. Son atractivos y esclarecedores los ensayos sobre temas políticos y culturales recopilados por E. F. Jacob en *Italian Renaissance studies,* 1960. En italiano, se puede encontrar una interesante historia general política en las obras de Luigi Salvatorelli, *L'Italia comunale dal secolo XI alla metà del secolo XIV,* 1940, y Nino Valeri, *L'Italia nell'età dei principati dal 1343 al 1516,* 1949.

EL PENSAMIENTO RENACENTISTA ITALIANO

La mejor introducción general es probablemente la de Denis Hay, *The Italian Renaissance in its historical backgroung,* 1961. Otra, más limitada a las ideas, es la del historiador italiano E. Garin, *Italian humanism,* 1965. También abarcan este periodo las interesantes obras de John Larner, *Culture and society in Italy, 1290-1420,* 1971, y Peter Burke,

Culture and society in Renaissance Italy, 1420-1540, 1972. Hans Baron expone sus importantes teorías en *The crisis of the early ltalian Renaissance,* 2 vols., 1955, y *From Petrarch to Leonardo Bruni,* 1968. Estas teorías han sido criticadas por J. E. Seigl en «Civic humanism or ciceronian rhetoric?», *Past and Present,* 1966. Véase también G. Colmes, *The Florentine enlightenment 1400-1450,* 1969. Para una introducción al arte y la arquitectura italianos, el lector puede dirigirse a las obras de John White, *Art and architecture in Italy: 1250-1400,* 1966; L. H. Heydenreich y W. Lotz, *Architecture in Italy, 1400-1600, 1974,* y los dos primeros volúmenes de *An introduction to ltalian sculpture,* de John Pope-Hennessy, 1955-63. Sobre las ideas que influyeron en el arte, véanse *Giotto and the orators,* 1971, y *Painting and experience in fifteenth century Italy,* 1972, ambas de Michael Baxandall, y *Architectural principles in the age of humanism,* 1952, de T. Wittkower.

HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL

El mejor estudio en inglés es el de los volúmenes de *The Cambridge economic history of Europe [Historia económica de Europa,* Madrid, Revista de Derecho Privado]: I, *The agrarian life of the Middle Ages,* 2.ª ed., 1966 [*La vida agraria en la Edad Media,* 1948]; II, *Trade and industry in the Middle Ages,* 1952 [*El comercio y la industria en la Edad Media,* 1967]; III, *Economic organization and policies in the Middle Ages,* 1963 [*Organización y política económica en la Edad Media,* 1972]. Un estudio general de la historia agraria hasta el siglo XIV se puede encontrar en la obra de G. Duby, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval,* 1962 [*Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval,* Barcelona, Edicions 62, 1973]. J. Heers trata un importante aspecto de la historia social en su libro *Family clans in the middle ages,* 1977. Entre los estudios más interesantes sobre el comercio italiano figuran los de Y.

Renouard, *Les hommes d'affaires italiens du moyen âge,* nueva edición 1968; I Origo, *The merchant of Prato,* 1957, R. de Roover, *The rise and decline of the Medici bank, 1397-1494,* 1963, y R. S. López y I. Raymond, *Medieval trade in the Mediterranean world,* 1968. La industria y el comercio del norte son más difíciles de estudiar. Algunas obras útiles son las de D. Dollinger, *The German Hansa,* 1970; J. A. van Houtte, «The rise and decline of the market of Bruges», *Economic History Review,* 2.ª serie, XIX, 1966, y H. van de Wee, *The growth of the Antwerp market and the European economy (fourteenth to sixteenth centuries),* 1963.

Es interesante el estudio de Michel Mollat y Philippe Wolff *Ongles bleus, jacques et ciompi. Les révolutions populaires en Europe aux XIVe et XVe siècles,* 1970 [*Uñas azules, jacques y ciompi. Las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV,* Madrid, Siglo XXI de España, 1976]. La mejor introducción general al primer periodo de la expansión europea es la de P. Chaunu, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle,* 1969 *[La expansión europea (siglos XIII al XV),* Barcelona, 1972]. Sobre el papel de los portugueses, véanse las obras de V. Magalhaes-Godinho, *L'économie de l'Empire portugais au XVe et XVIe siècles,* 1969, y E. Prestage, *Portuguese pioneers,* 1933.

PINCHE
AQUÍ

SIGLO
XXI
ESPAÑA

ÍNDICE